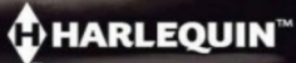
Bianca™ especial

CAROLE MORTIMER

El gusto de lo prohibido

Tentación ilícita



CAROLE MORTIMER

El gusto de lo prohibido

Tentación ilícita



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

N.º 24 - octubre 2015

El gusto de lo prohibido
Título original: A Taste of the Forbidden

Tentación ilícita
Título original: A Touch of Notoriety
Publicadas originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.:978-84-687-7264-6

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

El gusto de lo prohibido

Capítulo 1

–¿Seguro que no te importa quedarte sola?

–Grace, ¿quieres dejar de preocuparte y marcharte de una vez? –su hermana, Beth, lanzó sobre ella una afectuosa pero impaciente mirada–. Tengo veintitrés años y soy más que capaz de vivir sola. Además, necesitamos el dinero.

Era cierto. Las facturas que se habían ido acumulando durante los seis meses que su madre estuvo enferma, cuando tuvo que dejar su trabajo como chef de repostería en uno de los mejores hoteles de Londres para que Beth pudiera terminar su máster en la Universidad de Oxford, seguían sin pagarse.

Beth había encontrado trabajo en una conocida editorial londinense, pero con su salario no podían mantenerse las dos y pagar las facturas. Por eso, y durante un mes de prueba, Grace se iba a Hampshire con intención de convertirse en cocinera-ama de llaves en la mansión inglesa de un multimillonario argentino. Seguramente, como en Hampshire, César Navarro tendría otros empleados en las propiedades que poseía por todo el mundo. Y a saber qué hacían cuando él no estaba en casa.

–Me pregunto cómo será César Navarro en persona –comentó Beth.

Grace soltó un bufido mientras miraba el contenido de su enorme bolso.

–Dudo mucho que vaya a tener la oportunidad de conocerlo.

Su hermana menor frunció el ceño.

–¿Qué quieres decir?

Cualquiera que mirase a Beth, alta, rubia y de ojos oscuros, y a Grace, de metro sesenta, largo pelo oscuro y ojos azules verdosos, seguramente no tardaría en deducir que no eran hermanas biológicas.

Grace había sido adoptada cuando tenía seis semanas y fue hija única hasta los ocho años, cuando sus padres aparecieron con Beth, de cinco años, a la que presentaron como su nueva hermanita. Había sido amor a primera vista para las dos y, por suerte, ese cariño las había ayudado cuando su padre adoptivo murió cuatro años atrás en el accidente de tráfico que dejó a su madre en una silla de ruedas. Ella había fallecido hacía dos meses a consecuencia de una grave enfermedad.

Grace hizo un gesto de tristeza.

–Según su ayudante en Londres, quien me entrevistó y me dio el

puesto tras pasar el estricto control de seguridad, debo tener el desayuno preparado a las siete menos cuarto para que su asistente, Rafael, pueda servirlo en el comedor a las siete. Luego debo hacerme invisible hasta que el señor Navarro se haya ido a trabajar y después puedo limpiar la casa, pero no su estudio, donde está prohibido entrar. Por las noches es la misma rutina, a menos que Rafael diga lo contrario. La cena debe ser servida exactamente a las ocho y tengo que estar fuera de la casa a las nueve, después de lo cual la vida del señor Navarro debe de ser una juerga continua.

–¿De verdad crees eso?

–No –Grace torció el gesto–. Lo que creo es que el arrogante señor Navarro no quiere ni ver ni oír a una humilde empleada doméstica.

Beth esbozó una sonrisa.

–Parece un poco… en fin, exagerado con respecto a su intimidad, ¿no?

–Teniendo tanto dinero seguramente está acostumbrado a hacer lo que le da la gana.

Y los pobres no podían exigir. A pesar de tener unas referencias excelentes, Grace no encontraba otro trabajo como jefe de repostería en Londres. La habían rechazado en todas partes porque llevaba ochos meses sin trabajar. Finalmente, desesperada, había acudido a una agencia de empleo, donde le habían ofrecido un mes de prueba, muy bien pagado, en la finca de César Navarro en Hampshire.

–Al menos tienes una casita para ti sola en la finca –le recordó su hermana.

–Eso es porque el señor Navarro no comparte su intimidad con nadie –Grace hizo una mueca.

–Da igual, cariño, iré a verte algún fin de semana y te haré compañía durante un par de días –la consoló Beth.

–Tengo la impresión de que para entonces me hará falta un poco de compañía –riendo, Grace la abrazó por última vez–. Llámame al móvil si me necesitas.

–Por lo que cuentas, puede que seas tú quien tenga que llamarme a menudo.

Grace pensó en las extrañas demandas de su nuevo jefe mientras se dirigía a Hampshire. Había oído hablar de César Navarro, por supuesto. ¿Quién no había oído hablar del multimillonario empresario argentino de treinta y poco años que tenía mansiones en la mayoría de las capitales del mundo y parecía poseer la mitad de los negocios del planeta? Bueno, tal vez la mitad del planeta era una exageración, un cuarto sería más realista.

Su imperio incluía negocios de alta tecnología, medios de comunicación, líneas áreas, inmobiliarias, hoteles, viñedos. Tenía tantos intereses que Grace se preguntó de dónde sacaba tiempo para

hacer algo que no fuese trabajar.

Tal vez no hacía nada más.

Había tenido que esperar un par de días para saber si habría una segunda entrevista, sin duda mientras llevaban a cabo el minucioso control de seguridad, y en ese tiempo había buscado información sobre el esquivo señor Navarro en internet.

«Insociable» seguramente lo describía mejor, había pensado después de leer varias referencias. Treinta y tres años, el mayor de dos hijos nacidos en una familia acaudalada de padres separados, madre estadounidense y padre argentino, había crecido en el país de su padre pero había estudiado en la Universidad de Harvard antes de abrir su propio negocio a los veintitrés años.

Un negocio que había convertido en un imperio de tales proporciones que debía viajar continuamente en su jet privado o en helicóptero para alojarse en las exclusivas mansiones que tenía por todo el mundo.

En la web de su compañía había varias fotografías de cuando era más joven; un hombre guapísimo de rostro aristocrático, penetrantes ojos oscuros, altos pómulos, labios esculpidos y mentón cuadrado. Pero, sin excepción, todas las fotografías mostraban a un hombre de rostro serio y circunspecto.

Había también dos fotografías de adulto, una posando para la cámara y la otra tomada a distancia, mientras bajaba de un avión para subir a un helicóptero en algún aeropuerto privado. Y en las dos tenía un aspecto igualmente atractivo, pero incluso más serio.

Parecía unos centímetros más alto que el hombre que iba a su lado, el traje clásico destacando unos hombros anchos y un cuerpo fibroso, el pelo oscuro algo largo y ligeramente alborotado por el viento o por las aspas del helicóptero, las aristocráticas facciones dominadas por unos inteligentes ojos oscuros bajo unas cejas igualmente oscuras.

Teniendo en cuenta lo poderoso y atractivo que era, resultaba incomprensible que su futuro jefe no fuese también el mayor donjuán del planeta, de esos que siempre aparecían con mujeres bellas del brazo, en lugar de salvaguardar su vida privada de manera tan obsesiva.

A menos que…

Tal vez había alguna razón por la que César Navarro nunca había sido fotografiado con una mujer guapa del brazo; la misma razón por la que guardaba celosamente su vida privada. Y tal vez el hombre moreno que iba con él no era simplemente su ayudante.

Sería una pena, desde luego. Rico, soltero, joven, tan apuesto que volvería loca a cualquier mujer… y todo para disfrute de otro hombre.

Grace esbozó una sonrisa ante tan absurdos pensamientos, pero cuando se aproximó a la entrada de la finca en la que iba a vivir y

trabajar durante al menos un mes la sonrisa se convirtió en un gesto de preocupación.

Frente a unas puertas de hierro forjado, en un muro de piedra de cuatro metros de altura, había dos hombres de traje oscuro y aspecto amenazador, el pelo cortado al estilo militar, los ojos escondidos tras unas gafas negras aunque no lucía el sol aquel día de septiembre, con un cielo cubierto de nubes.

Uno de los hombres se acercó al coche y Grace pisó el freno mientras bajaba la ventanilla.

–¿Grace Blake?

–Pues… sí, soy yo –respondió, aliviada al saber que la esperaban, pero un poco preocupada por tanta seguridad. Kevin Maddox le había dado a entender que su jefe no llegaría a Inglaterra hasta el día siguiente.

El corpulento guardia de seguridad asintió con la cabeza después de mirar en el interior del coche para comprobar que iba sola.

–¿Puede abrir el maletero?

–¿El maletero?

–Si no le importa –insistió el hombre, haciéndose a un lado mientras Grace bajaba del coche y abría el maletero con cara de pocos amigos. Después de comprobar el contenido de la maleta se apartó para hablar por radio y, unos segundos después, las puertas de hierro empezaron a abrirse lentamente–. Suba por el camino y tome el primer giro a la derecha hasta la casa –le indicó antes de volver a su sitio, de nuevo alerta y vigilante.

–Me habían dicho que el señor Navarro no llegaría hasta mañana.

Sería mala suerte llegar después de su jefe.

–Así es.

–¿Hay tanta seguridad habitualmente, aunque él no esté en casa?

–Sí.

–Ah –murmuró Grace. No podía verla, pero sí sentir la fría mirada del guardia de seguridad–. Muy bien, gracias.

–El primer giro a la derecha –repitió el hombre.

Su estómago dio un vuelco cuando las puertas se cerraron tras ella. Sentía, aunque no las viera, las cámaras de seguridad vigilándola mientras recorría un camino flanqueado por árboles y giraba a la derecha en dirección a la casa que Kevin le había dicho sería su hogar durante al menos el primer mes.

Pero, acostumbrada a hacer lo que quería cuando quería, empezaba a dudar que pudiese vivir en una prisión de alta seguridad durante mucho más tiempo.

–No acepto excusas, Kevin –afirmó César, impaciente, mientras

entraba en la casa al día siguiente. Un poco cansado después de haber trabajado sin parar durante el vuelo desde Buenos Aires, no estaba de humor para lidiar con ningún problema–. Si Dreyfuss no quiere firmar… ¿qué es esto? –exclamó, deteniéndose abruptamente frente a un velador.

Kevin torció el gesto al ver un jarrón con flores.

–Pues… ¿lirios?

–Haz que desaparezcan –ordenó su jefe antes de entrar en el estudio.

–Sí, claro –sensatamente, Kevin no se molestó en cuestionar la orden.

César esperó hasta estar sentado tras el enorme escritorio de caoba para fulminarlo con la mirada.

–Creo haber dejado bien claro que no quiero flores en la casa.

Kevin exhaló un suspiro.

–Te pido disculpas. Debo de haber olvidado informar a la señorita Blake.

–¿La nueva ama de llaves?

–La señora Davis se ha jubilado…

–Lo sé perfectamente. Creo que fui yo quien firmó el último cheque –lo interrumpió César con aspereza.

–Sí, por supuesto. Envié el informe de la señorita Blake a Rafael para que diese su aprobación.

–Ya imagino. ¿Tienes una copia?

–Sí, claro –Kevin abrió su maletín y sacó una carpeta–. Es un poco joven, pero sus referencias son excelentes y el control de seguridad dio resultado positivo.

César abrió la carpeta y enarcó las cejas al ver la fecha de nacimiento. Grace Blake solo tenía veintiséis años.

–Un poco joven, ¿no? –murmuró, con una mirada especulativa.

Kevin carraspeó, incómodo.

–Sus referencias son excelentes.

–Eso ya lo has dicho –César lo miró, interrogante–. ¿Es guapa?

Kevin se puso colorado.

–Si crees que dejaría que su aspecto físico influyese en mi decisión…

–De modo que es guapa –volvió a interrumpirlo César, burlón–. Y también parece que no ha trabajado en los últimos ocho meses –añadió, mirando el informe.

–No, bueno, su madre estaba enferma así que dejó su trabajo para cuidar de ella.

–No te he pedido detalles sobre su vida privada.

–Solo estaba intentando explicar…–Kevin no sabía qué decir–. Hablaré con ella sobre las flores en cuanto hayamos terminado.

–Hazlo –César cerró la carpeta antes de dejarla a un lado.

Rafael seguía fuera, poniéndose al día sobre temas de seguridad, pero en cuanto terminase le diría con toda claridad a la joven y guapa ama de llaves qué estaba dispuesto César Navarro a tolerar o no tolerar de sus empleados.

Grace estaba dando los últimos toques al postre que había preparado para la cena de César Navarro cuando Kevin Maddox entró en la cocina.

–Encantada de volver a verte –lo saludó.

Había oído llegar el helicóptero quince minutos antes y esperaba que Kevin acompañase al señor Navarro porque necesitaba hablar con alguien relativamente normal. Después de dos días sintiéndose vigilada por los guardaespaldas, que parecían estar constantemente de servicio, por las cámaras que había encontrado por toda la casa y en los jardines de la finca y, sin duda, por los guardias de seguridad en la habitación llena de monitores que había descubierto en el sótano cuando estuvo explorando por la mañana, ver a alguien normal era de agradecer.

La casita que le habían asignado era más que adecuada, de hecho incluso lujosa, pero la mansión principal era fantástica, con techos decorados, antigüedades, lámparas de araña y hermosos cuadros, sin duda originales, que adornaban las paredes recubiertas de seda.

Y en cuanto a la cocina…

Si se olvidaba de las cámaras colocadas estratégicamente en dos esquinas de la habitación casi le resultaba posible admirar una cocina que era una delicia para cualquier chef, un sitio en el que no faltaba de nada, perfecto para crear exquisitos platos.

Pero entrar y salir de la finca era una pesadilla, como había descubierto cuando fue a comprar al pueblo esa mañana. Rodney, el hombre que había abierto su maleta al llegar, había insistido en revisar todas las bolsas…

O Navarro era un paranoico o tenía enemigos peligrosos, y ninguna de esas posibilidades le hacía mucha gracia.

El aspecto afable de Kevin Maddox, de pelo rubio y ojos azules, era como un soplo de aire fresco después de veinticuatro horas viviendo en una pecera.

–Algo huele muy bien –comentó él.

Grace se secó las manos con un paño. Llevaba su típico uniforme de chef: una blusa blanca y una falda lápiz negra por la rodilla, con el pelo sujeto en una coleta recogida en la nuca para que no la molestase mientras trabajaba.

–Crema de zanahoria, seguida de lubina a la plancha con patatas

nuevas y un salteado de verduras mediterráneas. Y en cuanto al postre…

–Ah –Kevin hizo una mueca al ver la mousse de chocolate que estaba decorando con virutas de chocolate blanco y negro.

Grace dejó de sonreír al ver su expresión.

–¿Al señor Navarro no le gusta el chocolate?

–El señor Navarro no toma postre.

Ella lo miró, perpleja.

–¿Ningún postre?

–No.

–Yo soy chef de repostería –señaló.

–Ya lo sé –Kevin se encogió de hombros–. Y también hiciste un curso de alta cocina en París antes de especializarte.

–Pero eso no… –Grace no terminó la frase, impaciente al darse cuenta de que no serviría de nada. Necesitaba ese trabajo y si César Navarro no tomaba postre, no tomaba postre–. ¿Hay algo más que no le guste al señor Navarro? –preguntó, tomando la mousse de chocolate para meterla en la nevera.

–No he dicho que no le gusten los postres, solo que no los toma.

–Sin duda, teme echar barriga… –Grace dejó escapar un suspiro–. Lo siento, no debería haber dicho eso.

–No, no deberías, pero ya que estamos hablando del asunto, tampoco le gustan las flores del pasillo. Aunque eso es error mío –Kevin torció el gesto–. La señora Davis estaba aquí antes de que yo empezase a trabajar para el señor Navarro y conocía todas sus man… preferencias personales. Debería habértelo dicho durante la segunda entrevista.

Grace lo miró con cara de sorpresa.

–¿No le gustan los lirios?

–No.

–¿Qué flores le gustan?

–No le gustan.

–¿Tiene alergia a las flores, al polen o algo así? –ella sabía lo desagradable que podía ser una alergia al polen porque su hermana solía sufrirla durante la primavera y los inicios del verano, cuando el recuento de polen era más alto.

–No que yo sepa.

Grace sacudió la cabeza, frustrada.

–¿Entonces por qué no quiere flores en la casa?

Los lirios rosas de tallo largo eran preciosos y olían de maravilla.

Kevin se encogió de hombros.

–La experiencia me ha demostrado que es mejor no cuestionar las instrucciones del señor Navarro.

–Cuando él dice «salta» la gente pregunta hasta dónde, ¿no? –

sugirió ella, irónica.
Kevin sonrió, burlón.
–Más o menos, sí.
–Y, en esta ocasión, quiere que quite las flores del pasillo.
–Eso es.
–Muy bien –Grace se encogió de hombros.
–Aparte de esos detalles, que iremos aclarando poco a poco, ¿cómo ha ido tu primer día?
No podía decirle la verdad: que con tantas restricciones no estaba segura de querer seguir allí. Aparte de las estrictas reglas y la exagerada seguridad, Grace podía sentir la presencia de César Navarro en la casa; una presencia oscura y arrogante que parecía permear toda la finca.
Kevin Maddox no se mostraba tan relajado y simpático como lo había sido en las entrevistas y, sin duda, Rodney y sus colegas estarían en alerta roja con el señor Navarro en la casa.
¿Cómo podía vivir la gente de ese modo? ¿Cómo podía César Navarro vivir así, constantemente escudado tras una burbuja protectora, apartado del mundo real? No tenía ni idea, pero desde luego no era el estilo de vida que ella querría para sí misma. Aunque nunca sería tan rica o importante como para preocuparse por eso.
–La casita es preciosa y la cocina es una maravilla –respondió, señalando alrededor.
–Me alegro –el joven asintió, aparentemente contento con la respuesta–. Rafael vendrá enseguida para servir la cena –añadió, mirando su reloj–. Bueno, es hora de irme.
–¿No te alojas aquí? –Grace no pudo disimular su decepción.
–Nadie se aloja en la mansión salvo el señor Navarro y Rafael. Nunca.
¿El señor Navarro y Rafael?
–¿Rafael mide más de metro ochenta, es de hombros anchos, menos de treinta años, pelo oscuro y ojos azules? –preguntó Grace, describiendo al hombre al que había visto en la foto.
–Muy buena descripción. ¿Cómo sabes…? Ah, aquí está –Kevin se volvió cuando otro hombre entró en la cocina.
Sí, era sin duda el hombre de la fotografía.
«El señor Navarro y Rafael».
Tal vez sus elucubraciones eran acertadas. En fin, «vive y deja vivir» había sido siempre su lema. Dos de sus mejores amigas en París, con las que se mantenía en contacto desde que volvió a Inglaterra cuatro años antes, eran pareja y nunca le había importado.
Pero no pudo averiguar nada más sobre Rafael o su jefe porque después de las presentaciones, Kevin se despidió.
Rafael iba de un lado a otro, sirviendo a César Navarro

personalmente. Su expresión seria no animaba a la conversación y, aunque Grace lo intentó un par de veces, solo recibió un gruñido como respuesta.

En consecuencia, cuando Rafael tomó la bandeja de plata en la que ella había servido el café, una mezcla especial que enviaban desde Argentina, estaba agotada por el trabajo y por la tensión de intentar entablar conversación con el huraño ayudante.

Rafael le había dicho que podía irse, pero estaba demasiado cansada para ir a casa y se dejó caer sobre un taburete frente a la encimera de mármol color crema. Si la tensión de ese día y la exagerada seguridad eran un ejemplo de lo que iba a ser aquel mes, estaba segura de que no aguantaría ni el período de prueba. Por mucho que le pagasen y por mucha falta que le hiciese el dinero.

Capítulo 2

–¿Pero qué…?

Grace se levantó al escuchar el grito de sorpresa, palideciendo al ver la alta e imponente figura de César Navarro en el quicio de la puerta, sus ojos oscuros clavados en ella con penetrante intensidad.

Rafael le había dicho que podía irse, pero ella había decidido no volver aún a su solitaria casa y limpiar un poco el comedor en lugar de tener que hacerlo por la mañana…

… contraviniendo las instrucciones de su jefe, se dio cuenta en ese momento. Unas instrucciones que, según Kevin, no debían ser cuestionadas o desobedecidas.

Para empeorar la situación, la cocina estaba casi a oscuras, a excepción de la luz de la campana extractora, y ella disfrutaba de la mousse de chocolate que había hecho para el señor Navarro.

–La señorita Blake, supongo –su voz sonaba oscura y ronca en el silencio de la noche, con un ligero acento transatlántico, sin duda herencia de su madre estadounidense.

Grace pasó las manos sudorosas por la falda, deseando haberse ido a casa. Y ella pensando que no iba a ver a César Navarro en persona. En fin, tal vez no tendría la oportunidad de decidir si iba a completar o no el mes de prueba.

–Verá… –se pasó la lengua por los labios–. Sé que no debería estar aquí. Kevin… el señor Maddox me indicó que debía estar fuera de la casa a las nueve y Rafael me dijo que me fuera, pero era temprano y no quería volver a casa todavía. Había pensado limpiar el comedor para no tener que hacerlo por la mañana –consiguió decir.

César se había metido en la cama una hora antes, pero después de estudiar unos documentos había decidido bajar a la cocina para tomar un zumo de naranja. Y, desde luego, no había esperado ver a la joven que Maddox había contratado como cocinera-ama de llaves cuando llegase allí.

El informe de Grace Blake decía que tenía veintiséis años, pero a la luz de la campana extractora parecía mucho más joven. No debía de medir más de metro sesenta, delgada, con una sencilla blusa blanca y una falda negra, el pelo oscuro sujeto en una coleta y el rostro libre de maquillaje. Y era, como había imaginado unas horas antes, un rostro muy hermoso: ojos de color azul verdoso, rodeados por largas pestañas oscuras, unas cuantas pecas en el puente de la nariz, las

mejillas un poco hundidas, como si hubiera perdido peso recientemente, y unos labios que formaban un arco perfecto sobre una barbilla decidida.

César apretó los labios mientras daba un paso adelante.

–Corríjame si me equivoco, pero parece estar tomando una mousse de chocolate –murmuró, mirando el cuenco de cristal sobre la encimera– en lugar de estar limpiando.

–Sí, bueno… –las mejillas de marfil se cubrieron de rubor–. Ya he terminado de limpiar y… en fin, había hecho la mousse para usted antes de que Kevin… el señor Maddox me dijera que no toma postre.

–Así que ha decidido comérselo usted misma.

–¡No! Bueno, sí… –Grace miró el cuenco de cristal, donde solo quedaba la mitad de la mousse–. Pero solo porque me sentía… En fin, le pido disculpas.

–¿Se sentía…?

–Estoy acostumbrada a vivir en Londres y aquí todo es tan silencioso que… ah, demonios –Grace suspiró pesadamente–. Que alguien me pegue un tiro y terminemos con esto de una vez.

César levantó las cejas, alarmado.

–¿Pegarle un tiro?

–Llame a Rodney o a alguno de sus colegas y dígales que me peguen un tiro. Es lo mejor.

–¿Se refiere al encargado de seguridad?

–Si es el que hace guardia en la puerta de la finca, sí, es él –Grace asintió con la cabeza–. Había pensado que estaba empezando a granjearme su amistad, pero si le cuenta que me he comido su mousse de chocolate se alegrará de despacharme… o como llamen a pegarle un tiro a alguien los de seguridad.

César no sabía si reír, algo que hacía en raras ocasiones, ante la inusual y directa actitud de la joven, o hacer lo que sugería y llamar a Rodney. Pero solo para que la acompañase a su casa, no para pegarle un tiro, naturalmente.

–¿De verdad cree que Rodney le pegaría un tiro porque se ha comido una mousse de chocolate?

Grace hizo una mueca.

–Creo que haría lo que usted le ordenase sin preguntar.

César bajó la mirada para esconder su sorpresa ante tal afirmación.

–Creo que el asesinato a sangre fría es ilegal en este país.

–Cualquier asesinato es ilegal en este país –lo corrigió ella, insolente–. Pero con el grado de seguridad que hay aquí podría esconder mi cadáver en el bosque y nadie lo encontraría jamás.

César dudaba que hubiera tenido una conversación más extraña en toda su vida. Extraña y, sin embargo, entretenida, debía admitir. No tenía ni idea de lo que Grace Blake iba a decir de un segundo a otro,

pero siempre conseguía sorprenderlo.

–Iba a contarme lo que sentía antes de tomar la mousse –le recordó, dando un paso adelante.

Grace se quedó sin palabras al ver a César Navarro de cerca por primera vez. Era… bueno, lo único que se le ocurría era abrumador, de robar el aliento, de caerse de espaldas.

Medía al menos metro noventa, el pelo oscuro, algo largo y alborotado, unos ojos oscuros y brillantes rodeados de las pestañas más largas y espesas que había visto nunca, pómulos altos, nariz delgada y aristocrática y unos labios sensuales sobre un mentón cuadrado y decidido.

Pero era lo que llevaba puesto, o más bien lo que no llevaba, lo que más le sorprendió.

En las fotografías que había visto aparecía con traje de chaqueta, pero esa noche llevaba una camiseta negra que destacaba sus anchos hombros y se pegaba a un estómago plano, sin nada de barriga, y un pantalón de chándal gris, los largos y elegantes pies descalzos sobre el suelo de terracota.

¿Iba vestido para dormir o para ir al gimnasio en el ala este de la casa, que también había descubierto durante su exploración matinal? No parecía sudoroso y lo estaría si volviera del gimnasio. Aunque también estaría sudando si no se hubiera ido solo a la cama…

Fuera cual fuera la razón por la que iba vestido de manera tan informal, su presencia parecía robar todo el oxígeno de la cocina, y podría rivalizar en musculatura con cualquiera de sus guardias de seguridad.

–Qué desperdicio –se oyó murmurar y, de inmediato, hizo una mueca. Aunque pensara que César Navarro y Rafael tenían una relación, no había razón para decirlo en voz alta. En esas circunstancias, era lo último que debería haber dicho.

–¿Qué sentía antes de tomar la mousse, señorita Blake? –César enarcó una ceja, interrogante.

–Echo de menos mi casa y me sentía un poco sola. Y el chocolate siempre hace que uno vea las cosas con más alegría, ¿no le parece? Ah, no, porque usted no come dulces. ¿Por qué no come dulces? –Grace levantó la cabeza para mirarlo a los ojos y, de inmediato, sintió un tirón en el cuello.

Algo que podría convertirse en un riesgo laboral si tenía que mantener muchas conversaciones con aquel hombre tan alto. Aunque eso no iba a pasar porque César Navarro iba a pedirle a Rodney que le pegase un tiro antes de enterrar su cadáver en el bosque…

«Te estás poniendo histérica», se regañó. Desgraciadamente, a juzgar por su siguiente comentario y por cómo miraba el ancho torso de César Navarro, reconocer eso no sirvió de nada.

–Imagino que tiene miedo a engordar.

No, tuvo que reconocer César, perplejo; no tenía ni idea de lo que Grace Blake iba a decir o hacer en cada momento. Y tampoco tenía intención de decirle a la extraña joven que había dejado de tomar postre porque lo consideraba una frivolidad innecesaria.

–¿Ha bebido alcohol esta noche para disipar la soledad?

–¡Por supuesto que no! –respondió ella con tono indignado–. No suelo beber y jamás lo haría mientras estoy trabajando.

–Me alegra saberlo – comentó él, burlón.

Grace parpadeó mientras se preguntaba si estaba tomándole el pelo.

–Es que estoy un poco cansada, nada más.

«Cansada y sentimental», pensó César.

–En ese caso, tal vez sería mejor seguir con la conversación mañana por la mañana.

–¿Voy a seguir aquí por la mañana? –exclamó ella, sorprendida.

–¿De verdad cree que vamos a pegarle un tiro y enterrar su cadáver en el bosque?

De nuevo, las mejillas marfileñas se tiñeron de color.

–Tal vez estoy exagerando un poquito.

Él arqueó una burlona ceja.

–¿Un poquito?

Grace irguió los hombros.

–No creo que tuviese tantos guardaespaldas si no quisiera ser protegido en caso de necesidad.

César hizo un gesto de impaciencia.

–Sí, pero no tengo por costumbre pedirles que disparen a las empleadas indiscretas. Incluso las empleadas temporales –replicó ásperamente.

–Ah –Grace bajó la mirada, como aceptando la crítica.

–¿Está sugiriendo que podría necesitar que me protegiesen de usted?

Grace se imaginaba pasando los dedos por ese ancho torso, acariciando su pelo alborotado y sexy mientras él se inclinaba para buscar sus labios y…

«¡Por el amor de Dios!».

Si estaba pensando en besar a César Navarro debía de sentirse más sola de lo que creía. Estaba pensando en besar a un hombre al que acababa de conocer y que, además, era su jefe.

Había tenido algunos novios, pero ninguna relación verdaderamente seria. Y, desde luego, nunca se había sentido tan fascinada por ninguno de ellos como para fantasear con besarlos unos minutos después de haberlos conocido.

Pero no, no podía estar fantaseando con besar a su jefe. ¿Para qué, cuando sus inclinaciones sexuales iban en otra dirección?

–No, yo no soy un peligro –le aseguró–. Pero, como usted dice, tal vez sería mejor terminar esta conversación a la luz del día.

Él siguió mirándola con esos inquietantes ojos oscuros antes de asentir con la cabeza.

–Llamaré a Rodney… para que la acompañe a su casa, no para «despacharla» –anunció, impaciente, al ver que ella lo miraba con gesto alarmado.

Grace dejó escapar un suspiro de alivio.

–Soy capaz de volver a mi casa sin escolta, muchas gracias.

–Es tarde y fuera está muy oscuro.

–Y hay tantos guardias de seguridad que nadie se atrevería a atacarme.

César torció el gesto.

–Parece muy preocupada por esos hombres.

–Tal vez no entienda la necesidad de tener tantos.

Él hizo un gesto de sorpresa.

–No tengo por costumbre dar explicaciones. A nadie.

–Y menos a una empleada, claro –Grace asintió con la cabeza–. Son las cámaras que hay por todas partes, me dan escalofríos –murmuró, señalando la lucecita roja de una cámara en la esquina–. ¿Se da cuenta de que hay alguien en el sótano mirándonos ahora mismo?

–Pero no pueden escuchar la conversación –replicó él, impaciente.

–Menos mal porque mis comentarios no han sido precisamente amables.

La conversación con aquella joven era insólita. Tanto que la encontraba extrañamente refrescante después de años dando órdenes y sabiendo que serían obedecidas de inmediato. Tenía la impresión de que Grace Blake no estaba acostumbrada a obedecer.

Y la prueba era que el jarrón de lirios rosas que por la tarde adornaba el velador de la entrada estaba en aquel momento sobre la mesa de la cocina.

–Me pareció una pena tirarlos –se defendió ella al ver dónde reposaba la mirada oscura de César Navarro.

–Mis instrucciones eran muy claras…

–Lo sé, quitarlos del pasillo –lo interrumpió Grace–. Y, como puede ver, ya no están en el pasillo.

–Pero están en la cocina.

–Bueno… sí. Los compré esta mañana y no podía tirarlos, son tan bonitos. El perfume es divino –Grace tragó saliva cuando César Navarro la fulminó con la mirada–. Tal vez podría llevármelos a mi casa. ¿O eso sería un robo?

–¿Castigado con la muerte? –bromeó él.

–Sí, definitivamente me he dejado llevar un poco por la imaginación.

La expresión de César Navarro era inescrutable mientras tomaba el teléfono de la cocina.

–Voy a llamar a Rodney para que la lleve. ¿Rodney? No, no hay ningún problema, pero me gustaría que acompañase a la señorita Blake a su casa. Sí, sé que ya debería estar allí. Desgraciadamente, la señorita Blake parece incapaz de seguir la más simple indicación.

Ella dejó escapar una exclamación.

–Eso no es justo…

–En la cocina –siguió César, pasando por alto sus protestas–. ¿Un minuto? Seguro que sabremos entretenernos en ese tiempo –después de cortar abruptamente la comunicación cruzó los brazos sobre el pecho para mirarla de arriba abajo.

–Ah, muy bien, ahora Rodney creerá que soy un riesgo para su seguridad –Grace suspiró, frustrada.

–¿La opinión de Rodney es tan importante para usted?

–Lo es cuando lleva un arma.

César enarcó una ceja.

–¿Le disgusta que mis guardaespaldas lleven armas?

–Creo que más bien me intimida.

César había vivido con ese grado de seguridad durante más de la mitad de su vida y rara vez pensaba en ello. Desde luego, nunca se había preguntado qué sentían los demás al estar constantemente bajo vigilancia. Y tampoco le importaba lo que Grace Blake pensase, por supuesto. Vivía rodeado de seguridad por razones muy específicas y no tenía intención de cambiar para que su cocinera-ama de llaves se sintiera cómoda. Su cocinera-ama de llaves en período de prueba, además.

–Ah, Rodney –César se volvió cuando el hombre entró en la cocina–. La señorita Blake está dispuesta a marcharse.

–Esto no es necesario –protestó ella, exasperada.

–Ya le he explicado las razones por las que considero importante…

–Ah, bueno, entonces no pasa nada. Si usted lo considera importante… –Grace lanzó un bufido de protesta.

Su descaro era tan sorprendente que César tardó un momento en reaccionar.

–No olvide llevarse los lirios. Y llévese el jarrón también.

Grace intentó tomar el jarrón de cristal francés, pero era pesadísimo y César se volvió hacia Rodney, que tuvo que disimular una sonrisa mientras se lo quitaba de las manos. ¿La prueba de que estaba, como había dicho antes, granjeándose su amistad?

Y tal vez era comprensible porque la señorita Blake era preciosa y su descaro resultaba como mínimo entretenido.

–Buenas noches, señorita Blake –se despidió César.

–Buenas noches, señor Navarro.

Cuando salieron de la cocina, César esbozó una sonrisa. Grace Blake no era lo que había esperado. Era demasiado joven, demasiado guapa, demasiado sentimental, demasiado sincera.

Sin embargo, no podía negar que era una excelente cocinera. La cena que había preparado esa noche podría compararse con la de cualquiera de los restaurantes de cinco tenedores que frecuentaba por todo el mundo.

César se inclinó para tomar el cuenco de cristal, y sin molestarse en usar una cuchara, metió un dedo en la espesa mousse de chocolate antes de llevársela a los labios.

Un involuntario suspiro de placer escapó de su garganta, casi tan embriagador como el que experimentaba con el sexo.

Aunque él no disfrutaba de ese lujo a menudo; prefería mantener un estrecho control sobre todos los aspectos de su vida, por mucho que le costase.

Sin embargo…

Volvió a meter el dedo en el cuenco y decidió que no iba a salir de la cocina hasta que no quedase una gota de aquella deliciosa mousse de chocolate.

–Entre, señorita Blake.

Grace tragó saliva cuando César Navarro respondió secamente al golpecito en la puerta de su estudio. El estudio al que jamás debía entrar, según las órdenes que había recibido, pero al que había sido llamada unos minutos antes, cuando Kevin entró en la cocina a las ocho y media para decirle que el señor Navarro quería verla inmediatamente.

Kevin la había mirado con gesto interrogante después de darle la orden, pero si su jefe no le había contado la conversación de la noche anterior, tampoco ella pensaba hacerlo.

Además, lo sabría pronto, cuando César Navarro la informase de que estaba despedida.

Grace había llamado a su hermana en cuanto Rodney la dejó en casa y Beth se había partido de risa cuando le relató el embarazoso encuentro en la cocina.

Ella también se había reído, pero aquella mañana había despertado convencida de que iba a ser despedida de manera fulminante.

Nerviosa, abrió la puerta del estudio… y se detuvo abruptamente al ver a César Navarro tras el escritorio de caoba. Llevaba un impecable traje de chaqueta de color gris oscuro con una camisa blanca y una elegante corbata de seda azul. Solo el pelo un poco despeinado recordaba al hombre al que había conocido en la cocina por la noche.

Aunque todo eso daba igual porque estaba claro que la había

llamado para decirle personalmente que estaba despedida.

–¿Ha hecho usted los cruasanes que he tomado esta mañana?

Grace parpadeó, sorprendida.

–¿Perdón?

César la miró, impaciente.

–Le he preguntado si ha hecho usted los cruasanes que he tomado en el desayuno.

–Pues… sí –respondió ella. ¿Que era aquello, un juego?, se preguntó. ¿Un juego en el que un jugador hacía que el oponente se confiase y cuando empezaba a relajarse le daba una patada en los dientes? Porque si era así…

–Estaban riquísimos –dijo César entonces–. Tan ricos como los que he tomado en los mejores hoteles de París.

Naturalmente, pensó ella, porque había trabajado en uno de esos hoteles durante más de un año, con uno de los mejores chefs de Francia.

–Me alegro de que le hayan gustado –respondió, encogiéndose de hombros–. Considérelos un regalo de despedida.

César Navarro torció el gesto.

–¿Se marcha?

–Claro que… –Grace frunció el ceño–. ¿No es para eso para lo que me ha llamado, para darse el gusto de despedirme personalmente?

Cuando volvió a su dormitorio por la noche, César se había preguntado si tal vez había conocido a Grace Blake en un momento en el que se sentía particularmente vulnerable; una vulnerabilidad que la hacía más charlatana de lo habitual. Dos minutos en su compañía y estaba claro que ese no era el caso; sencillamente, decía lo que pensaba todo el tiempo.

–¿Y por qué cree que me daría gusto despedirla personalmente? –preguntó, clavando en ella sus penetrantes ojos oscuros.

Las pecas en el puente de su nariz eran más visibles a la luz del día. Sus ojos, del color del mar Mediterráneo, no eran ni azules ni verdes sino algo entre medias. Su pelo, de un brillante castaño oscuro, por desgracia estaba sujeto de nuevo en una coleta recogida en la nunca. Aun así, César estaba seguro de que le llegaría casi por la cintura.

Grace cambió el peso del cuerpo de un pie a otro, incómoda bajo la implacable mirada.

–Anoche hablé demasiado y fui más bien grosera. Tal vez incluso un poco sarcástica y…

César se levantó y, apartando la única fotografía enmarcada que había sobre el escritorio, se apoyó en él con los brazos cruzados.

¿Una fotografía de Rafael, quizá?

–¿Y bien? –la animó.

Grace tragó saliva antes de responder:

–Y mostré mi desagrado por la excesiva seguridad que hay en esta casa.

–Sí –asintió él, burlón.

–¿Sí hablé demasiado o sí, fui un poco grosera? ¿Admite que fui sarcástica y mostré mi desagrado por la excesiva seguridad?

–Sí, hizo todas esas cosas –corroboró César.

–Pues ahí lo tiene –Grace exhaló un suspiro.

–¿Tengo qué? –preguntó él, sin poder disimular su sorpresa. Ser espontáneo era una cosa, incomprensible otra muy diferente.

Ella tragó saliva, abrumada por la proximidad de aquel hombre y consciente de que su mera presencia parecía haberse tragado todo el oxígeno de la habitación.

–Ahí tiene las razones por las que va a despedirme.

–¿Las razones por las que voy a «darme el gusto de despedirla personalmente»? Creo que eso es lo que ha dicho.

–Da igual, la cuestión es que va a despedirme. Que se dé el gusto o no es irrelevante…

–Tal vez lo sea para usted –la interrumpió–. No me gusta que me acusen de disfrutar por dejar a alguien sin empleo.

Su desaprobación era visible en el brillo de sus ojos oscuros, en el rictus de su boca, en el pulso que latía en su mentón apretado.

–Muy bien, lo siento, parece que estaba equivocada. Puede que no le guste hacer esto, pero va a hacerlo de todas formas. ¿Por qué no hago la maleta y me marcho ahora mismo? Imagino que Rafael y usted preferirían no tener a una tercera persona molestando todo el tiempo.

César tenía la impresión de haber perdido el control de la conversación y eso era algo insólito. Normalmente, cuando hablaba todos escuchaban y, desde luego, nadie intentaba hablar por él.

Sorprendido, se pasó una mano por el mentón mientras miraba a Grace Blake esperando una explicación.

–¿Rafael y yo?

–No se preocupe, su secreto está a salvo conmigo –Grace puso una mano sobre la manga de su chaqueta, pero la apartó a toda prisa, poniéndose colorada–. Kevin me hizo firmar un contrato de confidencialidad en la segunda entrevista, sin duda para que pueda demandarme si cuento algo sobre su vida.

Después de decir eso sonrió, una sonrisa alegre que lo dejó helado.

–Rafael y yo –repitió César, despacio, muy despacio, con la letal serenidad que hacía temblar a amigos y enemigos.

Y de la que Grace Blake debería tener miedo si ese comentario significaba lo que creía que significaba.

Capítulo 3

Una mirada a los fríos ojos negros de César Navarro y Grace supo que había metido la pata.

Otra vez.

Tenía la misma expresión que su padre cuando Beth o ella hacían algo malo. Clive Blake había sido un padre muy cariñoso que jamás levantaba la voz porque no le hacía falta. Esa fría inmovilidad era suficiente para dejar claro que estaba disgustado o enfadado.

Y la inmovilidad de César Navarro decía que era esto último como mínimo.

Los pies de Grace parecían hundirse en la gruesa alfombra y tenía la mente en blanco, de modo que no podía salir corriendo ni recordar de qué estaban hablando antes de que César Navarro se convirtiera en el hombre de hielo.

Ah, sí, recordó entonces. Estaba prometiéndole completa y total discreción sobre su relación con Rafael…

«Ah».

Grace hizo una mueca de angustia.

–¿Rafael y usted no son pareja?

César enarcó una ceja.

–Tal vez podría explicarme por qué ha sacado esa conclusión.

Aquel tono era el mismo que el de su padre, tuvo que reconocer Grace; suave, razonable, incluso agradable mientras las regañaba por lo que hubieran hecho. Pero si sus teorías sobre la relación con Rafael eran incorrectas, y su helada expresión decía que así era, César Navarro iba a enfadarse mucho.

Si no había pensado despedirla por lo de la noche anterior, con toda seguridad iba a hacerlo en aquel momento.

Tontamente, Grace se preguntó quién sería la persona de la fotografía enmarcada. Sin duda, alguien importante en su vida. César Navarro era demasiado frío, demasiado formal como para colocar una fotografía por capricho.

Y nada de eso la ayudaba a encontrar una respuesta adecuada a su pregunta.

–Me parecía la explicación más lógica.

–¿Para qué?

–En fin… un multimillonario joven y guapísimo que no aparece en las revistas con hordas de mujeres con las que se revuelca sobre

sábanas de seda cada noche… –Grace dejó escapar un gemido al darse cuenta de que estaba empeorando la situación–. No puedo creer que haya dicho eso en voz alta.

–Le aseguro que lo ha hecho –de nuevo, César no sabía qué pensar sobre la espontaneidad de su nueva cocinera. No sabía si debía pedirle que se fuera, reírse o sencillamente colocársela sobre la rodilla y darle un par de azotes en ese trasero respingón.

–¿Y no se le ha ocurrido pensar que tales fotografías no existen porque yo tengo mucha influencia sobre los medios?

–Ah –Grace frunció los labios–. No se me había ocurrido. ¿Significa eso que hay hordas de mujeres…?

–¿Puedo sugerir que tal vez este sea un buen momento para ejercitar cierta precaución sobre las cosas que dice en voz alta? –la interrumpió él.

–Lo siento.

César asintió con la cabeza.

–¿Así que me considera guapísimo y en la flor de la vida, señorita Blake?

Las mejillas de Grace Blake enrojecieron de tal modo que pensó que iba a salir ardiendo.

–Bueno, razonablemente –admitió ella finalmente.

César se puso cómodo sobre el escritorio, disfrutando de su azoramiento.

–No sabía que alguien pudiera ser razonablemente joven o guapísimo.

–¿Quiere dejar de repetir eso como si… como si…? –Grace sacudió la cabeza, impaciente–. ¿Rodney está por aquí?

–¿Para que pueda llevársela al bosque y despacharla?

–¡Exactamente!

César no pudo contener una carcajada ante el increíble descaro de aquella joven.

Grace se quedó sorprendida al escuchar esa risa ronca, masculina, que despertaba a la vida algo dentro de ella; y no era un despertar lento y tentativo sino un rugido, una emoción que nunca había sentido.

Deseo.

Notó una oleada de calor de la cabeza a los pies, los pechos pesados, los pezones erguidos, un volcán entre los muslos.

Era al mismo tiempo la sensación más placentera e incómoda que había experimentado en toda su vida.

Y era el enigmático César Navarro, un hombre que no estaba a su alcance, quien había despertado ese deseo.

Doloroso.

Ardiente.

Increíble.

Peor que la trivialidad de esa sensación era que, por el brillo de sus ojos, César se había dado cuenta de su prohibido deseo.

–Mire, por el bien de todos, ¿podríamos decir que me ha despedido y pedirle a Rodney que me acompañe a la puerta antes de que me abochorne aún más?

César estaba pasándolo en grande. Su empleada, directa y franca hasta el punto de abochornarse a sí misma, tenía unos labios perfectos y húmedos. Unos labios que lo excitaban, unos labios que quería besar para descubrir si sabían tan bien como la mousse de chocolate que había devorado por la noche…

«¡De eso nada!».

Grace Blake era una empleada y él no mantenía relaciones con sus empleadas. Ni siquiera con las que encontraba tan interesantes, imprevisibles y excitantes como la señorita Blake.

Aunque el rubor en sus mejillas y los pezones marcados bajo la blusa parecían decir que también ella lo encontraba atractivo.

César se irguió abruptamente y volvió a sentarse tras el escritorio, tanto para poner una barrera entre ellos como para esconder su reacción.

–Parece que nuestra relación laboral ha empezado con ciertas dificultades, señorita Blake… –hizo una pausa cuando ella lanzó un nada delicado bufido–. Exactamente. Si le parece, podríamos empezar de cero.

¿Qué quería decir con eso?, se peguntó ella. ¿En lugar de despedirla estaba dispuesto a olvidar sus meteduras de pata y permitir que siguiera trabajando para él? Si ese era el caso, tal vez lo había juzgado mal y no era el implacable y frío empresario que había creído antes de conocerlo

Pero, aunque él estuviese dispuesto a olvidar las libertades que se había tomado, ella no se veía capaz de controlar la reacción que provocaba aquel hombre.

–No sé si podría vivir perdida en medio del campo durante mucho tiempo.

–Esta finca no está en medio de la selva precisamente, señorita Blake –replicó él–. El pueblo más cercano está a diez kilómetros y medio y hay veinte personas más viviendo aquí. Sí, ya sé que la mayoría es personal de seguridad –se apresuró a decir al ver que iba a interrumpirlo–. Pero no dejan de ser seres humanos, personas con las que puede hablar.

¿Por qué no le sorprendía que César Navarro supiera con precisión cuántos kilómetros había hasta el pueblo más cercano o el número exacto de personas que vivían en la finca?

Grace hizo una mueca.

–Ellos, y las cámaras que hay por todas partes, me hacen sentir como un pez en una pecera.

–Las cámaras no están por todas partes, señorita Blake –César frunció el ceño, exasperado–. No hay ninguna en los cuartos de baño, por ejemplo.

–¡Faltaría más, eso sería totalmente paranoico! –exclamó ella–. Además de ser una invasión de la privacidad.

–¿Cree que soy paranoico, señorita Blake? –preguntó César Navarro, con tono letal.

–No estoy acostumbrada a que vigilen todos mis movimientos.

–Aquí no hay cámaras.

–Ya, claro, pero es la habitación en la que tenemos prohibido entrar.

–Cuando yo no estoy aquí –asintió César–. Cuando no hay nadie en el estudio, el sensor de alarma salta si entra alguien.

–Ah, genial –comentó ella, burlona–. ¿Guarda algo tan valioso que ni siquiera puedo entrar a limpiar el polvo?

César respiró profundamente para controlar su impaciencia.

–Es mi santuario, un sitio al que vengo para estar solo.

–¿Para hacer qué? ¿Bailar desnudo bajo la luna llena o algo así?

César estuvo a punto de atragantarse, incrédulo.

–¿Alguna vez se para a pensar antes de hablar, señorita Blake?

–Normalmente lo hago –respondió ella–. Pero, por alguna razón, el filtro no funciona cuando hablo con usted.

César arqueó una oscura ceja.

–¿La pongo nerviosa?

–Eso es decir poco.

–¿Le importaría explicarme qué hay en mí que la pone tan nerviosa?

«Todo» sería la respuesta a esa pregunta, pensó Grace. César Navarro era demasiado grande, demasiado arrogante y seguro de sí mismo, demasiado hermético; tanto que sentía el absurdo impulso de intentar alterarlo. Y, finalmente, era demasiado atractivo.

–No, mejor no.

César esbozó una sonrisa.

–¿Podría ser que, por fin, está aprendiendo a ser discreta?

Ella levantó los ojos al cielo.

–Esperemos que así sea.

–Muy bien. Y, respondiendo a su anterior pregunta, tal vez me gusta pensar que podría bailar desnudo bajo la luna llena si quisiera hacerlo.

–¿En serio?

César soltó un bufido.

–Esta conversación empieza a ser ridícula –murmuró, sacudiendo la cabeza con impaciencia al darse cuenta de que estaba intentando escandalizarla. Un juego peligroso.

–He pedido verla esta mañana por sus comentarios de anoche. Tal

vez se sentiría más cómoda si ocupase una habitación en el ala este de la mansión en lugar de vivir sola en la casita.

Grace lo miró, perpleja.

–¿Me está pidiendo que me mude a la mansión con Rafael y con usted?

César frunció los labios al recordar la relación que Grace Blake creía que mantenía con Rafael.

–Estoy sugiriendo que tal vez se sentiría menos aislada si ocupase una de las habitaciones de la mansión –repitió.

–Pero Kevin me dijo que nadie se alojaba en la mansión salvo Rafael y usted.

–¿Por eso creía que Rafael y yo éramos pareja?

–Eso y la actitud huraña de Rafael –respondió Grace.

–¿No se le ha ocurrido que tal vez la presencia de Rafael en la casa y su huraña actitud podrían deberse a otra razón?

–¿Qué otra razón?

–Piense, señorita Blake.

Ella se encogió de hombros.

–Está con usted constantemente, se ocupa de sus asuntos personales, le sirve la comida y es evidente que ve a los extraños con recelo.

–¿Y qué le sugiere eso?

–¿Que es tan paranoico como usted?

César frunció el ceño.

–Puede que hasta el momento haya encontrado entretenida su espontánea actitud, señorita Blake, pero le sugiero que tenga cuidado.

¿Qué había querido decir con eso?, se preguntó Grace. Había sacado conclusiones precipitadas, que él había aplastado con firmeza. Entonces, ¿qué otras razones…?

–¡Es su guardaespaldas! –exclamó.

–Muy bien, señorita Blake –César tuvo que disimular una sonrisa–. No solo es mi guardaespaldas sino el jefe de seguridad. Rodney y los demás están a sus órdenes.

–Ah.

–Ah, desde luego. Es cinturón negro en varias artes marciales y también un experto en armas por los años que pasó en el ejército.

–No me diga que también prueba su comida antes de servirla… –sugirió Grace.

–No soy tan paranoico, señorita Blake –respondió César, impaciente–. ¿O está sugiriendo que tal vez habría necesidad de hacerlo en el futuro?

–Esto… no, no.

–Muy bien. Si no le importa, piense en lo que he sugerido y dígame esta noche cuál es su decisión.

Grace, convencida de que iba a despedirla, se quedó absolutamente

desconcertada por la sugerencia de que ocupase una habitación en la mansión principal. La casa que ocupaba en ese momento era solitaria y aislada…

Aunque unos meses antes le habría gustado tener su propio espacio, aunque solo fuera para ordenar sus pensamientos más allá de lo triste que se había vuelto su vida: cuidar de su madre por la mañana, irse a trabajar después de comer y volver muy tarde, siempre alerta por si necesitaba algo en medio de la noche.

Los últimos seis meses, cuando tuvo que dejar de trabajar para atenderla, habían sido los más difíciles, sin un solo momento para sí misma.

Aunque no lamentaba haberlo hecho, al contrario. Heather y Clive le habían dado todo su cariño desde sus primeras seis semanas de vida y no era difícil devolverlo, pero los momentos de soledad se habían convertido en algo del pasado.

–Señorita Blake –la llamó César Navarro cuando iba a salir del estudio.

–¿Sí?

–Le agradecería que el viernes preparase una cena especial. Cenaré con dos personas más.

–Por supuesto –se limitó a decir Grace, intentando ser discreta.

Él esbozó una sonrisa mientras se arrellanaba en la silla.

–Y, si es posible, me gustaría que hiciera esa deliciosa mousse de chocolate como postre. Sé que al menos uno de los invitados la disfrutaría muchísimo.

Grace se quedó momentáneamente sorprendida al verlo sonreír. ¿Al pensar en el invitado o «invitada» que disfrutaría tanto de la mousse de chocolate?

«Esa deliciosa mousse de chocolate», había dicho.

Había visto el cuenco limpio cuando entró en la cocina a las seis y media para hacer el desayuno, pero pensó que Rafael la habría tirado a la basura antes de lavarlo.

–Parece que le gustó –se atrevió a decir.

–Tanto que el placer que sentí al probarla casi podría compararse con el que se experimenta durante el sexo.

–¿Qué? –Grace dio un paso atrás, chocando contra la pared.

–¿Lo he dicho en voz alta? –preguntó César, irónico.

Ella se puso colorada.

–¡Sabe que sí!

–¿Usted puede decir lo primero que se le pasa por la cabeza, pero yo no puedo hacer lo mismo?

Grace tragó saliva. De repente, estaba imaginando toda esa musculatura arqueada sobre una mujer, sobre ella, esos labios firmes y sensuales besando sus pechos y esas grandes manos deslizándose hacia

abajo…

«¡Santo cielo!».

Por segunda vez en unos minutos estaba excitada… ¡por César Navarro!

Y, a juzgar por el brillo burlón en sus ojos, él se había dado cuenta.

–¿Es posible que la extrovertida señorita Blake se haya quedado, al fin, sin palabras?

Ella lo miró, enojada.

–¡No creo que debamos convertir esto en una competición para ver quién puede alterar más al otro!

César la miraba con gesto serio, indescifrable.

–¿Está alterada, señorita Blake?

¿Lo estaba? Si debía ser sincera, más de lo que debería estarlo una mujer de veintiséis años. Especialmente una mujer de veintiséis años que había pasado un año viviendo en una ciudad tan romántica como París.

Le encantaba su trabajo, disfrutaba más que nunca creando platos deliciosos y maravillosamente presentados para que otros los disfrutasen, pero cocinar era mucho más que eso; era un arte, una delicia para los sentidos… como César Navarro había descubierto cuando se comió lo que quedaba de la mousse de chocolate. Y no era una habilidad fácil de adquirir o que pudiera perfeccionarse del día a la noche. Grace había estudiado durante años, trabajando con distinguidos chefs, antes de crear los postres en los que se había especializado.

A costa de su vida social. Ser chef significaba trabajar a la hora del almuerzo y de la cena, de modo que no había tiempo para mucho más.

Y esa era una de las razones por las que seguía siendo virgen a los veintiséis años.

Solo una de ellas, por supuesto. La otra razón era más personal, una necesidad interior de encontrar el amor, algo permanente con un hombre especial antes de acostarse con él.

No sabía por qué, tal vez por el misterio que rodeaba su nacimiento y adopción. Beth era más afortunada en ese sentido ya que siempre había sabido que sus padres biológicos, Carla y James Lawrence, habían muerto en un accidente de coche cuando ella tenía cinco años.

Por maravillosos que Clive y Heather Blake hubieran sido, mentiría si dijera que no se había preguntado muchas veces quién sería su madre biológica. Si sería una mujer joven y soltera, incapaz de cuidar de un bebé inesperado, si sería solo una más en un matrimonio cargado de hijos o si su madre habría muerto al dar a luz. Las posibles explicaciones por las que había sido dada en adopción eran interminables.

Quizá algún día decidiría buscar a sus padres biológicos. Hasta dos

meses antes, cuando Heather murió, le había parecido una deslealtad hacia la maravillosa pareja que la había adoptado y criado como si fuera su propia hija. Pero tal vez algún día intentaría localizar a su madre biológica para descubrir si vivía y si tenía algún interés en conocer a la mujer en la que se había convertido su hija.

–De haber sabido que iba a tardar tanto en responder no habría hecho la pregunta.

Grace dio un respingo cuando el tono impaciente de César Navarro interrumpió sus pensamientos.

–No me alteran sus comentarios, señor Navarro –le aseguró, insolente.

–¿No?

–No –repitió ella, aunque sus puños apretados traicionaban esa afirmación. ¿Cómo no iba a estar alterada ante el extraño e íntimo giro que había tomado la conversación?

–En ese caso, no sé si he mencionado que tengo trabajo que hacer.

Y, Grace estaba descubriendo que una «mención» de César Navarro era como una orden de cualquier otra persona.

–Por supuesto –murmuró, intentando sonreír–. ¿Alguna restricción con respecto a la cena del viernes, alguien a dieta o alérgico a algo?

Él lo pensó un momento.

–No, creo que no…

–Muy bien. Elaboraré un menú para que lo apruebe más tarde.

–Y su decisión sobre mudarse a una habitación en el ala este de la casa.

–Y mi decisión sobre mudarme a una habitación en el ala este de la casa –repitió Grace, cerrando la puerta tras ella sin saber si sería buena idea mudarse allí en esas circunstancias.

Y esas circunstancias eran una respuesta física sin precedentes ante el guapísimo César Navarro.

Capítulo 4

–Veo que no solo ha tomado la decisión sino que ya se ha mudado, señorita Blake… ¡cuidado! –César la tomó por la cintura cuando tropezó al dar media vuelta para mirarlo.

–¡O deja de asustarme o se arriesga a que sufra un infarto! –exclamó Grace, temblando, con una mano sobre su torso–. Una decisión difícil, ¿eh? –añadió, burlona, cuando él permaneció en silencio.

–No tiene ni idea, señorita Blake –César la soltó abruptamente. Aquel día no llevaba el uniforme sino unos vaqueros ajustados y una camiseta bajo la que se podía intuir un sujetador de encaje, su largo pelo suelto cayendo casi hasta la cintura–. ¿Se ha hecho daño?

–No, en absoluto –Grace dio un paso atrás, notando que le ardían las mejillas–. ¿Ha salido a correr?

No podía apartar la mirada de los anchos hombros bajo la camiseta negra, el pantalón de chándal bajo de cadera, el pelo oscuro más alborotado de lo habitual, la toalla al cuello… el calor y el aroma masculino de su cuerpo la dejaban sin aliento.

Ligeramente sudoroso, con el pelo mojado, no parecía el César impresionante y remoto sino un hombre más tangible, más primario…

Grace sintió que su cuerpo respondía a esa virilidad; sus pezones irguiéndose bajo el sujetador y una humedad entre los muslos que empezaba a convertirse en la reacción normal ante aquel hombre.

–Rafael y yo hemos estado entrenando en el gimnasio, dos plantas más arriba. Jiu-jitsu –explicó César, burlón, ante la mirada inquisitiva de Grace.

–Sin duda es usted un experto.

–Sin duda –asintió él.

–Ya, claro. Pues sí, he decidido aceptar su oferta y espero sentirme más cómoda aquí –aunque si iba a seguir viendo a su jefe vestido así, o más bien a medio vestir, ya sabía lo que iba a pasar: muchos ardores, seguidos de muchas duchas frías.

–Muy generoso por su parte, señorita Blake –bromeó él.

Grace decidió pasar por alto el sarcasmo.

–¿Es posible apagar eso? –le preguntó, señalando una cámara en una esquina de la habitación–. Como ya le he dicho, el exhibicionismo no es lo mío.

–Hablaré con Rafael.

–Gracias –Grace esbozó una sonrisa–. ¿Qué tal el día?

Lo había visto cuando salió de la casa, el atento Rafael abriendo la puerta de un todoterreno negro para su jefe antes de sentarse al lado del conductor.

–Ha sido tolerable –respondió César, sorprendido.

¿Cuándo fue la última vez que alguien le hizo esa pregunta? Su madre tal vez, doce años antes, cuando estudiaba en Harvard.

Pero no pensaba en una figura maternal cuando miraba a Grace Blake, con su carácter directo y sus sinuosas curvas. Unas curvas que lo habían excitado mientras la tuvo entre sus brazos unos segundos antes.

–¿Y qué tal usted? –le preguntó, inquieto por tales pensamientos.

–He estado muy ocupada.

César sacudió la cabeza.

–No entiendo por qué ha solicitado un puesto para el que está sobrecualificada.

–¿Quiere que le diga la verdad?

–¿Para qué cambiar el tenor de nuestras conversaciones ahora? –bromeó César.

–Lo intenté, pero no pude encontrar un puesto en ningún hotel o restaurante después de estar ocho meses sin trabajar y mi hermana Beth no gana lo suficiente como para pagar todas las deudas que hemos acumulado… en fin, que necesitaba el dinero.

Y, gracias al informe de Maddox, César sabía que la enfermedad de su madre y su posterior fallecimiento unos meses antes era la razón por la que habían acumulado tantas deudas.

–Pensé que el nombre de su hermana era Elizabeth.

–¿Cómo sabe…? Ah, el informe de seguridad –Grace hizo una mueca–. Entonces también sabrá las razones por las que estuve varios meses sin trabajar. Y siempre hemos llamado Beth a mi hermana, no Elizabeth.

–Lamento la muerte de su madre –César había tenido oportunidad de leer el informe completo y sabía que su padre adoptivo había muerto cuatro años antes y que el único familiar que le quedaba era su hermana, también adoptada.

–Beth y yo nos tenemos la una a la otra –Grace se encogió de hombros filosóficamente–. Discutíamos mucho cuando éramos adolescentes, pero ahora estamos muy unidas. Bueno, usted también tiene una hermana pequeña, así que imagino que sabrá lo irritante que puede ser eso cuando uno es más joven –dejó de sonreír al ver el cambio en la expresión de César Navarro, que se había puesto tenso de repente, en los ojos negros un brillo de advertencia.

¿Por qué? ¿Porque había admitido saber algo sobre su vida privada?

–¡Usted se ha informado sobre mí y me parece justo informarme yo también! –le espetó.

–El nombre de mi hermana era Gabriela, señorita Blake, y la perdimos cuando tenía dos años –dijo él abruptamente–. Y ahora, si me perdona…

–Oh, no –Grace puso mano en su antebrazo, pero tuvo que apartarla a toda prisa cuando el equivalente a una descarga eléctrica recorrió sus dedos–. Lo siento mucho, no tenía ni idea…

–Evidentemente.

«Ay, tierra, ábrete y trágame ahora mismo», rezó Grace para sus adentros. Cualquier cosa para escapar del desdén en esos fríos ojos oscuros.

–En el futuro, si desea saber algo sobre mi vida privada, sugiero que me pregunte a mí en lugar de sacar conclusiones precipitadas o buscar en páginas de internet poco fiables –le advirtió.

Ella asintió.

–Lo siento mucho, de verdad.

Parecía tan contrita que César se relajó un poco. Pero solo un poco. El tema de su hermana, Gabriela, seguía siendo muy delicado para él y no era algo de lo que sus padres o sus parientes hablasen en su presencia.

Tenía diez años más que Gabriela, pero adoraba a esa rubia y traviesa niña desde el día que nació y su desaparición era un trauma del que nadie en su familia se había recuperado. El matrimonio de sus padres no había sobrevivido a esa pérdida. Siguieron juntos solo hasta que él cumplió los dieciocho años, cuando su madre volvió a Estados Unidos y su padre siguió viviendo en Argentina. Nunca se habían divorciado y, que él supiera, no habían rehecho su vida con otra persona; sencillamente, era demasiado doloroso para ellos vivir juntos con el fantasma de la pequeña Gabriela persiguiéndolos a todas horas.

–Si me perdona, tengo que ducharme y vestirme antes de cenar.

–Sí, claro –asintió ella, consternada.

César se ablandó ante su evidente disgusto.

–El cuenco de fruta que ha puesto en la entrada es mucho mejor que las flores.

–Si usted lo dice… –Grace no parecía convencida–. Bueno, ¿entonces puedo ocupar esta habitación?

–¿No es un poco tarde para preguntar cuando ya ha traído todas sus cosas? –le preguntó él. Había ropa colgando en el armario, libros sobre la mesilla y una maleta abierta sobre la cama.

–Estaba intentando ser prudente.

–Como he dicho antes, tal vez sea demasiado tarde para eso –César enarcó una oscura ceja.

Avergonzada, Grace volvió a ponerse colorada.

–¡No entiendo por qué suelto lo primero que se me pasa por la cabeza cuando estoy con usted!

César tampoco entendía por qué toleraba las indiscreciones de la señorita Blake. Tal vez porque encontraba divertida su espontaneidad, incluso refrescante después de tantos años dando órdenes que nadie se atrevía a cuestionar.

Pero oírla hablar de Gabriela, la hermana que había perdido para siempre, no había sido nada divertido.

–Tal vez en el futuro debería esforzarse más –replicó–. En fin, la dejo para que siga ordenando sus cosas.

César Navarro dio media vuelta con la gracia de un predador para dirigirse a sus habitaciones. Enormes habitaciones palaciegas que, por orden de Kevin, debía tener preparadas antes de su llegada: un salón elegantemente amueblado, un cuarto de baño lujoso con bañera y ducha y un dormitorio dominado por una enorme cama con dosel…

Una cama con dosel en la que era muy fácil imaginar el fibroso cuerpo desnudo, el alborotado cabello oscuro en contraste con las almohadas blancas…

Grace apretó los puños antes de volver a la habitación, mucho más pequeña, que había elegido para sí misma, sabiendo que había metido la pata hasta el fondo cuando mencionó a la hermana de César.

No había leído nada en internet sobre la muerte de Gabriela, probablemente porque, como él había dicho el día anterior, tenía gran influencia en los medios de comunicación. Y tal vez el tema de la muerte de su hermana, como cualquier otro detalle de su vida personal, era algo que no quería ver publicado.

Fuese cual fuese la razón, sabía que al hablar de Gabriela había conseguido irritarlo otra vez. A ese paso, de verdad iba a encontrarse en la calle antes de que terminase la semana.

Y tomando en cuenta el escalofrío que había sentido al tocarlo, casi sería lo mejor.

–El señor Navarro quiere hablar contigo en el comedor –la informó Rafael mientras terminaba de preparar la bandeja del café.

Conociendo su papel en la vida de César, Grace había hecho lo posible por romper el hielo esa noche. En general solo recibía gruñidos como respuesta a sus intentos de entablar conversación, pero parecía menos antipático que el día anterior.

–Entonces, aprovecharé y yo misma le llevaré el café –sugirió.

–Como quieras.

–No te preocupes, ya le he dicho que no tengo ninguna intención de ponerle veneno en el café.

Rafael frunció el ceño.

–¿La seguridad del señor Navarro te parece tema de burla?

–No, claro que no –respondió ella–. ¿Pero de verdad es necesario

todo este misterio?

El hombre arqueó una ceja.

–¿Misterio?

Grace sonrió al ver cómo se parecía a su arrogante jefe en ese momento.

–La gente normal no vive así, con guardias de seguridad por todas partes, cámaras de vigilancia, sensores de movimiento… –siguió, mientras Rafael la miraba con cara de pocos amigos.

–¿Estás sugiriendo que César no es una persona normal?

–No, solo digo… –Grace sacudió la cabeza, cortada–. En fin, me parece un poco exagerado.

Rafael se encogió de hombros.

–Supongo que para los extraños este grado de seguridad debe de parecer un poco extremo.

–Y yo soy una extraña –murmuró Grace.

–Tal vez si supieras… –Rafael no terminó la frase–. La gente como César se enfrenta a muchos peligros.

–¿La gente tan rica como él, quieres decir?

–Sí, bueno, algo así.

–Y pensar que hasta ahora no me había dado cuenta de que ser pobre tenía sus ventajas –replicó ella, irónica.

Rafael hizo un gesto de fastidio.

–César me advirtió que podías hacer comentarios… sorprendentes.

Grace se encogió de hombros.

–¿Entonces todo esto te parece necesario?

¿César Navarro necesitaba un guardaespaldas que lo acompañase a todas partes, que su lugar de residencia, en cualquier parte del mundo, estuviera constantemente vigilado por cámaras y personal de seguridad?

–La historia familiar indica que sí –respondió Rafael, sin añadir nada más–. El señor Navarro está esperando –le recordó, esbozando una vaga sonrisa mientras señalaba la puerta.

Grace sonrió mientras tomaba la bandeja y salía desenfadadamente de la cocina para que el todopoderoso señor Navarro no tuviese que esperar ni un segundo.

Pero en cuanto entró en el comedor, un ejército de mariposas empezó a revolotear en su estómago al recordar lo que había sentido al tocar su brazo unas horas antes.

Tal vez mudarse a la casa principal no había sido tan buena idea. En fin, era demasiado tarde para hacerse esa pregunta cuando ya se había instalado.

Además, César no estaba a su alcance. Pertenecían a mundos diferentes en todos los sentidos: económica, social, físicamente.

Sobre todo físicamente.

Le parecía absurdo haber pensado en algún momento que César Navarro y Rafael eran pareja. Su jefe podía ser distante, incluso frío, pero había visto un brillo de admiración masculina en su oscura mirada mientras estaba en la puerta del dormitorio, tan viril con la camiseta y el pantalón de chándal, el pelo oscuro alborotado por el ejercicio.

Un pelo oscuro y alborotado que ella desearía tocar y una virilidad que hacía que le temblasen las rodillas.

–Entre, señorita Blake –respondió cuando llamó a la puerta del comedor–. ¿Ha llamado porque temía encontrarme bailando desnudo? –bromeó.

–No, habiendo tantas cámaras no creo que lo hiciera –replicó ella, insolente, mientras dejaba la bandeja de café sobre la mesa. Tenía que hacer un esfuerzo para no mirar el vello oscuro que asomaba por el cuello de su camisa–. Rafael ha dicho que quería hablar conmigo.

César observó que, de nuevo, llevaba una blusa blanca y una falda negra, el pelo sujeto en una coleta recogida en la nuca. Nada que ver con los vaqueros ajustados y la camiseta que llevaba por la tarde.

–Siéntese, señorita Blake.

Ella lo miró, sorprendida.

–Eso no sería apropiado en una relación jefe-empleada, señor Navarro.

–Yo soy ese jefe, señorita Blake, y le he pedido que se siente.

–No quiero ser puntillosa, pero creo haber recibido órdenes…

–¡Madre mía! ¡Siéntese, señorita Blake! –exclamó él, exasperado.

–Muy bien, muy bien –asintió ella, sentándose lo más lejos posible–. Pero Rafael no lo aprobaría.

–No creo haberle pedido opinión –replicó él–, y, como no tengo intención de gritar, sugiero que se acerque un poco más –le aconsejó.

Grace frunció el ceño.

–¿No le ha gustado la cena? Porque si es así…

–Como sin duda usted saber mejor que nadie, la cena ha sido excelente –la interrumpió–. Pero no tengo intención de levantar la voz para hacerme oír.

–Ah, muy bien –Grace se levantó para sentarse en una silla a su izquierda–. ¿Le gusta comer solo?

César parpadeó.

–No es una cuestión de que me guste o no. Vivo solo, de modo que como solo.

–Pero podría haber invitado a algún amigo o… –Grace no terminó la frase.

–¿O a esas hordas de mujeres con las que me revuelco en mis sábanas de seda cada noche?

Ella se puso colorada hasta la raíz del pelo.

–Sí.

–Veo que la antigua señorita Blake ha vuelto –murmuró César, intentando disimular una sonrisa.

–¿Qué?

–La indiscreta señorita Blake –respondió él, mientras se arrellanaba en la silla para mirarla con gesto socarrón.

Grace dejó caer los hombros.

–Y mira que lo he intentado.

–Me temo que ha fracasado en su empeño.

Aquel hombre era un riesgo para su salud mental, tuvo que admitir Grace.

–¿Aprueba el menú para la cena del viernes? –le preguntó, cambiando de tema al ver sobre la mesa el menú que había escrito a mano unas horas antes.

–Seguro que mis invitados lo disfrutarán inmensamente.

–¿Y usted?

–Yo también.

«¿Especialmente la mousse de chocolate?».

No debería pensar esas cosas. Imaginar a César Navarro en medio de un orgasmo no era la mejor idea en ese momento.

–¿Eso es todo?

–¿Quiere tomar un café?

Grace se quedó boquiabierta ante la inesperada invitación.

–Solo he traído una taza.

–Entonces, tal vez una copa de coñac –César indicó un decantador sobre uno de los aparadores.

–No, mejor no. Cuando bebo alcohol me vuelvo más parlanchina –y, como él había observado en más de una ocasión, ya era exageradamente parlanchina sin una copa de coñac soltándole la lengua.

–Estoy dispuesto a correr ese riesgo si usted también lo hace, señorita Blake –respondió él, claramente divertido.

Y Grace no solía acobardarse ante un reto.

–En ese caso, gracias.

César se levantó con la gracia de un predador para servir dos copas de coñac.

Porque era un predador de los de dientes afilados, pensó ella mientras evitaba rozar sus dedos cuando le ofreció una copa. Aún recordaba lo que había sentido al tocarlo y no quería repetir la experiencia.

César volvió a sentarse y tomó un trago antes de hablar:

–¿Por qué no bebe, señorita Blake?

–Porque no sé qué hago aquí.

–En este preciso instante ha sido invitada a tomar una copa de

coñac –le recordó él, mirando el líquido de color ámbar.

Grace se pasó la lengua por los labios, pero deseó no haberlo hecho cuando los oscuros ojos de halcón del señor Navarro se clavaron en ellos. Sintió que le ardían las mejillas bajo la penetrante mirada. La mano le temblaba mientras levantaba la copa.

–Excelente –murmuró–. Pero claro, ¿cómo no iba a serlo? Solo lo mejor para César Navarro –comentó, arqueando una inquisitiva ceja.

–¿Y no le parece bien?

–No es asunto mío aprobar o desaprobar nada de lo que usted haga –Grace evitó mirarlo mientras volvía a dejar la copa sobre la mesa.

–Le aseguro que, por el momento, eso es precisamente lo que ha hecho –replicó el, burlón.

Las mejillas de Grace parecían a punto de explotar.

–Le advertí lo que me pasa cuando bebo alcohol.

–Sí, claro. Dígame, ¿ha pensado alguna vez abrir su propio restaurante?

–¿Perdón? –el inesperado cambio de tema la sorprendió.

César tomó un trago de coñac antes de repetir la pregunta:

–¿Ha pensado alguna vez abrir su propio restaurante?

Cada día desde que cumplió dieciséis años y supo que quería convertirse en la mejor chef de Inglaterra.

Era un sueño imposible, claro. Había estudiado en París con uno de los mejores chefs del mundo y, cuando completó su educación, volvió a Inglaterra para convertirse en chef de repostería en uno de los hoteles más prestigiosos de Londres, pero el sueño de tener su propio restaurante seguía siendo eso, un sueño, y siempre lo sería, de modo que negó con la cabeza.

–Para eso hace falta dinero y yo no lo tengo, señor Navarro.

–Pero posee la mitad de la casa de sus padres en Londres.

Ese maldito informe de seguridad otra vez. ¿Había algo de su vida que aquel hombre no supiera?

–Y mi hermana posee la otra mitad de una casa en la que vivimos las dos –le explicó–. Por cierto, ¿le importaría que Beth viniese a verme un fin de semana?

César esbozó una sonrisa.

–No sabía que necesitase mi permiso para invitar a su hermana.

–Lo necesito para que Rafael avise a los guardias de seguridad y la dejen entrar.

Él se levantó, impaciente.

–No es usted prisionera aquí, señorita Blake.

–¿Eso significa que puedo invitar a Beth?

–¡Pues claro que puede invitarla! –César hizo una pausa, intentando calmarse. Él nunca levantaba la voz, nunca le había hecho falta. Antes de que la irritante Grace Blake apareciese en su vida, claro–. Mientras

informe a Rafael con antelación, puede invitar a quien quiera.

–Solo pienso invitar a Beth.

Él arqueó una ceja.

–¿Ningún hombre comparte sus sábanas de seda?

–En mi cama no hay sábanas de seda –Grace sintió que se ruborizaba hasta la raíz del pelo–. Y tampoco hay ningún hombre que las comparta.

–¿En este momento?

–¡Nunca!

César frunció el ceño.

–¿Está siendo discreta, señorita Blake?

–Estoy diciendo que mi vida privada no es asunto suyo –le espetó ella, enfadada–. ¿Puede venir mi hermana a verme un fin de semana o no?

–Ya he dicho que sí, pero no este fin de semana porque no volveremos hasta el sábado por la noche…

–¿Qué? –Grace lo miró, perpleja–. ¿Volveremos de dónde?

César recordó entonces que había omitido decirle dónde tendría lugar la cena del viernes.

La cena que ella iba a preparar.

Capítulo 5

¡Buenos Aires!

Aunque aún le parecía increíble, el jueves por la noche Grace se encontró en el jet privado de César Navarro, de camino a su apartamento en la capital argentina con el único propósito de preparar una cena para él y sus dos invitados.

Pensaba que esas cosas solo ocurrían en las películas, pero, al parecer, César Navarro era capaz de cualquier excentricidad.

Había tenido que tomarse el coñac de un trago para recuperarse del shock al saber que esperaba que fuese con él a Buenos Aires. Luego había llamado a su hermana para pedir que le enviase su pasaporte por mensajero. A Beth no le hizo ninguna gracia cuando le explicó por qué lo necesitaba y cuestionó la sensatez de ir a Argentina con un hombre al que acababa de conocer, aunque fuese su jefe.

Grace estuvo a punto de confiarle sus propias reservas, pero finalmente decidió no hacerlo. Sería mejor ocultar que le preocupaba pasar un fin de semana en una ciudad tan excitante como Buenos Aires con un hombre tan excitante como César Navarro… que en ese momento hablaba en voz baja con Rafael a unos metros de ella.

Suspirando, miró el interior del lujoso jet privado, con sus cómodos sillones y sofás de piel, varias mesas y una enorme pantalla de televisión. También había una cocina bien equipada, en cuya nevera habían guardado los ingredientes para la cena del día siguiente, y desde la que el auxiliar de vuelo había servido un festín digno de cualquiera de los hoteles en los que ella había trabajado.

Sin embargo, no estaba preparada para el aspecto informal de César Navarro, con una camisa de cuello abierto bajo una chaqueta de cuero, vaqueros gastados y botas negras. Y por si eso no fuera suficiente para acelerar su pulso, el pelo alborotado le daba un aspecto aún más sexy.

Pero no era eso en lo que debería pensar cuando estaba a punto de pasar dos noches en el apartamento de César Navarro en Buenos Aires.

No estarían solos, por supuesto. El siempre vigilante Rafael estaría con ellos y, sin duda, varios guardias de seguridad. Aun así…

De repente, César interrumpió la conversación con Rafael para mirarla con gesto inquisitivo y Grace sintió que le ardían las mejillas cuando se levantó para sentarse a su lado, mirándola con sus enigmáticos ojos negros y destilando ese aire de poder que, sin duda,

lo convertía en un empresario formidable.

Y un hombre más formidable aún.

–¿Le da miedo viajar en avión?

–No, en absoluto –respondió Grace, nerviosa.

–Pero parece incómoda.

–Abrumada más bien –admitió, en voz baja.

–Solo es un jet, señorita Blake –César estiró sus largas piernas.

–Un jet privado que lo lleva donde usted quiere cuando quiere.

En realidad, él la abrumaba más que el entorno. Tal vez debería haberle contado a Beth sus confusos sentimientos por aquel hombre. Su hermana solía ver las cosas de forma más práctica que ella.

Además, César parecía diferente aquella noche. Más grande, más cercano en el interior del lujoso jet. Era inquietante y ese aire de dueño del universo, probablemente porque lo era, lo convertía en una fuerza de la naturaleza, en un ser extraordinariamente carismático.

Grace se sentía como pez fuera del agua sentada a su lado; tanto que no se le ocurría ninguna de las insolentes réplicas que se habían convertido en parte de su relación…

¿Qué relación? No tenían ninguna relación, se recordó, salvo la de jefe y empleada.

–Hay un dormitorio al final del pasillo, si le apetece descansar un par de horas.

Grace abrió los ojos como platos. ¿Un dormitorio? ¿Había un dormitorio en el avión?

Bueno, claro que habría una cama, qué tontería. César Navarro recorría el mundo en su jet, cruzando diferentes zonas horarias, y alguna vez tendría que dormir para estar descansado durante las reuniones a las que acudía una vez llegaba a su destino.

–No quiero privarlo de su descanso.

Él sonrió, guasón.

–Es una cama muy grande.

Grace tragó saliva. No podía estar dando a entender… no estaría sugiriendo…

–No, en serio, no me hace falta –murmuró, buscando a Rafael con la mirada.

César miró a su jefe de seguridad, que fingía dormir con la cabeza apoyada en el respaldo del sillón. Por discreción, naturalmente. En todos los años que llevaba trabajando para él, jamás había visto a Rafael dormir durante un vuelo. De hecho, no estaba seguro de que aquel hombre, siempre vigilante, durmiese alguna vez.

–Es un vuelo muy largo –comentó.

–De todas formas…

César dejó escapar un suspiro exasperado.

–¿Tiene que discutir por todo, señorita Blake?

Ella lo miró con curiosidad.
–¿Lo hace deliberadamente?
–¿A qué se refiere?
–Llamarme constantemente señorita Blake.
–Es su nombre, ¿no? Y no me ha dado permiso para llamarla de otro modo.
Grace enarcó una burlona ceja.
–¿Necesita que le dé permiso?
–Creo que sí.
–Es una actitud muy anticuada.
César resopló, impaciente.
–O una simple cortesía.
–Entonces, por favor, llámeme Grace –lo apremió–. Y, por cierto, no discutí cuando me dijo que pasaríamos el fin de semana en Buenos Aires, ¿verdad?
–Porque se quedó sorprendida. De hecho, se quedó sin palabras. Fue un cambio muy agradable –replicó él, burlón.
Grace arrugó la frente.
–¡No todo el mundo está acostumbrado a recorrer miles de kilómetros en un jet privado solo para cenar!
–Pero no es una simple cena –César sacudió la cabeza.
–¿Ah, no? Entonces debería haberme dicho que es una ocasión especial.
–¿Por qué?
–Tal vez habría elegido un menú diferente.
–El menú es perfecto. Y no me parece que cumplir treinta y cuatro años sea razón para celebraciones –César hizo una mueca.
–¿Es su cumpleaños?
Él miró el carísimo reloj que llevaba en la muñeca.
–Eso parece, sí.
Grace se quedó mirándolo, sin saber qué decir. Iba a Buenos Aires con César Navarro para preparar la cena de su cumpleaños. Bueno, no era una celebración ya que solo habría dos invitados. Pero, sabiendo que era su cumpleaños, no podía dejar de preguntarse quiénes serían los invitados. Especialmente el o la que disfrutaría tanto de su mousse de chocolate.
¿Tal vez la misma mujer que compartía en ese momento sus sábanas de seda? Al menos en Buenos Aires.
Se le encogió el corazón al imaginar a César compartiendo su cama con otra mujer.
«Ay, madre, ¿de dónde ha salido eso?».
No podía sentirse atraída de verdad por un hombre como César Navarro. Sería una locura por su parte, una tontería que solo llevaría a un corazón roto.

Sacudió firmemente la cabeza.

–No tenía ni idea. Debería haberme dicho que era su cumpleaños.

–¿Habría hecho una tarta? ¿Me habría comprado un regalo, tal vez?

–Podría haber hecho una tarta, pero ¿qué podría comprarle a un hombre que ya lo tiene todo? –preguntó Grace ácidamente.

César hizo una mueca.

–Hay muchas cosas en esta vida que no tengo, Grace.

–¿Por ejemplo?

–Por ejemplo, unos padres que sigan juntos. Los míos se separaron tras la muerte de Gabriela.

Ella contuvo el aliento, mirándolo con un brillo de compasión en los ojos.

–¿Esa es la razón por la que sus padres se separaron?

–Sí, con el tiempo –César se encogió de hombros–. Algunas personas se unen más en esas situaciones. Otras, como mis padres, no pueden soportar algo que los consume cada vez que se miran el uno al otro y… ¡no tengo ni idea de por qué estoy contándole esto! –exclamó entonces, exasperado.

–Tal vez porque, después de todo este tiempo, siente la necesidad de hablar de ello.

–Eso no explica por qué se lo estoy contando precisamente a usted.

Grace se echó hacia atrás bruscamente.

–No hay necesidad de ser grosero.

¿Estaba César molesto consigo mismo por habérselo contado a una simple empleada? ¿O lo estaba porque era un hombre muy discreto que jamás hablaba de su vida privada con nadie?

–Le pido disculpas –murmuró él, tirante, mirándola durante unos segundos antes de levantarse abruptamente–. Si cambia de opinión y desea descansar, el dormitorio está al otro lado de esa puerta.

Volvió al lado de Rafael y apoyó la cabeza en el respaldo del sillón, con los ojos cerrados. Unos minutos después parecía dormido, pero su expresión seguía siendo implacable.

Grace era incapaz de conciliar el sueño. Primero, por las lágrimas que habían asomado a sus ojos tras el doloroso rechazo de César. Segundo, porque no podía dejar de pensar en lo que le había contado sobre sus padres. Ser adoptada y preguntarse quién serían sus verdaderos padres siempre había sido doloroso para ella, pero no podía ni imaginar lo terrible que debía de ser perder a una hermana pequeña a la que, evidentemente, la familia Navarro adoraba.

–Esto es asombroso…

César miró a Grace, sentada a su lado en la limusina que los esperaba en el aeropuerto para llevarlos al centro de Buenos Aires.

Rafael iba en el asiento delantero, al lado del conductor, su expresión inescrutable tras las gafas oscuras mientras vigilaba constantemente su entorno.

César había pasado gran parte del vuelo lamentando la conversación con Grace Blake sobre sus padres y las lágrimas que había visto en sus ojos azules verdosos cuando, abrupta y groseramente, había dado por terminada la conversación. Él jamás hablaba de su familia con nadie, ni parientes ni amigos, y Grace Blake no era ni lo uno ni lo otro. Por eso la conversación le había resultado tan extraña.

–Supongo que nunca había estado en Argentina.

Ella negó con la cabeza, el suave pelo castaño oscuro cayendo en cascada por su espalda.

–Mis padres eran abogados, así que podíamos permitirnos ir a sitios como Florida o el Caribe de vacaciones, pero nunca estuvimos en Argentina –respondió–. Pero he visto el musical *No llores por mí, Argentina* y hasta tengo la camiseta.

César sonrió, divertido.

–Esa era la Argentina de hace cincuenta años. Se ha vuelto más cosmopolita desde entonces.

–Es un sitio precioso –dijo Grace, con los ojos brillantes–. Me encantan los edificios, y la gente parece tan relajada en las terrazas… antes he visto a una pareja bailando en la calle.

–El tango –César asintió con la cabeza–. Músicos y bailarines profesionales bailan en la calle y animan a la gente a hacerlo.

Grace inclinó a un lado la cabeza.

–¿Usted alguna vez…? No, claro que no –murmuró, poniéndose colorada.

César tuvo que disimular una sonrisa.

–Nunca lo he bailado en la calle, pero cualquier argentino que se precie sabe bailar el tango.

–Ah –Grace parecía sorprendida.

–¿Usted sabe bailar el tango?

–A duras penas. A mis padres les gustaban mucho los bailes de salón e insistieron en que Beth y yo tomásemos clases cuando éramos adolescentes.

–Mis padres también.

–A Beth se le da mucho mejor que a mí –siguió Grace, con tono afectuoso–. Mi hermana tiene ritmo por naturaleza.

–¿Y usted no?

–Me las arreglo como puedo –Grace apartó la mirada, pero no podía dejar de imaginar ese erótico baile con César Navarro, el duro cuerpo masculino apretado contra el suyo mientras efectuaban los complicados pasos mirándose a los ojos…

«Eso no va a pasar», se dijo. Solo estaba allí para organizar una cena, no para excitarse pensando en bailar un tango con su jefe.

–¿El apartamento está muy lejos? –preguntó, incómoda–. El viaje ha sido muy largo y me gustaría arreglarme un poco.

Aunque una ducha fría sería mejor idea.

–Llegaremos en unos minutos.

César giró la cabeza para mirar por la ventanilla y Grace aprovechó la oportunidad para mirarlo a placer. Se había quitado la chaqueta de cuero y llevaba la camisa remangada, revelando unos fuertes antebrazos cubiertos de suave vello oscuro, un reloj de oro en la muñeca izquierda, las manos apoyadas en los fuertes muslos, los dedos largos…

¿Cómo sería sentir esos dedos sobre su piel?

Aquello tenía que terminar antes de que hiciese el mayor ridículo de su vida, pensó, furiosa consigo misma.

–¿Esperaba otra cosa? –preguntó César al ver su cara de sorpresa cuando llegaron a un patio empedrado en la zona de Recoleta.

–Pensé que vivía en un apartamento.

–En la última planta de ese edificio, sí. ¿Esperaba un rascacielos moderno como los de Londres, tal vez?

Desde luego, no había esperado una preciosa mansión de cuatro plantas sobre un enorme parque, donde había familias merendando, niños jugando y perros correteando sobre la hierba.

–Es un sitio precioso.

–La zona de Recoleta es un oasis de paz en medio de una ciudad bulliciosa.

«Un oasis muy exclusivo y muy caro», pensó Grace mientras lo seguía al fresco interior del edificio, sus pasos reverberando sobre el vestíbulo de mármol hasta llegar a los ascensores. Tres de ellos. Sin duda, un ascensor privado por planta.

–¿Y Rafael? –Grace enarcó una ceja cuando las puertas del ascensor se abrieron silenciosamente y él se hizo a un lado para dejarla pasar.

–Rafael se está encargando del equipaje, pero vendrá enseguida.

De verdad había entrado en otro mundo cuando aceptó el puesto en casa de César Navarro, pensó Grace. Un mundo exclusivo de fincas en la campiña inglesa, jets privados, limusinas, chóferes, preciosas casas en Buenos Aires… y las inevitables cámaras de vigilancia, se dio cuenta al mirar el techo del ascensor.

César hizo una mueca.

–¿Por qué le molestan tanto? –preguntó, impaciente, mientras pulsaba el botón.

–¿Por qué no le molestan a usted?

–¿Por qué iban a molestarme?

–Porque… bueno, porque te roban la intimidad.

–¿Y qué intimidad necesita en un ascensor?

–Yo… en fin, no lo sé. Es que… ¿qué está haciendo? –exclamó Grace, sin aliento, cuando César puso las manos sobre el espejo, a cada lado de su cara.

–Intento demostrar que no me siento inhibido por las cámaras –César miraba los ojos azules verdosos, las enternecedoras pecas en la nariz, los labios generosos que en ese momento estaban haciendo un puchero.

Unos labios en los que había pensado a menudo durante los últimos cuatro días, preguntándose si serían tan suaves y deliciosos como parecían.

–¿César?

Era la primera vez que lo tuteaba y su aliento se convirtió en una caricia cuando bajó la cabeza un poco más.

–¿Sí?

–Creo que ya has demostrado lo que querías.

César siguió mirándola durante unos segundos, intentando contener el deseo de saborear los jugosos labios de Grace Blake.

Era su empleada, maldición, una mujer joven que había acompañado a su jefe a Buenos Aires con el único propósito de preparar una cena especial. Una mujer joven, hermosa y deseable, pero su empleada.

–Así es –murmuró, dando un paso atrás cuando el ascensor se detuvo y las puertas se abrieron.

Grace lo siguió con las piernas temblorosas, convencida de haber malinterpretado el brillo de deseo en los ojos negros de César Navarro. No podía ser, seguramente era un brillo de ira. Como acercarse tanto a ella había sido más bien un castigo por sus críticas, para demostrarle que a él las cámaras no le molestaban en absoluto.

–Buenos días, María –César saludó a la mujer bajita de pelo gris que acababa de aparecer en el recibidor.

El apartamento era opulento y exuberante, con suelos de mosaico árabe, intricados techos pintados a mano, cornisas francesas decoradas con pan de oro, hermosas lámparas de araña, antigüedades de madera oscura, y grandes y cómodos sofás.

Grace no entendió lo que la mujer había respondido al saludo, pero su sonrisa y el brillo alegre de sus ojos oscuros dejaban claro el afecto que sentía por César Navarro.

–María, te presento a Grace Blake. Mi ama de llaves, María Sánchez –César sonreía mientras hacía las presentaciones–. No, no –respondió bruscamente cuando la mujer hizo una pregunta, añadiendo algo que Grace no entendió.

–¿Qué…?

–María quería saber si ibas a compartir mi dormitorio. Por supuesto, le he dicho que no –explicó él, burlón, al ver que Grace se ponía colorada.

Había dicho mucho más que eso, sin duda informando a la mujer de que, como ella, solo era una empleada. No, ni siquiera era como la sonriente María, a quien él trataba con evidente afecto, mientras que ella parecía irritarlo a menudo.

–Yo misma me haré la cama, así no molestaré demasiado a María –sugirió.

–No es necesario. Las habitaciones de los invitados siempre están preparadas –dijo él–. Yo tengo trabajo que hacer, pero María te llevará a la suite y luego te enseñará la cocina. Rafael vendrá enseguida con el equipaje y las cosas que necesitas para preparar la cena.

–¿A qué hora quieres cenar?

–Mis invitados llegarán a las ocho y media, así que a las nueve, si te parece bien.

–Estupendo.

–Ha sido un viaje muy largo y, como esta noche también lo será, sugiero que te eches una siesta –dijo César antes de desaparecer por un pasillo.

Después del incidente en el ascensor, a Grace le seguían temblando las piernas mientras seguía a María hasta la suite; tanto que no se sintió abrumada por la opulencia de la habitación o el lujoso cuarto de baño.

¿Qué habría hecho si César hubiera llevado a cabo su silenciosa amenaza y la hubiera besado?

Le habría devuelto el beso, fue la inequívoca respuesta.

Y, sin duda, habría disfrutado de cada segundo.

¿Dónde estaba la práctica Beth cuando la necesitaba?

Capítulo 6

–¿Qué crees que estás haciendo?

No era una pregunta sino una fría reprimenda, pensó Grace, tumbada bajo una palmera, mientras abría un ojo para mirar el rostro serio de César Navarro.

–¿Relajándome?

–Podrías hacer eso en el apartamento –replicó él, enfadado–. De hecho, creo habértelo dicho antes, cuando sugerí que te echases una siesta.

–Sí, es verdad –Grace se incorporó sobre los codos para mirarlo, molesta por el brillo acusador en los brillantes ojos negros–. He intentado descansar en la habitación después de ducharme y terminar con los preparativos para la cena, pero me resulta imposible dormir durante el día, con el sol brillando en el cielo –explicó, arrugando la nariz–. Soy inglesa y, como tal, no me he echado una siesta en toda mi vida.

–Así que has decidido venir al parque –de nuevo, era una acusación más que una afirmación.

–Creo haber mantenido esta conversación con Rafael –Grace miró al otro hombre, alerta y vigilante a unos metros de ellos–. Él tampoco aprobaba que viniese al parque.

–Pero has venido de todas formas –el tono de César era serio, acusador.

Grace no había podido resistirse a la tentación cuando miró por la ventana de su dormitorio. Los árboles y la hierba parecían llamarla después de las horas que había pasado encerrada en el avión.

–Y, evidentemente, Rafael te ha dado el chivatazo.

–Rafael me informa de tus movimientos, sí.

Grace suspiró.

–Pensé que tenía unas horas libres antes de hacer la cena.

–Sí, claro.

–Pues muy bien, he decidido disfrutar de esas horas libres en el parque. ¿Cuál es el problema?

–Podrías haber mirado el parque desde las ventanas del apartamento.

–¡No he venido hasta aquí para mirar Buenos Aires desde una ventana! –exclamó Grace, impaciente–. No lo entiendes, ¿verdad? Hace un día precioso, el parque está a unos metros del apartamento…

¿por qué no iba a venir a respirar aire fresco y explorar un rato?

–Porque no es seguro.

–Por favor… –Grace se sentó de golpe–. Es un parque público lleno de gente disfrutando del sol. Y eso era lo que yo estaba haciendo hasta hace unos minutos –añadió, enfadada.

–Hasta que he llegado yo –murmuró César.

–Efectivamente –asintió ella. Aunque había esperado algo así. Rafael había dejado claro que desaprobaba sus planes y lo había visto hablar por radio mientras la seguía hasta el parque, sin duda informando a César Navarro–. Te das cuenta de que esto es ridículo, ¿no?

César resopló, frustrado.

–No sabes lo que dices.

–¿Ah, no? –Grace arqueó una ceja.

–No.

–Entonces, explícamelo.

Él volvió a resoplar, como si estuviera perdiendo la paciencia.

–No.

–Esto es ridículo. ¡Dudo mucho que Fort Knox tenga tanta seguridad como tú! Esa es tu decisión, por supuesto, pero me niego a permitir que alguien vigile todos mis movimientos. Mira alrededor… es un sitio precioso, tranquilo y relajante. ¿Nunca te paras un rato para oler las rosas?

César torció el gesto.

–Aquí no hay rosas.

–Serás repelente… tú sabes a qué me refiero.

Sí, lo sabía, pero él no podía relajarse y pararse a oler las rosas. ¿Cómo iba a hacerlo cuando tenía que dirigir un imperio?

Que era precisamente lo que estaba haciendo cuando Rafael entró en su estudio para decir que Grace Blake se había negado a hacerle caso cuando le advirtió que no fuese al parque.

–Tienes que volver al apartamento conmigo –César le ofreció su mano, pero en lugar de aceptarla, Grace se abrazó las rodillas.

–Deberías pedirle a Kevin Maddox que busque otra cocinera.

César dejó caer la mano.

–¿No quieres seguir trabajando para mí?

–No.

–¿Porque me preocupa tu seguridad?

–No –Grace sacudió la cabeza, con los ojos empañados–. No quiero seguir trabajando para ti porque yo no puedo, soy incapaz de vivir así –explicó, con voz ronca.

–Pero…

–¡Me ahogo, César! Me siento como un pájaro en una jaula dorada –aunque, en su caso, era de oro puro, con todos los lujos salvo la libertad–. ¿Cómo puedes vivir así? ¿Por qué vives así?

César la miró en silencio durante unos segundos, deseando borrar esa expresión tan triste de su rostro.

–No has descansado después del viaje y, evidentemente, estás agotada.

–Estoy algo más que agotada –le aseguró ella, apoyando la cabeza en las rodillas–. Solo quiero terminar con este mes de empleo y volver a mi casa en Londres.

César sintió una punzada en el pecho al ver que sus hombros temblaban.

–¿Estás llorando?

–No –Grace sorbió por la nariz.

–Sí.

–Sí –admitió ella, conteniendo un sollozo.

César clavó una rodilla en la hierba para abrazarla.

–No hay razón para llorar –murmuró, apoyando la mejilla en su pelo y respirando la deliciosa fragancia.

–Pues claro que sí.

–¿Por qué? –César acarició su pelo con ternura.

«¿Por qué?», se preguntó Grace. Había tantas razones, lógicas e ilógicas, que no sabía por dónde empezar. Pero lo primero y más importante era que, ilógicamente, no quería dejar de trabajar para César, que disfrutaba de sus discusiones, lo disfrutaba a él. Al menos, los breves momentos en los que conseguía atravesar la barrera de frialdad que llevaba como una capa.

Pero odiaba sentirse constantemente vigilada por Rafael o cualquier otro miembro del equipo de seguridad, y odiaba las cámaras. Tanto que de verdad estaba empezando a sentir que se ahogaba.

–Rafael está mirando –le recordó ella.

–No, esta vez no –le aseguró César.

Grace levantó la cabeza, pero el hombre había desaparecido.

–¿Adónde ha ido?

–Le he hecho un gesto para que se apartase cuando empezaste a llorar.

–Seguro que le habrá hecho mucha gracia.

–Sin duda –respondió César.

–Yo… –Grace lo miró y de inmediato deseó no haberlo hecho.

Esos labios esculpidos estaban demasiado cerca, el suave aliento de César moviendo un mechón de su pelo, los ojos negros clavados en los suyos.

Era como si estuvieran solos en el parque; los ojos unidos, sus pechos aplastados contra el duro torso masculino, el calor de sus manos atravesando la lana del jersey azul, sus muslos rozándose.

Grace se pasó la lengua por los labios, sin saber lo que iba a decir, pero sabiendo que debía decir algo para romper la tensión.

–¡No hagas eso! –exclamó César con voz ronca.

Grace se quedó inmóvil.

–¿Qué estoy haciendo?

–¡Esto! –César inclinó la cabeza y la humedad de su lengua reemplazó a la suya mientras la pasaba lentamente por sus labios–. No tienes idea de lo tentado que me he sentido de hacer esto en los últimos días.

Grace tuvo que hacer un esfuerzo para respirar.

–¿Ah, sí?

César intentó sonreír.

–Sí.

–No lo sabía.

Claro que no lo sabía. En los últimos veinte años, César había aprendido a esconder sus emociones y no dejaba que nada ni nadie quebrantase ese control. Nadie salvo Grace Blake, con su insolente espontaneidad y su inusual belleza.

Hasta tal punto que se había deshecho de su jefe de seguridad y estaban solos en un parque público.

César dejó caer los brazos a los lados antes de levantarse bruscamente.

–Es hora de irse, Grace –en lugar de ofrecerle su mano las metió en los bolsillos del pantalón porque no confiaba en sí mismo. No podía volver a tocarla cuando aún podía saborear la dulzura de sus labios.

Ella pestañeó varias veces mientras se incorporaba.

–Antes de que a Rafael le dé un infarto –intentó bromear.

–Así es –César tuvo que sonreír–. Hablaremos de cuándo o si vas a marcharte cuando hayamos vuelto a Inglaterra –era otra afirmación, no una pregunta, como de costumbre.

Aunque ella no estaba en condiciones de responder a una pregunta en ese momento; su corazón latía con tal violencia que temió que César pudiese oírlo mientras caminaban uno al lado del otro.

¿Pero qué había pasado exactamente? ¿De verdad había sentido la tentación de besarla durante esos días? ¿De verdad había pasado la lengua, esa sensual y excitante lengua, sobre sus labios? Estaba claro que lamentaba haberse dejado llevar por la tentación porque su expresión se había vuelto remota y distante cuando lo miró de soslayo.

Quizá no había ocurrido en realidad y solo lo había imaginado…

No, no había imaginado nada. Aún podía sentir el roce de la áspera lengua de César en los labios, saborear ese algo especial. Y podía sentir la respuesta a esa intimidad: los pezones erguidos bajo el sujetador de encaje y el calor entre los muslos.

Y cuando entraron en el ascensor no ayudó nada recordar lo que había pasado la primera vez, cuando estaba encerrada en el círculo de sus brazos, prisionera contra el espejo.

Pero la frialdad de su expresión mientras se colocaba a su lado en silencio dejaba claro que esa intimidad no iba a repetirse.

César le hizo un gesto con la cabeza a modo de despedida antes de alejarse por el pasillo con el serio y enojado Rafael, que la miró con gesto de reproche antes de dar media vuelta para seguir a su jefe.

Una mirada que, sin duda, habría sido aún más reprobadora si hubiera presenciado lo que acababa de pasar en el parque, su jefe abrazándola y pasando la lengua por sus labios en una caricia sensual…

–Grace, mis invitados quieren felicitarte por la cena.

Ella miró hacia la puerta de la cocina, donde César se había echado a un lado para que María saliera con la bandeja del café. Tuvo que contener el aliento mientras lo miraba porque era tan atractivo como un pecado con aquel traje de chaqueta negro y la corbata de lazo, el pelo oscuro brillante y espeso en contraste con la camisa blanca.

Era la primera vez que lo veía desde que volvieron del parque, después de haberle dicho que no podía seguir trabajando para él. Después de que César la abrazase y rozase sus labios con la lengua. Después de que se alejase abruptamente sin mirar atrás.

–Tu mousse de chocolate, como esperaba, ha sido lo más admirado –dijo él, burlón.

–Ah, qué suerte para ti –Grace intentó sonreír mientras se quitaba el delantal y lo dejaba sobre el respaldo de una silla. De nuevo llevaba la camisa blanca y la falda negra por la rodilla, el pelo sujeto en una trenza esa noche.

–¿Por qué es una suerte? –preguntó César.

Grace se colocó la trenza sobre un hombro.

–La última vez que hablamos del tema parecías creer que mi mousse de chocolate tenía propiedades afrodisíacas.

–Ah, ya.

–Entonces, esperemos que haya puesto de buen humor a tu invitada –Grace se encogió de hombros.

–¿De buen humor para qué? –César creía saber a qué se refería, pero quería asegurarse.

Ella miró, exasperada.

–¡Para seducirla!

–¿Seducirla?

–Al fin y al cabo, es tu cumpleaños.

Él arqueó una oscura ceja.

–¿Y crees que mi intención era usar la mousse de chocolate para llevármela a la cama?

Grace lanzó un bufido.

–Pensé que esa era la idea, sí.

César no sabía si reírse o sentirse insultado. Insultado porque lo creía capaz de utilizar un postre, aunque fuese la pecadora mousse de chocolate, para llevarse a una mujer a la cama. Divertido porque… bueno, Grace estaba a punto de saber que no podía estar más equivocada.

–Ven a conocer a mis invitados –dio un paso atrás para dejar que lo precediese y la siguió con una sonrisa en los labios, tan distraído por la perfecta curva de su trasero bajo la falda que estuvo a punto de chocar con ella cuando se detuvo abruptamente en la puerta del comedor.

Grace se quedó totalmente desconcertada por las dos personas que estaban sentadas a la mesa.

El hombre rondaba los sesenta años, alto y de pelo oscuro, con distinguidas canas en las sienes y ojos negros en un rostro esculpido y apuesto, tan parecido a César que debían de estar emparentados.

La mujer que estaba sentada a su lado debía de tener cincuenta y poco años, alta y esbelta, con un vestido negro ajustado y el pelo rubio platino cortado con un estilo muy elegante. No se parecía a César; sus ojos eran azules y, sin embargo, había algo familiar en ella.

César puso una mano en su cintura para empujarla suavemente hacia el interior del comedor.

–Ven, voy a presentarte a mis padres –comentó, irónico, cuando Grace se volvió para mirarlo con ojos acusadores.

¿Llevaba toda la tarde imaginando a César seduciendo a la bella mujer a la que pensaba llevarse a la cama y los invitados eran sus padres?

¿Los padres que se habían separado tras la muerte de su hermana? ¿Los padres que no pudieron seguir juntos se habían reunido esa noche para celebrar el cumpleaños de su hijo?

Carlos Navarro se levantó y César hizo las presentaciones.

–La cena ha sido excelente, señorita Blake –la felicitó el hombre, estrechando su mano.

–Desde luego que sí –Esther Navarro sonrió mientras se levantaba para darle un beso en ambas mejillas–. Si algún día te cansas de trabajar para mi hijo, por favor dímelo –miró a César con gesto de burla antes de volverse hacia Grace–. En Nueva York tendrías mucho éxito. ¿Has estado allí alguna vez?

–Pues… no –respondió ella, sorprendida por la identidad de los invitados y más aún por el cordial trato de Esther Navarro, en contraste con su reservado marido y su receloso hijo.

–Te encantaría, cielo –le aseguró.

–Deja de intentar robarme a mis empleados, mamá –intervino César, burlón–. Grace vive con su hermana en Londres y no tiene interés en

mudarse a Estados Unidos.

Grace sentía el calor de su mano en la espalda, casi tocando la curva de su trasero, sabiendo que había hecho el ridículo con sus comentarios sobre las propiedades afrodisíacas de la mousse de chocolate.

Pero irguió la espalda, decidida.

–Tal vez mi hermana Beth querría venir conmigo. Seguro que le encantaría trabajar para una editorial en Nueva York –apenas pudo contener una exclamación cuando la respuesta de César fue deslizar la mano hacia abajo hasta tocar una de sus nalgas–. O no… –añadió, esperando, rezando para que ni Esther ni Carlos se hubieran dado cuenta de las familiaridades que su hijo se tomaba con la cocinera.

–César, ve a buscar otra taza y llévala al salón –ordenó Esther Navarro–. Así Grace podrá tomar café con nosotros mientras intento convencerla para que se venga conmigo a Nueva York. O, al menos, para que me dé la receta de esa maravillosa mousse de chocolate –añadió, riendo.

–No tiene que convencerme de nada –le aseguró Grace–. Le daré la receta a César… al señor Navarro.

Un lapsus del que Esther Navarro se percató, a juzgar por el brillo especulativo en sus ojos azules.

–Pronto descubrirá que cuando se trata de mi mujer es más fácil rendirse que enfrentarse a ella, señorita Blake –dijo Carlos Navarro con evidente afecto antes de volverse hacia su hijo–. Ve a buscar otra taza, hijo.

César dio un último apretón a su trasero antes de apartarse y Grace tuvo que contenerse para no plantarle cara.

–Como ha dicho mi padre, es más fácil unirte a mi madre que luchar contra ella –bromeó antes de salir del comedor en busca de la taza.

Grace se volvió para mirar a Esther Navarro.

–Le daré la receta ahora mismo si me dice cómo consigue que su hijo la obedezca.

La mujer rio mientras la tomaba del brazo.

–Como su padre, César parece más terrible de lo que es. Ven, vamos a ponernos cómodas en el salón para charlar un rato.

Dos horas, una cafetera con la mezcla especial de César y una copa de coñac después, Grace estaba encantada con la conversación de Esther Navarro, que contaba divertidas anécdotas sobre la infancia de César.

Anécdotas que hacían que él se mostrase horrorizado y que no contenían mención alguna sobre la niña que los Navarro habían perdido.

Sin embargo, Grace se sentía totalmente relajada en compañía de Esther Navarro cuando la pareja se despidió, como si la conociese de toda la vida.

–Deja eso por ahora.

Grace estaba colocando las tazas en una bandeja cuando César volvió al salón, después de acompañar a sus padres al coche.

–Siguen queriéndose –murmuró.

–Sí –confirmó él con voz ronca mientras le ofrecía una copa de coñac.

–¿Y no hay ninguna posibilidad…? –Grace no terminó la frase al percatarse de que se trataba de un tema muy privado.

–¿De una reconciliación? –César pasó una mano por su alborotado pelo–. Después de tanto tiempo, supongo que no. Se ven una vez al año, en mi cumpleaños. Pasan la noche juntos en casa de mi padre y al día siguiente mi madre vuelve a Nueva York.

–Pero si se quieren… por favor, si me estoy pasando de la raya dime que me meta en mis asuntos –Grace lo miró, nerviosa.

César se quitó la chaqueta y la corbata y sacudió los hombros, como intentando relajarse.

–¿Cómo voy a hacerlo si mi propia madre te ha contado, encantada, que una vez perdí el bañador en la piscina del colegio? –bromeó mientras se dejaba caer sobre un sillón–. Siéntate –dijo luego, señalando el sofá.

Ella soltó una carcajada.

–Es una anécdota muy divertida.

–Te aseguro que a mí no me lo pareció. Tal vez si no hubiera sido un colegio mixto…

César escuchó con placer otra carcajada de Grace.

A pesar de la insistencia de su madre en contar anécdotas de su infancia, había sido una de las noches más agradables que había pasado en mucho tiempo, sin los recuerdos de Gabriela entristeciendo el encuentro. Y sabía que se lo debía a la presencia de Grace.

La miró por encima de la copa, contento al ver que parecía menos cansada y tensa que antes, a pesar de haber estado varias horas preparando la magnífica cena.

–Gracias por ayudar a que esta haya sido una noche memorable –murmuró.

–Que hayáis disfrutado de la cena es suficiente para mí.

César sacudió la cabeza.

–No me refería a la cena.

Ella lo miró, insegura. Había sido una noche extraña, aunque muy agradable; algo sorprendente considerando la tensión que había entre César y ella.

–Tus padres son encantadores –dijo finalmente.

–¿Al contrario que su hijo?

Grace sintió que le ardían las mejillas.

–No recuerdo haber dicho eso.

–No hacía falta –César siguió mirándola fijamente por encima de la copa de coñac.

–Bueno, tocarme el trasero mientras hablaba con tus padres no ha sido exactamente «encantador».

–Tú sabes por qué he hecho eso.

–Tu madre no hablaba en serio cuando sugirió que me fuese con ella a Nueva York.

–Evidentemente, no conoces a mi madre –César sacudió la cabeza–. El menor gesto de aliento por tu parte y te habrías encontrado viviendo en Nueva York antes de que terminase el mes.

–Ah.

–¿Que te tocase el trasero te habría parecido más «encantador» si no hubiéramos estado en presencia de mis padres?

El corazón de Grace se desbocó.

–No –respondió mientras dejaba la copa sobre la mesa–. Creo que debería terminar de limpiar aquí y… –se quedó sin aliento cuando César la tomó por la muñeca.

–Antes me preguntaste el porqué de tanta seguridad.

–No debería haber preguntado, lo siento.

–¿De verdad?

–No es asunto mío. No tienes que darme explicaciones.

–Yo creo que sí. Muy poca gente sabe esto, pero… –César hizo una pausa para tomar aire–. Mi hermana Gabriela no ha muerto. O, al menos, esa ha sido siempre mi esperanza.

–Pero dijiste… Grace estaba totalmente desconcertada por la conversación. Había pensado que el matrimonio de sus padres se había roto tras la muerte de la niña–. No lo entiendo.

Él torció el gesto, las arruguitas alrededor de sus ojos y su boca haciéndose más profundas.

–A mi hermana Gabriela se la llevaron –reveló finalmente, con cierta brusquedad.

–¿Se la llevaron? –repitió ella, sin aliento.

–Mientras estaba en un parque muy parecido a ese en el que tú intentabas relajarte esta tarde.

Grace lo miró, atónita. Porque si había entendido a César correctamente, y estaba segura de que así era, Gabriela Navarro no había muerto.

Se la habían llevado.

Había sido secuestrada.

Capítulo 7

–Dios mío, César –consternada, Grace se dejó caer sobre la alfombra, tomando su mano entre las suyas–. No puedo creerlo… ¿Gabriela fue secuestrada?

–Se la llevaron –asintió él, con voz ronca.

–¿Pero dónde? ¿Cómo?

–Habíamos ido al parque con nuestra niñera… –César hizo una mueca al ver que Grace se mordía los labios ante la mención del parque–. Era el mes de abril, un momento en el que el polen no molestaba tanto a Gabriela…

–¿Es alérgica a las flores? –susurró Grace.

Él asintió con la cabeza.

–No soporto ver flores en casa desde que Gabriela desapareció.

Y ella había pensado que estaba siendo maniático el primer día, cuando exigió que se llevaran los lirios de la entrada. Y lo había acusado de ser paranoico en el parque…

–Estuvimos jugando a la pelota durante una hora, hasta que se quedó dormida en su silla de paseo. Y entonces, por fin, pude volar la cometa que me habían regalado mis padres –César tenía la mirada perdida mientras revivía un día que, evidentemente, jamás olvidaría–. El viento era demasiado fuerte y la cuerda de la cometa se enganchó en unos arbustos a cierta distancia. La niñera se apartó de Gabriela solo durante un par de minutos para ayudarme a desenredarla, pero cuando volvimos Gabriela no estaba en la silla. La buscamos por todas partes, frenéticos, pensando que había despertado y se había alejado sin darse cuenta, pero no la encontramos por ningún sitio… era como si se la hubiese tragado la tierra.

¿César se había sentido culpable desde entonces, pensando que la desaparición de su hermana era culpa suya?, se preguntó Grace.

–Mis padres estaban destrozados mientras esperaban recibir una llamada o una nota de rescate –siguió, su voz ronca de emoción–. Esperamos durante horas, días, semanas, pero nada. Solo quedaba un espacio vacío donde debería estar Gabriela.

Grace tuvo que tragar saliva, emocionada, las lágrimas rodando por sus mejillas.

–Pero no apareció en los medios –comentó. En los artículos que había leído sobre él no mencionaban el asunto.

Él sacudió la cabeza.

–Mi padre era, y sigue siendo, un hombre muy poderoso en Argentina, y creyó que sería más seguro para Gabriela que su desaparición no se convirtiera en un circo mediático.

–Pero imagino que la policía… –Grace no terminó la frase cuando César sacudió la cabeza.

–De nuevo, no sé si para bien o para mal, mi padre se negó a llamar a la policía, pensando que eso pondría en peligro la vida de Gabriela. De modo que esperamos… largas noches sin dormir, rezando para que sonase el teléfono o para recibir una carta que nos diría que Gabriela seguía viva y volvería con nosotros sana y salva si pagábamos un rescate. Pero la llamada nunca llegó –César respiró con dificultad–. No ha habido más que silencio durante los últimos veintiún años –añadió, con cruda emoción.

Grace tenía que hacer un esfuerzo para no llorar.

–¿Qué crees que le pasó?

–He intentado no pensar en ello demasiado por miedo a volverme loco.

Grace no sabía qué decir. ¿Qué podía decir sobre la pesadilla que había vivido la familia Navarro durante los últimos veintiún años? Les habían robado a su hija. Gabriela no había muerto, pero la habían perdido, en cualquier caso. Como ella misma había descubierto tras el fallecimiento de sus padres adoptivos, al menos la muerte cerraba un capítulo. La familia Navarro no había tenido eso y nunca lo tendrían porque no sabían si Gabriela había muerto o estaba viva en algún sitio, ignorando su existencia, su dolor.

–Cuando por fin mi padre accedió a llamar a la policía el rastro se había perdido –siguió César, con la mirada ausente–. Hicieron todo lo posible, siguieron todas las pistas sobre niñas rubias de dos años… esperamos y rezamos, pero nunca era Gabriela. Y mi madre moría un poco cada vez que alguien nos daba esperanza, seguida de una devastadora decepción cuando no era su hija.

–Y la distancia entre tus padres se hizo insalvable –adivinó Grace.

–Sí, y yo… –César hizo una pausa para respirar–. No tienes idea del tormento que he sufrido durante todos estos años, escudriñando a todas las niñas de pelo rubio y ojos oscuros… a todas las mujeres que he conocido, preguntándome si alguna de ellas podría ser mi hermana, ajena a su verdadera identidad. ¿Cómo iba a recordar si se la llevaron cuando solo tenía dos años?

Y aquel era el hombre que Grace había creído no solo paranoico sino frío y distante. César no era nada de eso; sencillamente había aprendido a contener sus emociones por miedo a verse abrumado por ellas.

–Te entiendo –Grace asintió con la cabeza–. Sé que no es lo mismo, pero… yo tenía ocho años cuando mis padres adoptaron a Beth y

decidieron contarme que también yo era adoptada. En fin, me dijeron lo especial que era y cuánto me querían, pero después de eso… empecé a mirar a la gente de otra manera. Miraba a las parejas por la calle, preguntándome si serían mis padres biológicos… No he dejado de hacerlo desde entonces.

César le apartó un mechón de pelo de la frente.

–Quizá nos parecemos más de lo que pensábamos –murmuró.

La risa ahogada de Grace fue completamente espontánea.

–Sí, seguro, nos parecemos muchísimo –se burló–. Tú eres César Navarro, famoso empresario, y yo soy Grace Blake, la chef de repostería que ahora mismo no puede encontrar trabajo en ningún sitio.

–Eso es lo que somos por fuera, Grace –dijo él, manteniéndola cautiva de su oscura mirada–. Por dentro, los dos estamos buscando algo huidizo, algo que nos ayude a sentirnos completos.

El ambiente se había vuelto tan tenso en los últimos minutos, tan cargado de emoción, que Grace se percató de que estaba llorando.

–Por favor, no llores. No soporto verte llorar –César movió el pulgar suavemente sobre sus mejillas para apartarle las lágrimas y entonces, de repente, le tomó su cara entre las manos e inclinó la cabeza para apoderarse de sus labios.

Era un beso tan suave y conmovedor que Grace tuvo que devolverlo.

Un beso que no siguió siendo suave y conmovedor cuando César, dejando escapar un profundo suspiro, le soltó la cara para envolverla entre sus brazos.

Sin saber cómo, Grace estaba sentada sobre los fuertes muslos masculinos, echando la cabeza hacia atrás para permitir que la besara, sus pechos tan apretados contra el torso de César que podía sentir los latidos de su corazón cuando, finalmente, enredó los dedos en su sedoso y alborotado pelo oscuro para devolverle los besos con toda la pasión de la que era capaz.

Besos profundos, penetrantes, que se volvieron enardecidos cuando César se giró ligeramente en el sillón y la envolvió en sus brazos. Su lengua, que forcejeaba con la suya, sabía a coñac y a melocotón. Su perfume era una excitante combinación de flores y ardiente mujer. César puso la mano libre sobre la curva de sus caderas y la estrecha cintura antes de subir delicadamente hasta sus pechos.

Unos pechos grandes y excitados, a juzgar por la presión de los pezones bajo el sujetador de encaje… un sujetador que había estado a punto de hacerle perder la cabeza esa noche, mientras charlaban con sus padres.

Grace gimió suavemente mientras él pasaba la yema del pulgar sobre uno de sus duros pezones, arqueándose hacia él mientras repetía

la caricia una y otra vez sin dejar de devorarle los dulces y embriagadores labios.

–César –susurró, sin aliento, cuando dejó de besarla para acariciarle la garganta con los labios, mordisqueándole el lóbulo de la oreja y provocándole escalofríos de placer entre los muslos–. César, por favor… –el gemido se convirtió en un suspiro de satisfacción cuando le tiró de la blusa para sacarla de la cinturilla de la falda y sintió el calor de la mano masculina sobre sus pechos. Él los pellizcó suavemente por encima del sujetador antes de tirar hacia abajo del encaje para desnudar un túrgido pezón.

Las entrañas de Grace se convirtieron en fuego líquido cuando César lo apretó entre dos dedos, primero despacio, luego con fuerza, casi hasta hacerle daño.

Se sentía cautiva de aquellos ardientes ojos oscuros mientras le desabrochaba la blusa para admirar sus pechos de pezones rosados.

–Preciosa –murmuró él mientras inclinaba la cabeza.

Grace observaba, fascinada, los labios de César moviéndose sobre sus pechos; lamiendo, chupando, pero sin rozar los anhelantes pezones.

–Por favor –arqueó la espalda cuando no pudo seguir soportando el tormento y fue recompensada con el roce de sus labios sobre un erguido pezón; un roce que provocó escalofríos entre sus temblorosos muslos.

César chupaba ansiosamente, su áspera lengua rozando el excitado pezón, mordiéndolo, mientras su miembro temblaba bajo el trasero respingón que antes había tocado brevemente. Se dio cuenta entonces de que las manos de Grace no habían estado inertes mientras él la acariciaba. Como sin darse cuenta, trazaba los duros contornos de sus hombros antes de seguir hacia abajo, las puntas de sus dedos bailando sobre su estómago, siguiendo la línea de vello oscuro que formaba una «V» perfecta bajo la cinturilla del pantalón… hasta que tomó su miembro erecto en la palma de la mano.

César hizo un esfuerzo para recuperar el sentido común, su respiración agitada como un trueno en el silencio de la habitación.

–Tenemos que parar, Grace –murmuró, besando el pezón de color rubí antes de colocarle el sujetador y cerrar la blusa para cubrir su desnudez.

–¿Qué? –ella levantó la cabeza, con los ojos desenfocados, los labios húmedos e hinchados de sus besos.

–La cámara…

Grace se apartó bruscamente para abrocharse la blusa, su rostro pálido mientras miraba alrededor.

La cámara de seguridad.

Mientras estaba entre los brazos de César, esa maldita cámara lo

había grabado todo. ¡Lo había grabado desabrochándole la blusa para chupar sus pezones!

Y alguien, Rafael tal vez, había estado observando la escena.

Se volvió hacia César, que seguía sentado en el sillón, su pelo más alborotado de lo habitual, los ojos oscuros e inescrutables, la camisa abierta revelando el bronceado torso cubierto de sedoso vello oscuro.

–¿Cómo has podido hacerme esto? –le espetó, encolerizada.

Él frunció el ceño mientras se levantaba del sillón.

–Grace…

–¿Cómo has podido? –sus pechos, los pechos que aún sentían las caricias de César, subían y bajaban, agitados, mientras intentaba abrocharse la blusa.

–Sencillamente, me había olvidado de la cámara.

–¿Se te habían olvidado? –le reprochó ella, incrédula–. ¿Vives rodeado de esas malditas cámaras las veinticuatro horas del día, pero esta noche se te habían olvidado?

–Sí, Grace, se me habían olvidado –César pasó una mano por su pelo, nervioso–. En cuanto te besé, me olvidé de todo lo demás.

–No me digas… –replicó ella, sarcástica. Sabía que estaba siendo poco razonable, incluso injusta, pero se sentía avergonzada al pensar en Rafael o cualquier otro guardia de seguridad observándolos.

–Sí te digo –en los ojos de César había un brillo peligroso–. Admito que ha sido una grave omisión por mi parte, pero te estás portando de forma irracional.

–Me estoy portando como una mujer furiosa porque alguien nos ha estado mirando… Quiero que destruyas esa cinta –Grace temblaba de humillación–. Quiero que la incineres. ¿Me oyes?

César hizo una mueca.

–Creo que todo Buenos Aires te está oyendo ahora mismo.

–Me da igual que me oiga todo el mundo –Grace respiraba agitadamente. Jamás había dejado que un hombre la tocase y la besase tan íntimamente como César–. Rafael debe de haberlo visto todo –dejó escapar un gemido de angustia–. ¿Cómo voy a mirarlo a la cara a partir de ahora?

–Rafael es una persona muy discreta…

–Y supongo que lo sabes porque estas situaciones ocurren a menudo. Tal vez incluso tengas una colección privada de cintas.

–Te aconsejo que no sigas por ahí, Grace –le advirtió César en voz baja.

–¿Y si no? ¿Qué vas a hacer, despedirme? –Grace lo fulminó con la mirada–. Bueno, pues deja que te ahorre la molestia…

–Piensa bien lo que dices –sugirió él con tono helado.

–Odio cómo vives. Odio los guardias de seguridad, las cámaras, todo.

–Yo…

–Entiendo las razones por las que vives así –siguió ella, una lágrima rodando por su mejilla–. Lo entiendo perfectamente, pero a mí me gusta estar con gente, César, con todo tipo de gente. Y no puedo respirar en esta torre de marfil que has creado para alejarte del mundo –intentó tomar aire–. No voy a dejarte sin cocinera ahora mismo, eso no estaría bien, pero me marcho. No voy a quedarme cuando termine el mes de prueba.

César no sabía qué hacer y, sin duda, Grace le diría que ya había hecho más que suficiente.

No había tenido intención de besarla y, desde luego, tampoco había pretendido hacerle el amor, pero sus lágrimas, el sabor de sus labios, el calor de su respuesta habían conseguido que perdiese el control.

Y el resultado era que Grace estaba furiosa con él y avergonzada al pensar que alguien había presenciado la escena.

–Hablaré con Rafael.

–La charla más larga del mundo no hará que olvide lo que ha visto –replicó ella, apartando un mechón de pelo de su frente.

Ese mismo pelo que César había disfrutado tanto acariciando unos minutos antes y que sus dedos aún anhelaban tocar. En lugar de eso, empezó a abrochar los botones de su camisa.

–Quizá deberíamos hablar de esto por la mañana, cuando nos hayamos calmado un poco.

–¿Quién tiene que calmarse, César?

Él apretó los labios.

–Insultarme no va a cambiar la situación.

–No, es verdad –asintió ella, inclinándose para tomar la bandeja del café.

–María puede hacer eso por la mañana.

–Es mi trabajo.

–Pero estás agotada.

–¿Crees que voy a poder dormir después de esto?

No más que él, pensó César, aunque las razones fueran bien diferentes; ella estaba enfadada y avergonzada, él seguía excitado. Demasiado excitado como para poder conciliar el sueño.

–Buenas noches, César.

–Buenas noches, Grace.

Ella se detuvo frente a la puerta.

–Me gustaría ver Buenos Aires antes de irme –anunció, mirándolo con gesto retador–. ¿Sabes?, Beth no aprobaba que viniese.

–¿Por qué no?

–Creo que no le gustaba que viajase con un hombre al que apenas conozco, aunque fuese mi jefe.

–Y ahora su desaprobación te parece justificada…

–Sí –confirmó Grace–. Pero al menos debería visitar la ciudad ya que estoy aquí.

Además, dudaba mucho que tuviese otra oportunidad de visitar Buenos Aires.

–Dejaré la cocina recogida antes de irme a la cama.

–Felices sueños, Grace.

Ella se dio media vuelta, sorprendida.

–¿Que has dicho?

César se encogió de hombros.

–Cuando era niño, mi madre me deseaba felices sueños mientras me arropaba cada noche. Pero si no te gusta… –hizo una mueca mientras embutía las manos en los bolsillos del pantalón.

Grace siguió mirándolo durante unos segundos antes de asentir con la cabeza.

–Buenas noches –murmuró antes de salir del salón.

Un salón que, de repente, a César le pareció vacío y solitario… y él nunca se sentía así. Siempre solo, pero nunca solitario.

Volvió a llenar su copa antes de acercarse a la ventana para admirar Buenos Aires, la ciudad que Grace había decidido explorar al día siguiente. Algo que no podía permitir. A menos que…

–¿César?

Rafael estaba en el quicio de la puerta, mirándolo con expresión interrogante.

–¿Dónde está la señorita Blake?

–Se ha ido a la cama, como sin duda sabes muy bien –respondió César–. ¿Quieres una copa?

–Sí, gracias –Rafael entró en el salón y se sirvió una copa de coñac antes de colocarse a su lado frente a la ventana.

Rafael y él eran más que jefe y empleado, pero no lo que Grace sospechaba. Entre ellos había un lazo de amistad que se había forjado en el colegio y cuando diez años antes Rafael, que acababa de dejar el ejército, le había dicho que no podía vivir en el viñedo de sus padres en Cuyo y él le había ofrecido el puesto de jefe de seguridad.

–Tiene mucho carácter –comentó su amigo.

–Desde luego.

–Eso me gusta.

–Desafortunadamente, a mí también –César suspiró pesadamente.

–¿Desafortunadamente?

–Tiene mucho carácter y, además, es cabezota. Quiere explorar Buenos Aires mañana –le explicó pacientemente.

–Deja que lo haga.

–Quiere hacerlo sola.

–Ah –Rafael frunció los labios–. Bueno, estoy seguro de que se puede arreglar.

–Y yo estoy seguro de que Grace hará todo lo posible para que no puedas seguirla –replicó César.

–Habrá que solucionar eso de alguna forma.

–Ya he encontrado la solución.

El otro hombre lo miró con gesto interrogante durante unos segundos.

–No, lo siento, no puedo permitir que…

–No va a pasar nada –lo interrumpió César–. Grace tiene razón, vivo en una torre de marfil que me aleja del mundo que me rodea –se volvió par admirar la ciudad de Buenos Aires–. Tal vez haya llegado el momento de cambiar eso.

–No puedo aprobar…

–¿De verdad crees que alguien se atrevería a acercarse a Grace en su presente estado de ánimo?

Rafael hizo una mueca.

–Tendría que ser un hombre muy valiente, desde luego.

–Tiene una hermana –César arqueó una ceja, burlón.

–Que Dios me proteja de las mujeres guapas y testarudas –Rafael tomó el resto del coñac de un trago y dejó la copa sobre la mesa–. Seguiremos hablando mañana.

–Destruye la cinta de seguridad, por favor.

–Sí, claro.

Una vez solo, César se volvió de nuevo hacia la ventana. Buenos Aires, su ciudad.

Una ciudad que pensaba explorar con Grace al día siguiente.

Quisiera ella o no.

Y no tenía la menor duda de que, después de lo que había pasado esa noche, Grace no querría ni mirarlo.

Capítulo 8

–¿Por qué estás desayunando aquí? –preguntó César, entrando en la cocina.

Grace estaba sentada frente a la barra americana, disfrutando de un café y un cruasán, la blusa de color turquesa a juego con sus ojos.

Había esperado que se reuniese con él en el comedor para hablarle de sus planes, pero María le había dicho que la señorita Blake estaba desayunando en la cocina.

Grace estuvo a punto de atragantarse con el cruasán al escuchar la voz de César. Y cuando lo miró volvió a atragantarse, en esa ocasión por falta de oxígeno. Vestido con una camiseta negra de manga corta que se le pegaba a los anchos hombros, vaqueros desteñidos y botas negras, era para caerse de espaldas. Con el pelo alborotado, los ojos negros y esas perfectas facciones, César Navarro podría dejar sin aliento a cualquier mujer, desde los diecinueve a los noventa años.

Y si añadía el recuerdo de esos labios esculpidos besándola y acariciándole los pechos la noche anterior… No podía respirar.

Inquieta por lo que había pasado, había dado vueltas y más vueltas en la cama hasta que por fin se quedó dormida y tuvo un sueño rarísimo.

Corría sin parar, el camisón flotando y pegándose a su cuerpo mientras buscaba algo que no podía encontrar. Después veía a un César mucho más joven jugando en el parque con un angelito de pelo rubio, y una voz familiar susurraba «felices sueños» mientras corría con un jarrón de flores amarillas movidas por la brisa y una cometa azul y roja volaba en el cielo; todo siendo observado por un par de penetrantes ojos negros.

Entonces, de repente, como ocurría en los sueños, ella notaba la caricia de unas manos y unos labios sobre su piel desnuda, excitándola, haciendo que perdiese la cabeza…

Había despertado de repente en ese momento, con la respiración agitada, todo su cuerpo ardiendo, los pechos pesados, los pezones erguidos, hinchada y húmeda entre los muslos.

Después de eso no había podido conciliar el sueño y, por consiguiente, esa mañana no estaba de humor para lidiar con la arrogancia de César.

–¿Dónde iba a tomar mi desayuno si no? –le espetó, levantándose para llevar el plato y la taza al lavavajillas.

–En el comedor, conmigo.
Grace se enderezó lentamente.
–¿Y por qué iba a hacer eso?
Él hizo una mueca de impaciencia.
–¿Y por qué no?
–Bueno, vamos a ver… –Grace metió las manos en los bolsillos de los vaqueros. No quería que César viera que ese encuentro, el primero después de la intimidad de la noche anterior, era suficiente para que le temblasen las manos–. Para empezar, soy una empleada, de modo que no es lógico que desayune con el jefe…
–Estás en Argentina y eres mi invitada.
–Estoy en Argentina porque tú querías que preparase una cena especial por tu cumpleaños.
–Pero el cumpleaños ha pasado y ahora eres mi invitada.
–¿No voy a hacer la cena esta noche?
César sacudió la cabeza.
–María hará la cena esta noche.
¿Cena para dos? Grace no sabía si eso le gustaba.
–Segundo –siguió–, no quería desayunar contigo.
–¿Sigues enfadada por lo que pasó anoche?
–¿Tú qué crees?
César no lo creía, lo sabía con total seguridad. Estaba en el brillo airado de sus ojos, en los labios fruncidos… los mismos labios que había besado apasionadamente la noche anterior.
Desgraciadamente, la palidez de sus mejillas y las ojeras dejaban claro que no había dormido mejor que él.
–Rafael ha destruido la cinta.
–Espero que la haya quemado –replicó ella, retadora.
–Eso quería decir –le confirmó César.
–Una pena que no podamos borrar su memoria –replicó Grace ácidamente.
César tomó aire, buscando paciencia.
–Lo creas o no, Rafael te respeta y estoy seguro de que jamás mencionará lo que pasó anoche.
–¿Y con eso te quedas contento? –exclamó Grace.
–No –César tomó aire de nuevo–. He pedido que apaguen todas las cámaras hasta que nos vayamos mañana.
Ella lo miró, perpleja.
–¿En serio? Espero que no lo hayas hecho con la esperanza de repetir lo que pasó anoche, porque si es así…
–Puede que entienda las razones por las que estás disgustada, pero no voy a permitir que sigas insultándome –la interrumpió él–. He pedido que apaguen las cámaras porque te sientes incómoda con ellas, nada más y nada menos.

Grace arqueó una ceja.
–¿Y Rafael ha aceptado?
César esbozó una sonrisa irónica.
–No sería muy caballeroso repetir lo que ha dicho Rafael.
Grace no quería que le gustase aquel hombre. De hecho, sería mucho mejor si pudiese odiarlo intensamente, pero era imposible no sentir cierta gratitud al saber que respetaba su odio por las cámaras.
–Yo… en fin, es un detalle.
César esbozó una tensa sonrisa.
–Aunque te haya costado reconocerlo.
–No tienes idea.
–Sí la tengo –le aseguró, burlón–. ¿Estás lista o quieres ir a buscar una chaqueta?
El contorno de su trasero bajo esos vaqueros ajustados era una distracción, y una chaqueta escondería su tentadora figura.
–¿Lista para qué? –preguntó, recelosa.
–Te ofrezco mis servicios como guía. Estoy dispuesto a enseñarte la hermosa ciudad en la que nací.
Grace se quedó perpleja.
–¿Y por qué harías eso?
–Porque quiero hacerlo.
Grace lo conocía lo suficiente como para saber que nunca hacía nada que no quisiera hacer.
–Es muy amable por tu parte, pero prefiero ir sola.
César apretó los labios.
–¿Por qué?
–Porque no quiero estar todo el día rodeada de una legión de guardaespaldas.
–No habrá guardias de seguridad.
–¿No? ¿Los has despedido? –Grace no daba crédito.
–Por hoy, sí –asintió César—. Y también dejaré aquí mi móvil.
–¿Pero por qué? Tú nunca vas a ningún sitio sin tus guardias de seguridad y tu móvil.
Él esbozó una sonrisa.
–Creo que fuiste tú quien dijo que me estoy perdiendo la diversión.
–Sí, pero…
–Y también sugeriste que parase un momento para oler las rosas.
–¡Sí, dije todo eso, pero hay una gran diferencia entre oler las rosas y lanzarte desnudo a un rosal!
César enarcó una ceja.
–Creo que lo último sería más bien doloroso.
–Pero yo… –Grace sacudió la cabeza, incrédula–. No sé qué decir.
–Como ya he dicho alguna vez, eso es algo inusual, pero seguro que se te pasará enseguida.

–Esto no tiene gracia –replicó ella.

–Estoy de acuerdo, no tiene gracia. ¿No quieres que te enseñe Buenos Aires?

–Me encantaría que me enseñaras la ciudad, pero… ¿y si alguien te reconoce? No sé qué podría pasar.

–Al menos Rafael está de acuerdo conmigo en una cosa: tu fiera expresión sería suficiente para asustar a cualquiera que intentase acercarse.

–Ah, muy gracioso.

–Sí, a nosotros también nos lo pareció.

–Rafael debe de odiarme en este momento.

–Se le pasará.

Grace esperaba que tuviese razón.

–¿No tienes intención de ver a tu madre?

César negó con la cabeza.

–Nos despedimos anoche y volverá a Nueva York esta tarde.

Grace suspiró.

–De modo que solo viene a Buenos Aires para cenar contigo en tu cumpleaños.

–Sí –confirmó él abruptamente.

–Eso es muy triste.

–Sí pero hoy no es día para tristezas –replicó César–. ¿Necesitas una chaqueta o podemos irnos ya?

Tras el bochorno de la noche anterior, Grace no sabía cómo iba a enfrentarse con César por la mañana, pero la idea de pasar el día con él era emocionante. Pasear por Buenos Aires a su lado, los dos solos, sin guardaespaldas…

–¿Estás absolutamente seguro?

–Absolutamente –respondió él.

–Estás muy callada –comentó César unas horas después, mientras paseaban por las calles de Buenos Aires.

Grace lo miró con sus ojos de color aguamarina.

–Es que es todo tan… estoy deslumbrada por las calles, las tiendas, los museos… todo es tan bonito…

–Quizá me he apresurado antes, cuando he pensado que lo de quedarte sin palabras no duraría –bromeó César.

Grace levantó los ojos al cielo.

–No sabía que Buenos Aires fuese una ciudad tan hermosa. Me encanta el contraste entre la ecléctica arquitectura y las magníficas estatuas junto a las tiendas y los mercados. Cuando vuelva a Inglaterra les diré a todos mis amigos que es un sitio que deberían visitar.

César enarcó una ceja.

–¿Tienes muchos amigos?

–Sí, muchos –respondió ella–. Compañeros de instituto y los colegas con los que he trabajado en hoteles de Francia e Inglaterra.

Él asintió con la cabeza.

–Rafael y yo nos conocemos desde el colegio.

Grace lo miró, sorprendida.

–¿Ah, sí?

–Sí.

–Pero tú irías a colegios privados…

–Así es.

–¿Y entonces por qué trabaja para ti…?

–No hablo de la vida privada de mis amigos –la interrumpió él.

–No, claro –asintió ella–. ¿Estamos cerca del mercado del que me hablaste?

–La plaza de San Telmo –César asintió–. No está lejos de aquí.

–¡Madre mía! –exclamó Grace cuando se encontró frente a un montón de edificios pintados de colores brillantes.

Nunca había visto nada parecido. Los colores deberían parecer estridentes y, sin embargo, no era así. Al contrario, eran un placer para los sentidos; un hecho apreciado por los cientos de personas que estaban sentadas en las terrazas.

–¿Te gustaría tomar un café antes de ir al mercado? –César indicó una mesa vacía frente a uno de los cafés.

–Sí, por favor. ¡Esto es asombroso!

César rio mientras se sentaba frente a ella.

–Los colores permanecerán en tu retina mucho después de que hayamos vuelto al apartamento.

Grace sonrió mientras disfrutaba de las conversaciones y las risas de otros clientes.

–Tomaremos el almuerzo en la plaza Dorrego. Allí es donde ponen el mercado los fines de semana.

–¿Y qué pasa durante el resto de la semana?

–Los cafés y restaurantes sacan mesas a la calle para que la gente juegue a las cartas o al ajedrez y algunos bailan o miran bailar el tango.

Ella sacudió la cabeza, admirada.

–¿Cómo puedes alejarte de una ciudad tan bonita y tan vibrante, aunque tengas que trabajar?

–Porque sé que voy a volver.

–Ah, claro.

–Imagino que a ti te pasa lo mismo en Londres.

–Bueno, sí y no –respondió ella, después de pensarlo un momento–. Me enamoré de París cuando vivía allí, pero Londres… aunque Beth está allí, desde que mis padres murieron ya no me parece mi hogar.

–Los echas de menos –era una afirmación, no una pregunta.

Grace asintió.

–Mi padre murió hace años y mi madre solo hace unos meses. Estuvo enferma durante mucho tiempo y fue muy duro ver cómo iba marchitándose.

César se inclinó para mirarla a los ojos.

–Estoy seguro de que hiciste todo lo que estuvo en tu mano para que el final fuese lo menos doloroso posible para ella.

Los ojos de Grace se empañaron.

–Desgraciadamente, eso no hace que perderla haya sido menos amargo.

César apretó su mano un momento, pero la soltó cuando llegó el camarero con los cafés.

En los últimos días había descubierto que Grace Blake era una mujer tan bella por dentro como por fuera. Una mujer que cuidaba de su familia sin pensar en sí misma, que sentía empatía fácilmente… por sus padres, por ejemplo, o por él mismo cuando le había hablado del secuestro de Gabriela.

Había pensado mucho sobre sus comentarios cuando Rafael lo dejó solo. Estaba enfadada cuando los hizo, pero tenía razón.

Sobre todo cuando lo acusó de haberse encerrado en una torre de marfil, apartándose del resto del mundo. Era una manera de lidiar con el dolor, por supuesto, pero como ella había señalado, era una especie de jaula que no solo lo protegía a él y a su familia, sino que mantenía a la gente a distancia.

Gente como los jóvenes que estaban sentados a la mesa de al lado y que solo tenían ojos el uno para el otro. O como los tres ancianos sentados en un banco, arreglando el mundo como solo los mayores podían hacerlo. O la madre paseando con sus dos hijos pequeños, los adolescentes que recorrían el paseo en patines…

Todos ellos vulnerables, como su familia y él lo habían sido veintiún años atrás, pero todos disfrutando de sus vidas en lugar de encerrarse por miedo a lo que pudiera pasar. Porque todos sabían algo que él había olvidado, algo que Grace lo había ayudado a recordar: que la vida no podía vivirse así, que estar encerrado en una torre de marfil, por cómoda que fuese, no era vivir.

Era hora de salir de ese encierro, de sacudirse las restricciones que había impuesto en su vida.

¿Y qué mejor sitio para hacerlo que la vibrante y hermosa ciudad de Buenos Aires, con la igualmente hermosa y vibrante Grace Blake?

Capítulo 9

–No puedes decirlo en serio –protestó Grace, incrédula, cuando César tomó su mano con la intención de unirse a las parejas que bailaban el tango en la calle.

Habían ido paseando hasta la plaza Dorrego, donde estaba el mercado, y Grace lo había pasado en grande mirando los puestos de antigüedades, la mayoría nada prácticas, en busca de un regalo para Beth. Finalmente había elegido una suave chaqueta de piel marrón, del mismo tono que sus ojos, que quedaría ideal con su pelo rubio. Por supuesto, dejó que César regatease; algo que, a juzgar por sus sonrisas, los vendedores parecían esperar y apreciar.

Luego habían tomado una estupenda ensalada en una plaza empedrada y más tarde se acercaron para ver a tres parejas que bailaban el tango acompañadas por varios músicos.

Pero que César insistiera en que participasen era totalmente increíble.

–Dijiste que bailabas el tango –le recordó él mientras la llevaba a la zona acordonada donde varias parejas más habían aceptado la invitación.

–Dije que lo bailaba mal y que Beth lo hacía mucho mejor que yo –Grace miró alrededor, avergonzada al ver que la gente aplaudía.

–Beth no está aquí –César se quitó la chaqueta de cuero, revelando unos hombros espectaculares bajo la camiseta.

–Y aunque estuviera aquí, dudo mucho que pudieras convencerla para que bailase en público –replicó Grace.

–Hora de pararse a oler las rosas –insistió él, retándola con la mirada.

–De verdad, no lo hago bien.

–Pero yo sí.

–Pareces muy seguro de ti mismo.

–Quizá te gustaría poner a prueba esa seguridad…

–Pues mira, sí –Grace dejó las bolsas en el suelo para quitarse la chaqueta y César la llevó a la improvisada pista de baile.

–Mírame a los ojos y sígueme –le indicó con voz ronca, apretándola contra su torso con un brazo mientras los músicos empezaban a tocar.

Si alguien le hubiera dicho unos días antes que iba a bailar con el arrogante César Navarro en la calle no lo habría creído.

Los pasos eran complicados, pero resultaba fácil seguirlo. Y

mientras lo hacía, miraba esos ojos castaños. Unos ojos serios y profundos, llenos del fuego y la pasión del baile.

Era a la vez la experiencia más emocionante y excitante de toda su vida. Tanto que al final del baile se movía sin esfuerzo, sus movimientos perfectamente sincronizados, su rostro a unos centímetros del rostro de César, que la reclinó sobre un brazo cuando el tango terminó.

Fue entonces cuando escuchó el aplauso y volvió la cabeza. Todos habían dejado de bailar, incluso los bailarines profesionales, para mirarlos a ellos.

–¿Y bien? –le preguntó César en voz baja.

–Tú ganas –respondió Grace, colorada hasta la raíz del pelo–. De verdad sabes bailar el tango.

El tango siempre había sido uno de los bailes más sensuales, y en las clases tenía que hacerlo con algún adolescente tan torpe como ella. Pero bailar con César era otra cosa. Tanto que, a juzgar por los pezones erguidos y sensibles bajo la blusa, se había convertido en una experiencia erótica.

–Hora de escapar de aquí, ¿no crees? –murmuró él.

–Sí, por favor.

–¿Una siesta en el apartamento? ¿O quieres seguir explorando Buenos Aires? –preguntó César mientras la ayudaba a ponerse la chaqueta.

–El apartamento, si no te importa –respondió ella con voz ronca, sus sentidos alborotados después de la emoción del baile.

–¿Y una siesta?

Grace vio un brillo de deseo en sus oscuros ojos.

–Y una siesta –repitió.

Parecía lo más natural en el mundo que caminasen de la mano hacia el apartamento, César con esa elegancia que era tan natural en él, la chaqueta al hombro, el torso ancho y musculoso bajo la camiseta ajustada…

No le pasaban desapercibidas las miradas de las mujeres, jóvenes y no tan jóvenes, solas o acompañadas, que apreciaban la belleza masculina.

Como ella, tan susceptible a la sensualidad de sus movimientos que apenas podía respirar. Su sonrisa estaba cargada de promesas ante la prometida «siesta».

–Muchas gracias por mostrarme esta hermosa ciudad –le dijo mientras subían en el ascensor.

–El día no ha terminado aún, Grace.

–No sé si estamos haciendo bien…

César apoyó las manos en el espejo a cada lado de su cara, manteniéndola cautiva con su oscura mirada.

–¿Has disfrutado bailando conmigo? –le preguntó con voz ronca.
Grace tragó saliva.
–Ha sido… maravilloso.
–Yo también he disfrutado bailando contigo, pero los dos sabemos que era algo más que eso.
Sí, había sido algo más. Bailar algo tan cargado de erotismo como el tango con un hombre como César era casi como hacer el amor con música.
–Podría ser un error seguir adelante… ¿De qué te ríes?
–¿No sabes que bailar es solo un preludio para otro tipo de intimidad?
–Sí, lo sé –murmuró ella, apartando la mirada.
–Entonces tienes que saber cuánto te deseaba mientras bailábamos y cuánto deseo hacerte el amor ahora mismo.
–Yo…
–Y tú también deseas esa intimidad.
Grace tragó saliva, nerviosa.
–¿Cómo voy a negarlo? ¿No has notado lo excitada que estaba?
–¿Como tú has podido sentir mi deseo por ti? –murmuró César, apretándose contra ella para hacerle sentir su propia excitación.
–Sí…
–Abrázame, Grace.
Temblando ante la proximidad de César y la innegable tensión sexual entre los dos, solo pudo levantar los brazos. Pero el deseo se convirtió en un infierno al sentir el calor del cuerpo masculino a través de la camiseta.
–¿Qué haces…? –cuando César agarró su trasero para levantarla, Grace enredó las piernas en su cintura, sujetando las bolsas con una mano mientras con la otra se agarraba a sus hombros.
Su oscura mirada casi parecía quemarla.
–¿Tu habitación o la mía?
–Yo…
–¿Tu habitación o la mía? –repitió él, un nervio latiendo en el tenso mentón.
–La tuya –dijo Grace finalmente, apoyando la cabeza en su hombro, aliviada al no ver ni a María ni a Rafael cuando entraron en el apartamento.
César cerró la puerta de una patada antes de dejarla en el suelo y Grace soltó las bolsas para echarle los dos brazos al cuello. Excitada por el baile, el deseo que había estado en la superficie hasta ese momento explotó en una tormenta de ardiente pasión.
Se besaron ansiosamente, besos profundos y largos, mientras sus manos se perdían en inquietas caricias, las de Grace rozando su espina dorsal, las de César tirando de un rígido pezón; sus agitadas

respiraciones y gemidos el único sonido que rompía el silencio de la habitación.

César enredó una mano en su pelo mientras besaba la columna de su garganta, desabrochando los botones de su blusa con la otra y apartando a un lado la tela antes de quitarle el sujetador.

–Eres tan preciosa –sus labios se movían sobre el nacimiento de sus pechos–. Tan preciosa –repitió, capturando un túrgido pezón con la boca mientras acariciaba el otro con los dedos.

Grace apenas podía respirar. El placer provocó un río de lava entre sus muslos y se frotó contra el duro miembro masculino, buscando un alivio desconocido.

Dejó escapar un gemido cuando César puso una mano entre sus piernas, encontrando instintivamente el botón escondido entre los rizos para acariciarlo, presionando con la yema del pulgar sin dejar de chupar el pezón, sujetándola con un brazo cuando el placer la consumió y se le doblaron las rodillas.

César siguió acariciándola con la lengua, prolongando el placer hasta que Grace cayó sobre su torso cuando la intensidad del orgasmo la dejó sin aire.

–Te deseo… ahora –dijo él con urgencia mientras la tomaba en brazos para llevarla a la cama.

–¿Podría…? ¿Puedo tocarte yo?

–Si lo deseas.

–Así es –sin importarle la desnudez de sus pechos, Grace lo empujó contra las almohadas. No parecía el mismo hombre con el pelo enmarañado, los ojos ardientes, los labios abiertos como si necesitase oxígeno.

Levantó la camiseta para admirar los marcados abdominales y luego, satisfecha, inclinó la cabeza para saborear esa piel bronceada con los labios y la lengua.

Suspiró mientras besaba una oscura tetilla medio escondida entre el oscuro vello de su torso y lo oyó gemir cuando empezó a chuparla como él había hecho antes.

–Más abajo, Grace.

–¿Más abajo? –repitió ella, insegura.

–Si no te importa –dijo César con voz ronca.

Grace se puso de rodillas entre sus piernas para besar su abdomen, siguiendo la «V» de vello oscuro hasta la cinturilla de los vaqueros. Luego se detuvo un momento, indecisa, antes de desabrochar los botones y tirar hacia abajo del pantalón. Los calzoncillos negros eran lo único que ocultaba el rígido y abultado miembro.

–Eso también –la animó él.

Grace tragó saliva mientras bajaba los calzoncillos, abriendo muchos los ojos cuando lo liberó de esa prisión. César era tan

hermoso, de robar el aliento, veintitrés centímetros de larga y gruesa virilidad que latía ardiente en su mano.

–Tócame, Grace –la urgió él.

Excitada como nunca, envolvió el duro miembro con los dedos, viendo el cremoso líquido que escapaba de la punta.

–Lámeme –murmuró él–. Tómame en tu boca y lámeme. A menos que no quieras hacerlo.

–Dime cómo… cómo darte placer –susurró Grace, sus caricias cada vez más atrevidas mientras seguía las roncas instrucciones.

–¡Sí! –César gritó al sentir el calor de los labios y la lengua de Grace, que estaba lamiendo desde los testículos a la bulbosa punta, quedándose un momento en ese punto tan sensible bajo la cabeza y siguiendo hacia arriba para lamer las perladas gotas antes de tomarlo del todo en su boca.

César enredó los dedos en su pelo, sujetándola mientras levantaba las caderas instintivamente hacia su lengua, que hacía círculos alrededor de la hinchada cabeza mientras lo animaba con los dedos.

–¡Así, sí! –fue a la vez un placer exquisito y una tortura cuando Grace bajó una mano para apretar suavemente los testículos mientras seguía chupando y lamiendo la punta.

César ya no necesita animarla y el placer que le daba se convirtió en lo único importante, en lo único que sabía y le interesaba. Estaba tan excitado que no sabía si sería capaz de contenerse.

–Tienes que parar, Grace –dijo con voz ronca cuando lo chupó hasta el fondo–. Voy a… no creo que… –César dejó de intentar mantener el control al sentir la explosión de lava que recorría su miembro antes de explotar en la boca de Grace. Era una explosión interminable y siguió empujando hasta que no quedó más.

–Dios, Grace, no quería… no debí… tengo más control que… solía tener más control –se corrigió–. ¿Estás bien?

Ella se irguió con una sonrisa tímida.

–¿Y tú?

–Mucho, pero no te he hecho daño, ¿verdad?

–No, claro que no. ¿Te he hecho daño yo a ti?

–Puedes «hacerme daño» cuando quieras. ¿Qué demonios…? –César masculló una palabrota cuando alguien llamó a la puerta.

–Siento interrumpir –escucharon la voz de Rafael al otro lado– pero tengo que hablar contigo inmediatamente.

César miró a Grace, que se había levantado de un salto para ponerse los vaqueros a toda prisa antes de abrir la puerta.

–Espero que sea importante de verdad, Rafael –le advirtió con tono seco.

Grace se escondió como pudo. No entendía la conversación de los dos hombres porque hablaban en su idioma, pero vio que César

palidecía de repente.

Lo que Rafael estaba contándole tan urgentemente no era una buena noticia.

Capítulo 10

–Tengo que irme, Grace –César se volvió hacia ella cuando Rafael desapareció, su rostro carente de color, los ojos angustiados–. Mis padres han sufrido un accidente de camino al aeropuerto. Rafael lleva horas intentando localizarme.

–¡No! –Grace tuvo que agarrarse a la cama, asustada.

–Los dos están vivos –le aseguró él–. Mi padre solo tiene heridas superficiales, pero mi madre ha recibido un golpe en la cabeza y sigue inconsciente. Tengo que ir al hospital ahora mismo.

–Por supuesto que sí –asintió ella.

–¿Quieres venir conmigo? La presencia de una mujer a mi lado sería de agradecer.

–Claro que sí.

No sabía qué podría hacer para ayudar, pero lo acompañaría.

César sacudió la cabeza, impaciente.

–¿Puedes estar lista en cinco minutos?

–Sí –Grace necesitaba ir un momento a su habitación para arreglarse y pasarse el cepillo por el pelo.

No, no tenía tiempo para eso. Ni para pensar que ella era responsable de lo que había pasado. Tal vez más tarde, cuando la madre de César hubiese recuperado el conocimiento, podría regañarse a sí misma todo lo que quisiera.

Como haría César tarde o temprano, ya que de no ser por su fobia a la seguridad de la que se rodeaba día y noche habría sabido del accidente mucho antes.

–Lo siento mucho, Rafael –Grace miró el rostro helado del hombre apoyado en la puerta de la habitación en la que César había entrado unos minutos antes para estar al lado de su madre.

–¿A qué te refieres?

–Es culpa mía que César haya dejado el móvil en casa y que no llevase guardaespaldas.

–César es un hombre adulto capaz de tomar sus propias decisiones –replicó él con frialdad.

–Pero…

–Entiendo que te sientas culpable, pero en este momento no sirve de nada –la interrumpió Rafael–. No es culpa tuya que explotase un

neumático haciendo que Carlos Navarro perdiese el control del vehículo y chocase contra un muro.

–Pero si hubieras podido ponerte en contacto con César al menos habría venido antes al hospital…

–Que César hubiese llegado antes tampoco habría hecho que Esther Navarro recuperase el conocimiento tras el accidente.

Grace frunció el ceño, dolida.

–Estás muy enfadado pero lo escondes bien, ¿no?

Rafael mostró los dientes en una semblanza de sonrisa.

–Sí.

–Lo siento mucho, de verdad. No pensé que…

–Grace, estuve en el ejército durante muchos años y, como soldado, he sido entrenado para lidiar con lo que es, no con lo que podría haber sido. No he podido localizar a César durante cuatro horas y eso es lamentable, pero en vista de la situación no tiene importancia.

No, no la tenía. Y ella solo estaba expresando su sentimiento de culpa en lugar de pensar en la madre de César.

–Tienes razón –Grace se enderezó, decidida–. Ya me dirás más tarde lo que piensas de mí. Ahora mismo, César y sus padres son lo único importante.

Rafael asintió con la cabeza.

–En eso, al menos, estamos de acuerdo.

–César me dijo que habíais estudiado juntos y que sois amigos desde entonces.

Él miró la puerta cerrada de la habitación.

–¿Ah, sí?

No parecía querer hablar del tema.

–No estaba contándome ningún secreto y solo me lo dijo porque pensé que erais… –Grace no terminó la frase al darse cuenta de que estaba metiendo la pata una vez más, su preocupación por Esther Navarro haciendo que hablase sin pensar.

Rafael la miró con sus penetrantes ojos azules.

–¿Éramos qué?

–Bueno, como siempre estáis juntos… en fin, entonces no sabía que fueras su jefe de seguridad así que pensé erróneamente que…

–¿Qué pensaste?

Grace sintió que le ardía la cara.

–Que teníais una relación.

Rafael la miró en silencio durante unos segundos.

–No sé si reírme o tirarte por la ventana.

–Y la ventana está ganando por el momento, ¿eh? –intentó bromear ella.

–Sin la menor duda, pero empiezo a entender por qué César se siente tan intrigado por ti.

–¿Ah, sí?
–Eres espontánea, dices siempre lo que piensas… algo que a él no le ocurre a menudo, si le ha ocurrido alguna vez.
Grace intentó esbozar una sonrisa.
–Pero es algo sin lo que podría vivir, estoy segura.
Rafael le devolvió la sonrisa.
–Tal vez, pero… –no terminó la frase cuando la puerta se abrió y César salió de la habitación.
La mujer con la que recientemente había hecho el amor y Rafael, su mejor amigo y jefe de seguridad, estaban hablando en voz baja, compartiendo una sonrisa. César frunció el ceño.
–Grace, ¿puedes quedarte con mi padre un momento mientras yo hablo con los médicos?
–Claro que sí.
Cuando se quedaron solos, César miró a su viejo amigo con una ceja enarcada.
–¿No tienes que estar en algún sitio?
Rafael se encogió de hombros.
–Como jefe de seguridad, tú eres mi primera preocupación y a partir de hoy a donde tú vayas iré yo.
–Mira…
–No tengo el menor interés personal en tu Grace Blake, por cierto.
–No es mi Grace Blake.
–¿Ah, no?
–No.
Rafael se encogió de hombros.
–¿Vamos a buscar al médico?
César respiró profundamente.
–Sí, claro. Te pediré disculpas más tarde.

Si Grace necesitaba pruebas del amor de Carlos Navarro por su mujer las tuvo en cuanto entró en la habitación y vio que el hombre parecía haber envejecido veinte años desde el día anterior. Sus ojos eran oscuros pozos de dolor mientras miraba a su esposa y apretaba su mano inerte. Incluso parecía tener más canas en las sienes.
Grace se dejó caer sobre una silla al otro lado de la cama, donde César debía de haber estado sentado, sin decir nada, pero esperando darle fuerza y consuelo con su presencia.
Esther Navarro seguía inconsciente, su pelo rubio extendido sobre la almohada, su hermoso rostro sin marcas salvo por un bulto en la sien izquierda.
Instintivamente, Grace apretó la otra mano de Esther, sorprendida al notar que estaba helada. Si algo le ocurría a la madre de César…

Pero no sería así, no podía ser. ¿No había sufrido suficiente la familia Navarro con la pérdida de Gabriela?

–La amé desde el momento que puse los ojos en ella –empezó a decir Carlos Navarro, su voz apenas audible entre el ruido de los aparatos que monitorizaban los signos vitales de su mujer, de quien no apartaba la mirada.

Grace permaneció en silencio, sabiendo que necesitaba hablar y que le daba igual quién fuera su interlocutor.

–Estaba de viaje en Argentina antes de ir a la universidad –siguió el hombre–. Una amazona con el pelo rubio más bonito que había visto nunca, sentada en una terraza de San Telmo mientras yo pasaba por allí de camino a una reunión. Nunca llegué a esa reunión… me quedé tomando un café con ella –Carlos sonrió, recordando–. Fue amor a primera vista para los dos. No nos separamos tras ese primer encuentro y nos casamos un mes más tarde. César nació exactamente nueve meses después, de modo que Esther no pudo ir a la universidad. Aún recuerdo su rostro el día que César nació, como una virgen con su hijo. Mi precioso ángel rubio, tan parecida a nuestra pequeña… –su voz se rompió–. Veintiún años, señorita Blake. Perdí a mi ángel el día que se llevaron a nuestra hija y ahora…

–Esther va a recuperarse, señor Navarro. Sé que será así –dijo Grace con firmeza, totalmente convencida de que el destino no podía ser tan cruel.

–Gracias –murmuró él.

–Tiene que creer que va a despertar.

Y cuando así fuera, esperaba que pudiesen resolver sus diferencias de una vez por todas. El amor que había en los ojos de Carlos Navarro mientras miraba a su mujer dejaba claro que no merecía vivir sin su ángel ni un solo día más.

–Evidentemente, no volveré hoy a Inglaterra como había pensado –anunció César, en el pasillo del hospital.

Su madre por fin había recuperado el conocimiento y el médico le había asegurado que no había daños cerebrales y que tras unas semanas de descanso estaría como nueva. Sin embargo, quería tenerla en observación durante unos días y César no pensaba apartarse de su lado.

–Claro, lo entiendo –dijo Grace.

–Pero esa no es razón para que tú no vuelvas a Hampshire esta tarde.

Ella lo miró, pensativa.

–¿Tú qué quieres que haga?

Una buena pregunta, pero una para la que César no tenía respuesta.

Le gustaría que dijese que se quedaría en Argentina mientras la necesitara, pero sabía que unas horas antes habían hecho algo para lo que no había vuelta atrás.

César quería a sus padres y su amistad con Rafael era de mutuo respeto y afecto, pero no permitía que nadie atravesase las barreras que él mismo había impuesto sobre sus emociones después de que les robasen a Gabriela. Grace Blake, sin embargo, había roto esas barreras. Hasta qué punto, aún no lo sabía. Y hasta que así fuera tal vez sería mejor que volviese a Inglaterra.

–Da igual –dijo Grace, pensando que el silencio de César era respuesta suficiente–. ¿Puedo volver esta misma tarde?

–Si eso es lo que quieres –murmuró él, sin mirarla.

Lo que Grace quería era borrar las últimas horas. Que el accidente de los Navarro no hubiese ocurrido, que César no hubiera dejado el móvil cuando salieron sin guardaespaldas, que no hubieran bailado el tango en la calle ni hubiesen hecho el amor…

Sobre todo, desearía que eso último no hubiera pasado.

César era de nuevo el remoto y frío extraño al que había conocido y le resultaba difícil mirarlo a los ojos y recordar las intimidades que habían compartido pocas horas antes.

Aunque en aquel momento nadie podría imaginar que entre ellos hubiese habido intimidad alguna. Él era de nuevo el arrogante César Navarro y ella… apenas recordaba quién era y no sabía qué pensar sobre lo que había pasado en el dormitorio de César.

Jamás había tenido esas intimidades con ningún otro hombre; intimidades que la hacían ruborizarse incluso en aquel momento. Por eso quería olvidarlas. Ya habría tiempo para hacerse preguntas y recriminaciones cuando estuviera sola en el avión, de vuelta a Inglaterra.

–Sí, eso es lo que quiero –dijo con firmeza.

–Muy bien. Le pediré a Rafael que te lleve al apartamento.

–No hay necesidad, puedo tomar un taxi… –Grace apartó la mirada cuando su fría expresión dejó claro que no tenían nada más que decirse.

–He dicho que Rafael te llevará – reiteró César.

Ah, claro. César Navarro decía lo que iba a pasar y ella no podía discutir porque era su jefe.

–Si insistes…

–Insisto –la frialdad de su tono no admitía discusión–. Hablaremos cuando vuelva a Inglaterra.

–¿Hablar de qué?

–No seas ingenua. Está claro que tenemos que hablar de lo que ha pasado hoy entre nosotros.

–No veo por qué –Grace se obligó a mirarlo a los ojos–. Tú vas a

quedarte en Argentina y yo me iré pronto de la finca… a menos que prefieras que me haya ido cuando vuelvas –añadió, insegura. La alternativa les ahorraría a los dos el bochorno de volver a verse.

–Por supuesto que no… –César hizo una pausa para tomar aire–. Si quieres, puedes aprovechar mi ausencia para visitar a tu hermana en Londres, pero seguirás trabajando para mí hasta que hayamos tenido oportunidad de hablar.

Pensar en estar unos días con la alegre Beth fue suficiente para animarla, aunque volver a hablar con César la llenaba de temor. De verdad habían saltado los límites entre jefe y empleada de manera irrevocable. No podría seguir trabajando para él.

–En fin… tengo que hacer la maleta.

–Grace…

–¿Sí? –ella lo miró, recelosa.

César no sabía qué decir. Ni siquiera sabía lo que sentía.

–Nada. Espero que el viaje sea lo más agradable posible.

–¿Agradable? –repitió Grace, irónica.

–Estoy intentando ser amable…

–¿Por qué?

–Porque es lo mejor.

–¿Quieres que haga algo en especial cuando vuelva a Hampshire?

–¿A qué te refieres?

–No tengo ni idea. Solo intento ser amable.

–Hay unos papeles para Rafael en mi estudio, pero aparte de eso no se me ocurre qué más puedo necesitar.

César no la necesitaba, tuvo que reconocer Grace mientras Rafael la llevaba de vuelta al apartamento.

Cuando estaba haciendo la maleta se dio cuenta de que el sujetador y las bragas a juego que había llevado el día anterior estaban en la habitación de César. Y no tenía intención de dejarlos allí.

–¿Qué haces?

Grace levantó la cabeza, ruborizada al ver que Rafael la miraba con las cejas enarcadas desde la puerta de la habitación.

–Pues… es que antes me dejé algo aquí.

–¿Algo?

–Sí, yo… bueno –por fin, Grace localizó el sujetador, escondido bajo el edredón, y lo guardó rápidamente en el bolsillo de los vaqueros antes de incorporarse–. ¿A qué hora nos vamos…? ¡Vaya por Dios! –exclamó cuando, sin querer, tiró la fotografía que había sobre la mesilla–. Qué torpe soy, lo siento…

Era una fotografía de César a los once o doce años, con una niña pequeña a su lado que lo miraba con gesto de adoración.

Un angelito rubio de ojos castaños y hoyuelo en la mejilla. ¿Su hermana Gabriela?

Su hermana Gabriela, con un rostro que a Grace le resultaba tan familiar…

Capítulo 11

–¿Qué estás buscando exactamente? –Beth miraba con cara de curiosidad mientras Grace buscaba en los armarios de la cocina.

Habían pasado casi veinticuatro horas desde que tiró la fotografía en el dormitorio de César. Veinticuatro horas durante las cuales había vuelto a Inglaterra con Rafael y en las que sus emociones fluctuaban entre el convencimiento de estar equivocada y la absoluta seguridad de que no era así.

¿Qué estaba buscando?

Un imposible.

Pero no podría estar segura hasta que encontrase el álbum de fotografías de Beth, el álbum que tenía cuando la llevaron a casa a los cinco años, cuando los Blake la adoptaron y se convirtió en su hermana pequeña.

Fotografías de Beth como un angelito rubio de ojos castaños…

¿El mismo angelito rubio de la fotografía en la mesilla del dormitorio de César?

No podía ser. Grace sabía que no podía ser. Y sin embargo…

Hasta que viese las fotografías no podría dejar de pensar que Beth podría ser Gabriela Navarro.

Después de dejar la maleta en su habitación había ido al estudio para despedirse de Rafael y, aprovechando una distracción del jefe de seguridad, guardó en el bolso la fotografía que estaba sobre el escritorio; la misma que había visto sobre la mesilla del apartamento en Buenos Aires

Con un poco de suerte, la devolvería a su sitio antes de que César volviese de Argentina. Tenía que compararla con las de su hermana…

–¡Ajá! –exclamó cuando finalmente encontró el viejo álbum de fotos.

–¿Qué piensas hacer con eso? –preguntó Beth.

–Probablemente nada –Grace frunció el ceño–. Salvo que… bueno, deja que mire estas fotos y luego hablaremos.

–Te comportas de forma extraña desde que has vuelto de Buenos Aires. ¿Ha ocurrido algo que quieras contarme?

Habían pasado muchas cosas en Buenos Aires, pero Grace no quería hablar de ello. Sobre todo, no quería contarle que creía haberse enamorado de un hombre que no estaba a su alcance.

¿El cabello de Beth era del mismo tono rubio que el de Esther

Navarro?, se preguntó.

¿Su barbilla tenía la misma delicada curva que la de Esther?

¿Y sus ojos tenían la misma forma y el mismo tono castaño que los de Carlos y César?

¿Sería posible que Beth fuera Gabriela Navarro o estaba dejándose llevar por la imaginación? Tal vez estaba viendo un parecido donde no lo había. Tal vez todas las niñas rubias de dos años se parecían, con sus caritas regordetas y sus hoyuelos en las mejillas.

Además, Beth había nacido en Inglaterra, era hija de James y Carla Lawrence…

Pero no podía negar el parecido entre la pequeña Gabriela Navarro y su hermana, ni la inexplicable familiaridad que experimentó al conocer a Esther Navarro. Además, Gabriela era alérgica a las flores, como su hermana. Y, de niñas, Beth siempre le deseaba «felices sueños» cuando se iba a dormir, como había hecho César en Buenos Aires.

Y todo eso había aparecido en el absurdo sueño que había tenido un par de noches antes.

Tal vez no era más que una serie de coincidencias, pero no podría dejar de pensar en ellas hasta que hubiera comparado las fotografías.

–Me estás asustando, Grace –dijo su hermana.

–Lo siento, es que… Deja que mire estas fotografías y luego te lo explicaré.

Y entonces Beth y ella se reirían del asunto o su mundo se pondría patas arriba.

–No debería haber dejado que me convencieras –murmuró Beth, al lado de Grace en un taxi, de camino al apartamento de César Navarro en Buenos Aires–. Y a mi jefe no le ha hecho ninguna gracia que pidiese una semana de vacaciones cuando acaba de contratarme.

Grace apretó su mano.

–Tú sabes por qué estamos aquí.

–Porque has perdido la cabeza y crees que soy Gabriela Navarro y porque te quiero lo suficiente… o porque soy lo bastante tonta como para hacerte caso.

Las fotografías del álbum no eran concluyentes, pero el parecido entre su hermana y Gabriela Navarro era tan grande que podrían ser la misma persona. Y que no hubiese fotografías de su hermana antes de los dos años la convencía aún más.

Si estaba equivocada… en fin, entonces estaría equivocada y habrían tirado el dinero de los billetes de avión. Sabía que sería una increíble casualidad que ella trabajase para César Navarro y Beth resultase ser su hermana perdida, pero no podía negar que el destino

era capaz de las mayores jugarretas.

Estaba convencida, pero no quería que los Navarro se hicieran ilusiones para llevarse luego una terrible decepción. Si así fuera, no querrían volver a saber nada de las hermanas Blake.

Aunque sabía que no había futuro para César y ella. ¿Cómo iba a haberlo cuando vivían en mundos completamente diferentes? Sería muy duro que la apartase de su vida… y lo haría si estaba equivocada sobre la identidad de Beth.

–¿Crees que yo podría formar parte de una familia que vive en un sitio así? –su hermana lanzó un bufido de incredulidad cuando llegaron al impresionante edificio.

–No lo sé y por eso estamos aquí –respondió Grace, nerviosa–. Has visto el parecido entre Gabriela Navarro y tú y que no haya fotos tuyas de bebé…

–Tal vez el resto de las fotografías se perdieron tras la muerte de mis padres.

Grace había pensado en esa posibilidad, pero no era suficiente para convencerla.

–Mira el lado bueno del asunto –intentó animarla–. Aunque esté equivocada, disfrutarás de una semana de vacaciones en Buenos Aires.

Beth no parecía en absoluto convencida.

–¡Si los Navarro no hacen que nos detengan por intentar engañarlos! Debo de haber perdido la cabeza para dejar que me convencieses… esto es una locura. Podríamos acabar pasando la semana en la cárcel.

Grace esperaba que ese no fuera el resultado de su encuentro con César. Y si lo era, en fin… en cualquier caso iba a dejar su trabajo en la finca de Hampshire, después de lo cual no volvería a verlo, de modo que tenía poco que perder si él decidía echarlas del apartamento a empujones. Pero si sus sospechas eran ciertas, entonces César y su familia tenían mucho que ganar.

Qué sería de César y ella si fuera así era otra cuestión.

–¿Grace? –César entró en el salón con el ceño fruncido.

–Hola –Grace se levantó, nerviosa, pasando las palmas de las manos por las perneras del pantalón.

–¿Qué haces aquí?

–Yo… espero que tu madre se haya recuperado del todo.

César asintió con la cabeza.

–Sigue frágil, pero ya ha salido del hospital.

–Cuánto me alegro.

César, que había creído tener unos días más antes de hablar con Grace, estaba totalmente desconcertado. No sabía por qué había vuelto a Buenos Aires, especialmente en su precaria situación

económica.
Había intentado no pensar en ella, y en el último día que pasaron juntos en Buenos Aires, mientras se concentraba en la recuperación de su madre. No podía lidiar con sus emociones en ese momento.
Pero Grace había vuelto y no se atrevía a esperar…
–Te he preguntado qué haces aquí –repitió, mostrándose huraño para disimular sus sentimientos.
Ella tragó saliva convulsivamente.
–Pues yo… verás…
–Mi hermana ha pensado que me gustaría conocer Buenos Aires –escuchó una voz extraña y retadora.
César miró a la mujer alta y rubia que estaba frente a la ventana.
–Beth, ¿no?
–Eso es –la joven dio un paso adelante para ofrecerle su mano–. Un placer conocerlo, señor Navarro.
César miró fijamente a la joven alta y rubia. Como era lógico, no había ningún parecido entre las dos hermanas y, sin embargo, experimentaba una sensación de familiaridad…
–¿Quién es usted? –le espetó.
–Ya le he dicho que soy la hermana de Grace, Beth.
–¿Se puede saber qué está pasando aquí?
Grace se pasó la lengua por los labios.
–Yo…
–¿Es una broma? –siguió César, con los puños apretados.
No era esa la reacción que Grace había esperado. Aunque era evidente que también César podía ver el parecido entre Beth y su madre y su hermana Gabriela. Tan evidente como que estaba furioso con ella por reabrir una herida que llevaba años intentando cerrar.
–Antes de irme el domingo fui a tu habitación para recuperar… algo que había dejado allí –sus mejillas se tiñeron de color–. Pero entonces vi la fotografía de Gabriela sobre la mesilla…
–¿Su habitación? –repitió Beth–. ¿Qué hacías en la habitación de César Navarro?
–Eso da igual –murmuró Grace, sabiendo que el rubor en las mejillas la delataba–. Vi la fotografía, César, y bueno… tú mismo puedes verlo. El parecido es…
–Puramente superficial –la interrumpió él–. Mi hermana desapareció y esto es demasiado cruel…
–Yo que tú cerraría la boca, amigo –Beth clavó un dedo en su torso, fulminándolo con la mirada–. Mi hermana no es una persona cruel, al contrario. Grace solo es culpable de creer erróneamente que yo podría ser tu hermana perdida…
–¿Gabriela?
Todos se volvieron para mirar a la mujer rubia que acababa de

entrar en el salón; Grace con tristeza, César con apenas contenida furia y Beth…

Beth miraba a Esther Navarro como si estuviera viendo un fantasma.

¿O una visión de sí misma en treinta años?

Era imposible no ver el parecido entre las dos mujeres; el mismo pelo rubio, la curva de las cejas, el mentón decidido, los labios gruesos…

–¿Quién es usted? –preguntó Beth, agitada.

Esther Navarro tuvo que agarrarse a la puerta mientras miraba a la joven como si fuese una aparición.

–Creo que esa iba a ser mi siguiente pregunta…

–No deberías haberte levantado de la cama, mamá –la reprendió César, colocándose a su lado–. Grace estaba presentándome a su hermana…

–¿La hermana de Grace? Pero César, tienes que estar viendo…

–Solo veo a una joven con cierto parecido a… alguien a quien conocimos una vez –la interrumpió, lanzando una mirada acusadora sobre Grace–. Vuelve al dormitorio, mamá, hablaremos cuando haya resuelto esta situación.

–Pero…

–Grace y su hermana se irán en cuanto…

–Grace y su hermana no van a irse a ningún sitio, amigo –lo interrumpió Beth–. Y no me gusta nada que te refieras a esto como «una situación».

–Deje de llamarme «amigo» en ese tono, señorita Blake –la reprendió César.

–Te llamaré como me dé la gana, amigo –Beth lo fulminó de nuevo con la mirada–. ¿Por qué te crees con derecho a hablar de Grace y de mí como si fuéramos algo sucio que hubieras encontrado en la suela del zapato?

César se irguió antes de acercarse a ella con expresión arrogante.

–Está en mi casa y no como invitada, señorita Blake, así que puedo dirigirme a usted como me parezca.

–Eso es lo que tú crees, amigo.

–¡Eso es lo que sé! Si no le importa marcharse…

–Ya te he dicho que no vamos a ir a ningún sitio hasta que desentrañemos este misterio –Beth lo miraba a los ojos sin amedrentarse.

Aquello era demasiado para Grace que, de repente, soltó una inapropiada e histérica carcajada.

–Lo siento, es que… si pudierais veros ahora mismo… ¿Esther? –se volvió hacia la mujer para pedir apoyo.

La madre de César esbozó una trémula sonrisa.

–Creo, como Grace, que…

–¿Esther?

–¡Carlos! Ven aquí, cariño. Creo que acabo de presenciar un milagro: la primera discusión entre nuestro hijo y nuestra hija –le explicó, mientras «hijo» e «hija» seguían mirándose a cara de perro.

¿Podría ser cierto? ¿Podrían estar discutiendo César Navarro y su hermana pequeña, Gabriela?

Capítulo 12

–¿Por qué siempre te encuentro en la cocina?

Grace dio media vuelta al escuchar la voz de César. Era la misma cocina en la que unos días antes había hecho la cena de su cumpleaños, pero habían ocurrido tantas cosas desde entonces que parecía una eternidad.

–Probablemente porque es el sitio en el que me siento más cómoda.

–Yo tampoco podía dormir.

–Ha sido un día muy… emocionante –Grace hizo una mueca.

No podría describir lo que había pasado en las últimas horas. Conversaciones sin terminar, preguntas sin respuesta, Esther y Carlos sentados en uno de los sofás, con las manos entrelazadas mientras miraban fijamente a Beth, como si temieran creer que pudiera ser su hija perdida. Y tal vez con razón.

Al día siguiente harían una prueba de ADN y Esther había insistido en que se alojasen allí hasta que tuvieran el resultado.

César había pasado la tarde mirándola en silencio, como si pudiera encontrar las respuestas en su rostro, y Grace empezaba a temer que todo hubiera sido cosa de su imaginación. Tal vez se había convencido porque quería borrar el dolor de César y su familia. El parecido era superficial, y había tantas cosas en contra…

César, con una camiseta blanca y un pantalón de chándal, dio un paso adelante.

–Carla Lawrence, la madre de Beth, había nacido en Argentina.

–¿Perdona?

–Le pedí a Rafael que investigase a los padres de Beth y ha descubierto que Carla Lawrence nació en Argentina.

Grace tuvo que tragar saliva.

–Otra coincidencia, ¿no?

–Una coincidencia que exige investigación.

–Lo siento, de verdad, es que vi la fotografía de Gabriela en tu habitación y el parecido con mi hermana era tan grande… –los ojos de Grace se empañaron–. Al menos debería haberte llamado antes…

–¿Y arriesgarte a ser rechazada de antemano? Has hecho lo que debías, Grace. Has hecho lo que haría alguien como tú.

–¿Qué quieres decir?

–Que eres una persona amable, generosa y cariñosa con los demás –explicó César–. Entiendes lo que mis padres y yo hemos sufrido y

querías ayudar.

–Ah.

–No era lo que esperabas que dijera, ¿eh?

–No, la verdad es que no.

–Antes estaba enfadado y… Beth tenía razón, no debería haberte hablado como lo hice. A pesar de eso, y aunque no resulte ser mi hermana, siempre te estaré agradecido por haberla traído –dijo César con voz ronca.

Gratitud. Pasara lo que pasara, siempre tendría su gratitud. Cuando ella quería mucho más, cuando sentía mucho más. Cuando solo estando con él su corazón se desbocaba.

–Muy bien… –murmuró, intentando sonreír–. ¿Cuánto tiempo crees que tardará Rafael en completar la investigación?

César enarcó una ceja.

–¿Tienes prisa por irte de Argentina?

–Seguramente no debería haber venido o haber traído a Beth conmigo. Ella decía que todo esto era ridículo pero… no sé cómo se me ha ocurrido.

–Porque estabas pensando en los demás, no en ti misma –dijo César–. Aunque Beth no esté de acuerdo.

–Veros cara a cara ha sido asombroso.

Él asintió con la cabeza.

–Si por algún milagro resultase ser Gabriela, el primer encuentro con mi hermana después de veintiún años no ha sido como yo había imaginado.

–Ha sido explosivo, desde luego. Nuestros padres nos enseñaron a valernos por nosotras mismas, fuese cual fuese la situación –dijo Grace, con gesto de disculpa.

–Y a Beth no le hizo ninguna gracia que te hablase en ese tono…

–Estoy vigilándote, amiguito –Beth entró en la cocina, su pelo rubio sujeto en una coleta, el rostro libre de maquillaje.

–¿«Amiguito» es mejor que «amigo» o peor?

–Eso depende –replicó ella.

César frunció el ceño.

–Si al final eres Gabriela, esto podría volverse muy complicado. ¿Cómo sería mi relación con Grace?

–La que ella decida –respondió Beth–. ¿Alguien quiere café?

Grace, sorprendida por la pregunta de César y la respuesta de Beth, se limitó a asentir con la cabeza distraídamente.

¿Cuál sería su relación si su hermana adoptiva resultaba ser Gabriela?

–¡Maldita sea! –exclamó Beth cuando se le escurrió la taza de la mano.

–¡Aparta, Brela! –por instinto, César empujó a Beth para que el café

ardiendo no cayera sobre sus pies–. ¿Te has quemado?

Ella negó con la cabeza, pálida y seria.

–¿Qué me has llamado?

–No recuerdo…

–Brela –dijo Grace–. Te ha llamado Brela.

–No me he dado cuenta, pero era así como llamaba a Gabriela –César frunció el ceño.

–Por un momento me ha parecido recordar algo… pero no, no puede ser –empezó a decir Beth–. Nadie recuerda algo que ocurrió cuando tenía dos años.

–Yo sí –le aseguró él.

–Ah, claro. ¿Cómo no?

–¡Beth! –la reprendió Grace.

–Este hombre es una máquina –dijo ella, irónica–. Si tú llamabas Brela a tu hermana, ¿cómo te llamaba ella?

–No podía pronunciar la palabra César y me llamaba…

–Zar –murmuró Beth, como sin darse cuenta.

–Sí –asintió él, con voz ronca.

–He acertado por casualidad.

–¿De verdad?

–Tiene que ser eso, ¿no? –dijo Beth, impaciente–. Como he dicho, nadie, aparte de César Navarro, recuerda nada de cuando tenía dos años.

–Oye…

–¿Os dais cuenta de que estáis haciéndolo otra vez? –los interrumpió Grace, sonriendo cuando dos pares de idénticos ojos castaños se volvieron para mirarla–. Estáis discutiendo como niños… o como hermanos.

Beth soltó un bufido.

–Esther y Carlos son buena gente, pero no sé si podría soportar a alguien tan autoritario como hermano mayor.

–¡Beth!

De repente, César soltó una carcajada.

Y fue algo así como un milagro. César riendo, sus ojos brillando de humor, era más turbador, más sexy que cuando habían bailado juntos el tango.

–No veo dónde está la gracia –murmuró Beth.

–Eres tan franca sobre mis defectos como tu hermana.

–E igualmente antipática cuando no duerme lo suficiente –intervino Grace, tomando a Beth del brazo–. Hora de irse a la cama. Antes de que sigas insultando a nuestro anfitrión –añadió, mirando a César con gesto de disculpa. Si Beth y él resultaban ser hermanos, prometía ser una relación tormentosa.

–Es culpa suya. Si no hubiera sido tan grosero…

–Beth, por favor…

–Muy bien, me iré a la cama –Beth miró a César–. Pero aparta las manos de mi hermana –le advirtió, tomando su taza de café antes de salir de la cocina.

–Tengo que disculparme por su comportamiento. En realidad, está más disgustada por todo esto de lo que quiere dar a entender.

–¿Y tú? ¿Que pasaría si Beth resultase ser Brela?

Ella frunció el ceño.

–Ha sido muy raro que recordase ese nombre, ¿no te parece? Y lo de Zar…

–¿Qué sentirías, Grace? –insistió él–. ¿Sobre mí?

De repente, César estaba más cerca que un segundo antes, tan cerca que podía oler su colonia y sentir el calor de su cuerpo, seduciéndola, llamándola… pero se irguió decididamente.

–Es un poco pronto para eso, ¿no te parece? Después de todo…

–Te he echado de menos estos tres días –la interrumpió él, mientras apartaba un mechón de pelo de su cara–. Más de lo que había creído posible echar de menos a alguien.

Grace se humedeció los labios antes de responder:

–No había nadie que te contestase, ¿eh? –intentó bromear para romper la tensión.

–Nadie para retarme –le confirmó él–. O para bailar el tango conmigo y sacarme de mi torre de marfil para oler las rosas…

–César, no he vuelto para tener esta conversación –lo interrumpió Grace–. Estamos todos muy nerviosos e inseguros…

–¿Crees que solo digo esto porque podrías, en condicional, habernos devuelto a Gabriela?

–¿Por qué si no?

–¿De verdad crees que es gratitud por devolvernos a ese demonio, si Beth resultase ser Gabriela, lo que hace que te hable así?

Grace hizo una mueca.

–Ya te he dicho que mi hermana está tan tensa como nosotros. Normalmente no es tan antipática.

–O tal vez sabía que mi intención era seducir a su hermana mayor en cuanto nos dejase solos –César la atrajo hacia él, rozándola con su erección.

–¿Lo era?

–Sigue siéndolo –murmuró él.

–Esto no puede ser –a pesar de sus protestas, Grace suspiraba de placer.

–¿No me has oído cuanto he dicho que te he echado de menos?

–Pero me enviaste de vuelta a Inglaterra.

–Pensé que sería mejor estar algún tiempo separados para ver si nuestra relación podía progresar –César tomó aire–. Fue una decisión

que lamenté de inmediato, te lo aseguro.

–¿Porque el otro día Rafael nos interrumpió? Te aseguro que yo no suelo portarme así. Había sido un día estupendo con el tango y…

–Erótico –la interrumpió César con voz ronca.

–Eso es quedarse corto –Grace sintió que le ardía la cara–. Pero no tengo intención de convertirme en la amante de un multimillonario.

Aunque estuviese enamorada de él.

Porque eso era lo que había pasado. Estaba enamorada de César Navarro; un amor que acabaría rompiéndole el corazón; el que la había llevado a Buenos Aires en aquel viaje absurdo.

Capítulo 13

César arqueó las cejas, sorprendido.

–¿Eso es lo que piensas de mí? ¿Después de lo que has hecho o has intentado hacer por mi familia y por mí, crees que quiero convertirte en mi amante?

–¿Qué si no? –preguntó ella.

–¿No se te ha ocurrido pensar que podría sentir algo por ti?

El corazón de Grace dio un vuelco. No, César no sentía nada por ella más allá del deseo. Desde luego no se había mostrado muy contento de verla unas horas antes.

–No, no lo creo. Y, a pesar de lo que puedas pensar, yo no tengo aventuras.

Podría haber dejado que las cosas fuesen más allá que con cualquier otro hombre, pero no podía convertirse en su amante. César nunca había sido fotografiado con otras mujeres, pero después de hacer el amor con él Grace no tenía duda de que era un amante experto mientras que ella… había hecho el amor con César siguiendo sus instrucciones y por instinto, no por experiencia.

Dudaba que él quisiera tener a una inocente en su cama, aunque fuese durante un corto período de tiempo. O que algún día pudiese amarla como lo amaba ella.

–Es mejor que me vaya a la cama. Tú y yo nunca podríamos tener una relación.

–Beth parece tener otras ideas.

–No por nada que yo le haya contado, te lo aseguro.

–No sería criticable que hubieses hablado con tu hermana.

–Pero no lo he hecho. Parece que ella ha sumado dos y dos.

–Y ha llegado a la conclusión correcta –dijo César.

Grace sacudió la cabeza.

–A pesar de las apariencias, Beth es una romántica.

–¿Y tú no?

–¿Quieres saber si creo en los finales felices? –Grace enarcó una ceja–. Sí, claro, pero no creo en los cuentos de hadas.

–¿Y, en tu opinión, una relación entre nosotros sería un cuento de hadas?

–Una relación de verdad entre un multimillonario y su cocinera sería algo sacado de un cuento de hadas.

César frunció el ceño, irritado.

–¿Y si se enamorasen el uno del otro?
–Eso no va a pasar.
–¿Por qué no?
–¡Por todas las razones que he dicho antes!
–La única razón que has dado es que yo soy multimillonario y tú eres mi cocinera.
–Tú tienes aventuras y yo no.
–¿Eso quién lo dice?
–Bueno, tú… –Grace sacudió la cabeza, impaciente–. Esta conversación es ridícula.
–Estoy de acuerdo. Pero no vas a ser siempre mi cocinera.
–¿Y qué?
–Hemos hablado de la posibilidad de que abrieras un restaurante y yo puedo ayudarte a hacer realidad ese sueño.
–Para, por favor –le advirtió Grace–. No estoy en venta.
–No estoy ofreciendo comprarte –la voz de César era un rugido.
Ella levantó la barbilla, orgullosa.
–¿Entonces qué me estás ofreciendo?
–Estoy sugiriendo que tomes en consideración la idea de casarte conmigo y, además, abrir tu propio restaurante.
–¡Casarme contigo! –repitió Grace, incrédula–. ¿Cómo hemos pasado de estar en venta a casarnos?
César apretó los labios.
–Eres tú quien habla de aventuras y amantes, no yo. Nunca he dado a entender que te quisiera como amante, Grace.
–Tal vez no, pero… no puedes hablar en serio.
–Por supuesto que sí.
–Pero Beth podría ser tu hermana y entonces…
–Nadie tiene relevancia en esta conversación salvo nosotros dos, Grace. Cuando te fuiste me di cuenta de que… me había enamorado de ti. Pensaba hablar contigo en cuanto volviese a Inglaterra para decirte cuánto te quiero, y esperaba que tú sintieras algo por mí –César frunció el ceño cuando ella dio un paso atrás–. ¿Eso es posible, Grace?
–Yo… no sé qué decir.
–No era mi intención hablar de esto en la cocina, en chándal, pero… –había un brillo de humor en sus ojos–. Como tú has dicho antes, es el sitio en el que te sientes más cómoda, así que tal vez no sea tan ridículo.
Grace se pasó la lengua por los labios.
–¿Me estás proponiendo matrimonio, de verdad?
César clavó una rodilla en el suelo antes de tomar su mano entre las suyas.
–Grace Blake, ¿quieres casarte conmigo? ¿Quieres estar a mi lado

durante el resto de mi vida? ¿Quieres tener hijos conmigo? –sus ojos brillaban como nunca–. ¿Preciosos niños de pelo castaño y ojos azules verdosos? Te quiero tanto, Grace. Por favor, cásate conmigo y te prometo que nunca lo lamentarás.

Grace no podía respirar, atónita.

–Pero… no sabes nada sobre mí.

César sonrió.

–Sé todo lo importante: que la tuya no es una belleza superficial, que tienes un corazón generoso que lo envuelve todo a tu alrededor. También sé que eres leal a tus amigos, a tu familia, incluso a un multimillonario argentino que no ha hecho nada para merecer esa lealtad. También sé que quisiste mucho a tus padres adoptivos, pero te gustaría saber quiénes eran tus padres biológicos… y los encontraremos, te lo prometo. También sé que eres virgen…

–¿Cómo puedes saber eso? –exclamó Grace. Todo lo que había dicho antes resultaba demasiado fantástico e inesperado como para creerlo de verdad–. ¿Lo hice tan mal el otro día?

–Fuiste maravillosa –le aseguró él–. Absolutamente maravillosa. Tanto que estoy deseando volver a hacer el amor contigo –César tocó la curva de su mejilla–. Pero eres inocente y te quiero más por ello. También yo soy virgen en cierto modo… en serio, Grace – subrayó cuando ella soltó un bufido de incredulidad–. No niego que haya tenido relaciones, pero nunca había hecho el amor de verdad antes de estar contigo.

¿De verdad César estaba diciendo que la amaba, que quería casarse con ella?

Grace tragó saliva.

–¿Estás absolutamente seguro? Yo no pertenezco a tu mundo. No sé cómo ser la mujer de un multimillonario.

–Un multimillonario argentino en particular llamado César Navarro. Y haremos nuestro mundo, uno en el que te sientas cómoda. Tú eres todo lo que quiero, Grace, la mujer con la que deseo bailar el tango durante el resto de mi vida. La mujer con la que quiero pararme a oler las rosas. Si no me quieres…

–¿Cómo no voy a quererte? –lo interrumpió ella–. Claro que te quiero, César. Te quiero mucho, tanto que… –su voz se rompió–. Pero es que me da miedo…

–¿De qué tienes miedo? Dime qué temes y haré todo lo posible para borrar ese miedo.

–Temo defraudarte, no encontrar mi sitio. Yo no pertenezco a tu mundo, César –Grace miró la exuberante cocina.

–Un mundo con cámaras de vigilancia y guardaespaldas, ya lo sé – asintió él–. Ya conoces las razones, pero si de verdad no puedes vivir con todo esto… desaparecerá.

–¿En serio?
–Si aceptas casarte conmigo tendré a una fiera y leal esposa a mi lado y no me hará falta nada más. Ya sabes que Rafael y yo estamos de acuerdo en que nadie se atrevería contigo.
Grace sacudió la cabeza.
–Me estás tomando el pelo.
–Porque estoy nervioso –César no dejaba de mirarla a los ojos–. Y porque sigo de rodillas en la cocina esperando una respuesta.
–Pero Beth…
–No tiene absolutamente nada que ver con nosotros, Grace –le aseguró él–. Sí, estuve años buscando a Gabriela y la he echado de menos desde el día que desapareció. Y sería maravilloso que esa endemoniada hermana tuya fuese Gabriela, pero tú eres lo único que me importa ahora. Tú y solo tú.
No podía negar el amor que veía en sus expresivos ojos oscuros. Amor por ella, solo por ella.
–Ay, César…
–¿Grace?
Ella tomó aire, temblando.
–Te quiero, de verdad. Creo que empecé a enamorarme de ti antes de irnos de Inglaterra, pero me enamoré del todo el día que me enseñaste Buenos Aires.
–¿Entonces…?
–¿Casarnos, de verdad?
–No aceptaré nada menos.
Por el brillo de sus ojos y su expresión decidida, Grace supo que hablaba en serio.
–¿Dónde viviríamos?
–Donde estemos juntos será nuestro hogar.
–¡Esa es la respuesta que esperaba! –Grace le acarició la cara, con los ojos empañados–. Yo siento lo mismo, amor mío. Y mi respuesta es sí. Sí, me casaré contigo. Sí, pasaré el resto de mi vida contigo y sí, tendremos hijos de pelo oscuro y ojos de color azul verdoso. ¡Sí, sí, sí! –exclamó, antes de echarle los brazos al cuello.
–¿Te das cuenta de que mi madre querrá ayudar con los planes de boda? –murmuró César mucho después, mientras la llevaba en brazos por el pasillo.
–Me encantaría –Grace sonreía, el amor que sentía por él brillando en sus ojos.
César sonrió también.
–¿Cuándo nos casaremos? ¿Mañana te parece bien?
Grace rio, feliz.
–Creo que podríamos esperar algo más.
–Pero que sea pronto –insistió él–. Y tenemos que hablar de tu

restaurante.

–Tal vez algún día… ¿Por qué te has parado? –preguntó Grace cuando se detuvo frente a la puerta de la habitación que compartía con Beth.

César la dejó en el suelo.

–Me gustaría que vistieras de blanco el día de la boda y eso significa que tendremos que dormir separados hasta entonces.

–Pero…

–A menos que pudiésemos compartir cama sin hacer el amor –sugirió él, burlón.

–¿Tú podrías?

Los ojos de César se oscurecieron.

–No, imposible, no podría hacerlo. Te quiero demasiado, te deseo demasiado como para poder resistirme si te tuviera en mi cama.

–A mí me pasa lo mismo –admitió ella con voz ronca–. Así que camas separadas hasta el día de la boda… ¿De qué te ríes?

–Estoy imaginando la reacción de Beth –César sonreía abiertamente–. Sea Gabriela o no, estoy seguro de que no le hará ninguna gracia saber que voy a ser su cuñado.

–Tiene usted una vena muy perversa, señor Navarro –bromeó Grace–. Pero me encanta y te quiero aún más por ello.

–Como yo a ti –César buscó sus labios–. Y eso, querida Grace, es lo único que importa.

Era cierto. Recibiesen una confirmación o una negativa sobre la identidad de Beth, Grace tenía total confianza en el amor de César por ella. Sabía que se amarían para siempre y serían capaces de solucionar cualquier problema que la vida les pusiera por delante.

Juntos.

Tentación ilícita

Capítulo 1

–Perdón, señorita…

Beth sonrió al atractivo joven que, hasta un segundo antes, estaba sentado cerca de ella, disfrutando de una taza de café en la terraza de San Telmo en Buenos Aires y mirándola con un brillo de admiración en sus hermosos ojos de color chocolate.

Pero, antes de que pudiera responder, por el rabillo del ojo vio que otro hombre se acercaba a una velocidad sorprendente para alguien de su estatura y envergadura. Y dos segundos después ese hombre retorcía el brazo de aquel joven tras su espalda, inmovilizándolo.

–¡Rafael! –protestó Beth avergonzada mientras se levantaba, alta y esbelta con vaqueros y una camiseta negra bajo la chaqueta de cuero marrón.

Rafael ni siquiera se molestó en mirarla.

–Aléjate de ella –le advirtió al sorprendido joven, sin aflojar la presión, su gesto helado.

–Eres tú quien tiene que alejarse de mí, Rafael –Beth lanzó sobre él una mirada furiosa–. De hecho, no deberías estar aquí…

Y ella pensando que había conseguido escapar, aunque solo fuese un rato. Debería haber imaginado que Rafael Córdoba la encontraría y se cargaría ese momento de tranquilidad.

–¿Este hombre está molestándola? –el joven argentino se enfrentó a la ira de Rafael a pesar de su dolorosa posición.

¿Estaba molestándola Rafael Córdoba?

Rafael Córdoba había estado «molestándola» desde el momento en que lo conoció. Y no solo porque odiase que la siguiera día y noche…

Metro ochenta y cinco de perfección masculina, pelo oscuro enmarcando un rostro esculpido, dominado por unos penetrantes ojos azules que envidiaría cualquier modelo, hombros anchos y un cuerpo musculoso que ni siquiera el traje de tres piezas podía disimular. Sí, cualquier mujer se sentiría «molesta».

–Solo quería hablar con usted –el joven hizo una mueca de dolor, tan abrumado por el contundente trato como ella.

–Lo sé –Beth miró a Rafael con gesto de reprobación.

–¿Cree que está segura con este hombre?

–Más seguro que contigo, pedazo de…

–Rafael, por favor –lo regañó Beth, admirando la persistencia del joven–. Es… complicado –se excusó con una sonrisa–. Pero no pasa

nada, no tiene intención de hacerme daño.

–¿Está segura?

–Está segura –respondió por ella Rafael, sin expresión.

Beth no podía verlo porque llevaba gafas de sol, pero estaba convencida de que el brillo de sus ojos azules sería para echarse a temblar.

Y si había algo de lo que estuviera segura era de que Rafael Córdoba no iba a hacerle daño. De hecho, todo lo contrario. Era su guardaespaldas, empleado de César Navarro, y estaba allí para asegurarse de que nadie le hiciera daño.

O, más bien, que nadie hiciera daño a Gabriela Navarro, la joven que todo el mundo creía que era.

Salvo ella misma.

Una semana antes había estado tranquilamente en Inglaterra, disfrutando de su nuevo trabajo en una editorial londinense y sintiéndose solo ligeramente preocupada por su hermana, Grace, que se había ido a Argentina con su nuevo jefe, el atractivo multimillonario César Navarro, en su jet privado. Ni en un millón de años podría haber imaginado que la estancia de Grace en Buenos Aires afectaría de tal modo a su propia vida.

Pero allí estaba, solo unos días después, en la capital argentina, y las pruebas de ADN habían convencido a todo el mundo, salvo a ella misma, de que era Gabriela, la hija de Carlos y Esther Navarro, que había sido secuestrada veintiún años antes.

Con Rafael Córdoba, el guardaespaldas personal y jefe de seguridad de César Navarro, vigilando todos sus movimientos. Hasta el punto de atacar a un joven inofensivo que solo quería charlar con ella.

–Suéltalo, Rafael –murmuró, sabiendo que sus minutos de libertad habían terminado–. De todas formas pensaba irme –le aseguró–. Creo que la leche de mi café se ha agriado por tu culpa –sacó dinero del bolso y lo tiró sobre la mesa antes de alejarse sin mirar al joven. ¿Para qué molestarse cuando no iba a permitirle charlar con él? Era más seguro no hacerlo. Además, si intentasen darle esquinazo, Rafael iría unos pasos detrás de ellos.

Y había estado solo unos pasos detrás de ella en esos días, desde que recibieron el resultado de las pruebas que, supuestamente, demostraban que era Gabriela Navarro. Beth se agarraba a ese «supuestamente». Tenía que hacerlo porque se negaba a aceptar el resultado hasta que César Navarro encontrase una prueba irrefutable.

Aunque Esther y Carlos Navarro le habían caído bien, Beth estaba segura de que era un error. Sus auténticos padres, James y Carla Lawrence, la habían querido. Sus padres adoptivos, los Blake, también la habían querido. Tener que aceptar que no era ni Elizabeth Lawrence ni Beth Blake sino otra persona hacía que se le encogiera el

estómago y le temblasen las manos cada vez que lo pensaba.

Y, a pesar de sus protestas, pensaba en ello a menudo.

Mientras tanto, César Navarro había ordenado que su jefe de seguridad y mejor amigo, Rafael Córdoba, fuera su sombra.

César Navarro…

Aunque jamás lo admitiría en voz alta, otro hombre que la intimidaba.

¿Otro hombre?

Sí, por mucho que quisiera fingir lo contrario, Rafael Córdoba la intimidaba. Tenía algo de predador, desde el pelo cortado al estilo militar a los penetrantes ojos azules en su rostro de piel morena y sorprendentemente atractivo. Y esos hombros tan anchos, el abdomen como una tabla de lavar, la cintura estrecha, los muslos poderosos, las piernas larguísimas… todo destacado por los caros traje de chaqueta que llevaba.

A los treinta y tres años, Rafael Córdoba parecía exactamente lo que era: un exmilitar argentino más bien aterrador. Para complicar las cosas aún más, su hermana, Grace, estaba ocupada preparando su boda con César Navarro, que tendría lugar el mes siguiente. Y, aunque estaba feliz por su hermana, ya que era evidente lo enamorada que estaba del guapo empresario argentino, un profundo amor que él compartía, también se sentía atrapada cuando lo que quería era hacer la maleta, volver a Inglaterra y olvidarse de la existencia de la familia Navarro.

Pero eso no iba a pasar. Aunque pudiera marcharse, no podría escapar del matrimonio de su hermana con César Navarro. Y por mucho que creyera que solo era Elizabeth Lawrence antes de ser adoptada por los Blake, no quería herir los sentimientos de Carlos y Esther Navarro desapareciendo, como desapareció veintiún años atrás su hija de dos años, porque sería una crueldad intolerable.

Por suerte, no tenía que pensar en los sentimientos de Rafael Córdoba.

–¿Quieres apartarte? –le espetó cuando notó que iba tras ella, con ese aire de predador que era innato en él.

Pero, en lugar de obedecer, Rafael se colocó a su lado.

–Ha sido muy desconsiderado por tu parte salir del apartamento de César sin decir nada.

Beth hizo una mueca.

–Sentía como si estuviera ahogándome.

–De todas formas, Esther se ha quedado preocupada.

¿Cómo hacía eso? ¿Cómo sabía exactamente lo que debía decir para hacerla sentir culpable?

Porque aunque la situación fuese insoportable para ella, Beth no quería hacerle daño a los Navarro, que tanto habían sufrido. Hasta el

punto de que cuando César se fue a la universidad, y a pesar del amor que sentían el uno por el otro, el fantasma de su querida hija los había separado.

Una hija muy querida que la pareja creía sinceramente les había sido devuelta veintiún años después…

Algo que, sencillamente, Beth aún no podía aceptar.

Porque, a punto de cumplir veinticuatro años, el opulento estilo de vida que los Navarro disfrutaban de forma tan natural la hacía sentir como pez fuera del agua. Y aunque los padres de César le parecían personas encantadoras y disfrutaba retando al arrogante de su supuesto hermano, sabía por instinto que aquel no era su sitio. Ni con la familia Navarro ni en Argentina. Ella era inglesa y había crecido en una familia de clase media, con Clive y Heather Blake, sus padres adoptivos.

En cualquier caso, Beth entendía, como entendía Rafael, el efecto que había tenido el supuesto regreso de Gabriela en los Navarro. Después de años viviendo separados, Carlos en Buenos Aires y Esther en Nueva York, la pareja compartía dormitorio en el apartamento de César desde que Grace había vuelto a Buenos Aires con ella.

Beth suspiró pesadamente.

–Lo siento. Es que necesitaba estar sola un rato.

Rafael no dijo nada. Era fácil leer las emociones en su expresivo y hermoso rostro. En cierto modo, incluso simpatizaba con su angustia, pero no podía negar el resultado de las pruebas y, como amigo de César, sabía lo importante que era esa joven para la familia Navarro. El tranquilo y firme Carlos, la cálida y cariñosa Esther y el arrogante César, que lo habían acogido años atrás, después de una de las muchas peleas con su padre, cuando decidió irse de casa.

De modo que, aceptase o no su nueva identidad la belicosa Beth Blake, y evidentemente no era así, tenía intención de mantenerla a salvo durante las veinticuatro horas del día.

Aunque a ella no le gustase en absoluto, algo que había demostrado al marcharse del apartamento de César sin decir nada.

–Gabriela…

–¡Mi nombre es Beth, maldita sea! –lo corrigió ella, sus mejillas cubiertas de rubor.

Unas mejillas normalmente pálidas y suaves como la más fina porcelana, los ojos de un rico color castaño sobre una nariz respingona, la boca un arco perfecto sobre una barbilla decidida. En cuanto a su largo y sedoso pelo…

Rafael solo conocía a una mujer con ese pelo de tonalidades rubias, desde el oro a la pálida plata, y esa mujer era Esther Navarro. Las pruebas de ADN habían demostrado que podía ser su madre. Que, de hecho, tenía que serlo.

Rafael se encogió de hombros.
–Para mí eres Gabriela Navarro.
Solo era una precoz niña de dos años cuando la secuestraron, de modo que Beth no podía recordarlo, pero él sí la recordaba. Se había alojado a menudo con la familia Navarro, normalmente durante las vacaciones, y Gabriela era la hermana pequeña de César, un cariñoso angelito rubio mimado por los dos chicos.
Aunque, en ese momento, Beth Blake parecía tan cariñosa como una tigresa.
–¡Pues yo no tengo el menor interés en qué o quién creas que soy!
–Yo no creo ni dejo de creer nada, es un hecho demostrado que eres Gabriela Navarro. Y también es una suerte para mí no tener el menor interés en lo que tú pienses –Rafael esbozó una sonrisa burlona, sabiendo por su expresión que no le hacía ninguna gracia que se burlase de ella.
Beth emitió un poco elegante bufido.
–De verdad no quieres saber lo que pienso, Rafael.
Como su guardaespaldas tal vez no, ¿pero como hombre? Ah, sí, por mucho que quisiera negarlo, las miradas carnales de Beth Blake cada vez que pensaba que no estaba mirándola dejaban claro que lo veía como hombre. Y que se sentía atraída por lo que veía.
Por mucho que lo odiase como guardaespaldas.
Un estatus que Rafael, igualmente atraído por sus altos pechos y la sensual curva de sus caderas, estaba decidido a recordar. Hacer cualquier otra cosa comprometería su seguridad.
–Imagino que no –asintió–. ¿Volvemos al apartamento?
–¿Por qué te molestas en preguntar cuando tienes intención de llevarme allí quiera o no?
–¿Y por qué te molestas tú en discutir continuamente cuando sabes que tienes que volver? –Rafael la miró con frialdad tras las gafas de sol.
Beth torció el gesto.
–Tal vez no me apetezca volver tan pronto.
–Grace no parece tener ninguna dificultad en aceptar a la familia Navarro como suya.
–Para Grace es diferente. Ella ha elegido enamorarse de César, aceptar su proposición de matrimonio y convertirse en miembro de la familia Navarro, con todo lo que eso conlleva.
Rafael enarcó una ceja.
–¿La gente decide de quién se enamora?
Como jefe de seguridad de César hasta unos días antes, Rafael había sido testigo silencioso del enamoramiento de la pareja, y no creía que hubiera sido tan fácil y agradable como Beth daba a entender.
Quizá en ese momento sí, cuando César y Grace habían reconocido

su amor y estaban planeando su boda, pero desde luego no al principio, cuando discutían por todo salvo por la atracción que había ido naciendo entre ellos.

Como Beth y él discutían por todo…

Pero no, no era lo mismo, se dijo. Se sentía atraído por el fiero carácter, la belleza y las suaves curvas de Beth, pero él no tenía intención de permitir que esa atracción se convirtiera en algo más. Era la hermana perdida de César y, como tal, Beth jamás podría convertirse en una de las numerosas mujeres que habían compartido brevemente su cama en los últimos quince años.

Y esas eran las únicas relaciones que se permitía después de la traición de una mujer; una traición que cambió su vida cuando era apenas un adolescente.

–Probablemente no –asintió Beth–. Pero al menos Grace tiene una razón para abrazar ese estilo de vida.

–¿Y tu cariño por César y sus padres no te parece razón suficiente para hacer lo mismo?

Era imposible no notar la censura en su tono. Y si se quitara esas malditas gafas de sol encontraría esa misma censura en los ojos azules.

–¿Cómo voy a querer a unas personas cuya existencia desconocía hasta hace un par de semanas?

Y allí estaba la razón por la que Beth no sabía cómo lidiar con aquella situación.

Le gustaría recordar a Carlos y Esther como sus padres, incluso al arrogante César como su hermano, pero la verdad era que no los recordaba en absoluto y eso reforzaba su convicción de que no podía estar emparentada con ellos, dijesen lo que dijesen las pruebas de ADN.

El tiempo se encargaría de poner las cosas en su sitio, le habían asegurado los Navarro, juntos y por separado. El tiempo que, evidentemente, pensaban iba a pasar en Argentina conociéndolos…

–No ha pasado un solo día en estos veintiún años en el que no hayan pensado en ti –Rafael Córdoba no tenía la misma paciencia con ella. O ninguna paciencia en absoluto a juzgar por su fría expresión.

Beth suspiró pesadamente.

–Y lo siento muchísimo, de verdad, pero solo como cualquier extraño sentiría el secuestro de una niña y el sufrimiento de su familia –dijo firmemente.

Él apretó los labios.

–¿No crees que Esther y Carlos ya han sufrido más que suficiente?

–Eso no es justo. Nada de esto es culpa mía…

–Son las personas más amables y buenas que he conocido nunca.

–Seguro que sí –Beth hizo una mueca–. Pero yo ya he tenido dos familias, una tercera no solo parece increíble sino… excesivo.

–La diferencia es que los Navarro son tus padres biológicos.

–¿Por qué nadie intenta entender que yo no puedo aceptar eso? –los ojos de Beth se volvieron casi negros, como los de César cuando estaba enfadado–. ¿Por qué nadie entiende que quiero volver a mi casa?

–Todos intentan entender… –Rafael no terminó la frase, irguiendo los hombros con gesto decidido. Discutir con la persona a la que debía proteger no serviría para crear confianza entre los dos; una confianza necesaria en esas situaciones y que Beth Blake le negaba obstinadamente.

Y eso era algo sobre lo que debería hablar con César.

–Si no te quedas en Argentina por los Navarro, al menos podrías pensar en Grace. Después de todo, tu hermana está preparando su boda con César.

–Ah, un golpe bajo –murmuró ella, burlona–. Si todo lo demás falla, utiliza a mi hermana.

Rafael asintió con la cabeza.

–¿Ha funcionado?

–Por supuesto –tuvo que reconocer Beth.

Pero Rafael no desfrutaba viendo la expresión de derrota en ese hermoso rostro.

–Si te sirve de consuelo, Grace discutía constantemente con César cuando se conocieron.

–¿Y qué quieres decir con eso?

Se parecía tanto a su hermano mayor en ese momento que Rafael tuvo que hacer un esfuerzo para contener la risa al pensar que Beth insistía en decir que no estaba emparentada con la familia Navarro.

–Lo que quiero decir es que los Navarro no pueden ser tan malos si Grace ha aprendido a quererlos en tan poco tiempo.

Beth inclinó a un lado la cabeza mirándolo inquisitivamente durante unos segundos.

–Te gusta mi hermana, ¿no es así? –dijo finalmente.

–Claro que me gusta –asintió Rafael sin vacilar. Grace Blake era tan peleona y espontánea como su hermana menor y, sin la menor duda, la pareja perfecta para el a menudo arrogante y remoto César Navarro.

Beth esbozó una sonrisa socarrona.

–Entonces tal vez aún haya esperanzas para ti.

–¿En qué sentido?

–Aún formas parte de la raza humana y no eres un robot sin emociones, como yo pensaba –replicó Beth.

Rafael tuvo que apretar los labios ante el deliberado insulto.

–No sigas por ahí, Gabriela.

–¿Por qué? –Beth decidió pasar por alto el deliberado uso de ese nombre. Por una vez.

–Porque podría demostrarte que no soy un robot.

Beth lo miró deseando, y no por primera vez, que los penetrantes ojos azules no estuvieran escondidos tras las gafas de sol. Aunque sin duda su mirada sería tan furiosa como su tono.

–¿Se supone que eso debería asustarme? –lo retó.

–Hay maneras más agradables de controlar a una mujer desobediente –respondió él en voz baja e insinuante.

Beth sintió un escalofrío por la espina dorsal. No de miedo, sino de excitación.

Y esa era la razón por la que retaba constantemente a Rafael Córdoba, por supuesto. Nunca se había sentido tan atraída por un hombre. Ni de aquella forma tan descontrolada. Con ese aspecto tan arrogante, tan masculino, y ese cuerpo musculoso bajo el perfecto traje de chaqueta era suficiente para poner todos sus sentidos en alerta. Tanto que sentía su presencia incluso antes de que apareciese en una habitación.

Y eso no era nada agradable para una mujer que, hasta que conoció al arrogante argentino, se había creído más bien fría y sofisticada cuando se trataba del sexo opuesto.

Ardiente y excitada describía mejor su reacción ante Rafael Córdoba.

–¿Controlar a una mujer desobediente? –repitió, desdeñosa–. ¿Tienes que hablar como si fueras un cavernícola?

Él esbozó una sonrisa helada.

–Te aseguro que ninguna mujer se ha quejado hasta ahora sobre… mis métodos de conquista y… sumisión.

Beth estaba segura de que así era. Aquel hombre era puro sexo y, por lo tanto, ¿de qué iban a quejarse?

Era ella quien se quejaba porque no quería saber nada sobre las otras mujeres con las que Rafael hubiera tenido relaciones.

–Sí, pero eso será porque todas ellas eran rematadamente tontas –replicó, disgustada, antes de darse media vuelta en dirección al apartamento de César…

… y notando que Rafael la seguía a corta distancia.

Como notaba, sin ningún género de dudas por el escalofrío que recorrió su espina dorsal, los ojos azules clavados una vez más en su trasero.

Capítulo 2

–Pero…

–Creo que deberíamos dejar que Gab… Beth vuelva a Inglaterra si eso es lo que desea –César interrumpió la protesta de su madre cuando Beth recordó que debía volver a Londres al día siguiente.

Y ella agradeció su apoyo porque estaba convencida de que el arrogante César Navarro se opondría a la idea de que volviese a Inglaterra. Tal vez Grace estaba ejerciendo una influencia benéfica sobre él.

–Gracias, César.

Él asintió con la cabeza.

–Rafael te acompañará, por supuesto.

Una gratitud prematura, evidentemente.

–No, de eso nada…

–Y volverás en mi jet privado, no en un vuelo comercial.

–¡Un momento! –Beth se indignó ante el tono autoritario. Una indignación que aumentó al ver la burlona sonrisa de Rafael, que parecía estar haciendo guardia en el pasillo mientras escuchaba atentamente la conversación–. Tengo un billete de vuelta a Londres en un vuelo comercial y pienso…

–¡Carlos! –angustiada, Esther miró a su marido.

–Tal vez sería mejor que aceptases la oferta de César –sugirió Carlos Navarro.

–Lo siento, pero prefiero volver en un vuelo comercial –insistió ella, haciendo una mueca de disculpa–. Y ni quiero ni necesito que Rafael me acompañe…

–Sé razonable, por favor –la interrumpió Grace, apretando su mano.

–Estoy siendo razonable –Beth sabía que debía de parecer infantil y tozuda en lugar de razonable, pero no estaba dispuesta a rendirse–. Solo vosotros parecéis pensar que soy Gabriela…

–Sabemos que lo eres, cariño –Esther esbozó una cálida sonrisa.

Beth tuvo que hacer un esfuerzo para tragar saliva al ver el brillo de amor incondicional en los ojos de la mujer.

–Sí, bueno, yo sigo sin aceptarlo –evitó las miradas de todos, incapaz de lidiar con la esperanza que brillaba en los ojos de Carlos y Esther, la censura en los de César, la comprensión en los de Grace y la burla que, estaba segura, brillaría en los ojos azules de Rafael Córdoba–. Hasta que César pueda conseguir más pruebas sigo siendo

Beth Blake. Y Beth Blake tiene una casa y un trabajo en Inglaterra –añadió con firmeza.

César la fulminó con la mirada.

–Cuando dijiste que querías volver a Inglaterra pensé que solo era para cerrar la casa y decirle al director de la editorial que renunciabas a tu puesto para volver a Buenos Aires.

–¿Y por qué habías pensado eso? –exclamó ella, atónita–. Me encanta mi trabajo y no tengo intención de dejarlo.

–Si eres Gabriela, no tienes por qué trabajar –replicó César.

–Pero es que a mí me gusta trabajar. Aunque demostrases sin la menor sombra de duda que soy Gabriela…

–Ya lo hemos demostrado.

–… seguiría negándome a ser mimada como un caniche –Beth giró la cabeza al escuchar un bufido en el pasillo. La expresión de Rafael era inocente, pero a ella no la engañaba–. No me educaron para pasarme la vida pintándome las uñas…

–Bueno, imagino que un mimado caniche pagaría a alguien para que le pintase las uñas –replicó César, burlón.

–Eso no ayuda nada, cariño –lo regañó afectuosamente Grace.

La expresión del empresario argentino se suavizó mientras sonreía a la mujer de su vida, pero la sonrisa desapareció cuando volvió a mirar a su hermana.

–Grace preferiría que te quedases para ayudarla con los preparativos de la boda.

–Rafael ya ha intentado chantajearme con eso –le advirtió Beth.

–¿Y?

–Y por supuesto que volveré para la boda, al fin y al cabo soy la dama de honor. Pero, mientras tanto, Grace tiene a Esther para ayudarla.

Eso era algo que César no podía discutir. Su madre estaba en su elemento con los preparativos.

–De modo que puedo volver a mi vida y mi trabajo en Londres hasta unos días antes de la boda –siguió Beth.

César suspiró, impaciente.

–Tal vez podríamos llegar a un acuerdo. ¿Por qué no pides un mes de vacaciones y…?

–¿Un mes de vacaciones? –lo interrumpió Beth, incrédula, irguiéndose en la silla–. Pedir una semana de vacaciones cuando acabo de empezar a trabajar en la editorial ya ha sido demasiado.

César apretó los labios obstinadamente.

–Yo podría comprar la editorial y mi primera orden sería que tomases un mes de vacaciones.

Beth desearía que estuviese bromeando o al menos siendo sarcástico, pero sabía muy bien que César Navarro, un multimillonario

con empresas y propiedades en todo el mundo, era capaz de hacer lo que había dicho.

Se volvió hacia Grace sacudiendo la cabeza.

–¿Y de verdad vas a casarte con este megalómano?

Grace soltó una carcajada.

–Desde luego que sí. No te preocupes –apretó de nuevo la mano de su hermana en gesto conciliador–. Mejora con el tiempo.

Rafael soltó una risotada y Beth se volvió para fulminarlo con la mirada.

–Si quieres participar en la conversación deberías sentarte con nosotros.

–Solo soy un simple empleado…

–Los dos sabemos que, como amigo de César y jefe de seguridad, no eres un simple empleado. Aparte de lo cual –siguió, cuando Rafael iba a interrumpirla– ir a Londres conmigo debería preocuparte tanto como a mí.

–Ven a tomar un café, Rafael –lo animó César, volviéndose hacia María para pedirle que llevase otra taza.

Rafael había encontrado tiempo antes del almuerzo para hablar con César sobre el enfado de Beth, que no lo quería como guardaespaldas, pero César no estaba dispuesto a confiar la seguridad de su hermana a ninguna otra persona.

Podían ser adoptadas y provenientes de dos familias completamente distintas, pero la testarudez de Beth y Grace era un innegable rasgo familiar.

–Por favor, siéntate con nosotros, Rafael –Esther lo animó con una cálida sonrisa mientras le servía un café–. Con todo lo que ha pasado en los últimos días no he tenido oportunidad de preguntar por tu familia.

«Todo lo que había ocurrido en esos días» incluía la estancia de Esther en el hospital después de un accidente de coche del que, por suerte, ya estaba recuperada, seguido del sorprendente regreso de Gabriela en forma de Beth Blake. Dos razones más que suficientes para no preguntar por la familia que Rafael evitaba visitar cada vez que volvía a Argentina.

–Estaban bien la última vez que pregunté –respondió él mientras se inclinaba para sentarse a la mesa.

–¿Tu familia vive en Buenos Aires? –preguntó Beth, dejándose llevar por la curiosidad.

–No.

–¿Entonces?

–Creo que estábamos discutiendo tu regreso a Inglaterra –intervino César.

Beth siguió mirando al silencioso Rafael durante unos segundos,

intuyendo algún problema familiar, algo de lo que la familia Navarro parecía consciente. Aunque, a juzgar por sus serias expresiones, ninguno de ellos iba a contárselo.

–No, tú estabas hablando de eso, yo ya he dejado claro lo que pienso hacer.

–Lo siento, pero es inaceptable –replicó el hombre que pronto sería su cuñado, o tal vez su hermano, con su habitual arrogancia.

–Para mí no.

–Beth, intenta entender lo que sienten César y sus padres –intervino Grace–. Ya perdieron a Gabriela una vez…

Beth empezó a sentir ese familiar nudo en la boca del estómago.

Nunca había tenido una relación seria y aún no había pensado en tener hijos, de modo que le resultaba difícil entender del todo la tragedia del secuestro de Gabriela Navarro, seguido de veintiún años sin saber qué había sido de ella.

Los Navarro de verdad creían que era esa niña y, por mucho que César y Rafael pensaran lo contrario, de verdad le caían bien Esther y Carlos y no quería hacerles más daño.

Beth suspiró.

–Muy bien, volveré a Londres en el jet privado –asintió–. Incluso dejaré que Rafael me acompañe… no digas una palabra –le advirtió cuando él enarcó una ceja– pero no pienso pedir vacaciones en la editorial y si te atreves a comprarla renunciaré a mi puesto y buscaré empleo en otra editorial –anunció con firmeza.

–Entonces compraré esa otra editorial –dijo él, tan tranquilo.

–Estás loco.

–Y tú eres tan cabezota como una mula.

–¡Ja, mira quién habla!

–Ahora entiendo por qué llegaste a la conclusión de que César y Beth tenían que estar emparentados, Grace –intervino Rafael–. Incluso sin las pruebas de ADN está claro que son hermanos –añadió cuando dos pares de idénticos ojos castaños, uno inquisitivo el otro acusador, se clavaron en él.

–Se nota mucho, ¿verdad? –Grace esbozó una sonrisa.

–Desde luego que sí.

–Sois todos muy graciosos –Beth apretó los labios, disgustada.

–Sin duda, la situación es más divertida si la miras desde fuera –bromeó Rafael.

«Sin duda», tuvo que reconocer Beth para sí.

–Bueno, ¿dónde estábamos? Ah, sí –se volvió hacia César–. He aceptado ir en el jet privado y dejar que Rafael me acompañe, así que te toca aceptar mis condiciones y dejar que vuelva a mi trabajo.

Rafael miró a Beth con admiración. Estaba llegando a un acuerdo con César, algo que su amigo respetaría. El único problema de esas

negociaciones era que César nunca se comprometía cuando se trataba del bienestar de sus seres queridos. Tan obstinado e independiente como Beth, la creía su hermana, a la que había adorado y por quien sus padres habían llorado durante veintiún años.

Aunque ninguno de ellos podría haber imaginado que Gabriela volvería algún día y rechazaría a su familia.

César se inclinó para tomar su taza.

–Creo que no me has entendido correctamente. Rafael te acompañará de vuelta a Inglaterra y se quedará contigo mientras estés allí.

–¿Qué? –exclamó Beth, incrédula–. Eso no solo sería ridículo sino poco práctico.

–Lo siento, pero tiene que acompañarte –insistió César.

Beth se volvió hacia Rafael, impaciente.

–Y tú estás encantado, ¿no?

–Iré a donde César me diga que vaya –respondió él.

–Ah, estupendo –Beth sacudió la cabeza, enfadada–. ¿Y dónde piensas alojarte mientras estás en Londres? En mi casa no, desde luego.

–Con un poco de suerte, lo tendré todo solucionado antes de marcharnos.

–¿Qué tendrás organizado?

Rafael disimuló una sonrisa.

–Todo lo que tenga que solucionar.

–¡Grace, haz algo! –Beth se volvió hacia su hermana mayor.

–Cariño, sé que esto no es fácil para ti, pero… en estas circunstancias, tengo que estar de acuerdo con César y Rafael.

–¡Increíble! –Beth se levantó ruidosamente de la silla–. Muy bien, seguid haciendo planes sin contar conmigo porque yo voy a hacer la maleta. ¡Cuanto antes me marche de aquí, mejor! –exclamó antes de salir del comedor.

–No lo piensa de verdad, Esther –Grace apretó la mano de su futura suegra, que había palidecido–. Está disgustada y un poco desorientada por todo lo que ha pasado.

–Es mimada y cabezota –intervino César, apretando los dientes cuando oyó que Beth daba un portazo.

–Está asustada –lo corrigió Rafael, levantándose de la silla–. ¿Te importa que vaya a hablar con ella?

–Por favor, hazlo –le rogó Grace–. Iría yo misma, pero Beth parece pensar que también yo me he pasado… –hizo una mueca de tristeza.

–… al enemigo –terminó Esther la frase por ella.

–No, al enemigo no –le aseguró Grace–. Intenta comprenderla. No solo ha perdido a sus padres biológicos sino a sus padres adoptivos y no sabía nada de vosotros hasta hace unos días, así que necesita

tiempo para aceptar quién es en realidad.

Rafael entendía y simpatizaba con su desconcierto, pero era hora de que Beth empezase a pensar en los demás y no solo en sí misma.

–Si me perdonáis un momento –se disculpó antes de salir con paso firme del comedor.

Beth se negaba a llorar mientras tiraba su ropa en la maleta que había colocado sobre la cama.

¿Cuándo se había convertido su vida en una pesadilla? Cuando Grace conoció a los padres de César Navarro, pensó. Pero se negaba a…

–Si fueras mi hermana, te pondría sobre una rodilla y te daría una azotaina ahora mismo.

Beth intentó controlar las lágrimas mientras daba media vuelta para enfrentarse con Rafael, irguiendo la espalda todo lo que pudo.

–Entonces me alegro de no ser tu hermana –replicó.

–Le has hecho daño a Esther y eso es tan imperdonable para mí como para César y Carlos –dijo Rafael, con tono amenazante.

Beth exhaló un suspiro.

–No quería hacerle daño a Esther…

–Pero lo has hecho.

–Le pediré disculpas antes de irme.

Rafael suspiró pesadamente.

–¿Por qué sigues luchando contra lo inevitable?

–¡Porque para mí no es inevitable!

–Eres muy ingenua si crees eso. Incluso más si crees que César permitiría que su hermana Gabriela fuese vulnerable por un solo momento. Que los Navarro te permitan volver a Londres…

–¡Nadie tiene que permitirme hacer nada! –lo interrumpió ella.

–Pero lo están haciendo –insistió Rafael–. ¿Crees que Esther no podría detenerte si quisiera? ¿Que no podría ponerse a llorar y suplicarte que no te fueras para hacerte sentir culpable?

–Esther es demasiado honesta como para portarse de ese modo.

–Sí, lo es –reconoció él–. Pero tú eres su hija, la hija por la que ha llorado durante veintiún años. Dejarte ir ahora es como arrancarle el corazón por segunda vez.

Beth parpadeó, pensativa.

–¿Entonces por qué no intenta detenerme?

–Debe de creer que es lo mejor y sencillamente espera que tú decidas volver.

–¿Y si no fuera así?

–Lo harás.

–Pareces muy seguro.

–Lo estoy –respondió Rafael con sequedad.

–Entonces, tú opinas que debería aceptar la situación…

–Creo que deberías aceptar lo que hay –la corrigió él–. Y que cuanto antes lo hagas, más fácil será para ti.

–Pero yo no he pedido esta… complicación.

–Tus padres y tu hermano tampoco.

Beth se puso colorada.

–Los Navarro no son…

–Lo son, Beth –insistió él.

–No puedo… no estoy dispuesta a aceptarlo hasta que César tenga pruebas concluyentes.

–El resultado de la prueba de ADN es concluyente.

–Para mí no.

Rafael suspiró de nuevo.

–¿Y qué haría falta para convencerte?

–No tengo ni idea –tuvo que reconocer Beth.

–¿Tal vez una lápida con la inscripción «Elizabeth Lawrence, de dos años»?

Ella enarcó una ceja, conteniendo el aliento mientras intentaba leer la expresión del hombre que tenía frente a sí.

–¿Estás diciendo que esa lápida existe?

–¿Te ayudaría si fuera así?

A Beth le sudaban las manos al pensar en esa lápida, con su condenatoria inscripción.

–¿Tienes pruebas de que Elizabeth Lawrence murió?

–No, aún no –admitió Rafael.

–¿Pero las tendrás?

–Posiblemente.

Beth lo observó en silencio durante unos segundos, incapaz de apartar la mirada de esos ojos azules.

–No vas a Londres solo como guardaespaldas, ¿verdad?

Él esbozó una sonrisa.

–¿Habías pensado que así era?

¿Lo había pensado? ¿En el fondo, de verdad había pensado que César cejaría en su empeño de demostrar que era su hermana Gabriela? ¿Que no aprovecharía la presencia de Rafael en Inglaterra para proseguir con la investigación?

–¿Y si encontrases esa prueba?

Rafael se encogió de hombros.

–Entonces tal vez podría convencerte.

¿Sería posible que la auténtica Elizabeth Lawrence hubiera muerto? Y si era así, ¿dónde estaría enterrada?

Solo habían pasado unos días desde que Grace sugirió que podría ser la hija perdida de los Navarro y el resultado de las pruebas había

convencido a César y a sus padres, pero no a ella, aunque sabía que César seguía intentando averiguar cómo podían haber llevado a Gabriela de Argentina a Inglaterra veintiún años atrás y si su verdadera identidad era la de Elizabeth Lawrence…

–Si pudieran elegir, muchas personas preferirían una familia que no es la suya –dijo Rafael al ver su expresión consternada.

–¿Incluso tú?

Él apartó la mirada.

–No estamos hablando de mí.

–¿Ah, no?

–No –afirmó Rafael con contundencia. Su familia, y la razón por la que se había alejado de su padre, no era un tema del que quisiera hablar. La misma razón por la que prefería que sus relaciones con las mujeres fueran físicas y no emocionales. Una línea que Beth Blake se saltaba cada vez que estaban juntos…

–Y si… si pudieras encontrar esa lápida, ¿me lo dirías a mí o antes informarías a César? –lo retó ella.

–Soy empleado de César.

–Por favor… –Beth lo miró, implorante.

Rafael frunció el entrecejo, sabiendo que no era tan inmune a la vulnerabilidad femenina como le habría gustado.

–¿No deberíamos esperar a ver qué pasa?

–Hablas como si estuvieras intentando aplacar a una niña recalcitrante.

–Entonces quizá deberías dejar de actuar como tal –replicó él, frustrado con la situación.

Porque no podía mirar a Beth como si fuese una niña.

Tenía casi diez años menos que él y nunca había conocido a una persona tan franca y directa, salvo tal vez su hermana Grace, pero su respuesta ante esas curvas y esa boca era puro deseo.

Ella frunció el ceño antes de darse media vuelta.

–Si no te importa, tengo que terminar de hacer la maleta.

–¿Y si me importase?

Beth se quedó inmóvil al notar que Rafael estaba tras ella. Tan cerca que podía notar el calor de su cuerpo y oler la mezcla de su colonia y ese aroma masculino tan particularmente suyo. Una traidora combinación a la que respondía a pesar de sí misma…

–¿Beth?

Intentó mantener una expresión fría mientras daba media vuelta, pero la frialdad se evaporó cuando encontró a Rafael a unos centímetros de ella, mirándola con esos penetrantes ojos azules.

Levantó la barbilla, decidida a enfrentarse con él.

–He aceptado volver a Inglaterra en el jet de César y dejar que me acompañes. ¿Eso no es suficiente?

–Por ahora tal vez…

–¿Qué más quieres de mí?

¿Qué quería de ella Rafael? ¿De Beth Blake, una mujer a la que no podía negar que encontraba tan atractiva?

Era demasiado fácil imaginarse haciendo el amor con ella, besando esos deliciosos y obstinados labios, disfrutando de esas suaves curvas, acariciando y saboreando sus pechos, excitándola hasta que estuviese húmeda y abierta para él, colocándose entre esos deliciosos muslos para embestirla hasta que los dos encontrasen alivio.

Ah, sí, sería muy fácil imaginarse haciendo el amor lenta y apasionadamente con Beth Blake. Pero no como Gabriela Navarro, la hermana perdida de su mejor amigo y la hija de una pareja que años atrás lo había aceptado como un miembro más de la familia.

Solo podía ser el hombre que vigilaba silenciosamente a esa mujer para que nadie volviese a hacerle daño ni a ella ni a su familia.

Rafael apretó los labios.

–No recuerdo haber dicho que quisiera o necesitara algo de ti.

La sequedad de su tono la sorprendió.

–No te contengas, por favor, di lo que piensas –le espetó, desdeñosa.

–Pensé que eso era lo que estaba haciendo.

Beth levantó los ojos al cielo.

–Estaba siendo sarcástica.

–Ya me he dado cuenta. Y también me he dado cuenta de que recurres al sarcasmo cuando te pones a la defensiva.

Ella resopló, indignada.

–¿Y por qué iba a ponerme a la defensiva?

–No lo sé, dímelo tú.

Beth lo miró en silencio durante un largo rato.

–No, creo que no tengo nada más que decirte por el momento. Y supongo que tú tendrás otras cosas que hacer antes de irnos mañana –respondió, con gesto desdeñoso.

Rafael esbozó una sonrisa.

–Desde luego.

–Bueno, pues haz lo que tengas que hacer.

Él seguía mirándola mientras libraba una batalla interna para no tomarla entre sus brazos y besar esa sarcástica boca hasta que la tuviese ardiendo de deseo.

El problema era, por supuesto, que podría disfrutar demasiado besándola. Tanto que no querría parar en un solo beso…

–César te dirá a qué hora nos vamos mañana.

–Seguro que sí –replicó Beth, irónica.

Rafael torció el gesto, irritado.

–Solo quiere protegerte.

–¿Y qué quieres tú, Rafael? –le espetó ella.

–César no me contrata por lo que quiera o deje de querer, solo como solución a los problemas de seguridad.

–Entonces será mejor que vayas a buscar algún problema para no estar mano sobre mano –replicó Beth, aunque sabía que picar a aquel hombre era una pérdida de tiempo. Rafael Córdoba era un robot, un ser sin emociones.

En cualquier caso, dejó escapar un suspiro de alivio cuando lo oyó salir del dormitorio y cerrar la puerta tras él.

Se dejó caer sobre la cama, su energía evaporándose al reconocer que, a menos que encontrasen pruebas que demostrasen de una vez por todas que no era Gabriela Navarro, su vida nunca volvería a ser la misma.

Capítulo 3

–¿Estás cómoda?

Beth se volvió para mirar a Rafael Córdoba, sentado al lado del conductor que los llevaba al hogar que una vez había compartido con su familia y desde unos meses antes solo compartía con Grace… Corrección. Que había compartido con Grace, porque una vez casada no volvería a vivir allí.

Y eso, además de ser triste, significaba que la casa sería demasiado grande para ella sola. Tal vez podría alquilar una habitación…

–¿Gabriela?

Beth apretó los dientes al escuchar un nombre que se negaba a reconocer como propio. Rafael lo había hecho deliberadamente, estaba segura.

–Estoy muy cómoda, gracias –le aseguró con fría amabilidad. Así era como se habían tratado desde que se despidió de Grace y los Navarro la noche anterior.

Beth frunció el ceño al recordar la lacrimosa despedida de Grace y Esther, estoica pero cálida por parte de Carlos y claramente desaprobadora en el caso de César…

Aunque había descubierto que las limusinas y los aviones privados que antes desdeñaba tenían ciertas ventajas. Para empezar, no tuvieron que esperar en el aeropuerto antes de embarcar, la limusina los llevó directamente a la pista y el jet despegó unos minutos después de que subieran a bordo. Por suerte, había un dormitorio en el avión que le sirvió para dormir durante casi todo el vuelo de vuelta a Londres y escapar del huraño Rafael. Y no habían tenido que hacer cola cuando llegaron a Londres porque otro chófer se encargó de llevar el equipaje a la limusina que los esperaba en la pista.

El tiempo en Inglaterra no era tan soleado, por supuesto. Estaba lloviendo cuando bajaron del avión y Rafael hizo una mueca mientras cerraba el paraguas y se sentaba al lado del conductor, trazando una clara línea de demarcación: él era un empleado y Beth la hermana pequeña de su jefe.

No debería haberse molestado; Beth sabía muy bien que, en lo que se refería a Rafael, ella solo era parte de su trabajo.

¿Y eso la molestaba?

Por supuesto que no, se dijo. Rafael Córdoba podía ser guapo como un pecado, pero también era grosero, arrogante y crítico, y cuanto

antes volviese a Argentina mejor.

¿O no estaba siendo del todo sincera consigo misma?

Sin duda Rafael era mayor, más sofisticado y mucho más peligroso que cualquiera de los hombres por los que se había sentido atraída en el pasado. Ella no solía encontrar interesantes a los hombres huraños, groseros y arrogantes. Y sin embargo, aquel…

Por mucho que quisiera negarlo, se había sentido atraída por Rafael desde el momento en que lo conoció y había habido algo, una química especial, cuando estuvieron solos en el dormitorio dos días antes. La clase de química que provocaba un cosquilleo en los pezones y entre los muslos.

Atracción sexual.

Se sentía sexualmente atraída por Rafael como nunca se había sentido atraída por otros hombres.

¿O quizá solo veía su desaprobación como un reto?

Beth estudió su perfil mientras hablaba en voz baja con el conductor; un perfil fuerte de rasgos marcados, altos pómulos, nariz larga y aristocrática, labios esculpidos y un mentón cuadrado que en ese momento necesitaba un afeitado. De nuevo, llevaba uno de esos perfectos trajes de chaqueta, gris aquel día, con una camisa blanca de seda y una corbata con lunares azules a juego con sus ojos. Y, sin embargo, esa sofisticación no hacía olvidar el imponente cuerpazo o ese aire enérgico, como si siempre estuviera en tensión, a punto de saltar en cualquier momento.

Beth sintió un escalofrío por la espina dorsal mientras lo observaba discretamente. Sus pezones erectos bajo la blusa, los vaqueros de repente demasiado ajustados e incómodos diciéndole claramente que se sentía atraída por Rafael y no por el reto que representaba.

–¿Adónde vamos? –preguntó, alarmada, al ver que se alejaban de Londres en lugar de ir en dirección a su casa.

Rafael se volvió para mirarla.

–Hay que preparar tu casa, pero tardarán unos días en hacerlo. Mientras tanto, nos alojaremos en la finca de César en Hampshire.

Beth lo fulminó con la mirada.

–¿Para qué van a prepararla?

–Para que puedas vivir en ella.

–Que yo sepa, la casa está preparada para vivir en ella. ¿Qué estás haciendo en mi casa? ¿Y cómo has entrado? ¿Grace te ha dado una llave?

–Hace unos días, sí –asintió él–. Tu hermana está preocupada por tu seguridad, como el resto de tu familia.

–¿Y qué estás haciendo exactamente?

–Instalando un sistema de alarma. Cámaras de vigilancia en el exterior porque a Grace no le gusta tenerlas en el interior de la casa –

le explicó Rafael, haciendo una mueca–. Pero habrá alarmas en todas las ventanas y…

–Déjalo, da igual –Beth hizo un gesto con la mano. No quería saber nada de los cambios que estaban haciendo sin su permiso–. ¿Estamos hablando de la finca en la que trabajaba mi hermana y en la que se sentía prisionera?

–Sí, me temo que sí. Pero podemos apagar las cámaras del interior de la casa.

–¿Pero no los sensores de las ventanas? –preguntó Beth, irónica–. ¿O los códigos de seguridad para entrar y salir? ¿O la docena de guardias de seguridad que patrullan por la finca?

Rafael apretó los dientes.

–No.

Beth sacudió la cabeza.

–Creo que deberíamos dar la vuelta. Después de todo…

–Cálmate, Gabriela…

–Te juro que como vuelvas a llamarme así…

–¿Sí? –Rafael arqueó una ceja.

–Mi nombre es Beth –tomó aire, intentando calmarse, algo que cada día era más difícil estando con aquel hombre–. Sugiero que me llames así en el futuro si quieres que te responda. ¡Y no pienso alojarme en una maldita fortaleza en medio de ninguna parte!

Rafael tuvo que disimular una sonrisa. Si acaso, Beth era aún más guapa cuando se enfadaba. Con ese precioso pelo rubio, los ojos brillantes, las cremosas mejillas cubiertas de rubor, el perfecto arco de sus labios ligeramente abierto. Y, si no estaba equivocado, sus pezones se habían levantado bajo el jersey azul…

–Perdona que te corrija…

–Perdonaría a una cobra a punto de atacarme antes que a ti –lo interrumpió Beth.

–Ten cuidado o esos halagos se me subirán a la cabeza –respondió él, sarcástico, haciendo que el conductor no pudiese contener una carcajada.

–Aún no he encontrado nada en ti que pudiera ser halagador. Pídele al conductor…

–Su nombre es Edward –la interrumpió él–. Edward, te presento a la señorita Navarro.

–Beth Blake –lo corrigió ella con firmeza.

–Encantado, señorita –dijo el hombre diplomáticamente.

–¿Le importaría dar la vuelta, Edward? Rafael le indicará cómo llegar a mi casa –Beth lo miraba con gesto retador mientras hablaba con el conductor.

Rafael suspiró. Aún estaba a tiempo de poner a Beth sobre su rodilla para darle un par de azotes.

–Como estaba diciendo… –siguió, sin hacerle caso– la finca de César no es una fortaleza ni una prisión ni está en medio de ninguna parte. Hay un pueblo…

–A diez kilómetros, ya lo sé. Pero cuando estás acostumbrado a vivir en una ciudad como Londres, una finca en el campo es estar en medio de ninguna parte. ¿Y cómo voy a ir a trabajar? No pienso ir en limusina… no se ofenda, Edward.

–No me he ofendido, señorita –le aseguró él.

–¿Qué hay de malo en ir a trabajar en limusina? –preguntó Rafael.

Ella lo miró, exasperada.

–Soy una simple ayudante en el departamento de publicidad.

–¿Y?

–¡Y ni siquiera los ejecutivos de la editorial van a trabajar en limusina!

–Ese es su problema, pero tú…

–Vuelve al mundo de los meros mortales por un momento –lo interrumpió ella, enfadada–, olvídate de la torre de marfil en la que César ha vivido durante tanto tiempo y de la que mi hermana está intentando sacarlo y recuerda que en el mundo real la gente no viaje en jets privados o limusinas sino en autobús y en metro.

Él asintió con la cabeza.

–En esas circunstancias entiendo que viajar en limusina podría ser un poco… bochornoso. Pero entender tu punto de vista no significa que esté de acuerdo –se apresuró a decir al ver su sonrisa de triunfo– César ha dado instrucciones muy específicas sobre tu seguridad…

–¿Y si César te pidiera que te tirases de un puente lo harías? –replicó Beth.

Rafael esbozó una sonrisa.

–No a menos que tuviera que salvarte a ti.

–Entonces, imagino que podremos negociar.

–Negociar sí, hacer insensateces no. Y sería una insensatez permitir que viajases en transporte público.

–Cuanto antes aceptes que tú no tienes que permitirme nada, antes llegaremos a un acuerdo.

–Por el momento, el acuerdo es cumplir las órdenes que he recibido.

Beth exhaló un suspiro. Hablar con aquel hombre era como darse contra una pared.

–¿Siempre eres tan cabezota?

–Mira quién habla.

–Y eso responde a mi pregunta, ¿no?

Rafael pareció pensárselo un momento.

–Cuando se trata de temas de seguridad siempre soy cabezota –dijo finalmente.

Beth también era testaruda, pero sabía cuándo admitir que había

sido derrotada.

–Muy bien, me alojaré en la finca de Hampshire durante unos días –asintió, suspirando pesadamente–. Pero tengo que pasar por mi casa porque necesito algo de ropa. Iré a trabajar en limusina, pero tú no irás a la oficina conmigo, ¿de acuerdo? –lo miró, retadora.

–Yo no soy César…

–¿De acuerdo o no? –insistió ella.

Rafael asintió con la cabeza.

–De acuerdo –murmuró, antes de indicarle a Edward que diese la vuelta.

Era una victoria pírrica que la dejó preguntándose si había ganado esa batalla o si Rafael Córdoba ya lo tendría todo preparado…

–Grace me ha dicho que hay un gimnasio en la casa.

Beth había estado muy callada desde que pararon un momento en su casa para tomar la ropa que necesitaba y eso era raro en ella. Incluso permaneció en silencio cuando le presentó a Rodney, el encargado de seguridad de la finca.

–Subiendo por la escalera, a la derecha –le confirmó.

–¿Y tiene un saco de boxeo?

Rafael enarcó una oscura ceja.

–¿Con mi rostro pintado en él?

–El de César tampoco estaría mal –respondió, irónica.

Aquella mujer lo hacía reír la mitad de las veces y estrangularla la otra mitad. En esa ocasión, por suerte, ganó la risa.

–No que yo sepa, pero podrías poner una fotografía.

–Muy bien, lo haré.

Rafael frunció el ceño al ver que, a pesar de la broma, los ojos de Beth parecían sospechosamente brillantes.

–¿Vas a llorar?

Como la mayoría de los hombres, Rafael no sabía cómo lidiar con las lágrimas de una mujer, y Beth estuvo a punto de reír, aunque no tenía nada por lo que reírse. Para llorar sí. Había creído que la situación era insoportable en Argentina, pero una vez de vuelta en Inglaterra aquella pesadilla empeoraba por momentos.

–¿Has visto el jaleo que estaban organizando esos hombres en mi casa? –hizo una mueca al recordar el ejército de hombres que intentaba convertir su hogar en una fortaleza como aquella mansión, con sus muros y sus puertas de seguridad.

Rafael chasqueó con la lengua.

–Si hubieras esperado un par de días como sugerí, todo habría estado como antes.

Ella sacudió la cabeza.

–Lo dudo.
–Beth…
–Rafael –dijo ella, mirándolo a los ojos.
–Te prometo que cuando vuelvas todo estará igual que antes.
–Aparte de que no podré entrar en mi casa sin un código de seguridad. O abrir las ventanas sin que salte la alarma o…
–¡Estas empezando a hablar como Grace!
–Porque pienso lo mismo que mi hermana sobre tanta seguridad. Deberías tener cuidado, Rafael. Si Grace se sale con la suya podrías quedarte sin trabajo.
–Encontraré otro –replicó él, encogiéndose de hombros–. Y quería decir que tu casa tendrá el mismo aspecto que antes cuando los hombres hayan terminado. Son expertos en su trabajo.
–Ya, claro. Si me perdonas, necesito subir al gimnasio… antes de darte un puñetazo por no tener un objetivo mejor.
Él arqueó las cejas.
–Pensé que yo era el objetivo.
–No, en este momento es César. Y necesito liberar energía antes de ponerme a golpear algo… o a alguien.
–Es casi la hora de cenar.
–Pues qué bien –Beth sonrió, irónica–. La cocinera de César está en Argentina preparando su boda con él, y si esperas que yo te haga la cena lo llevas claro.
–¿No sabes cocinar?
–Pues claro que sé cocinar, pero no pienso hacerlo –replicó Beth–. ¿Y tú, sabes cocinar?
–Filetes y patatas cuando no me queda más remedio.
–Y parece que esta es una de esas ocasiones –asintió ella, satisfecha–. Al menos, hasta que Kevin Maddox encuentre otra cocinera para reemplazar a Grace.
Aún no conocía al ayudante de César, pero a Grace parecía caerle bien.
–¿Y tú te dignarás a hacer la ensalada?
–Sí, creo que podría hacerlo.
–Entonces haremos la cena juntos.
Beth no sabía si era sensato hacer algo con aquel hombre cuando se sentía más atraída por él cuanto más tiempo pasaban juntos.
–Mientras tanto, iré arriba para elegir mi dormitorio… en el ala este, ¿no? –se volvió en el primer escalón para mirar a Rafael por encima del hombro–. Si no te importa subir mi equipaje para que pueda cambiarme antes de ir al gimnasio…
–Hace dos días te equivocaste, Beth.
–¿Sobre qué? –preguntó ella, extrañada.
–¡Pareces haber aprendido a comportarte como el mimado caniche

al que tanto criticabas! –le espetó Rafael, desdeñoso.

Su intención había sido hacerle daño con ese comentario y lo había conseguido. Ella no quería vivir la vida de Gabriela Navarro; no quería ni su nombre ni su dinero o que la vieran como una niña mimada y rica.

Había esperado poner las cosas en perspectiva una vez que volviese a Inglaterra, pero no podía alojarse en su casa y nada de lo que estaba ocurriendo la ayudaba a calmarse.

Beth tomó aire antes de responder:

–Eso ha sido muy poco amable por tu parte.

–No sabía que se me exigiera ser amable –replicó Rafael.

–Todo el mundo prefiere la amabilidad a la crueldad.

Él respiró profundamente.

–Tal vez no me siento particularmente amable ahora mismo.

–¿Porque te he pedido que subas mi maleta?

No, el mal humor de Rafael no tenía que ver con esa petición. Estaba de mal humor porque iba a compartir casa con Beth, a solas, durante los próximos días. Algo que no se le había ocurrido hasta ese momento.

Y la expresión sorprendida de Beth ante tan inesperada grosería no lo ayudaba a mantenerse frío y profesional. Porque no se sentía frío y profesional en compañía de esa mujer. Y para protegerla como debía, tenía que mantenerse alerta, distante y frío.

–Haré que suban tu maleta, no te preocupes.

Beth lo miró con curiosidad durante unos segundos antes de asentir con la cabeza.

–Gracias.

–¿No vas a decir que eso era lo que debería haber respondido?

–No.

Rafael esbozó una sonrisa.

–¿Te encuentras bien?

Ella torció el gesto.

–No, la verdad es que no. ¿Me perdonas? –se volvió para seguir subiendo por la escalera.

Rafael apretó los puños mientras ella desaparecía en el piso de arriba como si el propio demonio la persiguiera…

¿Debería pedirle disculpas por su desafortunado comentario, por ser insensible a su evidente disgusto? ¿O su disculpa solo serviría para empeorar la situación? Estar solos en la finca, discutiendo constantemente, podía convertirse en una pesadilla.

Y, sin embargo, le había hecho una promesa a los Navarro, que estaban tan angustiados al perder a su hija después de haberla encontrado.

Había prometido que protegería a Beth a costa de lo que fuera.

Pero cuando hizo esa promesa no sabía que tal vez tendría que protegerla de sí mismo.

Capítulo 4

–¿Beth? –Rafael se detuvo en la puerta del dormitorio al verla tumbada boca abajo sobre la cama.

Sin pensarlo dos veces, dejó las maletas en el suelo y cruzó la habitación con paso decidido para sentarse a su lado. Le dio la vuelta con suavidad y, al ver sus lágrimas, la estrechó contra su pecho.

Pero ese gesto de ternura, la calidez de su cuerpo y los firmes latidos de su corazón solo consiguieron que Beth llorase con más fuerza.

Los últimos días habían sido… no podía describir lo difíciles que habían sido para ella.

Ir a Buenos Aires con Grace, comprobar su parecido con los Navarro, sobre todo con Esther, soportar al arrogante César… El resultado de las pruebas de ADN, por mucho que lo negase, la había terminado de inquietar.

Hasta tal punto que había necesitado alejarse de allí. Pero volver a Inglaterra y ver los cambios que estaban haciendo en su casa, llegar a la finca de César, con sus altos muros y sus guardias de seguridad por todas partes, solo había conseguido que la posibilidad de ser Gabriela Navarro le pareciese más real.

Más real de lo que podía soportar.

Todo aquello era demasiado. Convertirse de pronto en la heredera Gabriela Navarro era algo tan increíble que, por mucho que quisiera fingir lo contrario, estaba a punto de desesperarla.

Incluso el nombre, Gabriela, era extraño para ella.

Gabriela Esther Carlota Navarro. Esther por su madre, Carlota en memoria de la madre de Carlos Navarro…

¿Cómo podía ser esa persona cuando no hablaba una palabra de su idioma? No, no podía ser.

Y, sin embargo, en su fuero interno tenía la inaceptable sensación de que así era…

–¿Tú también crees que soy Gabriela?

–Sí.

Nada de condicionales o peros, una implacable afirmación. Se parecía mucho a César, pensó.

–¿Y por qué estás tan seguro?

Él tomó aire.

–Tú no puedes recordarme, pero… yo conocí a la hermana de César

cuando era un bebé.

Beth abrió los ojos como platos.

–No sabía…

–No hay ninguna razón para que lo supieras. Pero sí, estoy convencido, como todos los demás, de que eres Gabriela.

–¿Pero por qué?

–Primero, por tu parecido con Esther. Y eres tan cabezota como César cuando discutes –bromeó Rafael–. Pero también puedo ver rastros de la pequeña Gabriela en ti.

–¿Ah, sí?

–Gabriela era adorable, encantadora, pero incluso con dos añitos era decidida por naturaleza –Rafael rio suavemente.

Beth lo miró, burlona.

–¿Crees que soy adorable y encantadora?

–Y decidida, no lo olvides –le recordó él.

–¿Y si yo no quisiera ser Gabriela?

–¿Esa es la razón por la que estás tan disgustada?

–Sí –admitió Beth con voz ronca.

–¿No quieres ser una heredera multimillonaria?

Ella suspiró pesadamente.

–Todo el mundo sueña con ser millonario alguna vez y no tener que volver a preocuparse por el dinero, pero si eso significa sacrificar todos sus sueños y esperanzas…

–¿Y cuáles son tus sueños y esperanzas?

–Ser la mejor editora posible y, con un poco de suerte, encontrar y editar un libro especial que deje al mundo entero pasmado –reveló Beth.

–¿Y no crees que podrías hacer eso siendo Gabriela Navarro?

–Sé que no podría.

–La Gabriela que yo conocí hace tantos años habría hecho lo que quisiera con su vida –dijo Rafael.

–Ya, claro, y César compraría una editorial para mí –murmuró Beth, disgustada.

–Así es como César soluciona los problemas, es verdad. Pero tú no tienes por qué ser así.

–No, desde luego.

–Si te paras a pensar un momento, estás en Inglaterra como querías y mañana vuelves a trabajar, como querías. Puedes hacer lo que quieras, Beth. Eres mayor de edad y puedes vivir como tú decidas.

–¿Y crees que los Navarro van a aceptar eso?

–Creo que la Gabriela que yo conocí haría lo que quisiera –le aseguró Rafael.

Beth exhaló un largo suspiro. Rafael tenía razón; por mucha que fuese la presión familiar, de la familia que fuera, al final ella no tenía

que hacer nada que no quisiera hacer.

Y en ese momento lo que quería era intentar reparar el daño que había hecho en la camisa de Rafael.

–Lo siento mucho –se disculpó, intentando secar la humedad de sus lágrimas con la mano.

–¿Por qué las mujeres nunca tienen un pañuelo cuando se ponen a llorar? –escuchó la voz burlona de Rafael bajo su mejilla–. Toma, usa este –la animó, ofreciéndole un pañuelo azul, a juego con la corbata y con sus ojos.

–No es que decidamos llorar así, de repente, sencillamente ocurre –Beth se secó las lágrimas con el pañuelo–. ¿A cuántas mujeres has hecho llorar? –murmuró, mientras lo guardaba en el bolsillo de los vaqueros.

–Ninguna que yo recuerde.

–¿Por qué me resulta difícil de creer?

–No lo sé. Dímelo tú.

«Ah, una pregunta con truco».

¿Cómo sabía que había hecho llorar a más de una mujer? Para empezar, Rafael era un hombre guapo como un pecado e increíblemente peligroso e inalcanzable.

Y bajo ese aspecto tan apuesto y esa innegable sensualidad había cierta frialdad en él; una frialdad que decía que su corazón nunca había sido tocado por una mujer. Una frialdad que era un reto, pero también una señal de aviso a cualquiera que se aventurase.

De modo que sí, fuera consciente Rafael o no, Beth estaba segura de que muchas mujeres habían llorado por él.

–Una premonición –respondió, encogiéndose de hombros–. Supongo que hablabas por experiencia cuando has dicho que las mujeres nunca tienen un pañuelo cuando lloran.

–Tengo seis hermanas…

–¡Seis hermanas! –Beth se apartó para mirarlo con gesto de incredulidad–. ¿Mayores o menores?

–Todas mayores que yo –Rafael hizo una mueca.

–¿Y cómo era vivir con seis hermanas mayores?

–Las peleas por el cuarto de baño siempre eran muy entretenidas –dijo él, burlón.

–Ya imagino.

–Pero ser el único chico, con la usual aversión al baño de los niños, ayudaba mucho.

Beth intentó imaginar a Rafael de niño. Sin duda tendría el pelo más largo entonces y esos penetrantes ojos azules no tendrían el cinismo que habían adquirido con la madurez…

¿O tal vez sí?

Ella no sabía nada sobre el pasado de Rafael salvo lo que él mismo

le había revelado en los últimos días. No le había preguntado a su hermana porque sabía las conclusiones que habría sacado de tal pregunta sobre el enigmático jefe de seguridad.

Pero Rafael acababa de contarle que era el menor de siete hermanos y tantos niños serían un problema para la economía familiar. ¿Un problema más doloroso por la amistad de Rafael con alguien tan rico como César Navarro?, se preguntó. ¿Una amistad que se había forjado tal vez porque la familia de Rafael trabajaba en alguna de las propiedades de los Navarro?

–¿Tus hermanas están casadas?

–Cinco de ellas. Rosa es… tiene un poco de retraso intelectual –le contó Rafael–. No es algo hereditario, sencillamente hubo complicaciones durante el parto.

Los padres de Rafael habrían tenido que pagar cinco bodas… ¿y la dote? ¿En Argentina existía esa costumbre? Además de proveer para la hija que no se había casado. Tal vez Rafael ayudaba económicamente. Desde luego, parecía estar a la defensiva al hablar de su hermana Rosa.

–¿Rosa vive con tus padres?

–Vive con mi hermana mayor, Dolores, y su familia.

–Pero ninguna de ellas vive en Buenos Aires.

–No –Rafael se había puesto tan tenso al hablar de su familia como dos días antes.

–¿Y tus padres? ¿Viven los dos?

–Mi padre sí, mi madre murió poco después de que yo cumpliese diez años.

–Ah, lo siento.

Él se encogió de hombros.

–Yo también.

–No pudo ser fácil para tu padre criar a tantos hijos.

–Volvió a casarse cuando yo tenía dieciséis años –la incomodidad de Rafael era evidente.

¿Porque no le gustaba su madrastra? Tal vez esa era la razón por la que Rosa vivía con su hermana mayor y por lo que se ponía tan tenso cuando alguien mencionaba a su familia.

Había sentido esa tensión cuando Esther le preguntó por su familia. Tal vez Rafael había querido huir de la pobreza de su infancia o del segundo matrimonio de su padre…

Esa necesidad de escapar explicaría los años que había pasado en el ejército. Y también la impaciencia que mostraba por su rechazo a la multimillonaria familia Navarro.

Rafael no sabía qué estaba pensando Beth en ese momento, pero de repente se percató de que estaba sentado en la cama con ella entre sus brazos…

A pesar de su aspecto duro, todo en Beth era suave, desde los pechos aplastados contra su torso a la sensual curva de su espalda. Su pelo rubio olía a limón, a frutas; su perfume, totalmente femenino, invadía sus sentidos, derribando sus defensas.

Unas defensas que debería mantener levantadas con una mujer a la que encontraba tan atractiva e intrigante como Beth Blake. Y mucho más con Gabriela Navarro, la mujer a la que debía proteger.

De modo que se apartó, levantándose abruptamente.

–Si quieres, puedo enseñarte el gimnasio.

Ella tuvo que disimular su sorpresa con una sonrisa.

–¿Te apetece ir conmigo?

–¿Perdona?

Beth se levantó, alta y esbelta con el jersey azul y los vaqueros ajustados.

–Grace me ha contado que César y tú soléis entrenar juntos.

–Así es.

–Pues yo soy cinturón negro de karate.

Eso lo dejó sorprendido.

–¿Y estás sugiriendo que entrenemos juntos?

–¿No quieres hacerlo porque soy mujer?

–No tiene nada que ver con que seas una mujer… –Rafael hizo una pausa cuando ella soltó un bufido–. No tiene nada que ver con que seas una mujer sino con mi entrenamiento. Estuve en una unidad especial del ejército argentino durante varios años.

–¿Y qué?

–Y tengo habilidades que van más allá del karate –explicó Rafael.

–¿Esas habilidades incluyen desarmar y matar a alguien con tus propias manos?

–Si es necesario, sí –admitió el, apartando la mirada.

Beth intentó disimular su sorpresa ante esa afirmación, aunque no debería sorprenderla.

–¿Has tenido que hacerlo alguna vez?

–Sí –un nervio latía en su mentón.

–Bueno, esperemos que hoy no sea uno de esos días.

–Beth…

–Venga, Rafael, un combate sería mucho más divertido que golpear un saco de boxeo con tu foto o la de César.

Él tomó aire, intentando controlar su impaciencia.

–No voy a combatir contigo, es absurdo.

Beth lo miró en silencio durante unos segundos, admirando esa potencia letal que lo proclamaba como un predador: los puños apretados, el gesto decidido, el brillo helado en los penetrantes ojos azules. Bajo el caro traje de chaqueta y las camisas de seda, aquel hombre era una máquina de matar. Peligroso, bien entrenado y, según

él mismo había admitido, letal.

Y sin embargo…

–Estoy segura de que no me harías daño –dijo con voz ronca.

–¿Confías en mí?

–Sé que no me harías daño físicamente, por supuesto.

Que pudiese romperle el corazón era otra cuestión.

Se sentía atraída por Rafael, pero sabía que sería un error dejar que esa atracción se convirtiese en algo más. Ese aire de peligro que llevaba como una segunda piel era una advertencia para cualquiera que intentase acercarse demasiado.

El huraño y peligroso Rafael Córdoba no estaba a su alcance, desde luego.

Sus penetrantes ojos azules brillaron ferozmente durante unos segundos.

–Muy bien, voy a cambiarme –asintió–. Nos vemos arriba, en el gimnasio, en diez minutos –dio media vuelta y salió del dormitorio tan súbitamente como había aparecido.

Dejando a Beth preguntándose cuántas veces habría tenido que hacer uso de esas habilidades especiales adquiridas en el ejército y durante los diez años como jefe de seguridad de César Navarro.

Estuviera a su alcance o no, Beth tendría que ser de piedra para no sentirse afectada por Rafael cuando se encontró con él en el gimnasio diez minutos después.

El chaleco negro sin mangas se pegaba a su ancho torso, revelando unos fuertes bíceps y unos brazos musculados cubiertos de un sedoso vello oscuro; el mismo que asomaba por el cuello del chaleco. Un pantalón deportivo negro cubría unas piernas largas y poderosas, los pies descalzos. Parecía una escultura de bronce, cada centímetro de su fibroso cuerpo perfectamente entrenado.

–¿Lista?

Beth tuvo que hacer un esfuerzo para apartar la mirada de ese perfecto cuerpo masculino.

–¿Tú qué crees?

Oh, sí, parecía estar más que lista, pero para qué, Rafael no estaba seguro. Llevaba el pelo rubio sujeto en una coleta que caía por su espalda, un chaleco similar al suyo, pero de color claro, y un pantalón de chándal. Un atuendo perfecto para entrenar, aunque esa impresión quedaba anulada por la curva de sus pechos bajo el chaleco, los pezones presionando contra la tela, tan rosados y gruesos como fresas.

¿Y esperaba que luchase contra ella con ese aspecto?

–César nunca hace las cosas a medias, ¿verdad? –Beth miró con admiración los estantes con mancuernas de diferente peso, una cinta

para correr, una máquina de remos y varios aparatos que no sabía cómo usar, además de una sauna, una ducha y un tatami azul en el centro de la habitación.

–Ni siquiera cuando se enamora –asintió Rafael.

Beth esbozó una sonrisa mientras se quitaba las chanclas.

–Y está muy enamorado de mi hermana, ¿verdad?

–Grace es una mujer con carácter. Enamoraría a cualquier hombre.

La sonrisa de Beth desapareció al sentir una punzada de… ¿de qué? ¿Tenía celos de la admiración que Rafael sentía por su hermana? No, imposible.

–¿Detecto cierto encandilamiento? –lo retó, intentando encubrir su perplejidad ante la idea de que Rafael pudiera sentirse atraído por Grace.

Él enarcó una oscura ceja.

–Eso es para adolescentes.

Su desdeñoso tono implicaba que la incluía a ella en esa categoría, y eso no era muy halagador cuando Beth solo tenía que mirarlo para sentir una punzada de deseo en la boca del estómago.

–¿Deseo, entonces? –replicó, insolente.

–Eso sería muy inapropiado siendo la futura esposa de un hombre al que quiero como a un hermano.

–Pero eso no podría evitar que sintieras…

–¡No siento nada por tu hermana! –la interrumpió Rafael, enfadado.

–Bueno, bueno, no te pongas así.

Rafael apretó los dientes.

–¿Estás intentando picarme?

Ella se encogió de hombros.

–Solo quería saber qué sientes por mi hermana y si alguien debería advertir a César de que tiene un rival.

–¿Tú harías eso?

–No, yo no. César es demasiado arrogante y un poco de competencia le vendría bien a su inflado ego.

–Grace se ha ganado mi admiración y mi respeto, nada más.

–Pues qué suerte tiene.

Había pronunciado la frase en voz baja, pero a Rafael no le pasó desapercibida. ¿No creía poder ganarse su admiración y respeto? ¿Beth quería su admiración y respeto? Lo dudaba. Beth Blake daba la impresión de no necesitar la admiración y el respeto de ningún hombre.

–¿Empezamos? –sugirió ella, colocándose en el centro del tatami.

Rafael hizo una mueca de desdén ante una postura de lucha que contrastaba con la feminidad de sus uñas pintadas de rojo.

–No te dejes engañar por ellas –le aseguró Beth–. Y no te contengas –le advirtió.

Una advertencia que lamentó cuando, a pesar de su cinturón negro de karate, se encontró boca abajo en el tatami tres veces en tres minutos.

Se levantó después del último empellón, respirando agitadamente, pero más decidida que nunca al ver que Rafael ni siquiera sudaba mientras que ella estaba despeinada y sin aliento.

–¿Eso es lo mejor que sabes hacer? –lo retó.

Rafael esbozó una burlona sonrisa.

–Solo estaba calentándome. Me estás dando pistas –respondió, con irritante calma.

–¿Cómo?

–Miras ligeramente al lado por el que vas a lanzarte antes de hacerlo y eso me permite preparar el ataque.

–¡No es verdad!

–Sí lo es. Igual que un jugador de póquer permanece inmóvil cuanto lleva una buena mano, pero no puede dejar de tirarse de una oreja cuando va a lanzarse un farol, por ejemplo. Y ahora estás concentrándote demasiado en no revelar por dónde vas a lanzarte en lugar de pensar en los movimientos que deberías hacer –dijo Rafael unos segundos después, con Beth de nuevo boca abajo en el tatami, a sus pies.

–¿Te han dicho alguna vez que eres increíblemente irritante? –murmuró, levantándose.

–Sí, alguna vez –asintió él, riendo.

Esa risita exasperante hizo que reaccionase por puro instinto, lanzando una patada a las pantorrillas de Rafael. La exasperante sonrisa desapareció cuando siguió con un movimiento de tijera que lo hizo caer al tatami, permitiendo que saltase sobre él…

Sobre el cuerpo fibroso y musculoso de Rafael. Incluyendo el miembro duro y erguido que presionaba entre sus muslos…

Capítulo 5

–¿Y ahora qué? –preguntó Rafael con voz ronca, sin hacer el menor intento de apartarse.

Beth tragó saliva convulsivamente, el brillo de triunfo de sus ojos reemplazado por uno de recelo al darse cuenta de la precariedad de la postura.

La punta de su rosada lengua apareció entre sus labios antes de murmurar:

–No estoy segura.

Tampoco Rafael. El instinto y las demandas de su cuerpo le decían que la envolviese en sus brazos y rodase para tenerla debajo, que abriese sus piernas con una rodilla y la besara hasta tenerla sometida. La lógica y el sentido común le decían que eso no solo sería increíblemente estúpido sino peligroso.

Como temía, el instinto ganó la batalla…

–¿Qué? –Beth no encontraba su voz para protestar al sentir unas bandas de acero en la cintura, los brazos de Rafael, que se colocó sobre ella, sujetando sus manos a cada lado de la cabeza, antes de que sus labios, esos labios esculpidos e increíblemente sensuales, se apoderasen de los suyos en un beso que le hizo olvidarse de todo. Un beso fiero, posesivo. Rafael no la besaba, la devoraba.

Beth devolvió el beso, abriendo los labios para recibir su lengua, que se hundió profundamente en su boca. Se arqueó cuando él metió un muslo entre sus piernas, moviéndolo con un ritmo lento y seductor, liberando sus manos, que Beth puso en su espalda, deslizándolas hacia abajo para tocar el firme trasero.

«Terciopelo envuelto en acero», pensó. Cada centímetro de su cuerpo era sólido músculo envuelto en terciopelo. Su torso, hombros, espalda, trasero, el duro y ardiente miembro entre sus muslos…

Aquel hombre, un hombre al que había acusado de tener las mismas emociones que un robot, estaba tan excitado como ella.

Dejó escapar un gemido al sentir las manos de Rafael sobre sus pechos. El fino material del chaleco no era barrera contra el placer de sus caricias cuando puso la yema del pulgar sobre un excitado pezón, aumentando el húmedo calor entre sus muslos.

Beth miró a Rafael en mudo ruego cuando él se apartó para mirarla a los ojos, tan oscuros como la noche.

–Tus pechos caben perfectamente en la palma de mis manos –

murmuró con voz ronca.

–¿Ah, sí? –la tensión sexual era tan fuerte que Beth apenas podía respirar.

–Me pregunto si… –esos labios esculpidos se abrieron para tomar un pezón entre los labios y chupar suavemente a través de la tela.

Beth cerró los ojos, jadeando mientras arqueaba instintivamente la espalda, empujando el pezón hasta su boca, deseando más…

Jadeó, clavando los dedos en los hombros de Rafael al sentir el calor de su mano entre los muslos, apretando el hinchado capullo con el mismo ritmo que chupaba el pezón. El asalto a sus sentidos hacía que el placer aumentase hasta que estuvo a punto de…

Un rugido sordo rompió la neblina de placer en la que estaba envuelta y Rafael levantó la cabeza para mirarla a los ojos, sorprendido.

–¿Ha sido mi estómago o el tuyo? –preguntó Beth.

Él esbozó una sonrisa.

–Creo que el tuyo.

«Por favor, qué vergüenza».

Estaba besando al hombre más atractivo que había conocido en su vida, a punto del orgasmo, y su estómago decidía recordarle que no había comido.

Algo que Rafael, a juzgar por el brillo de sus ojos, al menos encontraba divertido.

–Parece que es hora de cenar –dijo, levantándose de un salto y ofreciéndole su mano.

La humedad de la camiseta contra sus pechos desnudos era la prueba de la intimidad que acababan de compartir…

Una intimidad que Rafael parecía haber olvidado quince minutos después, mientras preparaban la cena en la cocina.

Beth no sabía si sentirse irritada o aliviada. Tal vez las dos cosas. Aliviada porque no la hiciera sentir incómoda, pero irritada por cómo parecía haber olvidado el incidente, que para ella había sido apocalíptico. Había salido con algunos hombres, incluso había compartido apasionados besos, pero nunca se había excitado tanto como con Rafael. Y, desde luego, nunca había dejado que la tocasen íntimamente.

Evitó su mirada mientras murmuraba una excusa para salir del gimnasio, dejando escapar un suspiro de alivio cuando por fin pudo cerrar la puerta de su dormitorio. Y fue entonces cuando vio su imagen reflejada en el espejo…

El pelo alborotado, los ojos enfebrecidos, las mejillas rojas, los labios hinchados… pero lo peor de todo era la marca de los labios de Rafael en el chaleco, la humedad haciendo el material casi transparente, revelando el túrgido pezón…

Un pezón oscurecido e hinchado por las caricias de Rafael, pensó, disgustada consigo misma.

Y por eso, una vez duchada, se había puesto un sujetador negro bajo una blusa negra sobre unos vaqueros desteñidos. Un poco de maquillaje disimulaba el rubor de sus mejillas, pero no podía hacer nada para esconder que sus labios seguían hinchados por los fieros besos de Rafael…

Aunque no debería haberse preocupado tanto por su aspecto porque él, atractivo como un demonio con una camiseta negra y unos vaqueros gastados, apenas la miró mientras preparaban la cena.

Y eso solo consiguió aumentar su irritación.

–¿Prefieres cenar aquí o en el comedor? –le preguntó.

–Aquí me parece bien –Rafael no se molestó en mirarla mientras ponía los filetes en la plancha.

–¿Temes que haya algún malentendido si cenamos en el comedor… con velas? –bromeó Beth mientras colocaba los cubiertos.

–Pocas cosas me asustan –le aseguró, con toda tranquilidad.

Una tranquilidad que la enfadó más aún.

–¿Entonces vamos a fingir que no ha pasado nada?

–Eso esperaba, pero parece que estaba equivocado.

–No adoptes ese tonito de superioridad conmigo.

–¿Y qué tono debo usar, Beth? ¿O tal vez quieres que me disculpe? Muy bien, no debería haberte besado y acariciado como lo he hecho…

–¡Estás empeorando la situación!

Rafael no sabía cómo podía empeorar. Había roto una barrera necesaria entre el guardaespaldas y la persona a la que debía proteger. Un error de juicio que, a juzgar por el comportamiento de Beth, ella no pensaba olvidar y, por lo tanto, él tampoco podría hacerlo.

–Creo que lo mejor sería que olvidásemos lo que ha pasado.

–¿Tú puedes olvidarlo?

Rafael apretó los dientes.

–Sí.

–Ah, qué cómodo. Por desgracia, yo no tengo una memoria selectiva.

–A tu memoria no le pasa nada.

–Entonces…

–¿Entiendes que estoy trabajando? –le espetó Rafael, enfadado–. Y no puedo hacer mi trabajo, no puedo protegerte si me distraigo imaginando que te hago el amor. ¿Eso responde a tu pregunta?

–Pues sí –Beth se apoyó en la mesa–. ¿Te distrae imaginar que haces el amor conmigo?

Rafael exhaló un suspiro.

–¡Sí!

–A mí también –admitió ella.

–Tú…

–Rafael…

–Déjame terminar –la interrumpió él, impaciente.

–Pero…

–¡Beth!

–Muy bien –ella dejó caer las manos en un gesto de rendición–. Solo iba a decir que los filetes se están quemando, pero si no quieres que te interrumpa… –tuvo que sonreír cuando Rafael dio media vuelta y empezó a apagar las llamas con un paño–. No te preocupes, a mí me gusta la carne muy hecha.

–Pues a mí no.

–Pobrecito, qué pena.

–¿Podemos cenar y dejar el asunto? –Rafael prácticamente tiró los filetes sobre los platos–. Tengo trabajo que hacer esta noche.

Beth apartó una silla.

–¿Puedo ayudarte?

Si estuviera en su casa habría quedado con unos amigos o habría visto una buena película, pero no sabía qué hacer el resto de la noche en medio del campo.

–Creo que ya me has ayudado más que suficiente por un día –Rafael se sentó frente a ella.

–Bueno, si estás seguro… –Beth se sirvió ensalada antes de empujar el cuenco hacia el centro de la mesa.

–Estoy seguro.

–Hmmm… está riquísimo –dijo Beth, probando el filete.

Rafael no iba a dejarse engañar y sabía por el brillo burlón en sus ojos y por la media sonrisa en esos labios que había besado antes que su mal humor se había evaporado y estaba pasándolo en grande. A costa suya.

–Mi padre lloraría si pudiera ver la masacre que he hecho con su carne –murmuró mientras cortaba el filete quemado.

–¿La carne es de tu padre?

Él asintió con la cabeza.

–César la trae desde Argentina.

–¿Tu padre tiene ganado?

–Los gauchos se encargan del ganado.

Beth había visto fotografías de gauchos en las revistas; hombres duros de aspecto tan curtido como el terreno en el que trabajan.

–¿Trabaja en un rancho?

Rafael apretó los dientes al darse cuenta de que, una vez más, había hablado demasiado.

–En la pampa, sí.

–Ese es un terreno muy duro, ¿no?

–Mucho –asintió él, su expresión dejando claro que no pensaba

seguir hablando del tema.

–Ah, se nos ha olvidado el vino –Beth se levantó. Había abierto una botella cuando llegó a la cocina para que el vino respirase, como Grace le había enseñado–. Toma, tal vez esto te ayude a tragar el filete –sirvió dos copas y dejó la botella en el centro de la mesa.

–Nada podría hacer que esta suela de zapato supiera bien –murmuró Rafael, disgustado, mientras se llevaba la copa a los labios.

Pero después de probar el vino se quedó inmóvil.

–¿Está malo? –preguntó Beth. Grace le había enseñado muchas cosas sobre el vino, pero diferenciar entre uno bueno y otro malo no era lo suyo.

Rafael dejó la copa sobre la mesa.

–¿De dónde lo has sacado?

–De un estante al lado de la puerta. Por favor, no me digas que es un vino carísimo.

Rafael miró la etiqueta de la botella, con el apellido Córdoba como había pensado. Del viñedo de su familia.

–No, no es carísimo –le aseguró–. Había olvidado que a César le gusta tomar este vino con la carne, eso es todo.

Beth tomó la botella y frunció el ceño al ver el nombre en la etiqueta.

–¿Son parientes tuyos?

Rafael esbozó una sonrisa.

–Es mi padre.

–Pero antes has dicho que tu padre era un gaucho.

–He dicho que trabaja en un rancho –la corrigió él.

–Pero yo pensé… ¿el rancho es suyo? ¿Y tiene un viñedo con su nombre?

–Sí.

–¿Tu familia es rica?

Rafael hizo una mueca.

–No tanto como los Navarro, pero sí, la familia Córdoba es muy rica.

–Pero yo había pensado…

–Déjalo, Beth.

–Bueno, debes admitir que es un poco raro que el heredero de un rancho y un viñedo trabaje como guardaespaldas, aunque tu jefe sea casi como tu hermano.

–No si esa persona decide que eso es lo que quiere hacer.

–¿Y se puede saber por qué no trabajas en el rancho con tu padre?

–No creo que tenga que responder a esa pregunta.

–¿Por qué si es una pregunta lógica en estas circunstancias?

Beth no podía saber nada sobre las circunstancias por las que Rafael se había ido de casa quince años antes para alojarse con los Navarro y

él no tenía intención de confiarle las inaceptables y persistentes proposiciones de su madrastra, ni que su padre la había creído a ella cuando le dijo que era Rafael quien la perseguía. Era esto último lo que más le había dolido, que su padre hubiese creído a esa mujer y no a su propio hijo.

–Tal vez porque no me gusta hablar de mi vida privada con gente a la que acabo de conocer.

Beth contuvo el aliento. ¿Era así como la veía, como una persona a la que acababa de conocer? Porque habían compartido intimidades que ella no había tenido con ningún otro hombre.

Lo que había ocurrido antes entre los dos podía haber sido algo único para ella en su limitada experiencia, pero no lo era para Rafael. De hecho, todo lo contrario. Era más bien un incidente que debían olvidar.

–Tienes razón, este filete es repugnante –intentó sonreír mientras se levantaba–. Me voy a la cama. Estoy un poco cansada.

Rafael sabía que estaba mintiendo.

–No has comido nada.

–Ya no tengo hambre.

–¿Por qué te enfadas? Nada de esto es asunto tuyo.

Ella levantó la barbilla, orgullosa.

–Me alegra que seas tan sincero… cuando te da la gana.

Rafael hizo una mueca.

–No era mi intención ser grosero…

–No te preocupes, no volveré a hacer ninguna pregunta sobre tu vida privada. ¿A qué hora nos vamos a Londres mañana?

–A las siete y media, si te parece bien.

–Preferiría que nos fuéramos a las siete –dijo Beth–. El tráfico en Londres a esa hora puede ser terrible y no quiero llegar tarde.

–Se lo diré a Edward.

–Buenas noches, Rafael. No trabajes demasiado –dijo Beth, irónica, antes de salir de la cocina.

–Buenas noches, –murmuró él, preguntándose qué iban a hacer durante los largos días que tenían por delante.

Después de ese imperdonable incidente en el gimnasio había decidido mantener las distancias y lamentaba profundamente haberle contado lo poco que le había contado sobre su familia.

De hecho, lamentaba haber conocido a la turbadora Beth Blake.

Capítulo 6

–Nunca había visto a un hombre tan atractivo en toda mi vida.

–¿Atractivo? Ese hombre es puro sexo con piernas… perfectamente musculadas, por cierto.

–¿Y has visto el tamaño de esos hombros?

–Es el tamaño de los pies lo que importa, boba.

–¿De qué habláis, chicas? –Beth se había acercado a las tres compañeras que estaban reunidas alrededor de la máquina de café.

–Podemos hacer algo mejor. Ven a mirar por la ventana –Kathy la tomó del brazo–. ¿Lo ves? –anunció, con gesto triunfante–. Estaba ahí cuando llegamos a trabajar esta mañana.

Beth debería haber imaginado quién causaba tal furor entre sus compañeras. Rafael Córdoba estaba en la calle, apoyado en una pared, guapísimo con otro de esos trajes de chaqueta de tres piezas, las gafas de sol escondiendo su expresión, aunque no sus más obvios atributos físicos.

Unos atributos por los que sus colegas estaban como locas.

Y, considerando su aspecto y ese aire de predador que llevaba como una segunda piel, no era una sorpresa.

Beth había llegado antes que nadie a la oficina esa mañana para evitar que la vieran saliendo de la limusina, pero cuando Rafael anunció que subiría con ella tuvo que convencerlo de que eso sería ridículo. Finalmente acordaron que esperaría fuera mientras ella no intentase salir del edificio sin decírselo. Pero había sido una tontería pensar que nadie se fijaría en él.

–Es el hombre más atractivo que he visto en mi vida –dijo Emma.

–Si te gustan altos, morenos y huraños –asintió Beth.

–¿A qué mujer no le gustaría un hombre como ese? –Amy se acercó por el otro lado–. Lleva ahí al menos dos horas. ¿A quién estará esperando?

Beth tenía dos opciones: negar que conocía a Rafael y quedar por mentirosa en cuanto saliese del edificio o admitir que lo conocía, aunque no la razón por la que estaba esperando en la puerta.

Se decidió por la segunda opción.

–Me está esperando a mí –anunció, haciendo una mueca cuando las otras mujeres se volvieron con los ojos como platos–. Rafael me ha traído a la oficina y vamos a comer juntos, así que ha decidido quedarse esperando en lugar de volver a casa.

–¿Rafael? –repitió Emma.

–Rafael Córdoba –dijo Beth, preguntándose si no habría empeorado la situación–. Es argentino.

–¿Solo estuviste una semana en Argentina y te has ligado a ese pedazo de hombre? –exclamó Kathy.

–Sí, bueno… tenemos amigos comunes y decidimos volver a Inglaterra juntos.

Todo era cierto, salvo que Rafael estaba allí como guardaespaldas y no como novio.

Aunque las palabras «novio» y «Rafael Córdoba» nunca podrían ir en la misma frase.

Solo era diez años mayor que ella, pero tenía mucha más experiencia… algo que había descubierto el día anterior.

–¿Te ha traído a trabajar esta mañana? –quiso saber Amy, alta, rubia y guapa. Y demasiado lista.

Beth se puso colorada.

–Pues sí.

–¿Y el tamaño de sus pies…? ¡Ay! –Emma se quejó cuando Kathy le dio un codazo en las costillas–. Solo iba a preguntar…

–Creo que todas sabemos lo que ibas a preguntar –la interrumpió Kathy–. Ya es suficiente que estemos todas aquí babeando por el novio de Beth sin empeorar la situación haciendo preguntas tan personales.

–Estoy de acuerdo –dijo Amy–. Bueno, chicas, es hora de volver a trabajar.

Beth dejó escapar un suspiro de alivio cuando sus compañeras volvieron a sus respectivos escritorios, pero solo entonces se dio cuenta de que tendría que comer con Rafael.

–¿No habías dicho que comías en la oficina? –preguntó Rafael cuando Beth lo tomó del brazo y se puso de puntillas para darle un beso en los labios.

–¿Quieres caminar? –murmuró ella, con los dientes apretados.

–¿Adónde vamos?

–Por aquí –Beth saludó a una mujer alta y rubia que salía del edificio–. Empieza a caminar y yo te diré cuándo parar.

–¿Vas a darme una explicación para tan extraño comportamiento?

En los ojos castaños de Beth había un brillo de impaciencia.

–¿Tienes que llevar gafas de sol todo el tiempo? Hoy está nublado.

Rafael se quitó las gafas y las metió en el bolsillo de su chaqueta.

–¿Mejor?

–Mucho mejor –era mentira porque esos preciosos ojos azules la ponían nerviosa. Además, después del comentario de Kathy, tenía que hacer un esfuerzo para no mirar el tamaño de sus pies.

–¿Lo suficiente como para que respondas a mi pregunta?
Beth suspiró pesadamente.
–Mis compañeras te han visto por la ventana y les he dicho que íbamos a comer juntos.
Rafael enarcó una ceja.
–¿Por qué?
Otra pregunta que Beth preferiría no responder. Después de su desdeñoso comportamiento el día anterior preferiría no pasar tiempo con él en absoluto. Y no sentir los duros músculos de su brazo bajo los dedos.
–Venga, por favor, has estado horas delante de la oficina. Todo el mundo se preguntaba quién eras y qué hacías allí. Ni siquiera has ido al baño… supongo que tu entrenamiento en el ejército incluía aprender a controlar la vejiga.
Rafael tuvo que disimular una sonrisa.
–Así es.
–Pues tengas que ir al baño o no, vamos a comer juntos.
–Porque tus compañeras esperan que lo hagamos, claro.
–Eso es.
–Ah, creo que ya lo entiendo. ¿Les has dicho a tus compañeras que somos novios para explicar por qué estaba allí?
–Qué listo eres.
–He acertado por casualidad.
–Ya, bueno –Beth frunció el ceño, irritada–. ¡Has acertado y a mí no me hace ninguna gracia, así que puedes borrar esa sonrisa de suficiencia de tu preciosa cara!
Rafael enarcó las cejas.
–Supongo que esa es la opinión de tus compañeras, no la tuya.
–Supones correctamente –se apresuró a decir Beth. Lo que ella pensara de Rafael Córdoba no era asunto suyo y, desde luego, no pensaba contárselo. Además, sabía que el día anterior había quedado claro lo atractivo que lo encontraba–. Y yo supongo que no se te ha ocurrido que podría tener un novio al que no le haría ninguna gracia vernos juntos.
–¿Lo tienes? –preguntó Rafael, con gesto impasible.
Una reacción que la irritó intensamente.
–No es asunto tuyo.
–Lo es, Beth. Todo lo tuyo es asunto mío y si hay un hombre en tu vida tengo que…
–¿Inspeccionarlo? –sugirió ella, burlona.
–Investigarlo –la corrigió Rafael.
–¿Vas a investigar a su familia, sus amigos, su lugar de trabajo, sus relaciones previas, antes de decidir si pasa la prueba? Porque seguro que lo hiciste con las novias de César.

–No voy a hablar de los asuntos privados de César.

–¿Te daba miedo contarle a Grace que César había sido un donjuán antes de conocerla?

–Beth…

–Solo era una broma, hombre. Grace adora a César y no le interesa nada su pasado.

–Y así es como tiene que ser –asintió él–. ¿Tienes pensado dónde vamos a comer o vamos a seguir caminando sin rumbo?

–He reservado mesa en Ronaldo's. He elegido un restaurante italiano porque no conozco ninguno argentino.

–Me parece bien.

–Es un buen restaurante –le aseguró Beth–. Muchos editores llevan allí a sus autores.

–¿Y uno de esos editores es el novio que has sugerido podría molestarse al vernos juntos?

Ella esbozó una sonrisa.

–Eso sería muy interesante, ¿no te parece?

–Creo que sería muy típico de ti más que interesante.

–¿Sabes una cosa, Rafael? Puedes herir mis sentimientos con comentarios como ese.

Él soltó un bufido.

–Lo dudo mucho.

–¿Porque no crees que tenga sentimientos?

–Porque creo que te gustaría ver a dos hombres peleándose por ti.

Beth se quedó sorprendida.

–¿Te pelearías con otro hombre por mí?

–Solo si representase una amenaza para ti.

–Ah.

Rafael enarcó una burlona ceja.

–¿Esperabas que dijese otra cosa?

–Pues claro que no –murmuró ella.

–¿No habrías pensado que después de lo de ayer tengo un interés personal por ti? –preguntó Rafael con tono helado–. Lo que pasó ayer fue un error.

Beth sintió que le ardía la cara al recordar los besos, que para Rafael habían sido un error.

–Ahora estás siendo grosero a propósito.

–Y, curiosamente, eso parece satisfacerte.

En cierto modo, así era. Pero solo porque cualquier reacción de Rafael era mejor que ninguna reacción. El ser helado que había ido con ella en la limusina por la mañana no le parecía aceptable, pero no quería que le recordase lo que pasó en el gimnasio o saber que no había significado nada para él, porque ya lo había dejado más que claro.

Beth decidió cambiar de tema.

–Espero que te guste la comida italiana.

–¿Eso importa?

–Rafael…

–Perdón, perdón. Sí, me gusta la comida italiana.

–Pero tal vez preferirías no comer conmigo.

¿Cómo debía responder a esa pregunta? Por un lado, no debería comer con una persona a la que tenía que proteger. Por otro, comer con Beth tendría que ser mejor que la cena de la noche anterior.

Hablando de lo cual…

–Kevin Maddox está buscando una cocinera para los próximos días –Rafael decidió no responder a su pregunta.

–Ah, qué práctico –dijo Beth, irónica.

–Soy un hombre práctico.

–Sí, es verdad.

–Lo dices como una crítica –comentó Rafael mientras abría la puerta del restaurante cuando ella le hizo una indicación.

–Un poquito de espontaneidad no te vendría mal –replicó Beth.

Rafael sabía que esa espontaneidad era la culpable de que la hubiera besado y acariciado. Un error por el que pagó duramente en su dormitorio, mientras miraba el techo hasta las tantas de la madrugada, recordando el sabor de Beth, la perfección de sus pechos y cómo respondían los pezones rosados mientras los lamía…

Madre mía, se ponía duro solo de pensarlo.

–¿Rafael?

Él tuvo que hacer un esfuerzo para controlar sus pensamientos mientras se sentaba frente a ella. Al menos el mantel de cuadros rojos y blancos serviría para esconder su molesta erección.

Se había quedado desconcertado cuando lo besó en los labios unos minutos antes y seguramente gracias a ese desconcierto no le había devuelto el beso. No era inmune al roce de su mano mientras iban al restaurante y seguía esperando que le dijese si tenía novio.

Pero con novio o sin él, tener una erección solo pensando en besarla dejaba claro que él no era la persona adecuada para proteger a Beth. Aunque no sabía cómo iba a explicarle eso a César sin revelar lo que había ocurrido en el gimnasio.

–¿Has hablado con César?

Rafael la miró con el ceño fruncido, temiendo que hubiera leído sus pensamientos, pero por su expresión solo lo había preguntado por hablar de algo.

–Sí, anoche –respondió.

–¿Y? –Beth tomó una barrita de pan.

–Grace te envía un beso –Rafael miraba esos diminutos dientes blancos mordisqueando el pan. Los mordisquitos que podía imaginar

en su miembro antes de que lo tomase profundamente…

–Y, al parecer, se te había olvidado contármelo.

Rafael intentó relajarse, tarea nada fácil cuando Beth estaba chupando la barrita de pan. ¿Provocándolo deliberadamente? No, su expresión distraída dejaba claro que no sabía lo sensual que era en ese momento.

–Tú tampoco estabas muy habladora esta mañana –replicó.

–Tampoco tú estabas muy hablador. Además, yo no me levanto de buen humor –Beth se encogió de hombros.

–Intentaré recordarlo.

A Beth solo se le ocurría un circunstancia en la que tuviera que recordar ese detalle y, después de haberle oído describir sus besos como «un error», dudaba que esa situación en particular fuera a darse en el futuro.

–Grace y yo teníamos un acuerdo: ella no me hablaba por las mañanas y, a cambio, yo no le gruñía.

Rafael siguió mirándola durante unos segundos como si estuviera a punto de decir algo, pero se limitó a preguntar:

–¿Qué me recomiendas?

–Todo está bueno –murmuró Beth, mirando la carta. Cualquier cosa era mejor que mirar a aquel hombre que siempre parecía irritado o enfadado en su compañía.

Rafael no recordaba haber almorzado a solas con una mujer. Alguna cena ocasional ante de irse a la cama, por supuesto, pero siempre había considerado el almuerzo como una ocasión para charlar entre dos personas que fuesen algo más que simples compañeros temporales de cama.

En consecuencia, almorzar con una mujer era una experiencia nueva para él. Y hacerlo con la espontánea Beth Blake era, descubrió rápidamente, muy entretenido. Beth tenía opiniones sobre todo tipo de temas: política, moda, cine, la oleada de *ebooks* que habían tomado al mundo editorial por sorpresa, las vacaciones, la calidad de una película. Y, a cambio, Rafael se encontró dando cómodamente su opinión sobre esos mismos temas.

La comida era buena, aunque los dos prefirieron beber agua en lugar de vino.

–Invito yo –dijo Beth cuando el camarero llevó la cuenta.

Rafael frunció el ceño.

–Es el hombre quien suele pagar.

–¿Por la comida o después? –bromeó ella, dejando el dinero sobre la mesa.

–En mi experiencia, las dos cosas.

–¿Te has enterado de que estamos en el siglo XXI y que las mujeres invitan a los hombres a comer si les da la gana?

–Algunos hombres no se sienten cómodos con esas costumbres del siglo XXI.

Beth soltó una carcajada.

–No me importa que pagues tú si dejas que yo te invite la próxima vez.

–¿La próxima vez? –repitió Rafael. ¿Comer con Beth iba a convertirse en una costumbre y no una excepción? A juzgar por la dolorosa erección que había sufrido durante todo el almuerzo, aquello podría convertirse en un problema–. No creo que a tu novio le guste que comamos juntos todos los días –añadió, levantándose para apartar su silla.

Beth sonrió mientas salían del restaurante.

–No hay ningún novio.

–¿Solo lo habías dado a entender para enfadarme?

–¿Por qué ibas a enfadarte?

–Porque entonces habría tenido que investigarlo.

–Eso no responde a mi pregunta.

No, era cierto. Pero Rafael no tenía una respuesta aceptable para sí mismo. La noche anterior, y cómo se excitaba al recordarla, demostraban cuánto la deseaba. Pero también estaba empezando a respetarla y admirarla. Más de lo que era sensato en sus circunstancias.

–La respuesta no es necesaria porque no hay ningún novio.

Beth se colgó el bolso al hombro.

–De todas formas, me había parecido interesante saber la respuesta –murmuró, con tono decepcionado.

La proximidad de Beth y el insidioso y erótico aroma de su perfume hicieron que Rafael tuviera que tragar saliva.

–Creo que tu hora del almuerzo ha terminado.

Sí, desde luego, la hora del almuerzo había terminado y había sido una hora sorprendentemente agradable, de interesante charla con un hombre apuesto e inteligente que aceleraba su corazón. Una hora en la que Beth había descubierto muchas cosas sobre Rafael: su opinión sobre lo que ocurría en el mundo, los libros que le gustaban, los actores a los que admiraba, las obras de teatro que solía ver. Aunque seguía negándose a hablar de su familia, la suya propia o los Navarro.

Pero durante ese tiempo también había notado cómo lo miraban las demás mujeres. Algo que no le había hecho ninguna gracia. Aunque Rafael no parecía darse cuenta porque su atención estaba centrada en ella.

Su atención profesional.

Solo era una persona a la que debía proteger.

«Qué pensamiento tan deprimente».

–Estás muy callada.

–Una estimulante conversación y una comida deliciosa suelen dejarme relajada.

Él arqueó una ceja.

–Hoy he descubierto dos cosas más sobre ti.

–¿Dos cosas?

–No estás de buen humor por las mañanas y te quedas callada después de ser estimulada y saciada.

Beth sintió que le ardían las mejillas.

–Me refería a la conversación y la buena comida.

–Sí, claro, conversación y buena comida.

–Si no te conociese, pensaría que estás flirteando conmigo.

Rafael se encogió de hombros.

–Solo estoy practicando mi papel como supuesto novio para cuando volvamos a tu oficina.

Ah, claro. ¿Se sentía decepcionada al saber que esa era la única razón para flirtear con ella?

«Cálmate», se dijo a sí misma. Rafael no estaría en Inglaterra con ella si César no se lo hubiese pedido. Si César no le hubiese pedido que protegiese a Gabriela Navarro, una joven con una familia y un estilo de vida completamente ajeno a ella.

–Me parece bien –Beth asintió con la cabeza mientras aceleraba el paso.

Rafael se mostraba tan huraño como de costumbre y, por eso, no estaba preparada cuando se detuvo en la puerta de la editorial unos minutos después, cautivándola con esos penetrantes ojos azules mientras la tomaba entre sus brazos para besarla.

Capítulo 7

Rafael no había podido evitarlo. El deseo que había sentido una hora antes, mientras la observaba mordisquear el pan, se había convertido en una obsesión durante todo el almuerzo y no podía apartar la mirada de esos labios generosos y sensuales.

Siguió besándola cuando Beth deslizó las manos por sus hombros antes de enredar los dedos en su pelo, apretándose contra él.

Una respuesta que excitó a Rafael aún más, exigiéndole que la tomase en aquel mismo instante…

Sorprendido por esa reacción, interrumpió el beso abruptamente.

Beth lo miró en silencio durante unos segundos, con los ojos oscurecidos y ligeramente desenfocados.

–¿Qué ha pasado?

Rafael desearía poder responder a esa pregunta. ¿O no? La atracción que sentía por Beth empezaba a ser un serio problema.

–Que tenemos público –explicó.

Beth vio a varias de sus colegas, incluyendo a la sonriente Amy, mirándolos con curiosidad mientras se besaban en la puerta de la editorial.

–¡No me gusta que me utilicen! –exclamó, con tono acusador.

Rafael frunció el ceño.

–Creo recordar que fuiste tú quien decidió contarles a tus compañeras que éramos novios.

Beth suspiró, impaciente.

–Hay una diferente entre tener que contarles eso para explicar tu presencia y que me hagas el amor en plena calle.

Él sabía que no debería haberla besado y estaba furioso consigo mismo por complicar aún más una situación de por sí complicada.

–Supongo que sabrás que aún no he empezado a hacerte el amor…

Beth sintió que le ardía la cara.

–Tú sabes muy bien a qué me refiero.

Sí, Rafael sabía muy bien a qué se refería. Como sabía que si la hubiera besado durante unos minutos más habría olvidado que estaba en Inglaterra para protegerla y no para convertirse en su amante.

–No volverá a pasar.

Beth contuvo el aliento ante la frialdad de su tono, reconociendo que estaba más afectada por el beso de lo que debería. O de lo que querría.

–Que nos besáramos ayer no significa que vayamos a convertirlo en una costumbre –le advirtió, con el corazón acelerado al pensar en besarlo otra vez.

–Ya he dicho que no volverá a pasar –repitió Rafael.

–Y seguro que tú siempre cumples tu palabra, ¿eh? –replicó, desdeñosa.

–Intento cumplir mi palabra, sí.

Beth hizo una mueca.

–En este caso, te aconsejo que hagas algo más que intentarlo.

–¿O qué? –replicó él, con un brillo burlón en los ojos.

–O puedes irte al infierno junto a mi hermano mayor… –Beth se detuvo al percatarse de que, por primera vez, se había referido a César como su hermano. Como si por fin hubiera aceptado que podría ser Gabriela Navarro–. Tengo que irme a trabajar –dijo abruptamente, apartando la mirada–. Y, sin duda, tú seguirás vigilando toda la tarde, ¿no?

–Sin duda –asintió él.

Era un alivio que, por fin, se hubiese referido a César como su hermano. Por mucho que prefiriese que esa no fuera la verdad, al menos empezaba a aceptar que era Gabriela Navarro.

Y era una suerte porque esperaba tener la confirmación unas horas más tarde.

–Entiendo lo de esta mañana, pero tu silencio esta tarde empieza a preocuparme.

Beth se volvió para mirar a Rafael, sentado al lado de Edward. Por suerte, la limusina estaba discretamente aparcada en una esquina cuando salió de trabajar media hora antes. ¿Lo habría pedido así Rafael porque no quería que sus colegas la viesen subiendo a un lujoso coche con chófer? Probablemente.

Decir que estaba desconcertada por el inesperado beso era quedarse corto. Tanto que se había acercado a la ventana en más de una ocasión esa tarde, tal vez media docena de veces, para mirarlo con el ceño fruncido.

Era un hombre muy atractivo que aceleraba su corazón, debía reconocerlo. Se sentía atraída por su fuerza, por la certeza de que nadie podría hacerle daño estando con él. Rafael Córdoba era una extraña e intrigante combinación de peligrosa sensualidad y silenciosa pero segura potencia.

Una combinación irresistible cuando, en esas circunstancias, era una estupidez por su parte estar pensando en él.

–Pensé que era prerrogativa de una mujer ser imprevisible –bromeó–. Edward parece entenderlo –añadió, al ver que el conductor

reía.

–Soy un hombre casado, señorita. ¿Qué más puedo decir?

–¿Y siendo un hombre casado eso te parece aceptable? –preguntó Rafael.

–Es lo que es, señor Córdoba –Edward se encogió de hombros–. No podemos vivir ni con ellas ni sin ellas. Además, es el elemento imprevisible de nuestras mujeres lo que hace que estemos pendientes de ellas.

–Si tú lo dices…

Beth se habría reído ante la dubitativa expresión de Rafael si no estuviera irritada por eso de «nuestras mujeres» porque ella ni era ni sería nunca la mujer de Rafael Córdoba.

¿Quería serlo?

Su vida era demasiado complicada en ese momento como para estar segura de lo que quería.

–No pareces muy impresionado.

Él arqueó una ceja.

–Al menos estás hablando.

Beth esbozó una sonrisa.

–Pensé que las mujeres hablaban demasiado.

–Una conversación que empieza con «tenemos que hablar» hace que un hombre sienta escalofríos por la espalda.

–¿Hablas por experiencia? –le preguntó, aunque no le gustaba imaginarlo con otra mujer. Que sintiera celos de las mujeres de su pasado, y tal vez del presente, era absurdo porque habían hablado de si ella tenía o no tenía novio, pero las relaciones de Rafael no habían entrado en la conversación.

–No, por suerte no –esa respuesta no la ayudaba nada.

–Creo que voy a dormir durante el resto del viaje –murmuró Beth, apoyando la cabeza en el respaldo del asiento.

Rafael frunció el ceño mientras miraba sus párpados cerrados. Los ojos eran las ventanas del alma, decían. Y en su caso no podía ser más cierto. Esos ojos castaños, fieros, brillando de alegría u oscuros y seductores cuando estaba excitada eran un reflejo de sus emociones.

Emociones que no tenía oportunidad de leer cuando los cerraba.

Deliberadamente, estaba seguro.

Porque, por mucho que se hiciera la fuerte, había una parte de sí misma que escondía por completo. Una parte confusa y herida al pensar que era Gabriela Navarro y no Beth Blake. Y sabía que no quería compartir esas emociones con él porque lo consideraba uno de los que conspiraban para demostrar que era Gabriela.

Y tenía razón.

Rodney estaba esperando en la entrada de la mansión de César cuando llegaron a la finca media hora después. Y su expresión seria fue suficiente para que en la cabeza de Beth sonase una campanita de alarma.

–¿Que ha pasado? –preguntó.

Rodney la miró sin expresión.

–¿A qué se refiere, señorita Navarro?

Lo de «señorita Navarro» la alarmó aún más.

–No me diga que no ha pasado nada –le advirtió cuando el guardia de seguridad iba a responder– porque no voy a creerlo. A ninguno de los dos –añadió, mirando a Rafael.

–Imagino que querrás ducharte y cambiarte antes de cenar –se limitó a decir él.

–No hasta que sepa qué ha pasado.

Rafael apretó los labios, impaciente.

–Serás informada de lo que pasa cuando haya hablado con Rodney a solas.

–No, lo siento. Esto me concierne a mí.

–En cualquier caso…

–¡Rafael, es mi vida y mi futuro de lo que vas a hablar! –exclamó Beth, sus ojos oscurecidos de ira.

Sí, era cierto. Y Rafael sabía que esa ira era un escudo para esconder otros sentimientos.

Su expresión se suavizó.

–Prometo informarte inmediatamente si lo que Rodney tiene que decir fuese importante para ti.

Rafael hizo una mueca al notar que el otro hombre se ponía tenso. Eso significaba que el resultado de la investigación que había llevado a cabo, según sus instrucciones, era importante.

Beth seguía mirándolos con gesto suspicaz.

–¿Me das tu palabra?

–Acabo de prometerlo.

–Muy bien. Ya sabes dónde está mi dormitorio –dijo, irónica, antes de dirigirse a la escalera.

Rafael esperó a que desapareciese antes de volverse hacia el otro hombre.

–Veo que tu visita a la parroquia de Stopley en Surrey ha dado sus frutos.

–Desde luego que sí –admitió Rodney.

Los dos hombres se retiraron al estudio de César para seguir hablando. Una conversación que, sin la menor duda, tendría que contarle a Beth.

Esperar a Rafael era como estar en la consulta del dentista. Que Rodney tenía algo importante que contar era evidente. Algo importante para ella.

Intentando calmarse, Beth terminó de sacar su ropa de la maleta antes de llevarla al vestidor. Después, entró en el cuarto de baño para ducharse, pero nada de eso la ayudó a relajarse ni hizo desaparecer la sensación de angustia en la boca del estómago. A ese paso, el suspense y la tensión iban a provocarle un infarto y entonces daría igual quien fuera, Beth Blake o Gabriela Navarro.

Pero pronto iba a descubrir la verdad.

Aun así, se quedó sorprendida cuando salió del cuarto de baño envuelta en una toalla y encontró a Rafael esperándola en la habitación.

Estaba de espaldas a ella, frente a una de las dos ventanas, mirando el jardín de la finca. El mismo jardín en el que Grace había sugerido burlonamente que César podría enterrarla después de una de sus discusiones.

Pero nada de eso tenía importancia en ese momento porque la presencia de Rafael solo podía significar una cosa.

–Parece que tienes malas noticias.

Él dio media vuelta lentamente, mirándola con expresión seria.

–Supongo que eso depende de tu perspectiva.

Beth soltó un bufido.

–Creo que los dos sabemos cuál es mi perspectiva.

–Tal vez deberías vestirte antes de hablar.

–¿Lo que vas a decirme será más aceptable si estoy vestida?

Rafael exhaló un suspiro.

–Probablemente no.

–Entonces no me molestaré –Beth se sentía incómoda cubierta apenas por la toalla, pero era una incomodidad compartida. Una incomodidad que los colocaba en situación de igualdad, y necesitaba esa igualdad en presencia del imponente argentino–. Bueno, cuéntame.

Por el brillo de batalla en sus ojos castaños, cuando por fin logró apartar la mirada de la cascada de pelo rubio que caía sobre el nacimiento de sus pechos, Rafael supo que no iba a ponérselo fácil.

Claro que tampoco iba a ser fácil para ella.

–Nuestras investigaciones dejan claro que James y Carla Lawrence residían en la parroquia de Stopley en Surrey antes de mudarse a una casa en Kent, donde residieron contigo hasta que murieron en un accidente hace dieciocho años.

Beth tragó saliva, intentando respirar.

–¿Y bien?

Él hizo un gesto de consternación.

–Hace unos días hablamos de la prueba que necesitabas para creer que eres Gabriela Navarro.

Ella tuvo que agarrarse al cabecero de la cama.

–Una lápida con el nombre de Elizabeth Lawrence, de dos años…

–Eso es.

–¿Rodney la ha encontrado?

–Así es. Beth…

–¡No, por favor!

Había una tumba.

Con el nombre de Elizabeth Lawrence, su nombre.

Pero no era su nombre.

¿Cómo iba a serlo cuando Elizabeth Lawrence había muerto veintiún años atrás?

Y una niña de dos años, Gabriela Navarro, había sido secuestrada para ocupar su sitio en el hogar y el corazón de los Lawrence.

Y sí, esa era la prueba que Beth necesitaba para creer que era la hija de Esther y Carlos Navarro.

Pero en realidad no la había necesitado.

Beth había negado ser Gabriela e incluso se había alejado de los Navarro, pero en su fuero interno sabía que las pruebas de ADN no estaban equivocadas, que su parecido con Esther Navarro no podía ser una coincidencia, que las fotografías de Gabriela y ella eran idénticas. Y, además, había una tumba con el nombre de Elizabeth Lawrence…

–¿Beth?

Ella enarcó una ceja.

–Soy Gabriela –murmuró. No era una pregunta sino una afirmación.

–Sí.

–¿Y los Navarro lo saben? ¿Saben de la tumba de Elizabeth?

–No, aún no –Rafael frunció el ceño–. Como tú me pediste, te he informado a ti antes que a nadie.

–Es un detalle.

–Tengo mis buenos momentos.

–Sí, es verdad –asintió Beth–. ¿Y sabes cómo hicieron para reemplazar a su hija perdida con… conmigo?

–Beth…

–Por favor, tengo que saberlo.

Él asintió con la cabeza.

–Como ya sabes, Carla Lawrence nació en Argentina y debía de tener parientes allí. Además, los vecinos de los Lawrence siguen viviendo en Stopley y recuerdan la trágica muerte de su bebé a causa de una meningitis.

–Dios mío…

Rafael frunció el ceño al verla tan pálida.

–El resto puede esperar hasta más tarde.

–No, no. Quiero saberlo todo. Necesito saberlo, por favor –murmuró ella, apartándose.

Rafael tomó aire, deseando no ser él quien le diera esa noticia. Deseando que Beth no lo odiase por ello.

Se había acostumbrado a la espontaneidad de Beth Blake, a su carácter y a su independencia, pero su aversión a estar a su lado era algo completamente nuevo.

–¿Prefieres esperar a que lleguen César y Grace para saber todos los detalles?

–¿César y Grace van a venir?

–César me pidió que lo informase si encontraba alguna prueba concluyente de la muerte de Elizabeth…

Rafael hizo una pausa, incómodo. Sabía que para Beth la muerte de Elizabeth era el equivalente a su propia muerte.

–¿Pero aún no se lo has contado?

–No, aún no.

–¿Y si yo te pidiera que esperases unos días?

–¿Por qué?

–Porque yo te lo pido.

–Esa no es una respuesta –murmuró Rafael.

Beth tomó aire.

–Porque quiero que me lleves a ese cementerio de Stopley mañana para ver la tumba de Elizabeth. Quiero llevarle unas flores… Rafael, necesito despedirme de ella antes de poder convertirme en Gabriela Navarro.

–Beth…

–Esto es muy importante para mí.

Sí, sus ojos empañados y su decidida expresión le decían que aquello era de vital importancia para ella.

¿Tan importante como para ignorar las órdenes de César?

Capítulo 8

–Es una tumba tan pequeña… –murmuró Beth con voz ronca en el silencioso cementerio, dejando un ramo de rosas amarillas sobre una tumba con la inscripción:

Elizabeth Carla Lawrence, dos años, querida hija de James y Carla Lawrence. Descansa en paz, nuestro ángel.

La persona que reposaba en esa tumba no era Beth, aunque durante toda su vida había creído ser Elizabeth Carla Lawrence.

La auténtica Elizabeth Lawrence había vivido dos breves años en el pueblecito de Stopley al que Rafael y ella habían llegado unos minutos antes y estaba enterrada en el cementerio, a las afueras del pueblo.

Beth agradecía que Rafael no hubiera insistido en ir con Edward y que hubiera elegido uno de los vehículos menos ostentosos de los Navarro.

Stopley en Surrey era un pueblecito que Beth desconocía hasta el día anterior y, desde luego, en el que no había vivido de niña ni en ningún otro momento de su vida.

Apenas había podido pegar ojo la noche anterior, pero insistió en ir a trabajar por la mañana. No se lo había contado a Rafael, pero había hablado con Graham Selkirk, su jefe, para explicarle lo que pudo explicar de tan extraña situación sin involucrar a la familia Navarro, antes de pedir un mes de excedencia. Aunque no se lo había contado a Rafael, su visita a Stopley por la tarde solo era el inicio de un proceso de aceptación de su nueva identidad.

Graham Selkirk, con todo el derecho, podría haberle negado ese mes de excedencia porque acababa de empezar a trabajar para ellos, sin darle más opción que renunciar a su puesto. En lugar de eso, le había dicho que tomase el tiempo que necesitara para solucionar sus problemas familiares y que su trabajo estaría esperándola cuando volviese, si seguía estando interesada.

Y Beth empezó a sospechar que César tenía algo que ver. Aunque probablemente no habría comprado la editorial, sin duda había hablado con el director, pero estaba demasiado tensa y disgustada como para preocuparse por eso. ¿Para qué cuando todas las pruebas decían que era Gabriela Navarro? Y César había dejado bien claro que no aprobaba que su hermana trabajase en un editorial londinense

porque su sitio estaba en Argentina, con su familia…

Rafael no sabía qué decir. Era realmente una tumba muy pequeña y bajo dos metros de tierra estaban los restos de una niña de dos años, Elizabeth Carla Lawrence, la hija de James y Carla Lawrence.

–No me has contado cómo crees que lo hicieron –dijo Beth.

Estaba preguntando cómo la habían reemplazado a ella, Gabriela, robándosela a otra pareja, Esther y Carlos Navarro, que habían llorado por su hija perdida durante veintiún años.

–Hemos encontrado información sobre la visita de los Lawrence a Buenos Aires un mes después de la muerte de su hija –empezó a decir en voz baja–. El mismo mes que secuestraron a Gabriela. Viajaron solos a Argentina, pero cuando volvieron a Inglaterra un mes más tarde llevaban una niña de dos años, su hija Elizabeth.

Los ojos de Beth se habían empañado cuando se volvió para mirarlo. Estaba tan pálida, tan delgada, etérea casi, con ese pelo tan rubio y el ajustado jersey marrón.

–¿Es tan fácil secuestrar a un niño y sacarlo del país?

–No, no lo es –le aseguró él–. Solo podemos imaginar que el nombre de Elizabeth aún no había sido borrado del pasaporte de su madre. Como sabes, los Navarro no denunciaron la desaparición de su hija por miedo a poner su vida en peligro y las autoridades del aeropuerto no tenían ninguna razón para sospechar que la niña que iba con los Lawrence no era su hija.

Ella asintió con la cabeza.

–¿Pero y cuando volvieron a Stopley? Alguien debió de darse cuenta de que tenían una niña que se parecía a Elizabeth pero obviamente no podía ser ella.

–Los Lawrence nunca volvieron a Stopley –Rafael hizo una mueca–. Los vecinos con los que Rodney habló ayer dijeron que James Lawrence volvió brevemente para cerrar la casa porque Carla no quería volver al sitio en el que habían vivido con Elizabeth e iban a mudarse a…

–Kent –dijo Beth en voz baja.

–Así es.

Kent, el condado en el que Beth había pasado los cinco primeros años de su vida.

–Así volvió a nacer Elizabeth Lawrence, y luego ha vuelto a morir.

–Sí.

Beth tomó aire.

–Entonces soy Gabriela Navarro. O Brela, como César solía llamar a su hermana pequeña. Qué extraño que los dos nombres, Brela y Beth, se parezcan un poco.

–Sí.

Rafael admiraba su valiente reacción al aceptar de una vez por

todas que no era Elizabeth Lawrence, que nunca lo había sido. Considerando que su mundo acababa de ponerse patas arriba, Beth… Brela, parecía muy tranquila.

Le gustaría tomarla entre sus brazos y ofrecerle el consuelo que tan desesperadamente necesitaba, pero ella estaba marcando las distancias, levantando una barrera que no lo animaba a tocarla.

–¿Has visto suficiente? –le preguntó.

Ella se volvió para mirar la tumba.

–¿Crees que mis… los Lawrence volvieron aquí alguna vez para visitar la tumba de su verdadera hija?

–Tal vez, no lo sé –Rafael se encogió de hombros.

–No me gusta pensar que la dejaron sola aquí años tras año…

–Beth…

–No pasa nada, estoy bien –Beth se volvió intentando sonreír–. No te preocupes, no voy a ponerme a llorar. Aún no te he devuelto el pañuelo de la última vez.

Rafael no sabía cómo lidiar con esa serena y distante Beth.

–Tengo más pañuelos –le aseguró.

–No voy a llorar.

–Tal vez deberías hacerlo.

–¿Por qué? –Beth apretó los puños–. No sientas compasión por mí. Ni siquiera conocí a la verdadera Elizabeth Lawrence.

–Estás disgustada y es comprensible.

–Pues claro que estoy disgustada. ¿No lo estarías tú si acabaras de visitar tu propia tumba?

Rafael tuvo que tomar aire ante la realidad de esa afirmación. Beth había hecho exactamente eso. Y que pudiese lidiar con la situación con tanta dignidad aumentaba su admiración por ella; una admiración peligrosa, considerando cuánto lo atraía.

–Deberíamos irnos, Beth –la tomó del brazo con intención de escoltarla fuera del cementerio, pero Beth se apartó.

–Pero ya no soy Beth, ¿no? Soy Gabriela.

Rafael dejó caer la mano, notando el brillo en sus preciosos ojos.

–Estoy seguro de que los Navarro seguirán llamándote Beth si así lo prefieres.

–Preferiría que esta pesadilla no hubiera existido –replicó ella–. Pero eso no va a pasar. ¿Y para qué voy a pedirles que me llamen Beth si Beth ya no existe?

–Pero tú existes…

–No, no existo.

–No digas eso.

–Es hora de irse, Rafael –Beth se volvió abruptamente para atravesar el pequeño cementerio y él la siguió, por una vez en su vida sin saber qué decir o hacer.

Beth tenía que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas mientras se alejaban del pueblo de Stopley, lejos de la diminuta tumba de Elizabeth.

Quería, necesitaba llorar. Quería ponerse a gritar de pena por la pequeña Elizabeth, esa niña de dos años que reposaba en una solitaria tumba, tanto como por ella misma.

Y si se sentía así después de ver la tumba, ¿qué habrían sentido Esther y Carlos Navarro tras la desaparición de su hija, sin saber qué había sido de ella, si estaba viva o muerta? Una incertidumbre que finalmente había separado a la pareja, Esther viviendo en Estados Unidos y Carlos en Argentina, cuando ya no pudieron mirarse el uno al otro sin pensar en la niña que habían perdido.

En cuanto a César… Beth sabía por Grace que había vivido desde entonces sintiéndose culpable por la desaparición de su hermana pequeña. Gabriela había sido secuestrada mientras estaban en un parque, cuando su niñera la desatendió durante unos minutos para ayudarlo a él a desenganchar una cometa.

La mayor tragedia era que, aunque Beth podía simpatizar con el dolor de los Navarro, no podía meterse en la piel de Gabriela y convertirse de repente en la hija que habían perdido. Como no podía sentir auténtico cariño filial por ellos. Podría ser Gabriela Navarro… de hecho, no tenía más remedio que aceptarlo, pero no era y dudaba que algún día pudiera ser la Gabriela Navarro que su familia había anhelado.

Tal vez, con el tiempo, podría encariñarse con ellos, aunque sería difícil hacerlo con el arrogante César, pero dudaba mucho que eso fuera suficiente para satisfacer veintiún años de dolor.

El matrimonio de Grace con César ayudaría, claro, pero solo porque su hermana formaría parte de la familia Navarro, a la que ella pertenecía. No ayudaría con sus sentimientos. Esther y Carlos eran muy agradables, pero no sentía cariño filial por ellos, ni un súbito reconocimiento. No recordaba al hermano mayor al que, según todos, adoraba. Todo era tan complicado…

—¿Te importaría que parásemos para cenar?

Beth lo miró durante unos segundos como si no entendiese la pregunta, tan perdida estaba en sus pensamientos. Cuando miró su reloj comprobó que eran las siete, de modo que debía de haber estado frente a la tumba de Elizabeth durante casi dos horas.

Y no quería volver a la finca todavía porque sabía que Rafael se vería obligado a llamar a la familia Navarro para darles la noticia.

No tenía apetito; de hecho, se sentía enferma, pero si así retrasaba su regreso a Hampshire y la llamada de Rafael… Además, una copa de vino, o dos, serían más que bienvenidas.

—¿Eso significa que Kevin Maddox aún no ha encontrado una

cocinera? –intentó bromear.

–No tengo ni idea –respondió Rafael–. Había pensado que tal vez preferirías no volver a la finca todavía.

Y como siempre, tenía razón. Era extraño que Rafael la conociese tan bien en tan poco tiempo

–No me importaría comer algo, gracias.

–Entonces pararemos en algún sitio –asintió él, intuyendo los tumultuosos pensamientos que debían de estar pasando por la hermosa cabeza de Beth desde que salieron de Stopley.

Aunque la relación con su padre era tensa, Rafael siempre había sabido quién era y lo que se esperaba de él, y no podía ni imaginar la confusión y el desconcierto de Beth. La tristeza por la muerte de la niña que había creído ser y el trauma de tener que aceptar lo que había intentado negar: que era la hija perdida de Esther y Carlos Navarro y la hermana de César.

Aunque parecía más animada cuando le abrió la puerta del coche unos minutos después, frente a un pequeño hotel rural.

–Muy pintoresco –dijo ella.

Rafael, más pendiente de la turbadora presencia de Beth a su lado que del encanto del hotel, tuvo que hacer un esfuerzo para no abrazarla. Su pelo olía a limón y, aunque estaba muy pálida, sus esbeltas curvas eran destacadas por el pantalón y el ajustado jersey marrón, dándole un aspecto irresistible.

Beth se volvió para mirarlo cuando no contestó, conteniendo el aliento al ver el brillo de deseo en sus ojos.

–¿Te importaría besarme, Rafael? –lo invitó con voz ronca.

–¿Por qué?

–¿Lo preguntas en serio?

–Sí.

Sus ojos se oscurecieron.

–Porque quiero… necesito saber que existo. Que sigo siendo yo misma.

Era un ruego que Rafael no podía rechazar y menos cuando empujó hacia él sus suaves curvas en un gesto invitador. Sin poder evitarlo, inclinó lentamente la cabeza para capturar los sensuales labios antes de abrazarla por la cintura, apretándola contra su cuerpo.

Su intención había sido besarla suavemente, ofrecerle consuelo más que pasión, pero esas intenciones se evaporaron al primer roce de sus labios. Dejó escapar un gemido ronco mientras enterraba la lengua en el calor de su boca, la dura erección empujando contra el calor entre sus muslos…

–Deberían pedir una habitación –escucharon una voz amable y burlona.

Rafael se apartó abruptamente para volverse hacia el hombre de

mediana edad que estaba tras ellos.

–Le pido disculpas –murmuró, mientras tomaba a Beth del brazo para apartarla de la entrada.

–Ningún problema –le aseguró el hombre–. Yo también me dejaría llevar por la tentación con una mujer tan guapa.

–Eso ha sido… un poco bochornoso –murmuró Beth.

Rafael apretó los labios mientras observaba al hombre, que había ido a la barra a pedir una copa.

No debería haberse dejado llevar por la tentación. No debería haber puesto a Beth en esa situación y menos en ese momento.

Cuando la camarera sirvió la botella de vino que Rafael había pedido, Beth se decidió.

–El cartel de fuera dice que hay habitaciones disponibles y tal vez deberíamos aceptar el consejo –sugirió.

Rafael frunció el ceño mientras miraba la carta.

–No, no lo creo –dijo finalmente.

–¿Por qué no? –preguntó ella, tomando un trago de vino.

–Para empezar, tu hermano es mi mejor amigo y conozco a César lo suficiente como para saber que mataría a cualquiera que se aprovechase de ti en este momento.

–¿Aunque sea yo quien piense aprovecharse de ti?

–Aunque así sea –respondió él–. Además, estás bebiendo demasiado y yo no seduzco a mujeres ebrias.

–¿Y si fuera ella la seductora?

–Beth…

–Rafael –dijo ella, tomando otro trago de vino.

–Come algo antes de seguir bebiendo, por favor –le aconsejó él, apartando la copa.

Beth se arrellanó en la silla.

–¿Y si prometo comer y no beber más vino seguirás rechazándome?

–Estás disgustada y no piensas con claridad…

–Pienso con claridad suficiente como para recordar que no estaba borracha la primera vez que nos besamos.

–Eso fue diferente.

–¿En qué sentido? –Beth arqueó una rubia ceja–. Porque esa vez fuiste tú quien empezó.

–Pero hoy estás disgustada y… no debería haberte besado.

–Si no me haces el amor esta noche buscaré a otro que lo haga –lo amenazó Beth.

Rafael apretó los labios al ver el brillo temerario en sus ojos.

–¿Tienes a alguien en mente?

Ella levantó la barbilla, orgullosa.

–¿Y si así fuera?
–Entonces te aconsejaría que no lo hicieras –respondió él.
–¿Y si no siguiera tu consejo?
Rafael se encogió de hombros.
–Es tu decisión, por supuesto.
–¿Estás diciendo que no te molestaría?
Oh, sí, le molestaría mucho imaginar a Beth haciendo el amor con otro hombre. Más de lo que querría admitir.
–Podía sentir cuánto me deseabas hace unos minutos.
Cuánto seguía deseándola, pensó él, sintiendo el miembro duro entre los mulsos.
–Estás jugando con fuego, pequeña –le advirtió.
Beth lo sabía por el brillo de sus ojos y quería estar a solas con él en una habitación para conocer la fuerza del deseo que había mostrado unos minutos antes por ella. Y no, como Rafael parecía pensar, porque estuviese disgustada o no pensara con claridad. Bueno, seguramente era cierto en parte, pero quería que Rafael le hiciese el amor. Lo había deseado desde el momento en que lo conoció.
Alargó una mano para ponerla sobre la suya.
–No deseo a nadie más.
Él sacudió la cabeza, impaciente.
–Ni siquiera me conoces…
–Sé más de lo que tú crees –le aseguró ella–. Por ejemplo, sé que tienes treinta y tres años, que fuiste al mismo colegio que César, que tu padre es propietario de un viñedo y una ganadería en Argentina, pero que por razones que desconozco no te hablas con él y prefieres trabajar para César, tu mejor amigo. Sé que tu hermana Rosa es especial para ti…
–¡Ya está bien!
Beth apartó la mano cuando la camarera volvió con los platos, una ensalada de queso para ella y una de pollo para Rafael.
–Tienes razón, estoy disgustada –admitió cuando se quedaron solos– y turbada por todo lo que he descubierto hoy, pero no tanto como para no saber lo que hago. Y lo que te estoy pidiendo.
–A ver si lo entiendo. ¿Me estas pidiendo que pasemos la noche juntos, que hagamos el amor?
–Eso es.
De nuevo, Rafael sacudió la cabeza.
–Es una reacción natural querer afirmar la vida después de estar en presencia de la muerte…
–Elizabeth Lawrence murió hace veintiún años.
–Para ti ha muerto solo hace unas horas.
Era cierto. Y Beth Blake había muerto unas horas antes también. Solo quedaba Gabriela Navarro, pero antes de convertirse en ella Beth

necesitaba esa noche. Quería estar con Rafael, el hombre que no podía tocar a Gabriela Navarro por evidentes razones.

–¿Vas a hacerme suplicar?

Él tuvo que contener un suspiro.

«Dios del cielo».

Lo último que deseaba era que Beth le suplicase nada, y menos que le hiciese el amor, algo que había deseado desde el momento en que apareció en Buenos Aires una semana antes.

Entonces no sabía quién era, por supuesto, pero aun así la deseaba. Una sola mirada a ese hermoso rostro rodeado por una cascada de cabello rubio y se había excitado como nunca. Y en ese momento experimentaba el mismo deseo que lo había consumido desde entonces.

Tanto que cuando César le pidió que se hiciera cargo de su seguridad fue como pedirle a un adicto que controlase un cargamento de heroína o a un alcohólico que guardase una destilería.

Y Beth estaba pidiendo, casi con intención de suplicar si era necesario, que le hiciese el amor…

Capítulo 9

Normalmente a Beth le costaba saber lo que pensaba o sentía el enigmático Rafael, pero en ese momento, sentados frente a una mesa en un inocente hotel rural, era muy fácil ver que el deseo libraba una batalla contra su conciencia. Rafael la deseaba tanto como lo deseaba ella, pero quería comprobar que estaba segura de lo que pedía.

Beth tomó aire.

–¿Me perdonas un momento? –murmuró, dejando la servilleta sobre la mesa antes de levantarse.

–¿Beth? –Rafael tomó su mano cuando pasaba a su lado, mirándola con expresión interrogante.

Ella esbozó una sonrisa.

–Volveré enseguida.

–Ah, claro –Rafael soltó su mano–. He visto el lavabo de señoras en la entrada.

–Yo también –dijo Beth, antes de alejarse.

Pero no iba al lavabo de señoras…

Rafael empezó a preocuparse cuando Beth no volvió en diez minutos. O se había puesto enferma o necesitaba la privacidad del lavabo para llorar… o se había marchado sin decir nada para buscar a otro hombre que quisiera pasar la noche con ella. Al pensar esto último estuvo a punto de saltar de la silla.

Cuando su instinto empezaba a urgirlo a ir en su busca, sintió su presencia tras él y respiró ese maravilloso perfume femenino, a flores y mujer cálida.

Un escalofrío le recorrió la espalda cuando ella pasó los dedos sobre su hombro y su brazo antes de sentarse.

–Lamento haber tardado tanto –se disculpó, con el rostro arrebolado y los ojos brillantes mientras dejaba una llave sobre la mesa.

Rafael miró la llave y entendió.

–¿Qué has hecho?

–Por ahora nada –respondió ella–. Pero cuando terminemos de cenar espero que subamos a la habitación y terminemos lo que hemos empezado antes. A menos que prefieras olvidarte de la cena y subir ahora mismo.

El brillo de inseguridad en sus ojos y cómo se mordía el labio

inferior contradecían ese tono de mujer sofisticada.

–¿Eso es lo que has hecho, reservar una habitación?

–Sí. A menos que tú no quieras, claro.

A menos que él no quisiera…

Que Beth se hubiera puesto enferma de angustia al ver la tumba de Elizabeth hubiera sido un problema con el que habría podido lidiar. Pero pensar que había vuelto a Londres para buscar a otro hombre lo enfurecía. Si un hombre iba a hacerle el amor sería él y solo él.

–No es muy halagador que tardes tanto tiempo en tomar una decisión –dijo Beth, intentando disimular la tensión con esa broma.

Rafael esbozó una sonrisa.

–Solo estoy intentando decidir si sería mejor terminar la cena o ir directamente a la habitación.

–Ah.

Su expresión desconcertada casi lo hizo reír, pero estaba demasiado tenso de deseo como para encontrar humor en la situación.

–Quizá te estés echando atrás.

Ella levantó la barbilla.

–No, en absoluto –le aseguró.

–En ese caso, creo que te hará falta la energía de la comida.

Beth tragó saliva, sus mejillas ardiendo.

–Eso suena… interesante.

–¿Pero no era la respuesta que esperabas?

En realidad, Beth no sabía cuál sería su reacción cuando le dijese que había reservado una habitación para esa noche. Solo sabía que lo deseaba, que quería esas horas con él sin pensar en nada más y en mandar al infierno al resto del mundo mientras se exploraban y se daban placer el uno al otro. Deseaba eso más que respirar.

–¿Podríamos subir ahora mismo? –preguntó, con tono urgente.

Él asintió con la cabeza.

–Si eso es lo que quieres…

Beth esbozó una trémula sonrisa.

–Un poco de entusiasmo por tu parte tampoco vendría mal.

Rafael la miró en silencio durante unos segundos antes de dejar escapar el aliento, un nervio latiendo en su mentón mientras sus penetrantes ojos azules la mantenían cautiva.

–¿Decirte que estoy excitado y duro por ti desde que nos besamos contaría como entusiasmo?

Beth contuvo el aliento.

–Desde luego –consiguió decir.

–¿Y que no he pensado en nada más que besar y chupar tus hermosos pechos desde la última vez que los toqué?

Ella abrió los ojos como platos al recordar la última vez, la única vez, que Rafael había tocado sus pechos tan íntimamente. Esa noche

en el gimnasio, dos días antes.

–¿Que deseo tocarte otra vez, acariciar el interior de tus muslos y darte placer hasta que llegues al orgasmo con el empuje de mis dedos?

Beth estaba ardiendo, incapaz de apartar la mirada de Rafael, tan excitada escuchándolo mientras describía cómo iba a hacerle el amor que apenas podía respirar; sus pezones erectos, húmeda entre los muslos, su canal hinchado en anticipación de esa dulce penetración.

–Y después quiero probarte –siguió Rafael en voz baja–. Tomarme mi tiempo besando tu cuerpo hasta poner los labios y la lengua sobre ti…

–Creo que deberíamos irnos –Beth había oído más que suficiente. Estaba tan excitada que parecía a punto de llegar al orgasmo allí mismo.

–Y luego quiero meter la lengua dentro de ti una y otra vez, apretar tus pechos y tirar de tus pezones hasta que llegues al orgasmo por segunda vez…

–Rafael… –estaba tan húmeda que se movió, incómoda, porque el pantalón le parecía de repente demasiado ajustado.

–La tercera vez quiero…

–¿La tercera vez? –Beth dejó escapar un gemido, apretando las piernas mientras escuchaba esa voz ronca y sensual como una caricia.

–Una mujer puede tener tantos orgasmos como pueda darle un hombre experimentado.

–¿Y tú tienes experiencia?

Rafael esbozó una sonrisa.

–Sí.

–¿Y el hombre? –lo retó ella.

Rafael se encogió de hombros

–Después de las dos primeras veces, seguro que sí. La primera será rápida porque te he deseado durante mucho tiempo y la segunda lenta e intensa porque quiero explorar cada centímetro de tu cuerpo antes de enterrarme entre tus muslos por segunda vez… pero tú decidirás cuántas veces y de qué manera. Todo depende de ti.

Era como si hubiese abierto una puerta o pulsado un interruptor, liberando a un hombre oscuro y primitivo. ¿Un hombre que había contenido su deseo hasta ese momento para no asustarla? No lo sabía, pero estaba dejando claro que no iba a seguir haciéndolo.

–Piénsalo, Beth –le advirtió Rafael–. Quiero que estés absolutamente segura de lo que quieres antes de subir a la habitación porque dudo que una vez solos y desnudos pueda frenar el deseo de hacer realidad mis fantasías. Y tengo muchas –reconoció, burlón.

Beth nunca había hecho ninguna de esas cosas, pero temblaba de deseo. Oh, sí, quería eso, allí mismo. Deseaba tanto a Rafael que ya no podía disimular.

Se pasó la lengua por los labios, intentando respirar mientras el brillo en los ojos azules del hombre que tenía delante se volvía primitivo y ardiente.

–Ya he dicho que te deseo –murmuró. Y si iba a hacerle el amor como nunca había imaginado, mejor que mejor.

–Lo único que necesito saber es que no lo lamentarás por la mañana.

–¿Podemos dejar eso para mañana?

–No.

Beth hizo una mueca.

No sabía lo que Rafael quería de ella, pero sí que la mayoría de los hombres aceptarían lo que estaba ofreciendo.

¿Estaba enamorada de él? ¿Era esa la razón por la que quería pasar su última noche como Beth Blake entre sus brazos?

Sabía que Rafael la afectaba como ningún otro hombre y que había sido así desde el momento en que se conocieron, despertando sus propias fantasías sexuales mientras, al mismo tiempo, la sacaba de quicio.

Pero él era un hombre maduro, no un chico inexperto como ella, y le pidiera lo que le pidiera durante la noche, estaba segura de que se lo daría encantada. No quería darse tiempo a sí misma, ni a él, para preguntarse por qué.

–¿Podríamos dejarnos llevar por la espontaneidad? –insistió, impaciente.

–Necesito que estés muy segura de lo que haces.

–He dicho que lo estoy –le recordó ella, con los ojos oscurecidos.

Él la estudió en silencio durante unos segundos antes de asentir con la cabeza.

–Muy bien. Entonces he terminado de cenar –anunció, levantándose para apartar su silla y tomar la llave de la habitación.

El corazón de Beth latía con tal fuerza que tuvo que apoyarse en él para levantarse de la silla. Rafael la tomó del brazo para dirigirse a la escalera que llevaba a las habitaciones y Beth esperó que atribuyese ese temblor a la excitación y no a los nervios o al miedo.

Pero no tenía miedo de Rafael. Aunque por fin hubiera dejado caer su fría fachada, Beth sabía que nunca le haría daño. Sabía por instinto que Rafael era un hombre que disfrutaba dando placer y no haciendo daño.

No, era su propia inexperiencia lo que la ponía nerviosa. Se preguntaba si podría devolver la intensidad del deseo de Rafael durante largas horas, como él había prometido.

Rafael era consciente del nerviosismo de Beth mientras subían por la escalera; la sentía temblar bajo su mano e incluso notaba que respiraba con dificultad.

Podía negar que tenía dudas, pero su comportamiento decía todo lo contrario.

El nerviosismo continuó cuando se detuvieron en el descansillo.

–Le he pedido al dueño que nos diese la mejor habitación.

–Creo que solo necesitaremos una cama.

–Y un cuarto de baño –dijo ella, tensa–. Me ha dicho que lo tiene.

–Estupendo –Rafael abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarla pasar.

La habitación era pequeña, con vigas en el techo. Parecía la típica habitación de un hotel rural, con sus cortinas de flores y edredón a juego en una cama con dosel, el papel pintado y la moqueta del mismo tono crema y varios cuadros sin demasiadas pretensiones adornando las paredes.

–¿Quieres usar el baño antes o lo hago yo? –preguntó ella.

Rafael la miró, recortada contra las ventanas; el cielo empezaba a oscurecerse tras ella y su pelo adquiría un tono más dorado que nunca. Pero estaba pálida y apretaba la correa del bolso con gesto nervioso.

–Puedes entrar tú, si quieres. Yo tengo que hacer unas llamadas antes… de nada.

Beth frunció el ceño.

–¿Es buena idea hablar con César ahora, sabiendo que estás a punto de seducir a su hermana pequeña?

–Antes has dicho que era tu intención seducirme.

Sí, había dicho eso, tuvo que reconocer Beth. Y no había cambiado de opinión. Pero a solas con Rafael en aquella habitación, con la cama a unos metros, tenía un aspecto tan… masculino; su virilidad parecía tragarse todo el oxígeno de la habitación.

–¿Vas a contarle a César… el éxito de la visita a Stopley?

Rafael inclinó la cabeza.

–He respetado tus deseos por el momento, pero creo que es justo informar a César de lo que hemos descubierto.

Ella dejó escapar un suspiro.

–Y César aparecerá en Londres mañana mismo, acompañado de Grace. O tal vez enviará el jet para llevarnos de vuelta a Argentina.

–¿Y eso sería un problema para ti? –preguntó Rafael.

No, no era un problema. Beth ya se había resignado a volver a Argentina con la familia Navarro. Esa era la razón por la que le había pedido a Graham Selkirk un mes de excedencia después de todo. Su visita a la tumba de Elizabeth había sido una muestra de respeto por la niña que murió tantos años atrás más que la prueba que decía necesitar para confirmar que era Gabriela Navarro. Si Rafael decía que la tumba existía, no tenía la menor duda de que así sería. Como no había tenido la menor duda de cuáles serían las consecuencias para

ella.

–Muy bien, haz las llamadas que tengas que hacer mientras yo uso el baño –atravesó la habitación y cerró la puerta antes de apoyarse en ella, intentando respirar.

Había querido aquello, lo había pedido, y no era momento para tener un ataque de pánico o echarse atrás porque Rafael estaba a punto de darle exactamente lo que le había pedido.

Él permaneció inmóvil en el centro de la habitación, mirando la puerta cerrada del baño y sabiendo que, a pesar de su determinación, Beth estaba a punto de echarse atrás.

Había sido deliberadamente gráfico cuando describió de cuántas maneras iba a hacerle el amor. Y hablaba en serio, pero quería que estuviera segura de que también era eso lo que ella quería y no iba a lamentarlo por la mañana.

Algo que ocurriría si su única razón para hacer el amor con él era olvidarse de quién debía ser a partir del día siguiente y que su vida había cambiado de forma irrevocable.

Si hacían el amor no habría marcha atrás y Beth tal vez no lo odiaría por la mañana, pero seguramente se sentiría tan avergonzada como para evitar su compañía en el futuro.

Un futuro que le exigía ser Gabriela Navarro, la hija de Esther y Carlos Navarro y hermana menor de César, su mejor amigo…

Capítulo 10

La habitación solo estaba iluminada por una lamparita cuando Beth volvió a la habitación quince o veinte minutos después, envuelta en una toalla anudada sobre el pecho. No llevaban equipaje y el hotel no era lo bastante grande como para proveer de albornoces a los, sin duda, infrecuentes clientes.

Rafael estaba tumbado en la cama, sin la chaqueta ni la corbata. La camisa desabrochada dejaba al descubierto su torso, cubierto de suave vello, con unas tetillas planas de un color más oscuro que su bronceada piel.

Y, por su tranquila respiración y sus párpados cerrados, estaba profundamente dormido.

Beth se acercó a la cama, incrédula, sin saber si sentirse aliviada o insultada. ¿Tanto había tardado?

Desde luego, no era muy halagador que un hombre que unos minutos antes había descrito de forma tan vívida cómo pensaba hacerle el amor se quedase dormido en los minutos que había tardado en ducharse.

Especialmente cuando ella había pasado eso minutos pensando en lo que iban a hacer más tarde.

Beth dejó escapar un bufido mientras apagaba la luz, dejando la habitación a oscuras, antes de quitarse la toalla y meterse desnuda en la cama, de espaldas a Rafael.

La decepción de encontrarlo dormido se convirtió en ira al percatarse de que Rafael estaba tumbado sobre el edredón, impidiendo que tirase de él para tapar sus hombros.

Estuvo dando vueltas en la cama durante unos minutos, intentando ponerse cómoda, pero Rafael seguía inmóvil a su lado, su respiración pausada, hasta que finalmente se dio la vuelta para fulminarlo con la mirada mientras golpeaba la almohada con el puño, una parte de ella deseando secretamente que fuese Rafael.

¿Cómo se atrevía a quedarse dormido después de haber descrito las cosas que pensaba hacerle? Era más que insultante, era…

–¿Qué te ha hecho esa pobre almohada?

Beth se quedó inmóvil al escuchar su voz y cuando se volvió vio que la luz de la luna se reflejaba en sus ojos azules.

Estaba totalmente despierto.

–Pensé que estabas dormido –respondió, más airada de lo que

pretendía.
–Y lo estaba –asintió él, poniéndose de lado para mirarla–. Me has despertado cuando empezase a atacar a esa indefensa almohada.
–¡Estaba imaginando que eras tú! –replicó ella.
Habiendo decidido que tal vez sería más prudente por su parte fingirse dormido cuando Beth saliera del baño para darle la oportunidad de cambiar de opinión, Rafael sacudió la cabeza al verla tan enfadada. No le había hecho ninguna gracia ver que no esperaba impaciente su regreso.
–¿Por qué? –le preguntó.
Ella lo fulminó con la mirada.
–¿Por qué crees?
Rafael alargó una mano para tocar su ardiente mejilla con la punta de los dedos, sintiendo más que ver el temblor de su cuerpo ante la caricia.
–¿Me creerías si dijera que estaba intentando portarme como un hombre decente, dándote la oportunidad de cambiar de opinión?
–¿Por qué? –preguntó ella.
Rafael exhaló un suspiro.
–Porque, a pesar de las cosas que he dicho antes, soy un hombre decente.
–¿Eso significa que no hablabas en serio? –preguntó Beth con tono burlón, su pelo una cascada dorada sobre los hombros desnudos.
–Hablaba absolutamente en serio –le aseguró–. Te deseo de todas las formas que he descrito antes, pero te he visto insegura una vez que llegamos a la habitación y he decidido que tal vez sería mejor dormir.
–¿Dormir o hacerte el dormido?
Rafael esbozó una sonrisa.
–Lo que tú quieras.
El nerviosismo de Beth desapareció mientras alargaba una mano con intención de pasarla por sus hombros… solo para gemir de frustración al darse cuenta de que las sábanas seguían siendo una barrera que le impedía moverse.
–¡O te levantas tú o voy a tener que salir de la cama!
–Creo que lo mejor será que me reúna contigo –murmuró él, levantándose.
Beth, apoyada en las almohadas, contuvo el aliento mientras lo veía desnudarse. A la luz de la luna, su torso desnudo parecía de plata, los hombros imposiblemente anchos, el pecho y el abdomen perfectamente firmes.
Dejó de respirar cuando se quitó pantalón y calzoncillos a la vez antes de enderezarse para mirarla, desnudo y orgulloso, su cuerpo bañado por la luna, su miembro erecto llegando hasta el ombligo, tan grueso que Beth dudaba que pudiese abarcar con los dedos la bulbosa

cabeza, oscura y brillante.

Se pasó la lengua por los labios, mirando con descaro la evidencia de su deseo.

–Eres tan hermoso… –susurró.

–¿No se supone que eso debo decirlo yo? –bromeó Rafael. Aunque no podía hacerlo porque Beth estaba tapada hasta la barbilla con la sábana–. ¿Quieres apartar las sábanas y dejar que te mire?

Sin respirar, Beth tiró del embozo de la sábana hacia abajo, hasta la cintura. Y luego la apartó de una patada, quedando desnuda y hermosa a la luz de la luna, el pelo brillando como un halo alrededor de su cara.

Rafael contuvo el aliento mientras admiraba la belleza marfileña de su cuerpo desnudo, los pechos altos y llenos, con pezones como fresas, la cintura estrecha, la suave curva de las caderas, las piernas largas y torneadas sobre unos pies elegantes.

Tuvo que tragar saliva convulsivamente antes de hablar.

–Exquisita.

Beth no necesitaba que expresara con palabras su aprobación, había visto la respuesta a su desnudez en los ojos azules y en la inmediata respuesta de su miembro.

Y el nerviosismo se convirtió en algo del pasado mientras alargaba los brazos hacia él.

–Hazme el amor, Rafael.

Él esbozó una sonrisa de predador.

–Lo que tú digas –murmuró mientras se inclinaba sobre la cama, abriéndole las piernas para colocarse entre ellas, el roce de sus firmes muslos cubiertos de vello haciendo que los femeninos pliegues se humedecieran.

Beth lo miró con los ojos entrecerrados mientras él inclinaba la cabeza para besarle suavemente los dorados rizos, sabiendo que debía de estar oliendo su excitación, el roce de su barba en la sensible piel provocando un ardiente río de lava entre sus muslos.

Después arqueó la espalda cuando la rozó con los labios, depositando besos de mariposa sobre su estómago y su ombligo mientras le sujetaba las caderas con las dos manos, inmovilizándola.

Beth se agarró al embozo de la sábana al sentir el roce de sus labios en las costillas, pero sin tocar sus pechos. Sus pezones estaban erectos como fruta madura en anticipación del momento en el que serían capturados por sus labios.

La torturó besándole los pechos pero sin rozarle los pezones, sujetándola de las caderas para impedir que se moviera cuando empezó a sentir una quemazón entre las piernas.

–Por favor, Rafael… –susurró, arqueando la espalda, empujando sus pechos hacia él.

–La paciencia es una virtud cuando se trata de hacer el amor –le aseguró él, el calor de su aliento una tormentosa caricia contra la curva de sus pechos.

Beth dejó escapar un suspiro.

–Te necesito…

–Dime dónde.

–Por todas partes… en mis pechos –musitó, sin aliento.

–Sujétalos con las dos manos y ofrécemelos –la animó él con voz ronca.

Beth no vaciló, dejando escapar un suspiro satisfecho cuando los labios de Rafael se cerraron sobre un túrgido pezón para chuparlo ansiosamente. Temblaba de deseo, de placer, mientras tiraba de su pelo casi sin darse cuenta. Hasta que se colocó sobre ella, su ardiente y duro miembro atormentándola al rozar sus húmedos pliegues.

Rafael tuvo que hacer uso de todo su autocontrol mientras disfrutaba de sus deliciosos pechos, los pezones tan dulces como fresas maduras. En silencio, deslizó una mano hacia su pelvis, buscando aquel sitio escondido entre los muslos.

El capullo hinchado bajo su protectora capucha evidenciaba la excitación de Beth, que dejó escapar un gemido cuando llegó al orgasmo. Pero Rafael siguió acariciando y apretando, alargando el clímax, metiendo un dedo en el húmedo canal y prolongando el placer cuando curvó el dedo para acariciar el sensible músculo interior.

–Oh, Dios, Dios, Dios –Beth temblaba, clavando los dedos en los hombros de Rafael, que respiraba agitadamente mientras la llevaba de nuevo a la cima, reteniéndola allí con la presión de los dedos–. No puedo soportarlo más –gimió, abriendo los ojos mientras levantaba las caderas una y otra vez hacia su mano.

–Sí puedes. Oh, sabes tan bien… –le aseguró él, un segundo dedo uniéndose al primero mientras con la suave yema del pulgar acariciaba y estimulaba el capullo una y otra vez hasta que Beth pensó que iba a explotar en un millón de fragmentos que tal vez jamás podría volver a reunir.

–No, yo… ¡Rafael! –gritó cuando clavó los dientes en su pecho, sin dejar de rozar ese punto de placer máximo hasta que experimentó un orgasmo tan potente que la dejó temblando de la cabeza a los pies.

Rafael la sostuvo entre sus brazos, con el ceño fruncido en un gesto de preocupación mientras ella se estremecía, las lágrimas mojando sus mejillas en el pináculo del clímax.

¿Había sido demasiado rudo? ¿La había llevado demasiado lejos? No era su intención asustarla, pero el placer que le proporcionaba su desinhibida reacción, la libertad con la que se entregaba a él, había sido irresistible.

Beth seguía temblando mientras acariciaba su torso distraídamente.

–Creo que es mi turno –murmuró mientras se ponía de rodillas a su lado para envolver el duro miembro con la mano.

Rafael contuvo el aliento.

–Espera…

–Calla –Beth le puso un dedo sobre los labios mientras se colocaba entre sus piernas abiertas–. Eres tan hermoso… –murmuró de nuevo, su aliento una tortuosa caricia sobre la bulbosa punta de su miembro.

Rafael gimió al sentir el roce de su lengua sobre la ardiente carne.

–Y también sabes muy bien… –susurró ella mientras le lamía avariciosamente la cabeza de su virilidad, rozando el orificio con la punta de la lengua y pasando los labios sobre esa zona tan sensible.

Rafael tuvo que agarrarse a la cama para intentar mantener el control mientras Beth volvía a rozarlo con los labios, estimulando su miembro con una mano y sujetándole los testículos con la otra antes de introducirlo en su boca.

Rafael gemía de placer cada vez que sentía el glande rozando su garganta, el deseo de aliviarse casi incontrolable. Le puso una mano a cada lado de la cara para sujetarla exactamente donde la quería mientras se dejaba llevar por el deseo de empujar contra esa deliciosa caverna.

Estaba a punto de caer al precipicio cuando por fin encontró fuerzas para apartar la cabeza de Beth, gimiendo al sentir el calor de su aliento como una caricia contra su húmedo y tembloroso falo.

–He cambiado de opinión, insisto en estar dentro de ti la segunda vez –murmuró–. Y necesito un preservativo para hacerlo –añadió, aunque iba a odiar esa capa de látex entre los dos.

–Ah, claro –murmuró Beth, ligeramente mareada y más que un poco aturdida cuando Rafael se inclinó para tomar su pantalón del suelo.

–A menos que… yo estoy limpio. ¿Y tú?

–Acabo de ducharme –respondió, confusa.

–No me refería a eso –dijo él, riendo–. La píldora no evita enfermedades.

¿La píldora? Cuando Rafael había dicho que estaba limpio quería decir…

¿Cómo podía ser tan tonta? Qué ingenuidad por su parte no entender que se refería a libre de enfermedades sexuales.

Y qué conversación tan desagradable.

Beth no había esperado corazones y flores de aquel hombre, eso sí habría sido ingenuo con un hombre de su edad y su experiencia, pero tampoco había esperado que se pusiera a hablar de enfermedades venéreas mientras hacían el amor o que cuestionase sus hábitos sexuales.

Era necesario en nuestros días, pero también humillante y bochornoso.

–Yo también estoy limpia, Rafael –le aseguró.

–¿Te has hecho un análisis en los últimos tres meses?

–Pues… –Beth hizo una pausa antes de responder. La conversación había arruinado el momento y lo que estaba a punto de decir iba a arruinarlo también para Rafael–. Nunca me he hecho uno de esos análisis porque nunca ha habido necesidad –anunció, levantando la barbilla en un gesto orgulloso.

Rafael la miró con cara de circunstancias mientras se levantaba de la cama para tomar la toalla del suelo y envolverse en ella.

–Yo no… ¿estás intentando decir que eres virgen?

–No estoy intentando decir nada, Rafael. Estoy diciendo que soy virgen.

–Virgen –repitió él, incrédulo, mientras se pasaba una mano por el pelo.

–Ya sé que no se estila, pero no es una enfermedad contagiosa, aunque por tu tono pareces pensarlo.

De hecho, no podría parecer más horrorizado si le hubiera dicho que tenía la peste.

Rafael se levantó de golpe, indiferente a su desnudez. Aunque Beth no había podido dejar de notar que la fiera erección había perdido fuerza, el hermoso miembro a media asta en lugar de erecto hasta el ombligo.

–Eres virgen –repitió.

–Sí, soy virgen –dijo Beth, a la defensiva. No podía evitarlo porque Rafael se comportaba como si fuera un dinosaurio en un mundo de elegantes gacelas.

–Y sin embargo ibas a… hace un minuto estabas a punto de… –Rafael apretó los puños–. Beth, ¿nadie te ha dicho que tu virginidad es algo precioso que no puedes entregar a la ligera?

¿A la ligera? ¿Rafael pensaba que había hecho el amor con él por curiosidad, para matar el rato?

Había evitado analizar sus sentimientos por él, pero eso no significaba que no supiera cuáles eran esos sentimientos. Que, de alguna forma, entre las horas que habían pasado juntos, casi siempre discutiendo, y las que había pasado negando ser Gabriela Navarro, se había enamorado de él. Profunda, loca, irrevocablemente.

Estaba enamorada de Rafael Córdoba.

Sin duda, algo que Rafael no querría escuchar.

Qué tonta había sido, qué ingenua no darse cuenta antes de esa noche. Aunque no podría haber evitado enamorarse de él. Dudaba que su hermana se hubiera enamorado de un hombre tan complicado como César de haber podido evitarlo. Y ella se había enamorado de un hombre igualmente complicado. Un hombre mayor que ella y más experimentado que parecía tener tantos problemas con su familia

como ella.

Un hombre que no había escondido que su interés por ella era puramente sexual.

Había sido puramente sexual porque sabía que la admisión de su inocencia había logrado matar hasta eso.

–… tenemos que volver… Beth, ¿me estás escuchando? –le preguntó, al ver que parecía estar en otro sitio.

Rafael no podía dejar de pensar que había estado a punto de robarle la inocencia. Había creído que, aunque tal vez no tan experimentada como él, al menos se habría acostado con algún otro hombre. La sorpresa al saber que no era así y que había estado a punto de acabar con su virginidad sin ninguna consideración lo perseguiría durante mucho tiempo.

Estaba furioso, pero no con Beth sino consigo mismo. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido como para no darse cuenta de que no había tenido ningún amante antes que él?

Sí, Beth tenía respuesta para todo y aparentaba ser una chica moderna y segura de sí misma. Y había sido ella quien le advirtió que o le hacía el amor o buscaría a otro hombre, pero aun así…

¿Cómo no se había dado cuenta de que era virgen?

Por qué lo había elegido a él para ser su primer amante era la última de sus preocupaciones en ese momento. Llevarla a casa, o al menos a la finca de César para evitar cualquier escándalo, era su única prioridad. Todo lo demás podrían hablarlo más tarde.

O no hablarlo, a juzgar por el gesto altivo de Beth.

–Vístete –le ordenó mientras se inclinaba para recoger su ropa del suelo.

–¿Vestirme?

–Estamos a una hora de la finca y en estas circunstancias creo que lo mejor será volver esta misma noche.

¿Mejor para quién?, se preguntó Beth mientras entraba en el baño y cerraba la puerta con cerrojo. Aunque sabía que no había ninguna posibilidad de que Rafael intentase entrar sin ser invitado, porque había dejado bien claro que no tenía intención de estar en la habitación con ella un minuto más del que fuera absolutamente necesario.

Rafael no dijo nada cuando salió del baño unos minutos después. Había vuelto a ponerse el traje de chaqueta de tres piezas, camisa blanca y corbata meticulosamente anudada al cuello, nada que ver con el predador sensual que le había hecho el amor pocos minutos antes. Y a quien ella le había hecho el amor.

Se mostró distante cuando abrió la puerta de la habitación y le ofreció las llaves del coche para que lo esperase fuera mientras él iba a la recepción.

La poca dignidad que le quedaba tras ser rechazada por Rafael se evaporó al percatarse de que había pasado dos horas con un hombre en la habitación de un hotel, como si fuera una…

«Dios mío».

Capítulo 11

Beth seguía angustiada durante el silencioso desayuno, después de no haber pegado ojo en toda la noche. Rafael se comportaba con fría formalidad a pesar de los vaqueros negros y la camisa azul que llevaba, en lugar de su habitual traje de chaqueta.

Aunque ninguno de los dos comió mucho. El dolor en la boca del estómago le había robado el apetito y Rafael solo parecía interesado en tomar café.

Por fin, él se aclaró la garganta para hablar.

–César ha enviado el jet y está esperando en el aeropuerto para llevarnos de vuelta a Argentina.

Que Rafael estuviera deseando volver a Buenos Aires para descargarse de toda responsabilidad sobre ella era obvio por su fría actitud y su helada mirada.

Beth esbozó una tensa sonrisa mientras metía su taza en el lavaplatos.

–Parece que los cambios en mi casa no han sido necesarios después de todo.

–Serán necesarios cuando vuelvas a Londres.

–¿Y cuándo crees que será eso? –replicó ella–. Si César se sale con la suya, su hermana pequeña jamás podrá salir de Argentina.

Rafael torció el gesto.

–Pensé que tenías más personalidad. ¿Vas a dejar que César te diga cómo debes vivir?

Beth apretó los puños.

–¿Cómo te atreves a hablarme así? Aún no he terminado –le advirtió cuando iba a responder–. ¿Cómo tienes la cara de despreciarme cuando he decidido intentar ser la hija de Esther y Carlos mientras que tu relación con tu padre es inexistente?

Beth había pasado gran parte de la noche sentada en la cama, mirando por la ventana mientras pensaba en su futuro como Gabriela Navarro. O reviviendo la humillación del rechazo de Rafael y su seco «buenas noches» cuando llegaron a la finca.

A pesar de su actitud rebelde antes de irse de Argentina, no creía que la familia Navarro la dejase volver a Inglaterra, a su casa y su trabajo, una vez que Grace se hubiera casado con César.

No sabía qué debería hacer como Gabriela Navarro porque no conocía a ninguna rica heredera, pero tenía la impresión de que se

limitaría a ir de compras para ser presentada a gente de la alta sociedad de Buenos Aires. Gente tan rica y privilegiada como los Navarro.

Y todo eso sonaba como una condena para ella.

Al mismo tiempo sabía que le debía a Esther y Carlos, sus verdaderos padres, intentar hacerse un sitio en su mundo, ser su hija de nuevo. Aunque eso era lo último que le apetecía.

Lo único que le apetecía era alejarse de Rafael Córdoba y de los humillantes recuerdos de la noche anterior.

En lugar de eso, tendría que pasar horas con él en el avión, sufriendo en silencio mientras la ignoraba.

–No estaba despreciándote…

–Pues a mí me lo ha parecido –replicó ella, decidida–. Y por lo poco que sé de tu vida, parece que tú abandonaste a tu familia hace años.

–Eso no es verdad. Veo a mis hermanas siempre que puedo.

–Y no parece ser muy a menudo –replicó Beth–. Pero no ves a tu padre en absoluto. ¿Por qué?

Rafael desearía, y no por primera vez, no haberle contado nada de su familia. Sobre todo sobre la tensa relación con su padre.

–¿O es a tu madrastra a quien intentas evitar? –siguió ella astutamente–. ¿Tal vez estás resentido porque tu padre volvió a casarse tras la muerte de tu madre?

–El segundo matrimonio de mi padre se rompió hace tiempo –replicó él–. Y lo único que me molestaba de su segunda esposa era que me hiciese proposiciones… –Rafael se interrumpió al darse cuenta de que la rabia lo había hecho hablar demasiado–. Es hora de…

–¿Tu madrastra te hacía proposiciones? –exclamó Beth, incrédula.

Rafael dejó escapar un largo suspiro.

–Sí.

–¿Intentó seducirte estando casada con tu padre?

–Creo que «seducir» es una palabra demasiado suave para lo que Margarita intentaba hacer con su hijastro, desde los dieciséis a los diecinueve años, cada vez que él volvía a casa durante las vacaciones escolares.

–¿Solo tenías dieciséis años cuando intentó seducirte? –Beth lo miraba con los ojos como platos–. ¿Por qué no se lo contaste a tu padre? Deberías haberle explicado la situación y…

–¿Y qué, Beth? –Rafael se apartó, impaciente–. ¿Esperar que me creyese a mí y no a su joven y bella esposa, de la que estaba totalmente encandilado?

–¿Tu padre sabía que ella había intentado propasarse contigo?

–Conocía la versión de Margarita.

–¿Cómo?

–Es mejor que no lo sepas.

–Pero quiero saberlo –insistió ella.

Rafael suspiró de nuevo.

–Recuerda que has sido tú quien ha insistido en saberlo –le advirtió mientras tomaba aire–. Yo estaba un día en el establo, trabajando, cuando Margarita apareció con la blusa desabrochada, revelando que no llevaba nada debajo. Le dije, como le había dicho otras veces, que no estaba interesado, pero ella se acercó a mí con la blusa abierta… sus intenciones evidentes en su mirada y su lasciva expresión –Rafael hizo una mueca al recordar el día que había cambiado su vida para siempre–. Yo estaba demasiado ocupado intentando apartarme como para darme cuenta de que otra persona había entrado en el establo, pero Margarita sí lo vio. Y, para mi sorpresa, de repente se apartó y empezó a gritar y a rasgarse la blusa. Cuando mi padre llegó a nuestro lado, Margarita estaba despeinada y con la blusa rota…

–¿Tu padre pensó que la habías atacado?

–Sí.

–¿Pero no le explicaste lo que había pasado, que eras inocente, que había sido ella? ¿Que no era la primera vez que te hacía proposiciones?

–Qué ingenua eres, Beth –Rafael torció el gesto–. Por supuesto que le dije todo eso, ¿pero qué iba a creer él, lo que había visto con sus propios ojos o lo que yo le contara?

–Pero tú eras su hijo…

–Margarita estaba llorando mientras me acusaba de haber intentado violarla y yo estaba ante él con una erección inevitable… Solo tenía diecinueve años, Beth –explicó Rafael cuando ella puso cara de sorpresa–. Una edad en la que los pechos desnudos de una mujer provocan una erección sin que puedas evitarlo. Además, eran unos pechos magníficos.

Beth tragó saliva. Le había sorprendido todo lo que le había contado, pero se sintió avergonzada al saber que se había excitado sin poder evitarlo ante los avances de su madrastra.

–¿Tu padre te echó de casa?

–Por supuesto –respondió Rafael–. Y yo me alegré, francamente. Pero antes de irme convencí a mi hermana Dolores para que se llevara a Rosa… Mi hermana era la única razón por la que volvía a casa en vacaciones porque Margarita era cruel con ella cuando mi padre no estaba.

–Qué horror, qué mujer tan espantosa –murmuró Beth, disgustada.

–Sí, desde luego. ¿Ya has oído suficiente? ¿Podemos seguir preparando el viaje de vuelta a Buenos Aires?

–No, aún no –Beth sacudió la cabeza–. Muy bien, acepto que tenías diecinueve años y probablemente no eras lo bastante maduro como para lidiar con una persona tan manipuladora como tu madrastra,

pero ¿en estos últimos catorce años no has vuelto a hablar con tu padre?

Rafael la miró, impaciente.

–No tuve que hacerlo.

–¿No?

–Mi padre dejó de creer a Margarita cuando, varios años después, la encontró desnuda en los brazos de uno de sus gauchos.

Beth se mordió los labios.

–¿Entonces te has reconciliado con él?

–No.

–¿Por qué no?

–Porque somos Córdobas –replicó Rafael.

–¿Eso quiere decir que tu padre es tan arrogante y orgulloso como tú?

–Somos Córdobas –repitió él, sus ojos de un azul helado.

–¡Nunca había oído nada tan ridículo en toda mi vida! –exclamó Beth.

–Porque para ti todo es blanco o negro, pero la vida es más complicada que eso.

Tal vez era ingenua, pero le dolía que Rafael lo dijese en voz alta.

–Esta situación es blanco o negro –insistió– tu padre cometió un error hace catorce años, un error que no ha sido capaz de admitir… los dos sois demasiado orgullosos como para reconciliaros de una vez. ¿Cuántos años tiene tu padre, Rafael?

–¿Qué tiene eso que ver?

–Mucho si piensas curar la brecha que hay entre los dos.

–¿Y por qué iba a hacer eso?

–Porque es tu padre. Porque cometió un error que pagó muy caro, primero perdiendo a su hijo y luego a la mujer que lo había traicionado. Y, porque a pesar de todo, estoy segura de que lo quieres –afirmó Beth.

Rafael se enderezó, orgulloso.

–Eso no es asunto tuyo.

–Pues claro que no –asintió ella–. Pero…

–¿Puedes estar lista en una hora?

–¿Fin de la conversación?

Rafael asintió con la cabeza.

–Fin de la conversación.

Beth lo estudió en silencio durante unos segundos, sabiendo por su expresión que no tenía intención de seguir hablando del tema aquel día. O nunca más.

–Mis maletas están hechas.

No podía dormir y se había levantado al amanecer para hacer las maletas y estar lista para su inminente viaje a Argentina.

–Nos iremos en una hora –repitió Rafael antes de salir de la cocina.

Ella dejó caer los hombros cuando se quedó sola, agarrándose a la mesa cuando le fallaron las rodillas. La conversación con Rafael y la tensión que había entre ellos le afectaban de tal modo…

A pesar de sus sorprendentes revelaciones, se había convertido en un extraño en las últimas doce horas. Ya no era el hombre socarrón que había sido en Argentina o el diligente guardaespaldas con el que había discutido, tanto en Buenos Aires como en Londres. Y tampoco era el sensual amante de la noche anterior, el hombre que le había hecho perder la cabeza. Estaba dejando claro que no quería saber nada de ella.

Y eso le rompía el corazón.

–Lo siento, señorita Navarro, pensé que Rafael estaba aquí…

Rodney había entrado en la cocina por la puerta de atrás sin que se diera cuenta. Tan perdida estaba en sus pensamientos, tan envuelta en la tristeza de amar a un hombre que no quería estar con ella.

Beth se irguió, intentando sonreír.

–Creo que está en el estudio de César.

–Muy bien –asintió Rodney–. Tal vez podría decirme a qué hora nos vamos al aeropuerto.

–¿A qué hora nos vamos? ¿Usted viene con nosotros?

–Creo que a partir de ahora yo me encargo de su seguridad.

Beth palideció.

–¿Usted va a encargarse de mi seguridad? –repetía como un loro, pero estaba demasiado sorprendida como para hacer otra cosa.

El hombre asintió.

–Rafael me informó anoche.

¿Por la noche? ¿Durante su conversación telefónica con César en el hotel o cuando descubrió que era virgen y, por lo tanto, intocable?

¿Importaba cuándo hubiera decidido Rafael que ya no sería su guardaespaldas? Que ya no lo fuera lo decía todo. No estaba interesado en seguir protegiéndola.

–¿Ha estado alguna vez en Argentina?

–No, pero estoy deseando ir –respondió Rodney.

–¿Por qué no tomamos un café mientras esperamos que Rafael termine de hacer lo que esté haciendo? Puedo contarle lo poco que sé sobre ese país –sugirió Beth con una alegría que estaba lejos de sentir.

–Por mí, estupendo –Rodney apartó una silla mientras Beth servía dos cafés antes de sentarse para contarle lo que había visto en Buenos Aires.

Y así fue como los encontró Rafael unos minutos después, cuando volvió a la cocina.

Se detuvo en la puerta al oír reír a Beth, relajada y alegre, tan diferente a la tensión que había entre ellos desde la noche anterior.

Rafael seguía mareado por lo cerca que había estado de quitarle la virginidad. Y disgustado consigo mismo por el deseo carnal que no había podido contener.

Beth no era solo inocente, pensó al recordar la conversación, sino totalmente inexperta.

Bueno, seguramente habría compartido apasionados besos con jóvenes de su edad, tal vez algunas caricias subidas de tono, pero nada más. Nada que pudiera compararse con lo que había habido entre ellos. Y en esas circunstancias, tenía suerte de que no hubiera salido corriendo, asustada.

Era inocente sobre el sexo, pensó, pero madura en muchos otros aspectos. Tanto que se sentía incómodo tras la conversación sobre la pelea con su padre. ¿Tal vez era hora de hacer lo que ella había sugerido y enterrar su orgullo para visitarlo?

Aunque su expresión cuando lo vio en la puerta de la cocina no lo animaba a compartir esa decisión.

Como tampoco él deseaba que supiera los celos que sentía al verla reír de forma tan natural con el hombre al que había elegido para protegerla.

A César no le había gustado nada esa decisión cuando hablaron del tema por teléfono la noche anterior, pero los celos que sentía en ese momento, al encontrarla charlando y riendo con otro hombre, un hombre que era empleado de los Navarro, confirmaban que había tomado la decisión correcta.

Él no podía seguir protegiendo a Beth como debía ser protegida porque solo tenía que mirarla para recordar lo que habían hecho por la noche… y el deseo de volver a hacerle el amor era incontrolable.

No, su decisión de dejarle esa tarea a Rodney era la más acertada, aunque sintiera un hueco en el pecho al pensar que estaba poniendo el bienestar de Beth en manos de otro hombre.

Rafael entró en la cocina y miró a Rodney, que se había levantado de la silla.

–Edward está listo para llevarnos al aeropuerto cuando hayáis terminado… de charlar.

Beth hizo un mohín al notar el tono de censura. ¿Qué le pasaba? ¿No podía hablar con Rodney?

–Voy a mi habitación a buscar mis maletas.

–Ya están en el coche –dijo Rafael, sin mirarla.

–Ah, claro. ¿Cómo no? –murmuró ella, irónica.

–¿Qué significa eso?

Beth enarcó una ceja.

–Exactamente lo que tú crees. Estaba mostrando mi admiración por la eficacia de Rafael Córdoba.

–¿Rodney te ha dicho que a partir de ahora él se hará cargo de tu

seguridad?

–Claro que sí. Y no sabes cuánto me alegro de llevarme bien con un hombre con el que voy a pasar tanto tiempo a partir de ahora.

Rafael apretó los dientes. Había pensado decírselo mientras desayunaban, pero estaba tan pálida y distante cuando se reunió con ella en la cocina, además de la incómoda conversación sobre la relación con su padre, que había decidido esperar hasta que estuvieran en el avión para darle la noticia. No había anticipado que Rodney iba a darle esa información.

Una información, a juzgar por el tono helado de Beth, que había malinterpretado. Pero la presencia de Rodney hacía imposible solucionarlo, y estar a solas con ella por cualquier razón no sería lo más sensato en ese momento cuando seguía deseándola como loco.

–Será mejor que nos vayamos –dijo en cambio.

–Cuanto antes mejor –asintió Beth.

Rafael la miró, en silencio. De verdad estaba muy pálida, demasiado. Y no podía ser solo por la tensión que había entre ellos.

¿Estaría enferma por la intensidad de su encuentro? ¿Habría sido demasiado rudo, demasiado exigente?

–¿Te importa esperar un momento en el coche, Rodney?

–No, claro que no.

–No hace falta… –empezó a decir Beth.

–¿Te encuentras bien? –le preguntó cuando se quedaron a solas.

–¿Esa es tu manera de decir que esta mañana estoy horrible? –replicó ella, retadora.

–Para ya, Beth –le espetó Rafael, tomándola del brazo–. Estás muy pálida y me he preocupado. No te haría daño anoche, ¿verdad?

Ella apartó la mirada. ¿Lo habría adivinado? ¿Sabría lo que sentía por él?

–Estoy un poco… incómoda, pero no me hiciste daño.

–No sabía… fui un poco rudo considerando… tu inexperiencia.

–No quiero seguir hablando de esto –Beth se soltó de un tirón–. Estoy pálida porque no he dormido bien, nada más. Dormiré en el avión y cuando llegue a Buenos Aires estaré perfectamente.

O eso esperaba.

El dolor en la boca del estómago parecía haberse extendido a su costado y con más intensidad. ¿Hacer el amor con Rafael habría provocado una reacción interna?

Eso sí sería bochornoso.

–¿Podemos irnos ya?

Beth suspiró, aliviada, cuando él asintió con la cabeza.

Con un poco de suerte, podría meterse en el dormitorio del avión en cuanto despegasen, enterrar la cabeza en la almohada y dormir durante el tedioso viaje a Buenos Aires.

Lejos del turbador Rafael Córdoba…

Capítulo 12

–¿Beth? –Rafael se sentó en la cama del dormitorio en el que Beth había desaparecido, y aparentemente dormido, casi desde que despegaron–. ¡Beth! –la llamó, sacudiendo suavemente su hombro.

Ella dejó escapar gemido mientras abría los ojos, oscurecidos y ligeramente desenfocados en lugar de claros y retadores como él había esperado.

–¿Ya hemos llegado?

–Aterrizaremos dentro de poco –respondió Rafael, pensando que estaba más pálida que antes–. ¿Sigues incómoda?

–Por favor…

–Solo estoy preocupado…

–¡Estoy bien! –Beth lo fulminó con la mirada, esperando esconder una mueca de dolor. El dolor en el costado no había desaparecido sino al contrario, parecía haber empeorado–. ¿Qué haces? –exclamó cuando él puso una mano en su frente.

–Comprobar tu temperatura.

–Estaría ardiendo si tuviera fiebre –replicó ella, desdeñosa.

–Estás caliente…

–Tú también lo estarías si hubieras tenido la cabeza bajo la almohada durante horas –Beth lo apartó de un manotazo–. Muévete para que pueda salir de la cama.

Él permaneció inmóvil, mirándola con el ceño fruncido.

–Tal vez debería decirle a César que llame a un médico.

–Tal vez deberías hacer eso y marcharte de una vez –replicó ella, con los dientes apretados.

Rafael la miró en silencio y Beth sostuvo su mirada, levantando la barbilla en un gesto orgulloso.

De ninguna manera iba admitir que ese dolor también empezaba a preocuparle. Desde luego, no iba a someterse a un examen médico, junto con una bochornosa explicación de por qué Rafael pensaba que era necesario, en cuanto llegasen a Buenos Aires. No solo sería humillante sino que, sin duda, provocaría un problema entre César y Rafael.

Estaba enfadada con Rafael porque deseaba que sintiera lo que sentía ella, pero no tenía intención de crear problemas entre los dos hombres. Y los habría si César supiera lo que su guardaespaldas y ella… Corrección: su antiguo guardaespaldas y ella habían hecho en

esos días.

Rafael sacudió la cabeza.

–No creo que tanto malestar sea… normal.

–No quiero oír lo que es normal y lo que no lo es o cómo sabes tú lo que es normal –murmuró ella, irritada–. Estoy un poco incómoda desde anoche y tengo la frente caliente porque llevo horas durmiendo, no me pasa nada.

–¿Estás segura?

–Estoy tan segura que si no te vas ahora mismo me pondré a gritar – lo amenazó Beth.

Rafael se levantó abruptamente.

–Veo que no solo estás de mal humor por las mañanas.

Beth tuvo que disimular una sonrisa.

–Me alegra saber que me escuchas.

–Siempre te escucho –murmuró el, con voz ronca–. Incluso cuando dices cosas poco agradables.

Beth lo miró, sorprendida. ¿Sabía lo que sentía por él? ¿Había puesto a Rodney en su lugar por eso? Dios, ¿aquella humillación no iba a terminar nunca?

–Lo que digo es que estoy bien y que solo necesito unos minutos a solas para arreglarme un poco antes de reunirme con vosotros.

–Muy bien, pero si no estás mejor cuando lleguemos al apartamento… No grites –le advirtió Rafael cuando Beth abrió la boca para hacer eso precisamente.

–No digas que no te he advertido.

No, no podía decir eso. Beth era una mujer que siempre hacía lo que decía que iba a hacer. Incluyendo gritar si no la dejaba sola inmediatamente.

Pero le gustase o no, tenía intención de hablar con César si no había mejorado cuando llegasen al apartamento.

Una conversación que, sin duda, lo condenaría para siempre.

–¡Beth… Dios mío, Beth, cariño…! –Esther la envolvió en un fiero y emocionado abrazo en cuanto entró en el apartamento, con los ojos llenos de lágrimas.

Beth vaciló durante una décima de segundo antes de devolverlo, las lágrimas nublando su visión mientras abrazaba a la mujer que era su madre, deseando, necesitando ese consuelo.

–Lo siento. Siento mucho no haberlo creído antes…

–Y yo siento que hayas tenido que pasar por el trauma de ayer –dijo Esther–. Debería haber estado a tu lado…

–No estaba sola, Rafael iba conmigo –intentó tranquilizarla Beth, sabiendo que por tensa que fuera su relación en ese momento, sin su

tranquilizadora presencia la visita a la tumba de Elizabeth Lawrence habría sido tan traumática como Esther creía–. Y tú has estado ahí para mí, esperando mi regreso durante los últimos veintiún años –Beth miró por encima de su hombro y vio a Carlos en el quicio de la puerta, con los ojos, esos ojos tan parecidos a los suyos, empañados de emoción–. Los dos me habéis esperado –añadió, emocionada.

Carlos dio un paso adelante y la tomó entre sus brazos.

–Brela…

Beth intentó sonreír entre lágrimas.

–Papá –murmuró, sorprendida y contenta al notar que le sonaba bien, que no sentía estar traicionando a los Lawrence o los Blake–. Mamá…

Esther empezó a sollozar cuando Carlos abrazó a las dos mujeres con fuerza, como si no estuviera dispuesto a permitir que se separasen nunca más.

Cuánto tiempo estuvieron así, apretados en un abrazo, Beth no tenía ni idea. Pero se aferraba a Esther y a Carlos como si sintiera que se abría algo dentro de ella, la puerta de su corazón tal vez, para dejar entrar a esas personas maravillosas, sus padres.

Porque eran sus padres. La madre que la había llevado en su útero durante nueve meses, las dos personas maravillosas que habían cuidado de ella y la habían querido durante los dos primeros años de su vida. Y que habían seguido queriéndola y llorando por ella, la hija a la que perdieron veintiún años atrás. Y César era su hermano…

Beth levantó la mirada y lo vio en la puerta, donde su padre había estado unos minutos antes, alto, imperioso y arrogante. Y, sin embargo, un brillo de lágrimas empañaba sus ojos castaños.

–Tú también, Zar –lo animó con voz ronca.

–Brela… –César se atragantó de emoción mientras daba un paso adelante para incluirse en el abrazo–. Dios mío, Brela.

Rafael se quedó a un lado observando la escena, más contento de lo que podría decir al ver a la familia Navarro reunida de nuevo.

–Muchísimas gracias por todo lo que has hecho, Rafael.

Rafael miró a Grace Blake, que estaba a su lado, las lágrimas rodando por sus mejillas mientras miraba a su hermana adoptiva abrazar a su hermano y a sus verdaderos padres, la pareja que pronto se convertiría en su familia política. Era, decidió Rafael, una solución perfecta para todos. Como un sueño.

–Yo he hecho muy poco.

–No lo creo –dijo Grace.

Rafael sonrió, indulgente.

–¿Por qué las hermanas Blake nunca tienen un pañuelo cuando lo necesitan? –bromeó, sacando uno del bolsillo de la chaqueta.

Grace secó sus lágrimas con el ceño fruncido.

–¿Beth ha llorado?

–Naturalmente.

–Estoy tan orgullosa de ella por cómo está llevando todo esto…

Rafael también se sentía orgulloso al ver que Beth por fin aceptaba ser quien era. Pero, al mismo tiempo, la distancia que había entre ellos le producía una tristeza infinita…

–Sí –dijo con voz ronca mientras miraba a Beth, que reía y hablaba con las tres personas que eran su verdadera familia.

–¿Estás bien, Rafael?

Él intentó esconder sus emociones al ver su preocupada expresión.

–¿Por qué no iba a estar bien?

–No lo sé –Grace sacudió la cabeza–. Pareces… cansado. ¿O tal vez un poco triste?

Ah, la intuición femenina. Estaba cansado, pero no por el viaje o la falta de sueño. Su entrenamiento en el ejército aseguraba que pudiese estar varios días sin dormir y seguir alerta.

Estaba cansado y triste por otra razón.

La madurez con la que Beth había abrazado a su verdadera familia le recordaba su propia situación, el problema que su padre y él habían dejado que se enquistara durante años. Y era hora de solucionarlo.

Pero había tenido que ser Beth, con su sorprendente espontaneidad, quien lo ayudase a tomar esa decisión.

Rafael la miró de nuevo. Seguía demasiado pálida, pero nunca le había parecido más hermosa. No solo por su belleza exterior sino por esa fuerza interior que llevaba con ella de manera innata, por su habilidad para enfrentarse a las situaciones cara a cara e inspirar y cariño en todos aquellos que la rodeaban.

–¿Rafael?

Él se volvió con una sonrisa.

–Creo que necesito unas vacaciones.

–César me ha dicho que has pedido un par de semanas, pero imagino que volverás a tiempo para la boda –dijo Grace.

–Como César me ha pedido que esté a su lado en el altar, no me queda más remedio –bromeó.

–¿Dónde has pensado ir de vacaciones, a un sitio agradable?

Rafael no creía que la visita al rancho de su padre fuese agradable. Necesaria, sí, pero no agradable.

–Voy a visitar a mi familia. A partir de ahora, Rodney se encargará de la seguridad de Beth.

–Me ha alegrado volver a ver a Rodney –Grace soltó una carcajada–. Aún recuerdo la incredulidad de César el día que le pregunté si iba a pedirle que me pegase un tiro y me enterrase en medio de la finca.

–César me contó el incidente –Rafael esbozó una sonrisa.

–Muerto de risa, imagino.

–Creo recordar que la idea le divirtió bastante.

Grace asintió, mirando al hombre con el que pronto iba a casarse.

–Me parece increíble que estemos tan enamorados.

–Nunca había visto a César más feliz que cuando aceptaste casarte con él –le aseguró Rafael.

–Gracias.

Había dicho la verdad. César y él eran amigos desde el colegio y sabía que el amor de Grace había llenado un vacío en su vida, rompiendo las barreras que mantenían a César alejado del mundo que lo rodeaba.

¿Igual que Beth había hecho con él?, se preguntó.

Beth miró a Rafael, que charlaba alegremente con Grace, y no pudo evitar fruncir el ceño. Le gustaría poder portarse con esa naturalidad, pero sabía que sería imposible a partir de aquel momento. No solo lo deseaba físicamente sino que se había enamorado de él, y aunque la noche en el hotel había demostrado que también se sentía atraído por ella, sus actos desde entonces dejaban claro que no estaba enamorado.

Mirarlo sabiendo cuánto lo amaba hacía que se le encogiera el corazón. La pena era tan terrible como para olvidar ese agudo dolor en el costado…

Un dolor intenso que no tenía nada que ver con el del amor no correspondido que sentía por Rafael.

–Voy a tumbarte un rato –informó–. Estos últimos días han sido muy… intensos y estoy un poco cansada.

–Iré contigo –se ofreció Grace.

–Ah, muy bien –Beth se volvió para sonreír a su hermana, mirando hacia la puerta para ver si Rafael seguía allí–. ¿Se ha ido Rafael? –preguntó, intentando mostrarse despreocupada y sabiendo de inmediato que no había engañado a Grace.

Nunca había sido capaz de esconderle nada durante demasiado tiempo. Incluyendo lo que sentía por Rafael, al parecer.

–Ha dicho que tenía que hacer unas cosas –respondió Grace.

Por supuesto que sí. Rafael había transferido su seguridad personal a Rodney, pero seguía siendo el jefe des seguridad de César, con todas las responsabilidades que eso conllevaba.

–Querida –murmuró Carlos, besándola en ambas mejillas.

–Brela –César tomó su mano para besarla.

–Ve a descansar, hablaremos más tarde, cariño –Esther tocó su mejilla con una sonrisa.

A Beth se le hizo un nudo en la garganta. No solo sería siempre la hermana de Grace sino que tenía una maravillosa familia. Su copa no solo estaba llena, sino rebosando.

Aparte, claro, de estar enamorada de un hombre que jamás la amaría.

–Muy bien, ¿qué está pasando aquí? –preguntó Grace en cuanto Beth cerró la puerta de la habitación.

Era la misma habitación en la que había dormido unos días antes y, sin embargo, en esos días su vida había cambiado por completo.

–¿A qué te refieres? –murmuró mientras se dejaba caer sobre una de las camas.

–Entre Rafael y tú –Grace se sentó a su lado–. El pobre hace lo imposible para disimular que no puede apartar los ojos de ti y tú haces lo mismo, Beth.

Beth hizo una mueca.

–Qué imaginación tienes.

–No hagas eso, cariño –le advirtió Grace–. Te conozco demasiado bien como para dejarme engañar y sé que ha pasado algo entre vosotros.

Como siempre, su hermana iba directa al grano.

–Te equivocas, Grace. Sé muy bien que Rafael existe. Es él quien intenta ignorarme.

–¿Por qué?

Beth hizo una mueca de dolor cuando las molestias en su costado se volvieron más agudas.

–Porque no le gusto, como no le gustaba hace unas semanas.

Grace hizo una mueca.

–Las dos sabemos que eso no es verdad.

–¿Ah, sí?

Su hermana suspiró.

–Muy bien, está claro que no quieres contármelo ahora mismo. Pero cuando lo hagas, sabes que estaré ahí para ti.

–Siempre.

–Y no voy a juzgarte.

Beth sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas por enésima vez aquel día.

–Es que estoy agotada, cariño. No puedo pensar con claridad o hablar coherentemente –admitió.

–Ya lo veo –Grace apretó su mano–. Estás un poco pálida, ¿no?

–No empieces tú también –Beth hizo una mueca–. Rafael lleva todo el día hablando de mi deplorable aspecto.

–Seguro que no quería decir eso –su hermana la estudió, preocupada.

–Qué optimista eres.

–Bueno, hablaremos más tarde. Tal vez durante estas semanas, mientras él no está, podremos resolver lo que haya pasado entre los dos.

–Solo ha encargado mi seguridad a Rodney, pero tendré que seguir soportando su irritante presencia en el apartamento.

Grace hizo un gesto de sorpresa.

–¿No te lo ha contado?

–¿A qué te refieres?

–Ha pedido dos semanas de vacaciones desde hoy mismo. De hecho –dijo Grace, frunciendo el ceño cuando su hermana dejó escapar un gemido–. No me sorprendería que ya se hubiera ido.

¿Rafael se había ido?

¿Del apartamento o de Buenos Aires?

Sin decirle nada. Sin despedirse siquiera.

Fue el grito lo que despertó a Beth. Un grito agudo en medio de la noche. Era un grito de dolor y no de miedo.

Y quería que parase.

Quería seguir soñando, a salvo de los recuerdos, del dolor del abandono de Rafael…

Pero el grito sonó de nuevo, con más fuerza.

–¡Beth, despierta! –la asustada voz de Grace rompió la telaraña del sueño–. ¡Despierta y dime qué te pasa!

Fue entonces cuando Beth se dio cuenta de que era ella quien gritaba.

Un grito de dolor y no de miedo.

Un dolor terrible que empezaba en el costado y llegaba hasta el estómago.

Beth abrió los ojos para mirar el rostro pálido de Grace.

–Me duele. Me duele muchísimo… –consiguió decir antes de que el dolor se volviese tan fuerte, tan insoportable, que le hizo perder el conocimiento.

Capítulo 13

–Han pasado dos días, doctor.

Beth frunció el ceño al oír a Grace hablando con… ¿un médico? ¿Por qué estaba su hermana hablando con un médico? ¿Y por qué parecía tan preocupada?

–Dijo que despertaría pronto.

Beth sabía que hablaban de ella y necesitaba abrir los ojos para asegurarle a Grace que estaba bien, que estaba despierta. Pero le pesaban tanto los párpados que no podía abrirlos por mucho que lo intentase y tenía la garganta tan seca que no podía hablar. Y, sin embargo, sabía que tenía que abrir los ojos, tenía que hablar, tenía que decirle a Grace…

–Por supuesto, señorita Blake, pero como le he explicado esta mañana, el cuerpo humano tarda un tiempo en recuperarse… –la voz se convirtió en un murmullo lejano y oyó el ruido de una puerta al cerrarse.

¿Habían salido de la habitación?

Beth intentó recordar dónde estaba y qué había ocurrido. Recordaba haber vuelto a Buenos Aires, recordaba el dormitorio en el apartamento de César y a Grace diciéndole que Rafael se había ido. Recordaba vívidamente los gritos de dolor que la habían despertado y darse cuenta de que era ella quien gritaba.

El dolor…

Beth recordó el dolor, un dolor que nunca había sentido, y los gritos… pero no recordaba nada más, de modo que debía de haber perdido el conocimiento.

Grace había dicho «dos días». ¿Eso significaba que todo había ocurrido dos días antes?

–Es hora de abrir los ojos.

Beth los abrió de par en par al reconocer esa voz. Como reconoció al hombre que estaba al otro lado de la habitación, apoyado en la pared.

Rafael.

–No deberías estar aquí –estaba segura de que era su propia voz porque movía los sabios, pero el sonido que salió de su garganta era un gemido ronco apenas audible.

–Yo también me alegro de volver a verte –bromeó él mientas se acercaba a la cama.

Tenía sombra de barba, las mejillas un poco hundidas, y su pelo

parecía necesitar un buen corte, pero sus ojos seguían siendo de ese color azul tan precioso.

Beth se pasó la lengua por los labios antes de hablar, pero tenía la boca tan seca que le resultaba imposible.

–¿Quieres agua?

–Sí, por favor –asintió ella, intentando sentarse y fracasando miserablemente. No tenía fuerzas y aún le dolía el costado. No tanto como antes, pero lo suficiente como para saber que algo no iba bien–. ¿Qué me ha pasado?

La expresión de Rafael se suavizó.

–Espera –murmuró, mientras la ayudaba a sentarse y le ofrecía un vaso de agua con una pajita–. ¿Mejor?

–Mucho mejor –Beth se dejó caer sobre las almohadas antes de mirar alrededor. Era una habitación limpia, pero estéril, que no reconocía–. Estoy en un hospital.

–Así es –Rafael se volvió para dejar el vaso sobre la mesilla–. Tu… malestar de hace unos días no era por… –sacudió la cabeza, incómodo–. Llevabas varios días sufriendo por una inflamación del apéndice, que hace dos noches decidió explotar.

–Eso puede ser peligroso, ¿no?

–Mucho –le confirmó él, con toda seriedad.

Beth frunció el ceño.

–¿No deberías tranquilizarme en lugar de asustarme?

–Tú has asustado a todo el mundo. Has estado a punto de morir, Beth.

–Bueno, pero evidentemente estoy viva.

El agua la había revivido lo suficiente como para agradecer que alguien, Grace tal vez, le hubiera puesto un pijama y no una de esas horribles batas de hospital. Aunque seguramente su pelo estaría hecho un asco y… ¿Qué más daba el aspecto que tuviera? Rafael se había alejado de ella sin decirle adiós.

–¿Qué haces aquí? ¿Has venido para comprobar si mi enfermedad tenía algo que ver contigo?

Él apretó los labios, airado.

–Tal vez deberíamos haberle pedido al cirujano que te extirpase esa lengua viperina junto con el apéndice.

–Tal vez –asintió ella, retadora.

Rafael tuvo que hacer un esfuerzo para no replicar al recordar que había estado a punto de morir en el quirófano dos noches antes. Y que el cirujano había tenido que esforzarse como nunca para que no fuera así.

–Mi presencia te molesta, está claro…

–No, en absoluto. Solo me pregunto por qué estás aquí.

Una buena pregunta que Rafael no podía responder en ese

momento, cuando Grace y la familia Navarro estaban en el pasillo hablando con el médico, esperando ansiosamente que Beth recuperase el conocimiento.

–Voy a decirle a tu familia que has despertado.

–Sin responder a mi pregunta, claro. Te fuiste, Rafael. Pediste dos semanas de vacaciones y no te molestaste en decirme… –Beth no terminó la frase, emocionada–. Pusiste mi seguridad en manos de Rodney y te fuiste.

Él frunció el ceño.

–Pero pensaba volver.

–Cuando terminasen tus vacaciones. Y por eso te pregunto qué haces aquí.

Rafael alargó una mano para tomar la suya.

–Volví en cuanto hablé con César.

Beth frunció el ceño.

–¿Volviste de dónde? ¿Y por qué hablaste con César?

–Llamé al apartamento para hablar contigo.

–¿Querías hablar conmigo?

Rafael tomó aire.

–Quería… pensé que debía decirte que había ido a ver a mi padre siguiendo tu consejo.

Beth abrió mucho los ojos.

–¿De verdad? ¿Y habéis hecho las paces?

–Sí, Beth, yo… –Rafael se interrumpió al escuchar la voz de Esther al otro lado de la puerta–. Tu familia quiere estar contigo –murmuró, soltándole la mano–. Hablaremos cuando estés recuperada del todo.

Beth no sabía si volvería a estar «recuperada del todo» algún día. Había recuperado el conocimiento y pronto se repondría de la operación, pero el dolor que sentía en el corazón y su amor por Rafael… no, de eso no se curaría nunca.

–Me alegra mucho que hayas hecho las paces con tu padre, pero no creo que tengamos nada más que hablar.

Él parpadeó, mirándola con sus penetrantes ojos azules.

–¿Quieres que me vaya?

Beth asintió con la cabeza.

–Creo que es lo mejor.

–Si estás segura de lo que quieres…

–Sí –dijo ella, sin mirarlo.

–Muy bien –Rafael se apartó de la cama–. Le diré a tu familia que puede entrar.

Beth se negaba a mirarlo mientras lo oía abrir la puerta y charlar brevemente con alguien antes de que su familia entrase en tromba en la habitación. Intentando sonreír, les aseguró que estaba bien…

Ya habría tiempo, todo el tiempo del mundo, para llorar.

–Beth… él volvió a Buenos Aires en cuanto César le dijo que estabas en el hospital –la regañó Grace afectuosamente.

Beth, convaleciente en un sillón frente a una de las ventanas del salón, no se molestó en responder. Pero sabía a quién se refería su hermana. El hombre que había querido visitarla desde que volvió del hospital dos días antes. El hombre al que se negaba a ver cada vez que Grace entraba para decirle que estaba fuera, esperando.

–Beth…

–¡No puedo, Grace! –exclamó–. ¿Es que no lo entiendes? No puedo verlo… –no pudo terminar la frase, con un nudo en la garganta.

Grace cruzó la habitación para ponerse a su lado, en cuclillas.

–Estás enamorada de él.

–Sí.

–Entonces…

–Él no siente lo mismo por mí. Él… no sé por qué ha vuelto del rancho de su padre o por qué quiere verme, tal vez se sienta culpable. Pero no puedo… –Beth sacudió la cabeza, juntando las manos en su regazo.

–¿Por qué iba a sentirse culpable? –preguntó Grace.

–Supongo que puedes imaginar por qué. Ha pensado… creía que el dolor era por su culpa… –Beth sintió que le ardía la cara–. Pensó que me había hecho daño, pero…

–Eso no explica por qué insiste en verte –la interrumpió su hermana.

–¿No tienes nada que decir sobre… mi relación con Rafael?

–¿Por qué iba a hacerlo? Eres mayorcita y capaz de decidir con quién quieres acostarte.

–Yo no… no hicimos… –Beth tragó saliva–. No llegamos tan lejos –admitió, incómoda.

–Más razón para preguntarme por qué volvió corriendo a Buenos Aires en cuanto César le dijo que estabas en el hospital y se negó a apartarse de tu lado un solo momento.

–Imagino que iría al baño en alguna ocasión…

–¡Beth!

Ella hizo una mueca.

–No sé por qué lo ha hecho. Tal vez piensa que es su deber proteger a la hermana de César, no lo sé.

Grace torció el gesto.

–¿Y no quieres saber por qué ha insistido en verte una docena de veces desde que volviste del hospital?

¿Quería saberlo? Por supuesto que sí, pero cada vez que estaba a punto de dejarse llevar por la curiosidad recordaba que Rafael había puesto su seguridad en manos de otro hombre en cuanto volvieron del

hotel en Surrey y que había ido a visitar a su padre sin despedirse de ella en cuanto volvieron a Argentina. Tenía el corazón roto y no podía soportar más decepciones en cuanto supo que no era importante para él.

–Dime, Beth, ¿no quieres saber por qué sigo humillándome rogando hablar contigo cuando sé que vas a rechazarme?

Beth giró la cabeza hacia la puerta y tuvo que hacer un esfuerzo para no suspirar al ver a Rafael, afeitado y con el pelo de nuevo bien cortado. Y, sin embargo sus ojos no parecían tener brillo y sus mejillas estaban ligeramente hundidas. Llevaba unos de esos perfectos trajes de chaqueta de tres piezas y una camisa blanca con una corbata de seda gris, pero se notaba que había perdido peso en esa semana.

¿Porque había querido verla y ella se había negado?

No, no podía ser.

–Bueno, os dejo para que habléis –dijo Grace.

–No tenemos nada que decirnos –murmuró Beth.

–¡Deja de ser tan testaruda por una vez en tu vida y escúchalo, puede que aprendas algo! –la regañó Grace, dando media vuelta y cerrando firmemente la puerta tras ella.

Dejando a Beth sin palabras. Su hermana y ella se adoraban y Grace jamás había perdido la paciencia con su hermana menor. Nunca, por impulsiva que fuera o por mucho que la molestase.

–¿Por qué a mí eso nunca me funciona? –Rafael rio mientras daba un paso adelante.

–Probablemente porque…

–No, por favor, no lo estropees –la interrumpió él–. Al menos deja que diga lo que quiero decir antes de echarme otra vez.

–Pensé que no teníamos nada más que decirnos.

–No, tú dijiste que no teníamos nada más que decirnos, pero yo no estoy de acuerdo. Me fui del hospital… –Rafael empezó a pasear por el salón, inquieto– porque tu familia estaba esperando fuera y no era momento para tener esa conversación. Pero te has negado a verme desde entonces.

–Porque…

–No he terminado.

Beth suspiró pesadamente.

–Muy bien, di lo que tengas que decir y luego déjame sola.

Rafael la miró, inquisitivo. Tenía mucho mejor aspecto que una semana antes, pero seguía pálida y había perdido peso… los vaqueros y la camiseta parecían demasiado anchos. Era natural que hubiera perdido peso después de la operación, por supuesto, pero no le gustaba verla con un aspecto tan delicado.

No a su peleona Beth.

Salvo que no era su Beth.

–Dijiste algo en el hospital que creo necesita una explicación por mi parte. Pareces tener la impresión de que puse tu seguridad en manos de Rodney porque no quería seguir a tu lado.

Beth sintió que se ponía colorada.

–¿Y no era así?

–No, no era así. Puse tu seguridad en manos de Rodney porque no confiaba en mí mismo.

Ella sacudió la cabeza.

–No entiendo.

–Evidentemente –Rafael suspiró–. Y no me despedí de ti antes de irme porque si lo hubiera hecho no habría podido marcharme y necesitaba hacerlo. Tenía que hablar con mi padre para solucionar la brecha que había entre nosotros antes de poder seguir adelante con mi vida.

–¿Y lo has hecho?

–Sí –asintió él.

Beth esbozó una trémula sonrisa.

–Me alegro.

También Rafael. Apenas había podido charlar durante unas horas con su padre antes de descubrir que Beth estaba en el hospital, pero fue tiempo suficiente para que dos hombres orgullosos se reconciliasen. Una reconciliación que había querido compartir con Beth, por eso llamó al apartamento. Y fue entonces cuando César le dijo que estaba muy enferma.

El viaje de vuelta a Buenos Aires había sido una pesadilla, temiendo por la vida de Beth… y ese pánico le decía todo lo que tenía saber sobre sus sentimientos por ella.

Rafael alargó una mano para tomar la suya.

–Han pasado tantas cosas en tu vida en tan poco tiempo… Has descubierto que no eres quien creías ser y que tienes otra familia, una familia de la que no sabías nada.

–Sí, pero…

–Ahora no es el momento para… no debería… –Rafael se apartó, frustrado–. Esto es mucho más difícil de lo que había imaginado.

–Tal vez si me dijeras lo que es, podría ayudarte –sugirió Beth.

Él sacudió la cabeza, impaciente.

–¿Es posible que tú seas la única de la familia que no sabe lo que voy a decir?

–¿Sobre qué? Me alegro mucho que tu padre y tu hayáis hecho las paces, pero…

–¡Esto no tiene nada que ver con mi padre! –la interrumpió él, exasperado–. Bueno, tal vez un poco –admitió–. Tenía que resolver esa parte de mi vida antes de poder…

–Seguir adelante, eso ya los has dicho.

–¡Seguir adelante contigo! –Rafael levantó la voz mientras se pasaba una mano por el pelo–. Madre mía, toda la familia sabe que he intentado hablar contigo estos días porque necesito decirte que estoy enamorado de ti y que desearía, sobre todas las cosas, que tú también me quisieras.

–Rafael…

–Y que me gustaría pedirte que fueras mi mujer una vez que estés recuperada del todo, por supuesto –Rafael frunció el ceño–. Y cuando sientas que puedes dejar a tu nueva familia…

–Y tras la boda de Grace y César y después de que su primer hijo haya sido bautizado –los ojos de Beth brillaban–. Y cuando el hombre llegue a Marte…

–¿Qué?

Beth no podía dejar de sonreír. Rafael la amaba y quería casarse con ella. Durante todo ese tiempo había sufrido pensando que no podía amarla, pero estaba enamorado de ella. Hasta el punto de no poder protegerla como pensaba que debía ser protegida. Hasta el punto de resolver el problema con su padre antes de pedirle que se casara con él.

¡Rafael la amaba y quería casarse con ella!

Iba a levantarse para abrazarlo, pero tuvo que dejarse caer sobre el sillón, haciendo un gesto de dolor.

–Ay –suspiró–. Rafael, ¿te importaría venir a darme un beso antes de que se me salten los puntos?

–Pero…

–Ahora, por favor –insistió Beth.

–Eres una mujer muy exigente –la regañó él mientras se sentaba en el brazo del sillón.

–No, pedazo de arrogante, soy una mujer enamorada –lo corrigió Beth, levantando la cara hacia él–. Muy enamorada de ti. Y no pienso esperar mucho antes de convertirme en tu esposa… así que mi respuesta es «sí».

Rafael inclinó la cabeza, pero se detuvo a unos centímetros de sus labios.

–Aún no te lo he pedido –murmuró.

–Pero vas a hacerlo. Y cuando lo hagas, la respuesta será «sí» –le aseguró mientras levantaba una mano para acariciarlo en el cuello–. Te quiero, Rafael, te quiero tanto…

–Y yo te quiero a ti, mi Beth –respondió él con voz ronca, antes de apoderase de sus labios.

Mucho, pero mucho tiempo después, Rafael le pidió que se casara con él, ella dijo que sí y toda la familia Navarro y los Córdoba al completo asistieron a la boda tres meses más tarde.

Beth recorrió el pasillo de la iglesia del brazo de Carlos, detrás de su

hermana, Grace, y de Rosa, la hermana de Rafael, que eran sus damas de honor. Esther estaba sentada en el primer banco, con los ojos llenos de lágrimas, al lado de Rafael Córdoba padre, con los ojos empañados de orgullo por su hijo y afecto por la mujer a la que ya quería como a una hija más.

Cuando Beth salió de la iglesia una hora después del brazo de Rafael, ya no era Beth Lawrence ni Beth Blake ni Gabriela Navarro, sino Beth Córdoba, la esposa del hombre del que estaba enamorada y al que seguiría amando para siempre con todo su corazón, el mismo hombre que había jurado amarla y cuidar de ella durante el resto de su vida.

Era y sería para siempre Beth, la esposa de Rafael Córdoba.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

